

TESS GERRITSEN

Morir dos veces

RIZZOLI & ISLES

JENTAS



TESS GERRITSEN

Morir dos veces

RIZZOLI & ISLES

JENTAS



TESS GERRITSEN

Morir dos veces

RIZZOLI & ISLES

JENTAS

Morir dos veces

Tess Gerritsen

Morir dos veces

Título original: Die Again

© 2014 Tess Gerritsen. Reservados todos los derechos.

© 2023 Jentas A/S. Reservados todos los derechos.

Traducción: Constanza Fantin Bellocq,

© Traducción, Jentas A/S. Reservados todos los derechos.

ePub: Jentas A/S

ISBN 978-87-428-1279-2

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin la autorización escrita de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

This edition is published by arrangement with Jane Rotrosen Agency, LLC, through International Editors & Yáñez co’ S.L.

Rizzoli & Isles

El cirujano (Rizzoli & Isles #1)

El aprendiz (Rizzoli & Isles #2)

El pecador (Rizzoli & Isles #3)

Hermanas de sangre (Rizzoli & Isles #4)

Desaparecidas (Rizzoli & Isles #5)

El club mefisto (Rizzoli & Isles #6)

Reliquia macabra (Rizzoli & Isles #7)

Frío glacial (Rizzoli & Isles #8)

La chica silenciosa (Rizzoli & Isles #9)

El último en morir (Rizzoli & Isles #10)

Morir dos veces (Rizzoli & Isles #11)

—

Para Levina.

CAPÍTULO 1

Delta del Okavango, Botsuana

En la claridad del amanecer la veo: sutil como una marca de agua, hundida en la tierra desnuda. Si fuera mediodía, cuando el sol africano brilla con fuerza y calor, tal vez no la habría visto, pero a primera hora de la mañana, incluso las más tenues hondonadas y depresiones proyectan sombras, y cuando salgo de la tienda, esa huella solitaria me llama la atención. Me agacho junto a ella y siento un repentino escalofrío al darme cuenta de que solo una fina tela de lona nos protegía mientras dormíamos.

Richard sale por la abertura de la tienda y suelta un gruñido de felicidad mientras se despereza, de pie, e inspira los aromas de la hierba cargada de rocío, del humo de la leña y del desayuno que se cocina en el fuego. Los olores de África. Esta aventura es el sueño de Richard; siempre ha sido de Richard, no mío. Soy la novia comprensiva cuya respuesta por defecto es: «Por supuesto que iré, cariño». Aunque signifique veintiocho horas y tres aviones diferentes, de Londres a Johannesburgo, a Maun y, luego, a la selva; el último avión era una caja destartalada, comandada por un piloto con resaca. Aunque signifique dos semanas en una tienda de campaña, matando mosquitos y orinando detrás de los arbustos.

Aunque signifique que podría morir, que es lo que pienso mientras miro fijamente esa huella, hundida en la tierra a apenas un metro de donde Richard y yo dormíamos anoche.

—¡Huele el aire, Millie! —exclama Richard— . ¡En ningún otro sitio huele así!

—Había un león aquí —respondo.

—Ojalá pudiera embotellarlo y llevarlo a casa. ¡Qué recuerdo sería! El olor de la sabana.

No me escucha. Está demasiado emocionado con África, demasiado envuelto en su fantasía de gran aventurero blanco donde todo es espectacular y fantástico, incluso la comida de anoche, de cerdo en lata y judías, que según él fue «¡La cena más espléndida de la historia!».

—Había un león aquí, Richard —repito más alto—. Estaba justo afuera de nuestra tienda. Podría haber entrado. —Quiero asustarlo, quiero que diga: «Dios mío, Millie, esto es serio».

En lugar de eso, llama alegremente a los miembros más cercanos de nuestro grupo:

—¡Eh, venid a echar un vistazo! Anoche anduvo un león por aquí.

Las primeras en unirse a nosotros son las dos chicas de Ciudad del Cabo, cuya tienda está instalada junto a la nuestra. Sylvia y Vivian tienen apellidos holandeses que no sé deletrear ni pronunciar. Las dos son veinteañeras, rubias, de piernas largas, bronceadas, y al principio me

costó distinguirlas, hasta que Sylvia me gritó, exasperada: «¡No es que seamos gemelas, Millie! ¿No ves que Vivian tiene los ojos azules y yo, verdes?». Mientras las muchachas se arrodillan a mi lado para examinar la huella, me doy cuenta de que tampoco huelen igual. Vivian, la de los ojos azules, huele a hierba dulce, al aroma fresco e intacto de la juventud. Sylvia huele a la loción de citronela que siempre se echa para repeler a los mosquitos, porque «El DEET es venenoso. Lo sabes, ¿verdad?». Me flanquean como sujetalibros en forma de diosas rubias, y veo que Richard mira otra vez los pechos de Sylvia, tan descaradamente expuestos por su escotada camiseta de tirantes. Para ser una chica tan concienzuda a la hora de cubrirse de repelente de mosquitos, deja al descubierto una cantidad alarmante de piel.

Por supuesto, Elliot también se apresura a unirse a nosotros. Nunca está lejos de las rubias, a las que conoció hace solo unas semanas en Ciudad del Cabo. Desde entonces, se ha pegado a ellas como un cachorro fiel que espera una pizca de atención.

—¿Es una huella reciente? —pregunta Elliot, en tono preocupado. Al menos, alguien más comparte mi sensación de alarma.

—Ayer no la vi —dice Richard—. El león debió pasar por aquí anoche. Imagínate salir a hacer tus necesidades y toparte con esto. —Richard aúlla y lanza un zarpazo a Elliot, que retrocede, lo que hace reír a Richard y a las rubias, porque Elliot es el que les resulta cómico, el norteamericano temeroso cuyos bolsillos están repletos de pañuelos de papel y repelente de insectos, crema solar y desinfectante, pastillas para la alergia, pastillas de yodo y cualquier otro elemento necesario para seguir con vida.

No me uno a sus risas.

—Podría haber matado a alguien aquí fuera —señalo.

—Pero esto es lo que sucede en un safari de verdad, ¿no? —dice Sylvia alegremente—. Estás en la sabana con leones.

—No parece un león muy grande —comenta Vivian, inclinándose para estudiar la huella—. Quizá una hembra, ¿no crees?

—Macho o hembra, ambos pueden matarte —dice Elliot.

Sylvia le da una palmada juguetona.

—Ay, ¿tienes miedo?

—No. No, solo supuse que Johnny exageraba cuando nos dio aquella charla el primer día. «Quedaos en el jeep. Quedaos en la tienda. O moriréis».

—Si querías pisar terreno seguro, Elliot, quizá deberías haber ido al zoo —dice Richard, y las rubias se ríen de su comentario burlón. Aclaman a Richard, el macho alfa.

Como los héroes de sus novelas, es el hombre que toma las riendas y salva el día. O eso cree. Aquí, en la naturaleza, no es más que otro londinense que no tiene ni idea de nada, pero se las

arregla para parecer un experto en supervivencia. Es otra cosa que me irrita esta mañana, además del hecho de que tengo hambre, no he dormido bien y ahora los mosquitos me han encontrado. Los mosquitos siempre me encuentran. Cada vez que salgo, es como si oyeran sonar la campana de la cena; ya he comenzado a darme palmadas en el cuello y en la cara.

Richard llama al rastreador africano:

—¡Clarence, ven! Mira lo que pasó por el campamento anoche.

Clarence ha estado tomando café junto al fuego con el señor y la señora Matsunaga. Ahora se acerca a nosotros con su taza de café de hojalata y se agacha para mirar la huella.

—Está fresca —dice Richard, el nuevo experto en la sabana—. El león debió pasar justo anoche.

—No es un león —dice Clarence. Nos mira y entorna los ojos; su rostro de ébano resplandece bajo el sol de la mañana—. Es un leopardo.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? Es solo la huella de una pata.

Clarence dibuja en el aire por encima de la huella.

—¿Veis?, esta es la pata delantera. La forma es redonda, como la de un leopardo. —Se levanta y recorre la zona con la mirada—. Y es un solo animal, así que este caza solo. Sí, es un leopardo.

El señor Matsunaga toma fotos de la huella con su Nikon gigantesca, que tiene un teleobjetivo que parece algo que lanzarías al espacio. Él y su mujer visten idénticas chaquetas de safari, pantalón caqui, pañuelos de algodón y sombreros de ala ancha. Están combinados hasta en el más mínimo detalle. En todos los sitios turísticos del mundo se encuentran parejas como ellos, vestidos con los mismos estampados extravagantes. Hace que te preguntes si se levantaron una mañana y pensaron: «Hoy le regalaremos una carcajada al mundo».

A medida que el sol se eleva, borrando las sombras que definían con tanta claridad la huella de la pata, los demás hacen fotos, intentando ganarle al resplandor cada vez más intenso. Incluso Elliot saca su cámara de bolsillo, pero creo que solo es porque es lo que están haciendo los demás y a él no le gusta quedarse fuera.

Soy la única que no se molesta en coger la cámara. Richard está haciendo suficientes fotos por los dos con su Canon, «¡La misma cámara que utilizan los fotógrafos de National Geographic!». Me pongo a la sombra, pero incluso aquí, al resguardo del sol, noto que el sudor me resbala por las axilas. Ya empieza a hacer calor. Todos los días son calurosos en la sabana.

—Ya veis por qué os digo que os quedéis en vuestras tiendas por la noche —dice Johnny Posthumus.

Nuestro guía se ha acercado tan silenciosamente que no me he dado cuenta de que ha vuelto del río. Me giro y veo a Johnny justo detrás de mí. Qué apellido tan tétrico, Posthumus, pero nos ha dicho que es un apellido bastante común entre los colonos afrikáners, de los que desciende. En sus rasgos veo el linaje de sus robustos antepasados holandeses. Tiene el pelo rubio aclarado por

el sol, ojos azules y piernas como troncos de árboles, bronceadas y enfundadas en pantalones cortos de color caqui. Los mosquitos no parecen molestarle, ni tampoco el calor, y no lleva sombrero ni repelente. Crecer en África le ha endurecido la piel, lo ha inmunizado contra las incomodidades.

—Pasó por aquí justo antes del amanecer —dice Johnny, y señala un matorral en la periferia de nuestro campamento—. Salió de esos arbustos, caminó hacia el fuego y me miró. Una hembra preciosa, grande y sana.

Me asombra lo tranquilo que está.

—¿De verdad la viste?

—Estaba aquí encendiendo el fuego para el desayuno cuando apareció.

—¿Qué hiciste?

—Hice lo que os he dicho que hagáis en esa situación. Me mantuve erguido. Le permití una buena visión de mi cara. Los animales de presa, como las cebras y los antílopes, tienen los ojos a los lados de la cabeza, pero los ojos de un depredador miran hacia delante. Mostradle siempre la cara al felino. Dejadle ver dónde tenéis los ojos y sabrá que también sois depredadores. Se lo pensará dos veces antes de atacar. —Johnny mira a los siete clientes que le pagan por mantenerlos con vida en ese remoto lugar—. Recordadlo. Veremos más felinos grandes a medida que nos adentremos en la espesura. Si os encontráis con uno, manteneos erguidos e intentad parecer lo más grandes que podáis. Miradlo de frente. Y, pase lo que pase, no corráis. Tendréis más posibilidades de sobrevivir.

—Estabas aquí, cara a cara con un leopardo —dice Elliot—. ¿Por qué no usaste eso? —Señala el rifle que Johnny lleva siempre colgado del hombro.

Johnny sacude la cabeza.

—No le dispararé a un leopardo. No mataré a ningún felino grande.

—Pero ¿acaso el arma no es para eso? ¿Para protegerte?

—Quedan pocos en el mundo. Son los dueños de esta tierra y nosotros somos los intrusos. Si un leopardo me atacara, creo que no podría matarlo. Ni siquiera para salvar mi propia vida.

—Pero eso no se aplica a nosotros, ¿verdad? —Elliot suelta una carcajada nerviosa y mira a nuestro grupo de viajeros—. Le dispararías a un leopardo para protegernos, ¿verdad?

Johnny responde con una sonrisa irónica.

—Ya veremos.

Al mediodía, ya hemos recogido todo y estamos listos para adentrarnos en la naturaleza. Johnny

conduce el camión; Clarence va en el asiento del rastreador, que sobresale por delante del parachoques. Me parece una posición precaria, con las piernas balanceándose al aire libre, carne fácil para que cualquier león pueda atraparlo. Pero Johnny nos asegura que mientras permanezcamos en el vehículo estaremos a salvo, porque los depredadores piensan que formamos parte de un animal enorme.

—Pero, si salís del camión, seréis la cena. ¿Entendido?

Sí, señor. Mensaje recibido.

Aquí no hay caminos de ninguna clase, solo un tenue aplanamiento de la hierba donde el paso de neumáticos anteriores ha compactado el suelo pobre. El daño causado por un solo camión puede dejar cicatrices en el paisaje durante meses, dice Johnny, pero no imagino que muchos camiones se adentren tanto como nosotros en el delta. Llevamos tres días conduciendo desde la pista de aterrizaje donde nos dejaron y no hemos visto ningún otro vehículo en esta zona virgen.

La vida en la sabana no era algo en lo que yo creyera hace cuatro meses, sentada en nuestro piso de Londres, viendo cómo la lluvia salpicaba las ventanas. Cuando Richard me llamó para que me acercara a su ordenador y me enseñó el safari en Botsuana que quería reservar para nuestras vacaciones, vi fotos de leones e hipopótamos, rinocerontes y leopardos, los mismos animales conocidos que se pueden encontrar en zoológicos y parques de caza. Me imaginaba un gigantesco parque de caza con cómodos alojamientos y caminos. Como mínimo, caminos. Según la página web, acamparíamos en la sabana, pero yo me imaginaba grandes tiendas con duchas e inodoros. No pensé que pagaría por el privilegio de hacer mis necesidades entre los arbustos.

A Richard no le importa en lo más mínimo la poca comodidad. Está entusiasmadísimo con África, se siente como si estuviera en lo alto del monte Kilimanjaro, y no para de hacer fotos mientras viajamos. En el asiento de atrás, la cámara del señor Matsunaga saca tantas fotos como la de Richard, pero con un objetivo más largo. Richard no lo admite, pero siente envidia de los teleobjetivos y, cuando volvamos a Londres, es probable que busque en Internet el precio del equipo del señor Matsunaga. Así es como luchan los hombres modernos: no con lanzas y espadas, sino con tarjetas de crédito. Mi platino le gana a tu oro. El pobre Elliot, con su modesta Minolta, se queda rezagado, pero no creo que le importe, porque una vez más está acurrucado en la última fila con Vivian y Sylvia. Echo un vistazo a los tres y veo la cara decidida de la señora Matsunaga. Es otra mujer comprensiva. Seguro que cagar en los arbustos tampoco fue su idea de unas buenas vacaciones.

—¡Leones! ¡Leones! —grita Richard—. ¡Allí!

Las cámaras disparan más rápido; nos acercamos tanto que puedo ver moscas negras pegadas al flanco del león macho. Muy cerca hay tres hembras que se repantigan a la sombra de un árbol. De repente, oigo una ráfaga de japonés detrás de mí y me giro para ver que el señor Matsunaga se ha puesto en pie de un salto. Su mujer lo sujeta de la chaqueta de safari, desesperada por evitar que salte del camión para hacer una foto mejor.

—¡Siéntate! —ordena Johnny con una voz sonora que nadie, hombre o bestia, podría ignorar—. ¡Ahora!

Al instante, el señor Matsunaga se deja caer en su asiento. Incluso los leones parecen sobresaltados y miran fijamente al monstruo mecánico con dieciocho pares de brazos.

—¿Recuerdas lo que te he dicho, Isao? —lo regaña Johnny—. Si sales de este camión, estás muerto.

—Me entusiasmo. Se me olvida —murmura el señor Matsunaga, inclinando la cabeza en señal de disculpa.

—Mira, solo intento manteneros a salvo. —Johnny respira hondo y dice en voz baja—: Siento haberte gritado. El año pasado, un colega estaba de safari con dos clientes. Antes de que pudiera detenerlos, ambos saltaron del camión para hacer fotos. Los leones se los llevaron en un santiamén.

—¿Quieres decir que los mataron? —pregunta Elliot.

—Para eso están programados los leones, Elliot. Así que, por favor, disfrutad de la vista, pero desde dentro del camión, ¿vale? —Johnny suelta una carcajada para rebajar la tensión, pero seguimos acobardados, como un grupo de niños indisciplinados a los que acaban de regañar.

Los clics de la cámara son ahora poco entusiastas, fotos tomadas para cubrir nuestra incomodidad. Todos estamos sorprendidos por la dureza con la que Johnny ha tratado al señor Matsunaga. Me quedo mirando la espalda de Johnny, que asoma justo delante de mí; los músculos de su cuello sobresalen como gruesas lianas. Vuelve a arrancar el motor. Dejamos a los leones y nos dirigimos a nuestro próximo campamento.

Al atardecer, aparece el alcohol. Una vez montadas las cinco tiendas y encendido el fuego, Clarence, el rastreador, abre la caja de aluminio para cócteles que lleva todo el día dando tumbos en la parte trasera del camión y exhibe las botellas de ginebra, whisky, vodka y Amarula. A este último le he cogido especial cariño; es un licor de crema dulce elaborado a partir del árbol africano de la marula. Sabe a mil calorías alcohólicas de café y chocolate, como algo que un niño tomaría a hurtadillas cuando su madre está de espaldas. Clarence me guiña un ojo cuando me da el vaso, como si yo fuera la niña traviesa del grupo porque los demás toman bebidas para mayores, como gin-tonic caliente o whisky puro. Esta es la parte del día en la que pienso: «Sí, es bueno estar en África», cuando las molestias del día, los bichos y la tensión entre Richard y yo se disuelven en una agradable bruma achispada y puedo acomodarme en una silla de camping y ver cómo se pone el sol. Mientras Clarence prepara una sencilla cena a base de estofado de carne, pan y fruta, Johnny levanta la alambrada perimetral, de la que cuelgan campanillas para alertarnos si algo se mete en el campamento. Noto que la silueta de Johnny se queda inmóvil ante el resplandor del atardecer; levanta la cabeza como si olfateara el aire, percibiendo miles de olores de los que yo ni siquiera soy consciente. Es como otra criatura de la sabana; está tan a gusto en este lugar remoto que casi espero que abra la boca y ruja como un león.

Me vuelvo hacia Clarence, que remueve la olla de guiso burbujeante.

—¿Cuánto hace que trabajas con Johnny? —le pregunto.

—¿Con Johnny? La primera vez.

—¿Nunca habías sido su rastreador?

Clarence agita enérgicamente la pimienta sobre el guiso.

—Mi primo es el rastreador de Johnny. Pero esta semana Abraham está en su pueblo para un funeral. Me pidió que ocupase su lugar.

—¿Y qué dijo Abraham sobre Johnny?

Clarence sonríe, sus dientes blancos brillan en la penumbra.

—Oh, mi primo cuenta muchas historias sobre él. Muchas historias. Cree que Johnny debería haber nacido shangaan, porque es como nosotros, pero con la cara blanca.

—¿Shangaan? ¿Es tu tribu?

Asiente con la cabeza.

—Provenimos de la provincia de Limpopo. En Sudáfrica.

—¿Ese es el idioma que os oigo hablar a veces?

Suelta una carcajada culpable.

—Cuando no queremos que sepáis lo que decimos.

Imagino que nada de eso es halagador. Miro a los demás, sentados alrededor del fuego. El señor y la señora Matsunaga están revisando diligentemente las fotos del día en la cámara de él. Vivian y Sylvia holgazanean con sus camisetas de tirantes escotadas, rezumando feromonas que hacen que, como de costumbre, el pobre y torpe Elliot se arrastre para llamar la atención: «¿Tenéis frío? ¿Puedo traeros vuestros suéteres? ¿Otro gin-tonic?».

Richard sale de nuestra tienda con una camisa limpia. Hay una silla vacía esperándolo a mi lado, pero pasa de largo. En cambio, se sienta junto a Vivian y activa su encanto: «¿Qué tal el safari? ¿Alguna vez vas a Londres? Me encantaría enviaros a Sylvia y a ti ejemplares autografiados de Blackjack cuando se publique».

Por supuesto, ahora saben quién es. Una hora después de conocer al grupo, Richard mencionó con sutileza que era Richard Renwick, el escritor de novelas de suspense, creador de Jackman Tripp, el héroe del MI5. Por desgracia, ninguno de ellos había oído hablar de él ni de su héroe, lo que provocó un primer día de safari un tanto espinoso. Pero ahora está de nuevo en forma, haciendo lo que mejor sabe hacer: seducir a su público. Exagera. Demasiado. Pero, si me quejo de ello más tarde, sé exactamente lo que dirá: «Es lo que debemos hacer los escritores, Millie. Debemos ser sociables y atraer a nuevos lectores». Es curioso cómo Richard nunca pierde el tiempo siendo sociable con abuelitas, solo con chicas jóvenes y, a poder ser, guapas. Recuerdo

cómo me sedujo con el mismo encanto hace cuatro años, cuando firmaba ejemplares de Opción mortal en la librería donde trabajo. Cuando Richard está en su elemento, es imposible resistirse a él, y ahora lo veo mirar a Vivian como no me ha mirado a mí en años. Desliza un cigarrillo Gauloises entre sus labios y se inclina hacia delante para apagar la llama de su encendedor de plata esterlina con garbo masculino, como haría su héroe Jackman Tripp.

La silla vacía que tengo a mi lado es como un agujero negro que absorbe toda la alegría de mi estado de ánimo. Estoy a punto de levantarme y volver a mi tienda cuando, de repente, Johnny se sienta en la silla. No dice nada, solo observa al grupo como si nos estuviera evaluando. Creo que siempre nos está evaluando y me pregunto qué ve cuando me mira. ¿Acaso soy como todas las demás esposas y novias resignadas que han sido arrastradas a la sabana para complacer las fantasías de safari de sus hombres?

Su mirada me inquieta y me veo obligada a llenar el silencio.

—¿Funcionan esas campanas de la alambrada perimetral? —pregunto—. ¿O solo están ahí para hacernos sentir más seguros?

—Sirven como primera alerta.

—No las oí anoche, cuando el leopardo entró en el campamento.

—Yo sí. —Se inclina hacia delante, echa más leña al fuego—. Es probable que volvamos a oírlas esta noche.

—¿Crees que hay más leopardos al acecho?

—Hienas esta vez. —Señala la oscuridad que se cierne más allá de nuestro círculo iluminado por el fuego—. Hay cerca de media docena de ellas observándonos ahora mismo.

—¿Qué? —Miro hacia la noche. Solo entonces veo el reflejo de unos ojos que me miran.

—Son pacientes. Esperan a ver si hay comida para robar. Si sales ahí fuera solo, te convertirán en su comida. —Se encoge de hombros—. Por eso me habéis contratado.

—Para no terminar como cena.

—Si pierdo demasiados clientes, me quedo sin mi paga.

—¿Cuántos son demasiados?

—Solo serías la tercera.

—Es una broma, ¿verdad?

Sonríe. Aunque tiene más o menos la misma edad que Richard, toda una vida bajo el sol africano ha grabado líneas alrededor de sus ojos. Me apoya una mano tranquilizadora en el brazo, lo que me sobresalta, porque no es un hombre que haga contacto físico innecesario.

—Sí, es una broma. Nunca he perdido a un cliente.

—Me cuesta distinguir cuándo hablas en serio.

—Cuando hable en serio, lo sabrás. —Se vuelve hacia Clarence, que acaba de decirle algo en shangaan—. La cena está lista.

Miro a Richard para ver si se ha dado cuenta de que Johnny me habla, de que Johnny me toca el brazo. Pero Richard está tan concentrado en Vivian que yo podría ser invisible.

—Es lo que debemos hacer los escritores —dice Richard, previsiblemente, cuando nos tumbamos en nuestra tienda esa noche—. Yo solo atraigo nuevos lectores. —Hablamos en susurros, porque la lona es fina y las tiendas están muy juntas—. Además, me siento un poco protector. Están solas, dos chicas en la sabana. Son bastante aventureras a pesar de que solo tienen veintitantos años, ¿no crees? Hay que admirarlas por ello.

—Es obvio que Elliot las admira —observo.

—Elliot admiraría cualquier cosa con dos cromosomas X.

—Así que no están del todo solas. Él se apuntó al viaje para hacerles compañía.

—Por Dios, debe ser agotador para ellas. Tenerlo dando vueltas todo el tiempo, poniendo ojitos de enamorado.

—Elliot dice que las chicas lo invitaron.

—Lo invitaron por lástima. Charló con ellas en algún club nocturno, se enteró de que se iban de safari. Probablemente le dijeron: «¡Oye, tú también deberías pensar en venir a la sabana!». Seguro que nunca imaginaron que se apuntaría.

—¿Por qué siempre lo menosprecias? Parece un hombre muy agradable. Y sabe mucho sobre pájaros.

Richard resopla.

—Eso siempre resulta muy atractivo en un hombre.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué estás tan malhumorado?

—Podría decir lo mismo de ti. Hablo con una joven y no puedes con ello. Ellas, al menos, saben cómo pasar un buen rato. Se meten en ambiente.

—Estoy intentando disfrutar, de verdad. Pero no pensé que sería tan duro. Esperaba...

—Toallas mullidas y bombones en la almohada.

—Reconóceme el mérito. Estoy aquí, ¿no?

—Sí, y quejándote todo el camino. Este safari era mi sueño, Millie. No me lo arruines.

Ya no susurramos y estoy segura de que los demás pueden oírnos, si es que siguen despiertos. Sé que Johnny lo está, porque se encarga de la primera guardia. Me lo imagino sentado junto al fuego, escuchando nuestras voces, oyendo la creciente tensión. Seguro que ya es consciente de ella. Johnny Posthumus es el tipo de hombre al que no se le escapa nada; así es como sobrevive en este lugar, donde oír el tintineo de una campana en una alambrada significa la diferencia entre la vida y la muerte. Qué inútiles y superficiales le parecemos. ¿Cuántos matrimonios ha visto desmoronarse, a cuántos hombres engreídos ha visto humillados en África? La sabana no es un mero destino de vacaciones: es donde aprendes lo insignificante que en realidad eres.

—Lo siento —susurro, y le tiendo la mano—. No quería estropeártelo.

Aunque mis dedos se cierran en torno a los suyos, Richard no me devuelve el gesto. Siento su mano inerte entre las mías.

—Lo has ensombrecido todo. Mira, sé que este viaje no era tu idea de unas vacaciones, pero, por el amor de Dios, basta ya de esa cara de desánimo. Mira cómo se lo están pasando Sylvia y Vivian. Incluso la señora Matsunaga se las arregla para ser entusiasta.

—Quizá sean las pastillas contra la malaria que estoy tomando —digo sin convicción—. El médico dijo que pueden deprimirte. Dijo que algunas personas incluso se vuelven locas con ellas.

—Bueno, a mí la mefloquina no me está molestando. Las chicas también la están tomando y son bastante alegres.

Otra vez las chicas. Siempre comparándome con las chicas, que son nueve años más jóvenes que yo, nueve años más delgadas y frescas. Después de cuatro años de compartir el mismo piso, el mismo baño, ¿cómo puede una mujer seguir pareciendo fresca?

—Debería dejar de tomar las pastillas —le digo.

—¿Qué, y coger malaria? Ah, claro, eso sí que tiene sentido.

—¿Qué quieres que haga? Richard, dime qué quieres que haga.

—No lo sé. —Suspira y me da la espalda. Su espalda es como hormigón frío, un muro que rodea su corazón, encerrándolo fuera de mi alcance. Después de un momento, añade en voz baja—: No sé hacia dónde vamos, Millie.

Pero yo sé hacia dónde va Richard. Se aleja de mí. Ha estado alejándose de mí durante meses, de manera tan sutil y gradual que hasta ahora me negaba a verlo. Podría atribuirlo a «Oh, los dos estamos muy ocupados últimamente». Él ha estado corriendo para terminar las revisiones de Blackjack. Yo he estado luchando con nuestro inventario anual en la librería. Todo irá mejor entre nosotros cuando nuestras vidas vayan más despacio. Eso es lo que me decía a mí misma.

Fuera de nuestra tienda, la noche se llena de sonidos del delta. Estamos cerca de un río, donde antes vimos hipopótamos. Creo que ahora puedo oírlos, junto con los graznidos, gritos y gruñidos de innumerables criaturas.

Pero dentro de nuestra tienda solo hay silencio.

Así que aquí es donde el amor viene a morir. En una tienda de campaña, en la sabana africana. Si estuviéramos de vuelta en Londres, estaría fuera de la cama, ya vestida, e iría al piso de mi amiga a beber brandy y a buscar comprensión. Pero aquí estoy, atrapada dentro de una tienda de lona, rodeada de fieras que quieren comerme. La claustrofobia me hace sentir desesperada por salir, por correr gritando hacia la noche. Deben ser las pastillas de la malaria, que están haciendo estragos en mi cerebro. Quiero que sean las pastillas, porque eso significa que no es culpa mía sentirme desesperada. Debo dejar de tomarlas.

Richard se ha quedado dormido. ¿Cómo puede dormirse tan plácidamente cuando siento que estoy a punto de hacerme añicos? Lo escucho inspirar y exhalar, tan relajado, tan tranquilo. El sonido de que no le importa.

Sigue dormido cuando me despierto a la mañana siguiente. Mientras la pálida luz del amanecer se filtra por las costuras de nuestra tienda, pienso con temor en el día que nos espera. Otro viaje incómodo, sentados uno al lado del otro, intentando comportarnos de manera civilizada. Otro día de ahuyentar mosquitos y mear en los arbustos. Otra noche viendo coquetear a Richard y sintiendo cómo se desmorona otro pedazo de mi corazón. Creo que estas vacaciones no pueden ir a peor.

Y entonces oigo los gritos de una mujer.

CAPÍTULO 2

Boston

Fue el cartero quien llamó. A las once y cuarto de la mañana, una voz trémula por un teléfono móvil: «Estoy en Sanborn Avenue, West Roxbury, 02132. El perro... Vi al perro en la ventana...». Y así es como llegó a la atención de la policía de Boston. Una cascada de acontecimientos que comenzó con un cartero alerta, uno de un ejército de soldados de infantería que se despliega seis días a la semana en los barrios de todo Estados Unidos. Son los ojos de la nación; a veces, los únicos ojos que se dan cuenta de que una anciana viuda no ha recogido su correo, un solterón no contesta el timbre y en un porche hay una pila amarillenta de periódicos.

El primer indicio de que algo iba mal en el interior de la gran casa de Sanborn Avenue, código postal 02132, fue el buzón abarrotado, algo que el cartero estadounidense Luis Muniz notó por primera vez el segundo día. Dos días de correo sin recoger no eran necesariamente motivo de alarma. La gente se ausenta durante el fin de semana. Se olvida de solicitar la suspensión de entrega a domicilio.

Pero, el tercer día, Muniz empezó a preocuparse.

El cuarto día, cuando Muniz abrió el buzón y lo encontró repleto de catálogos, revistas y facturas, supo que tenía que actuar.

—Llamó a la puerta principal —relató el patrullero Gary Root—. Nadie contestó. Se le ocurrió preguntar a la vecina de al lado si sabía algo. Entonces miró por la ventana y vio al perro.

—¿Ese perro que está allí? —preguntó la detective Jane Rizzoli, señalando a un golden retriever de aspecto amistoso que ahora estaba atado al buzón.

—Sí, ese. La placa de su collar dice que se llama Bruno. Lo saqué de la casa antes de que pudiera hacer más... —el patrullero Root tragó saliva— daño.

—¿Y el cartero? ¿Dónde está?

—Se ha cogido el resto del día libre. Es probable que esté tomándose una copa en algún sitio. Tengo su información de contacto, pero no creo que pueda decirte mucho más de lo que acabo de contarte. No entró en la casa, solo llamó al 911. Fui el primero en llegar y encontré la puerta abierta. Entré y... —Sacudió la cabeza—. Ojalá no lo hubiera hecho.

—¿Hablaste con alguien más?

—Con la agradable vecina de al lado. Salió cuando vio los coches aparcados aquí, quería saber qué pasaba. Solo le dije que su vecino había muerto.

Jane se volvió y miró hacia la casa donde Bruno, el simpático perro, había quedado atrapado. Era una casa unifamiliar antigua, de dos plantas con porche, garaje para dos coches y frondosos árboles en el jardín de delante. La puerta del garaje estaba cerrada y en la entrada había aparcado un Ford Explorer negro a nombre del propietario. Esa mañana, no había habido nada que diferenciara la residencia de las demás casas bien cuidadas de la avenida Sanborn, nada que llamara la atención de un policía y le hiciera pensar: «Un momento, aquí pasa algo». Pero ahora había dos coches patrulla aparcados en la acera con las luces encendidas, lo que hacía evidente para cualquiera que allí pasaba algo muy malo. Algo a lo que Jane y su compañero, Barry Frost, estaban a punto de enfrentarse. Al otro lado de la calle, un grupo numeroso de vecinos miraban la casa, boquiabiertos. ¿Alguno de ellos se había dado cuenta de que hacía días que no se veía al dueño, que no había sacado a pasear al perro ni recogido el correo? Seguro que ahora se lo estaban contando unos a otros: «Sí, me di cuenta de que algo no iba bien». Todos somos genios a posteriori.

—¿Quieres guiarnos por la casa? —preguntó Frost al patrullero Root.

—¿Sabes qué? —respondió Root—. Preferiría no hacerlo. Por fin me he quitado el olor de la nariz, y no me apetece volver a olerlo.

Frost tragó saliva.

—Eh... ¿tan grave es?

—Estuve allí unos treinta segundos, como mucho. Mi compañero no duró ni eso. No es que haya nada ahí que tenga que señalaros. Lo veréis enseguida. —Miró al perro, que respondió con un ladrido juguetón—. Pobre cachorro, atrapado ahí sin nada que comer. Sé que no tuvo opción, pero aun así...

Jane miró a Frost, que contemplaba la casa como un condenado a la horca.

—¿Qué has comido? —le preguntó.

—Sándwich de pavo con patatas fritas.

—Espero que lo hayas disfrutado.

—Eso no ayuda, Rizzoli.

Subieron los escalones del porche y se detuvieron para ponerse los guantes y los cubrezapatos.

—¿Sabías que hay una pastilla llamada Compazine? —dijo Jane.

—¿Sí?

—Funciona bastante bien para las náuseas matutinas.

—Estupendo. Cuando me quede embarazado, la probaré.

Se miraron y Jane lo vio respirar hondo, igual que ella. Una última bocanada de aire puro. Con

una mano enguantada, abrió la puerta y entraron. Frost levantó el brazo para taparse la nariz y bloquear el olor con el que estaban demasiado familiarizados. Lo llamaran cadaverina, putrescina o con cualquier otro nombre químico, todo se reducía al hedor de la muerte. Pero no fue el olor lo que hizo que Jane y Frost se detuvieran al cruzar la puerta, sino lo que vieron en las paredes.

Miraran donde miraran, muchos ojos les devolvían la mirada. Toda una galería de muertos, enfrentados a estos nuevos intrusos.

—Jesús —murmuró Frost—. ¿Se dedicaba a la caza mayor o algo así?

—Bueno, eso sí que es caza mayor —acotó Jane, mientras miraba la cabeza disecada de un rinoceronte y se preguntaba qué tipo de bala se necesitaba para matar a semejante criatura. O al búfalo del Cabo que estaba a su lado. Pasó despacio junto a la hilera de trofeos; los cubrezapatos susurraban contra el suelo de madera mientras ella observaba, boquiabierta, las cabezas de animales, tan reales que casi esperaba que el león rugiera—. ¿Son legales? ¿Quién demonios mata a un leopardo hoy en día?

—Mira. El perro no era la única mascota que corría por aquí.

En el suelo de madera había varias huellas de color marrón rojizo. Las más grandes correspondían a Bruno, el golden retriever, pero también había huellas más pequeñas repartidas por toda la habitación. Las manchas marrones en el alféizar de la ventana marcaban el lugar donde Bruno había apoyado las patas delanteras para mirar al cartero. Pero no fue simplemente la visión de un perro lo que hizo que Luis Muniz llamara al 911: fue lo que asomaba de la boca de ese perro.

Un dedo humano.

Jane y Frost siguieron el rastro de huellas de patas, pasando bajo los ojos vidriosos de una cebra y un león, una hiena y un facóquero. Este coleccionista no discriminaba por tamaños; hasta las criaturas más pequeñas tenían su ignominioso lugar en esas paredes, incluidos cuatro ratones posando con diminutas tazas de porcelana, sentados alrededor de una mesa en miniatura. Una grotesca fiesta del té del Sombrerero Loco.

A medida que atravesaban el salón y se adentraban en el pasillo, el hedor a putrefacción se hacía más intenso. Aunque aún no podía ver el origen, Jane oía el zumbido ominoso de insectos. Una mosca gorda zumbó en círculos alrededor de su cabeza y se alejó por una puerta.

«Sigue siempre a las moscas. Ellas saben dónde se sirve la cena».

La puerta estaba entreabierta. Justo cuando Jane la empujó, algo blanco salió disparado y pasó junto a sus pies.

—¡Santo cielo! —gritó Frost.

Con el corazón al galope, Jane miró al par de ojos que se asomaban por debajo del sofá del salón.

—Es solo un gato. —Soltó una carcajada de alivio—. Eso explica las huellas más pequeñas.

—Espera, ¿has oído eso? —preguntó Frost—. Creo que hay otro gato allí dentro.

Jane respiró hondo y cruzó la puerta para entrar en el garaje. Un gato atigrado gris se acercó trotando a saludarla y se enroscó entre sus piernas, pero Jane lo ignoró. Su mirada estaba fija en lo que colgaba de un cabrestante del techo. Las moscas eran tan numerosas que podía sentir su zumbido en los huesos mientras revoloteaban en enjambres alrededor del maduro festín que alguien había destripado, dejando al descubierto la carne que se retorcía de gusanos.

Frost se alejó dando arcadas.

El hombre desnudo colgaba cabeza abajo; tenía los tobillos atados con una cuerda de nailon naranja. Como el cadáver de un cerdo colgado en un matadero, le habían abierto el abdomen y extirpado los órganos. Los dos brazos colgaban libres, y las manos casi habrían tocado el suelo... si todavía hubieran estado adheridas al cuerpo. Si el hambre no hubiera obligado al perro Bruno, y quizá también a los dos gatos, a empezar a comer la carne de su dueño.

—Así que ya sabemos de dónde salió ese dedo —dijo Frost, con voz apagada, cubriéndose la boca con la manga—. Jesús, es la peor pesadilla de cualquiera. Que te coma tu propio gato...

A ojos de tres mascotas hambrientas, lo que ahora colgaba del cabrestante parecería sin duda un festín. Los animales ya habían desarticulado las manos y arrancado tanta piel, músculo y cartílago de la cara que el hueso blanco de una órbita había quedado al descubierto, una cresta nacarada que asomaba entre la carne destrozada. Los rasgos faciales estaban roídos hasta resultar irreconocibles, pero los genitales, grotescamente hinchados, no dejaban lugar a dudas de que se trataba de un hombre mayor, a juzgar por el vello púbico gris.

—Colgado y destripado como una presa de caza —dijo una voz detrás de ella.

Sobresaltada, Jane se volvió, para ver a la doctora Maura Isles de pie en la puerta. Incluso en una escena del crimen tan grotesca como aquella, Maura se las arreglaba para verse elegante, con el pelo negro tan impecable como un casco reluciente, la chaqueta y los pantalones grises perfectamente ajustados a su esbelta cintura y caderas. Hacía que Jane se sintiera como la prima desaliñada, con el pelo desordenado y los zapatos desgastados. Maura no se acobardó por el olor, sino que se acercó al cadáver, sin prestar atención a las moscas que se lanzaron en picado sobre su cabeza—. Esto es inquietante —dijo.

—¿Inquietante? —resopló Jane—. Estaba pensando más bien en algo como muy jodido.

El gato atigrado gris abandonó a Jane, se acercó a Maura y se frotó una y otra vez contra su pierna, ronroneando. Qué poca lealtad felina.

Maura apartó al gato con el pie, pero su atención seguía centrada en el cadáver.

—Faltan los órganos abdominales y torácicos. La incisión parece muy firme, desde el pubis hasta el xifoides. Es lo que un cazador haría con un ciervo o un jabalí. Colgarlo, destriparlo y dejarlo madurar. —Miró hacia el techo—. Y eso parece un cabrestante para elevar y colgar la caza. Está claro que esta casa pertenece a un cazador.

—Esos también parecen de cazador —dijo Frost. Señaló el banco de trabajo del garaje, donde un estante imantado sostenía una docena de cuchillos de aspecto letal. Estaban limpios, con las hojas relucientes.

Jane se quedó mirando el cuchillo deshuesador. Imaginó ese filo de navaja cortando carne blanda como mantequilla.

—Qué curioso —observó Maura, centrándose en el torso—. Estas heridas de aquí no parecen hechas con un cuchillo. —Señaló tres incisiones que atravesaban la caja torácica—. Son perfectamente paralelas, como cuchillas montadas juntas.

—Parece una marca de garras —dijo Frost—. ¿Podrían haberla hecho los animales?

—Son demasiado profundas para un gato o un perro. Parecen ser post mortem, con mínima supuración... —Se enderezó y miró el suelo—. Si lo vaciaron aquí, deben haber lavado la sangre con una manguera. ¿Veis ese desagüe en el hormigón? Es algo que un cazador instalaría si usara este espacio para colgar y madurar la carne.

—¿Qué es eso de madurar? Nunca he entendido para qué sirve colgar la carne —dijo Frost.

—Las enzimas post mortem actúan como ablandador natural, pero suele hacerse a temperaturas justo por encima del punto de congelación. Aquí parece haber... ¿cuánto, unos diez grados? Alcanza para que empiece a descomponerse. Y para que haya gusanos. Me alegro de que sea noviembre. Olería mucho peor en agosto. —Con unas pinzas, Maura cogió uno de los gusanos y lo estudió mientras se retorcía en la palma de su guante—. Parecen del tercer estadio. Coinciden con el momento de la muerte, hace unos cuatro días.

—Todas esas cabezas disecadas en el salón —dijo Jane—. Y acaba colgado como un animal muerto. Yo diría que aquí hay un tema recurrente.

—¿La víctima es el dueño de la casa? ¿Habéis confirmado su identidad?

—Es un poco difícil hacer una identificación visual sin las manos ni la cara. Pero diría que la edad coincide. El propietario registrado es Leon Gott, de sesenta y cuatro años. Divorciado, vivía solo.

—Desde luego, no estaba solo cuando murió —dijo Maura, mirando dentro de la incisión lo que ahora era poco más que un cascarón vacío—. ¿Dónde están? —preguntó, y de pronto se volvió hacia Jane—. El asesino colgó el cadáver aquí. ¿Qué hizo con los órganos?

Por un momento, el único sonido en el garaje fue el zumbido de las moscas; Jane pensó en todas las leyendas urbanas que había oído sobre órganos robados. Luego se concentró en el cubo de basura tapado, en la esquina más alejada. Al acercarse a él, sintió que el hedor a putrefacción se hacía aún más intenso; las moscas revoloteaban en una nube hambrienta. Con una mueca de asco, levantó el borde de la tapa. Un rápido vistazo fue todo lo que pudo soportar antes de que el olor la obligara a retroceder dando arcadas.

—Supongo que los has encontrado —dijo Maura.

—Sí —murmuró Jane—. Al menos, los intestinos. Te dejaré el inventario completo de tripas a ti.

—Genial.

—Oh, sí, será muy divertido.

—No, lo que quiero decir es que el asesino era meticuloso. La incisión. La extracción de las vísceras. —Los cubrezapatos crujieron mientras Maura se dirigía al cubo de la basura.

Tanto Jane como Frost retrocedieron cuando Maura abrió la tapa, pero incluso desde el lado opuesto del garaje percibieron el olor repugnante de los órganos en descomposición. El olor parecía perturbar al gato atigrado, que se frotaba contra Maura con más fervor aún, maullando para llamar su atención.

—Tienes un nuevo amigo —dijo Jane.

—Comportamiento normal de felino. Me reclama como su territorio —dijo Maura, mientras hundía una mano enguantada en el cubo de la basura.

—Sé que te gusta ser minuciosa, Maura —dijo Jane—. Pero ¿qué tal si los revisamos en la morgue? ¿En una sala con protección contra riesgo biológico o algo así?

—Necesito estar segura...

—¿De qué? Se huele que están ahí. —Asqueada, Jane vio cómo Maura se inclinaba sobre el cubo de la basura y metía aún más la mano en el montón de vísceras. En la morgue, había visto cómo Maura abría torsos y despegaba cueros cabelludos, descarnaba huesos y cortaba cráneos con una sierra, todo con una concentración tal como si fuera guiada con un láser. Esa misma concentración gélida se reflejaba en el rostro de Maura mientras hurgaba en la masa coagulada del cubo de basura, sin prestar atención a las moscas que ahora se arrastraban por su pelo oscuro elegantemente cortado. ¿Qué otra persona podía verse elegante haciendo algo tan repugnante?

—Venga, no es como si no hubieras visto tripas antes —dijo Jane.

Maura no contestó y hundió más las manos en el cubo.

—De acuerdo. —Jane suspiró—. No nos necesitas para esto. Frost y yo comprobaremos el resto del...

—Hay demasiado —murmuró Maura.

—¿Demasiado qué?

—Este no es un volumen normal de vísceras.

—Tú eres la que siempre habla de gases bacterianos. De hinchazón.

—La hinchazón no explica esto. —Maura se enderezó, y lo que sostenía en su mano enguantada hizo que Jane retrocediera.

—¿Es un corazón?

—Este no es un corazón normal, Jane —dijo Maura—. Sí, tiene cuatro cámaras, pero este arco aórtico no es normal. Tampoco lo son los grandes vasos.

—Leon Gott tenía sesenta y cuatro años —dijo Frost—. Tal vez le fallaba el corazón.

—Ese es el problema. Esto no parece el corazón de un hombre de sesenta y cuatro años. —Maura volvió a meter la mano en el cubo de la basura—. Pero este sí —dijo, y extendió la otra mano.

Jane miró una mano; luego, la otra.

—*Espera. ¿Hay dos corazones ahí dentro?*

—Y dos pares de pulmones.

Jane y Frost se miraron.

—Mierda —dijo él.

CAPÍTULO 3

Frost buscó en la planta baja y Jane, en el primer piso. Fue habitación por habitación, abriendo armarios y cajones, mirando debajo de las camas. No había cadáveres destripados por ninguna parte ni señales de lucha, pero sí muchas motas de polvo y pelos de gato. El señor Gott —si es que era el hombre que estaba colgado en el garaje— no había sido fanático de la limpieza y el orden, y en su cómoda había recibos de ferretería, baterías de audífonos, una cartera con tres tarjetas de crédito y cuarenta y ocho dólares en efectivo, y unas cuantas balas sueltas. Lo que dejaba claro que el señor Gott era más que un entusiasta de las armas de fuego. No le sorprendió abrir el cajón de la mesita de noche y encontrar una pistola Glock cargada, con una bala en la recámara, lista para disparar. Justo la herramienta indicada para un hombre paranoico.

Lástima que el arma estuviera arriba mientras al propietario de la casa le arrancaban las tripas abajo.

En el armario del baño encontró el esperado arsenal de pastillas para un hombre de sesenta y cuatro años. Aspirina e ibuprofeno, atorvastatina y Lopresor. Y en la encimera había un par de audífonos de alta gama. No los llevaba puestos, lo que significaba que podría no haber oído a un intruso.

Cuando Jane bajaba las escaleras, sonó el teléfono en el salón. Cuando llegó, el contestador ya se había puesto en marcha y Jane oyó la voz de un hombre que dejaba un mensaje:

Hola, Leon. No me contestaste sobre lo del viaje a Colorado. Hazme saber si quieres unirte a nosotros. Debería ser divertido.

Jane estaba a punto de volver a reproducir el mensaje para ver el número de teléfono de la persona que llamaba cuando se dio cuenta de que el botón de reproducir estaba manchado de lo que parecía sangre. Según la pantalla parpadeante, había dos mensajes grabados y ella acababa de escuchar el segundo.

Con un dedo enguantado, presionó «Reproducir».

3 de noviembre, nueve y cuarto de la mañana:

... y si llama inmediatamente, podemos rebajar las tarifas de su tarjeta de crédito. No pierda la oportunidad de aprovechar esta oferta especial.

6 de noviembre, 14 horas:

Hola, Leon. No me contestaste sobre lo del viaje a Colorado. Hazme saber si quieres unirte a nosotros. Debería ser divertido.

El 3 de noviembre fue lunes, hoy era jueves. Ese primer mensaje seguía en el contestador, sin reproducir, porque a las nueve de la mañana del lunes, Leon Gott probablemente estaba muerto.

—¿Jane? —dijo Maura.

El gato la había seguido hasta el pasillo y dibujaba figuras de ochos entre sus piernas.

—Hay sangre en este contestador —dijo Jane, volviéndose para mirarla—. ¿Por qué lo tocaría el asesino? ¿Por qué revisaría los mensajes de la víctima?

—Ven a ver lo que Frost ha encontrado en el jardín trasero.

Jane la siguió hasta la cocina y salió por la puerta de atrás. En un jardín vallado donde la hierba crecía por trozos, había un edificio anexo con revestimiento metálico. Demasiado grande para ser solo un cobertizo de almacenamiento, la estructura sin ventanas parecía lo bastante amplia como para ocultar todo tipo de horrores. Al entrar, Jane percibió un olor químico, a alcohol. Las bombillas fluorescentes iluminaban el interior con un resplandor frío y clínico.

Frost estaba de pie junto a una gran mesa de trabajo, estudiando una herramienta de aspecto temible atornillada a ella.

—Al principio pensé que era una sierra de mesa —dijo—. Pero esta hoja no se parece a ninguna sierra que haya visto nunca. ¿Y esos armarios de ahí? —Señaló al otro lado del taller—. Echa un vistazo a lo que hay dentro.

A través de las puertas de cristal del armario, Jane vio cajas de guantes de látex y una serie de instrumentos de aspecto aterrador dispuestos en los estantes. Bisturíes y cuchillos, sondas, pinzas y fórceps: herramientas de cirujano. De los ganchos de la pared colgaban delantales de goma salpicados con lo que parecían manchas de sangre. Con un escalofrío, se volvió y miró la mesa de trabajo de madera contrachapada, cuya superficie estaba llena de muescas y cortes, y vio un trozo de carne cruda congelada.

—Bien —murmuró Jane—. Ahora sí que siento terror.

—Esto es como el taller de un asesino en serie —dijo Frost—. Y esta mesa es donde rebanaba y cortaba los cuerpos.

En la esquina había un barril blanco de unos doscientos litros montado sobre un motor eléctrico.

—¿Para qué demonios es esa cosa?

Frost negó con la cabeza.

—Parece lo bastante grande como para sostener...

Jane fue hacia el barril. Se detuvo al ver gotas rojas en el suelo. Había manchas en la tapa.

—Hay sangre por todas partes.

—¿Qué hay dentro del barril? —preguntó Maura.

Jane dio un fuerte tirón al cerrojo.

—Y detrás de la puerta número dos hay... —Echó un vistazo a la tapa abierta—. Serrín.

—¿Eso es todo?

Jane metió la mano en el barril y rebuscó entre los copos, levantando una nube de polvo de madera.

—Solo serrín.

—Así que todavía nos falta la segunda víctima —dijo Frost.

Maura se acercó a la aterradora herramienta que Frost había creído que era una sierra de mesa. Mientras examinaba la hoja, el gato volvió restregarse contra su pantalón, negándose a dejarla en paz.

—¿Ha visto bien esto, detective Frost ?

—Me he acercado hasta donde he podido.

—¿Nota cómo esta hoja circular tiene un filo que está doblado hacia los lados? Es evidente que no está hecha para cortar.

Jane se unió a ella en la mesa y tocó con cuidado el filo de la hoja.

—Esto parece que te haría pedazos.

—Puede que sea para eso. Creo que se llama descarnador. No se usa para cortar, sino para moler la carne.

—¿Quién fabrica una máquina así?

Maura fue hasta un armario y abrió la puerta. Dentro había una hilera de lo que parecían botes de pintura. Cogió un bote grande y le dio la vuelta para leer el contenido.

—Bondo.

—¿Un producto para coches? —dijo Jane, al ver la imagen de un coche en la etiqueta.

—La etiqueta dice que es masilla para carrocerías. Para reparar abolladuras y arañazos. —Maura volvió a dejar la lata en la estantería. No podía quitarse de encima al gato gris, que la siguió mientras se dirigía al armario y miraba a través de las puertas de cristal los cuchillos y las sondas, dispuestos como el juego de herramientas de un cirujano—. Creo que sé para qué se utilizaba esta habitación. —Se volvió hacia Jane—. ¿Recuerdas ese segundo grupo de vísceras en el cubo de basura? No creo que sean humanas.

—Leon Gott no era un hombre agradable. Y estoy tratando de ser benévola —dijo Nora Bazarian, mientras limpiaba un bigote de crema de zanahoria de la boca de su hijo de un año. Con sus vaqueros desteñidos, la camiseta ajustada y el pelo rubio recogido en una coleta juvenil, parecía más una adolescente que una madre de treinta y tres años con dos hijos. Tenía la habilidad de madre de hacer varias cosas a la vez: metía cucharadas de zanahoria en la boca abierta de su hijo y al mismo tiempo cargaba el lavavajillas, vigilaba el pastel en el horno y respondía a las preguntas de Jane. No era de extrañar que la mujer tuviera la cintura de una adolescente; no se quedaba quieta ni cinco segundos.

—¿Sabe lo que le gritó a mi hijo de seis años? —dijo Nora—. «Fuera de mi jardín». Solía pensar que eso solo lo hacían los viejos cascarrabias en las caricaturas, pero Leon se lo dijo de verdad a mi hijo. Y todo porque Timmy se acercó a acariciar a su perro. —Nora cerró el lavavajillas de golpe—. Bruno tiene mejores modales que su dueño.

—¿Desde cuándo conocía al señor Gott? —preguntó Jane.

—Nos mudamos a esta casa hace seis años, justo después de que naciera Timmy. Pensamos que era el barrio perfecto para los niños. Puede ver lo bien cuidados que están la mayoría de los jardines y, además, hay otras familias jóvenes en esta calle, con niños de la edad de Timmy. —Con gracia de bailarina, se giró hacia la cafetera y volvió a llenar la taza de Jane—. Unos días después de mudarnos, le llevé a Leon un plato de brownies, solo para saludarlo. Ni siquiera me dio las gracias, solo me dijo que no comía dulces y me los devolvió. Luego se quejó de que mi bebé lloraba demasiado por la noche. ¿Puede creerlo? —Se sentó y metió más zanahorias en la boca de su hijo—. Para colmo, tenía todos esos animales muertos colgados en la pared.

—Así que ha estado dentro de su casa.

—Solo una vez. Me contó con mucho orgullo que él mismo había matado a la mayoría de ellos. ¿Qué clase de persona mata animales solo para decorar sus paredes? —Limpió una gota de zanahoria de la barbilla del bebé—. Fue entonces cuando decidí que nos mantendríamos alejados de él. ¿Verdad, Sam? —dijo, dirigiéndose al niño—. Bien lejos de ese hombre malo.

—¿Cuándo vio al señor Gott por última vez?

—Hablé con el agente Root sobre todo esto. Vi a Leon por última vez el fin de semana.

—¿Qué día?

—El domingo por la mañana. Lo vi en su entrada. Metía bolsas de la compra en su casa.

—¿Vio si alguien lo visitó aquel día?

—Estuve fuera la mayor parte del domingo. Mi marido está en California esta semana, así que llevé a los niños a casa de mi madre, en Falmouth. Esa noche volvimos tarde a casa.

—¿A qué hora?

—Alrededor de las nueve y media o diez.

—Y esa noche, ¿escuchó algo inusual al lado? ¿Gritos, voces fuertes?

Nora dejó la cuchara y la miró con el ceño fruncido. El bebé emitió un graznido de hambre, pero Nora lo ignoró; su atención estaba totalmente centrada en Jane.

—Cuando el agente Root me dijo que habían encontrado a Leon ahorcado en su garaje, pensé que había sido un suicidio.

—Me temo que estamos ante un homicidio.

—¿Está segura?

«Sí. Estoy segura».

—Señora Bazarian, si pudiera recordar la noche del domingo...

—Mi marido no vuelve a casa hasta el lunes, y estoy sola con los niños. ¿Es seguro que nos quedemos aquí?

—Háble me del domingo por la noche.

—¿Mis hijos estarán seguros?

Era la primera pregunta que haría cualquier madre. Jane pensó en su propia hija de tres años, Regina. Pensó en cómo se sentiría ella en la situación de Nora Bazarian, con dos niños pequeños, viviendo tan cerca de un lugar donde se había cometido un acto violento. ¿Preferiría que la tranquilizaran o que le dijeran la verdad, que era que ella no sabía la respuesta? No podía prometer que alguien estaría siempre a salvo.

—Hasta que sepamos más —dijo Jane—, sería buena idea tomar precauciones.

—¿Qué se sabe?

—Creemos que ocurrió en algún momento de la noche del domingo.

—Ha estado muerto todo este tiempo —murmuró Nora—. Justo al lado, y no tenía ni idea.

—¿No vio ni oyó nada inusual el domingo por la noche?

—Puede verlo por usted misma: hay una valla alta alrededor de su jardín, así que nunca

sabíamos lo que sucedía allí. Excepto cuando hacía ese horrible ruido en su taller del jardín.

—¿Qué tipo de ruido?

—Un chillido horrible, como de una sierra eléctrica. ¡Y pensar que tuvo el descaro de quejarse de un bebé que lloraba!

Jane recordaba haber visto los audífonos de Gott en la encimera del cuarto de baño. Si había estado trabajando con maquinaria ruidosa el domingo por la noche, seguro que no se habría puesto los audífonos. Era una razón más por la que no habría oído a un intruso.

—Dijo usted que llegó tarde a casa el domingo por la noche. ¿Estaban encendidas las luces del señor Gott?

Nora ni siquiera tuvo que pensarlo.

—Sí —dijo—. Recuerdo que estaba molesta porque la luz de su cobertizo da directamente a mi dormitorio. Pero, cuando me fui a la cama, sobre las diez y media, la luz estaba apagada.

—¿Y el perro? ¿Ladraba?

—Ah, Bruno. Siempre ladra, ese es el problema. Es probable que les ladre hasta a las moscas.

«De las que ahora hay muchas», pensó Jane. De hecho, Bruno estaba ladrando en ese momento. No para alertar a nadie, sino de excitación perruna ante los muchos extraños que había en su jardín.

Nora se volvió hacia el sonido.

—¿Qué va a ser de él?

—No lo sé. Supongo que tendremos que encontrar a alguien que se lo lleve. Y también a los gatos.

—No me gustan los gatos, pero no me molestaría quedarme con el perro. Bruno nos conoce y siempre ha sido cariñoso con mis hijos. Me sentiría más segura con un perro aquí.

Tal vez no sentiría lo mismo si supiera que en ese mismo momento Bruno estaba digiriendo bocados de carne de su dueño muerto.

—¿Sabe si el señor Gott tenía algún pariente cercano? —preguntó Jane.

—Tenía un hijo, pero murió hace unos años en un viaje al extranjero. Su exmujer también murió y nunca he visto a ninguna mujer allí. —Nora sacudió la cabeza—. Es horrible pensar que estuvo muerto durante cuatro días y nadie se dio cuenta. Así de solo estaba.

A través de la ventana de la cocina, Jane vislumbró a Maura, que acababa de salir de la casa de Gott y ahora estaba en la acera, consultando los mensajes de su teléfono móvil. Al igual que Gott, Maura vivía sola, e incluso ahora parecía una figura aislada. Si la dejaban a merced de su

naturaleza solitaria, ¿podría Maura convertirse algún día en otro caso como Leon Gott?

El furgón de la morgue había llegado y los primeros equipos de televisión se apresuraban a ubicarse fuera de la cinta policial. Pero esa noche, después de que los policías, criminalistas y periodistas se marcharan, quedaría la cinta de la escena del crimen marcando la casa que había visitado un asesino. Y aquí, justo al lado, había una madre sola con sus dos hijos.

—No fue al azar, ¿verdad? —preguntó Nora—. ¿Fue alguien que conocía? ¿A qué cree usted que se enfrenta?

«A un monstruo», pensó Jane mientras metía el bolígrafo y el cuaderno en el bolso y se ponía de pie.

—Veo que tiene sistema de seguridad, señora —dijo—. Utilícelo.

CAPÍTULO 4

Maura trasladó la caja de cartón desde el coche hasta la casa y la dejó en el suelo de la cocina. El gato gris atigrado maullaba lastimeramente suplicando que lo liberaran, pero Maura lo mantuvo encerrado en la caja mientras buscaba en la despensa algo que pudiera darle para comer. No había tenido tiempo de pasar por el supermercado a comprar comida para mascotas; en un impulso, se había hecho cargo del gato atigrado porque nadie más lo había hecho y la única alternativa era el refugio para animales.

Y porque quedaba claro que el gato, que parecía injertado en su pierna, la había adoptado.

En la despensa, Maura encontró una bolsa de comida seca para perros que había quedado de la última visita de Julian con su perro, Oso. ¿Comería un gato comida para perros? No estaba segura. En su lugar, cogió una lata de sardinas.

Los maullidos del gato se volvieron frenéticos cuando Maura abrió la lata y liberó el aroma a pescado. Vació las sardinas en un cuenco y abrió la caja de cartón. El gato salió disparado y atacó el pescado con tanta voracidad que el cuenco resbaló por las baldosas de la cocina.

—Supongo que las sardinas saben mejor que los humanos, ¿eh?

Acarició el lomo del gato atigrado y su cola se arqueó de placer. Nunca había tenido un gato. Nunca había tenido tiempo ni deseos de adoptar una mascota, a menos que contara la breve y trágica experiencia con el pez luchador siamés. Tampoco estaba segura de querer esa mascota, pero ahí estaba, ronroneando como un motor fueraborda mientras lamía el cuenco de porcelana, el mismo cuenco que ella usaba para los cereales del desayuno. Era algo inquietante de considerar. Un gato come-hombres. Contaminación cruzada. Pensó en todas las enfermedades que albergaban los felinos: fiebre por arañazos de gato, Toxoplasma gondii, leucemia felina, rabia, ascárides y salmonela. Los gatos eran auténticos pozos negros de infecciones, y uno de ellos estaba comiendo de su tazón de cereales.

El gato atigrado engulló el último fragmento de sardina y miró a Maura con ojos verdes cristalinos y una mirada tan atenta que parecía leer su mente y reconocer un espíritu afín. «Así es como empiezan las locas de los gatos —pensó Maura—. Miran a un animal a los ojos y creen ver un alma que les devuelve la mirada». ¿Y qué veía ese gato cuando miraba a Maura? Al humano con el abrelatas.

—Ojalá pudieras hablar —dijo—. Ojalá pudieras decirnos lo que viste.

Pero el gato guardaba sus secretos. Dejó que le hiciera unas cuantas caricias más y luego se alejó a un rincón, donde procedió a lavarse. Hasta allí llegaba el afecto felino. «Aliméntame y ahora déjame en paz». Tal vez era la mascota perfecta para ella: ambos solitarios, inadecuados para la compañía a largo plazo.

Como él la ignoraba, dejó de prestarle atención y se ocupó de su propia cena. Metió en el horno una cazuela de berenjenas a la parmesana que había sobrado, se sirvió una copa de pinot noir y se sentó frente al portátil para cargar las fotos de la escena del crimen de Gott. En la pantalla volvió a ver el cuerpo destripado, la cara despojada hasta el hueso, las larvas de moscardón saciadas de carne, y recordó con demasiada nitidez los olores de aquella casa, el zumbido de las moscas. La autopsia del día siguiente no sería agradable. Despacio, repasó las imágenes en busca de detalles que pudiera haber pasado por alto en el lugar de los hechos, donde la presencia de policías y personal forense era una ruidosa distracción. No vio nada que no concordara con su estimación del intervalo post mortem de cuatro a cinco días. Las extensas heridas de la cara, el cuello y las extremidades superiores podían atribuirse a daños causados por las mascotas. «Y eso significa que fuiste tú», pensó, mirando al gato, que se lamía las patas con serenidad. ¿Cómo se llamaba? No tenía ni idea, pero no podía seguir llamándolo gato.

La siguiente foto mostraba el montón de vísceras que había dentro del cubo de basura, una masa coagulada que tendría que remojar y separar antes de poder examinar adecuadamente cada uno de los órganos. Sería la parte más repugnante de la autopsia, porque la putrefacción empezaba allí, en las vísceras, donde las bacterias prosperaban y se multiplicaban. Pinchó en las siguientes imágenes y luego se detuvo, centrándose en otra foto de las vísceras en el cubo de basura. La iluminación era diferente en esa imagen porque el flash no se había apagado y, con la luz oblicua, se apreciaban nuevas curvas y fisuras en la superficie.

Sonó el timbre.

No esperaba visitas. Desde luego, no esperaba encontrar a Jane Rizzoli en su porche.

—Pensé que necesitarías esto —dijo Jane, tendiéndole una bolsa de la compra.

—¿Qué es?

—Arena para gatos y una caja de comida Friskies. Frost se siente culpable de que te quedaras con el gato, así que le dije que te traería esto. ¿Ya ha destrozado tus muebles?

—Ha devorado una lata de sardinas, eso es todo. Pasa, puedes ver por ti misma cómo está.

—Probablemente mucho mejor que el otro.

—¿El gato blanco de Gott? ¿Qué has hecho con él?

—Nadie puede atraparlo. Sigue escondido en algún lugar de esa casa.

—Espero que le hayas dado comida fresca y agua.

—Frost se ha hecho cargo, por supuesto. Dice que no soporta a los gatos, pero tendrías que haberlo visto arrodillado, rogándole al gatito: «¡Por favor, minino!», para que saliera de debajo de la cama. Volverá mañana y cambiará la caja de arena.

—Creo que le vendría bien una mascota. Debe sentirse muy solo estos días.

—¿Por eso te has traído un gato a tu casa?

—Claro que no. Me lo he traído a casa porque... —Maura suspiró—. No tengo ni idea de por qué. Porque no me dejaba en paz.

—Sí, reconoce a un alma caritativa cuando la ve —dijo Jane, riendo, mientras seguía a Maura a la cocina—. Ahí está la señora que me dará de comer nata y paté.

En la cocina, Maura miró al gato con expresión consternada; estaba encima de la mesa, con las patas delanteras apoyadas en el teclado del portátil.

—Fuera —le espetó—. ¡Fuera!

El gato bostezó y se tumbó de lado.

Maura lo levantó y lo dejó caer al suelo.

—Y no te acerques.

—¿Sabes?, en realidad, no puede estropear tu ordenador —dijo Jane.

—No es el por el ordenador, es por la mesa. Yo como en esta mesa. —Maura cogió una esponja, la roció con limpiador en spray y empezó a limpiar la superficie.

—Creo que se te ha escapado un microbio.

—No me hace gracia. Piensa dónde ha estado ese gato. Dónde ha estado caminando los últimos cuatro días. ¿Querrías comer en esa mesa?

—Es probable que ese gato esté más limpio que mi hija de tres años.

—En eso estamos de acuerdo. Los niños son como fómites.

—¿Qué?

—Propagan infecciones allí donde van. —Maura terminó de limpiar la mesa con energía y tiró la esponja al cubo de residuos.

—Lo recordaré cuando llegue a casa. «Ven con mamá, mi dulce fómite». —Jane abrió la bolsa de arena para gatos y la vertió en la caja de arena de plástico que también había traído—. ¿Dónde quieres ponerla?

—Esperaba dejarlo salir y que hiciera sus necesidades en el jardín.

—Si lo dejas salir, tal vez no vuelva. —Jane se quitó el polvo de las manos y se enderezó—. Lo que tal vez sería una buena idea, ¿o no?

—No sé en qué estaba pensando al traerlo a casa. Fue solo porque se pegó a mí. No es que quisiera un gato.

—Acabas de decir que Frost necesitaba una mascota. ¿Por qué tú no?

—Frost acaba de divorciarse. No está acostumbrado a estar solo.

—Y tú lo estás.

—Hace años que estoy sola, y no creo que eso vaya a cambiar pronto. —Maura miró a su alrededor, las encimeras impecables, el fregadero limpio—. A menos que de repente se produzca un milagro y aparezca un hombre.

—Oye, así es como deberías llamarlo —dijo Jane, señalando al gato—. Hombre Milagro.

—Ese no va a ser su nombre. —El temporizador de la cocina sonó y Maura abrió el horno para comprobar cómo estaba la cazuela.

—Huele bien.

—Es berenjena a la parmesana. No podía soportar la idea de comer carne esta noche. ¿Tienes hambre? Aquí hay suficiente para dos.

—Iré a cenar a casa de mi madre. Gabriel sigue en Washington, y mamá no puede soportar la idea de que Regina y yo estemos solas. —Jane hizo una pausa—. ¿Te gustaría venir con nosotras, solo por la compañía?

—Eres muy amable, pero mi cena ya está caliente.

—No me refiero solo a esta noche, sino en general. Siempre que necesites una familia con la que pasar el rato.

Maura la miró durante varios segundos.

—¿Me estás adoptando?

Jane sacó una silla y se sentó a la mesa de la cocina.

—Mira, creo que todavía tenemos que aclarar las cosas entre nosotras. No hemos hablado mucho desde el caso de Teddy Clock, y sé que los últimos meses han sido duros para ti. Debería haberte invitado a cenar hace mucho tiempo.

—Yo también debería haberte invitado. Las dos hemos estado ocupadas, eso es todo.

—¿Sabes?, me preocupé de verdad, Maura, cuando dijiste que estabas pensando en dejar Boston.

—¿Por qué te preocuparías?

—Después de todo lo que hemos pasado juntas, ¿cómo puedes irte así, sin más? Hemos vivido cosas que nadie más podría entender. Como eso. —Jane señaló el ordenador de Maura, donde la foto de las vísceras seguía en pantalla—. Dime, ¿con quién más voy a hablar de vísceras en un cubo de basura? No es algo que hace la gente normal.

—Es decir, no soy normal.

—No pensarás de verdad que yo lo soy, ¿no? —Jane se rio—. Las dos somos unas enfermas retorcidas. Es la única explicación de por qué trabajamos en esto. Y por qué formamos tan buen equipo.

Eso era algo que Maura no había previsto cuando conoció a Jane.

Había oído hablar de la reputación de Jane, de boca de los policías de sexo masculino que murmuraban sobre ella. «Bruja. Rompepelotas. Siempre con síndrome premenstrual». La mujer que llegó a la escena del crimen aquel día sin duda era contundente, centrada e implacable. También era una de las mejores detectives que Maura había conocido.

—Una vez me dijiste que no había nada que te retuviera aquí, en Boston —prosiguió Jane—. Solo quiero recordarte que no es verdad. Tú y yo tenemos historia juntas.

—Es cierto —suspiró Maura— . De meternos en problemas.

—Y de salir de ellos juntas. ¿Qué te espera en San Francisco?

—Recibí una oferta de un antiguo colega. Un puesto de profesora en la Universidad de California.

—¿Y Julian? Eres lo más parecido a una madre que tiene ese muchacho. Si te marchas a California, sentirá que lo has abandonado aquí.

—Apenas tengo ocasión de verlo. Julian tiene diecisiete años y va a solicitar el ingreso en la universidad. Quién sabe dónde terminará, y hay algunas buenas opciones en California. No puedo atar mi vida a un chico que acaba de empezar la suya.

—Esta oferta de trabajo en San Francisco. ¿Pagan mejor? ¿Es eso?

—No la aceptaría por eso.

—Se trata de huir, ¿no? De salir pitando. —Jane hizo una pausa—. ¿Él sabe que podrías irte de Boston?

Él. Maura se apartó bruscamente y volvió a llenar su copa de vino. La sola mención de Daniel Brophy la impulsaba a beber.

—No he hablado con Daniel en meses.

—Pero lo ves.

—Por supuesto. Cuando llego a la escena de un crimen, nunca sé si estará allí, consolando a la familia, rezando por la víctima. Nos movemos en los mismos círculos, Jane. El círculo de los muertos. —Bebió un sorbo de vino—. Sería un alivio escapar de él.

—Así que marcharte a California es una forma de evitarlo.

—Y de evitar la tentación —dijo Maura en voz baja.

—¿De volver con él? —Jane negó con la cabeza—. Ya has tomado tu decisión. Apégate a ella y sigue adelante. Es lo que yo haría.

Y eso era lo que las hacía tan diferentes la una de la otra. Jane actuaba con rapidez y siempre sabía con certeza lo que había que hacer. No perdía el sueño cuestionándose a sí misma. Pero la incertidumbre era lo que mantenía a Maura despierta por las noches, dándole vueltas a las decisiones, considerando sus consecuencias. Ojalá la vida fuera como una fórmula matemática, con una sola respuesta.

Jane se levantó.

—Piensa en lo que te he dicho, ¿vale? Sería demasiado trabajo para mí adiestrar a otro forense. Así que cuento con que te quedes. —Apoyó una mano en el brazo de Maura y añadió en voz baja —: Te estoy pidiendo que te quedes. —Luego, al típico estilo de Jane Rizzoli, se volvió con brusquedad para marcharse—. Hasta mañana.

—La autopsia es por la mañana —dijo Maura, mientras caminaban hacia la puerta principal.

—Prefiero saltármela. He visto gusanos más que suficientes, gracias.

—Pueden surgir sorpresas. No querrás perdértela.

—La única sorpresa —dijo Jane al salir— sería que apareciera Frost.

Maura cerró la puerta y volvió a la cocina, donde la cazuela de berenjenas se había enfriado. Volvió a meterla en el horno para recalentarla. El gato había saltado de nuevo a la mesa y se había echado sobre el teclado del portátil, como diciendo: «Esta noche se acabó el trabajo». Maura lo cogió y lo dejó caer al suelo. Alguien tenía que ejercer la autoridad en esa casa, y desde luego no iba a ser un gato. Había vuelto a activar la pantalla, que ahora estaba iluminada con la última imagen que había estado estudiando. Era la foto de las vísceras, cuya superficie ondulada se veía resaltada por las sombras de la luz oblicua. Estaba a punto de cerrar el portátil cuando su mirada se centró en el hígado. Frunció el ceño, hizo zoom y observó las curvas y fisuras de la superficie. No era solo un truco de la luz. Tampoco era una distorsión causada por la inflamación bacteriana.

«Este hígado tiene seis lóbulos».

Cogió el teléfono.

CAPÍTULO 5

Botsuana

—¿Dónde está? —Sylvia está gritando—. ¿Dónde está el resto?

Vivian y ella están de pie a varios metros de distancia, bajo los árboles. Están mirando el suelo, a algo que no puedo ver porque la hierba del pastizal les llega hasta las rodillas. Paso por encima del cerco perimetral del campamento, del que aún cuelgan las campanas, que no emitieron ningún tintineo de advertencia en la noche. En cambio, es Sylvia quien ha dado la alarma, y sus gritos nos sacan de nuestras tiendas en diversos estados de desnudez. El señor Matsunaga aún se está subiendo la cremallera de los pantalones cuando sale a toda prisa de su tienda. Elliot ni siquiera se molesta en ponerse los pantalones, sino que se enfrenta al frío amanecer con solo calzoncillos y sandalias. Me las he arreglado para coger una de las camisas de Richard y me la pongo por encima del camisón mientras me adentro en el pastizal, con las botas aún desatadas y un guijarro atrapado dentro que me muerde la planta del pie. Veo un jirón ensangrentado de tela color caqui, enredado como una serpiente en la rama de un arbusto. Me acerco unos pasos más y veo más tela rasgada y un manojo de lo que parece lana negra. Doy otros pasos y veo lo que miran las chicas. Ahora sé por qué grita Sylvia.

Vivian se gira y echa a correr hacia los arbustos.

Estoy demasiado pasmada para moverme. Incluso mientras Sylvia gime e hiperventila a mi lado, yo estudio los diversos huesos esparcidos por esa zona de pastos aplanados, sintiéndome extrañamente lejana, como si habitara el cuerpo de otra persona. El de una científica, tal vez. Una anatomista, que mira los huesos y se siente obligada a encajarlos cada uno en su sitio, a anunciar: «Este es el peroné derecho y ese es el cúbito, y aquel es del quinto dedo del pie derecho. Sí, está claro que es el dedo del pie derecho». Aunque en realidad no puedo identificar casi nada de lo que estoy viendo, porque queda muy poco y está todo hecho pedazos. De lo único que puedo estar segura es de que hay una costilla, porque se parece a las costillas que he comido, untadas en salsa. Pero esto no es una costilla de cerdo, oh, no, este hueso roído y astillado es humano, y perteneció a alguien que conocía, alguien con quien hablé no hace ni nueve horas.

—Ay, Jesús —gime Elliot—. ¿Qué ha pasado? ¿Qué coño ha pasado?

La voz de Johnny retumba:

—Atrás. Todo el mundo atrás.

Me giro y veo que Johnny entra en nuestro círculo. Ya estamos todos: Vivian y Sylvia, Elliot y Richard, los Matsunaga. Solo falta una persona, pero en realidad no, porque aquí está la costilla de Clarence y una mata de su pelo. El aire huele a muerte, a miedo, a carne fresca y a África. Johnny se agacha sobre los huesos y, durante un momento, no habla. Nadie habla. Incluso los

pájaros están callados, aturdidos por esta perturbación humana, y lo único que oigo es el susurro del pastizal en el viento y el débil rumor del río.

—¿Alguno de vosotros vio algo anoche? ¿Oyó algo? —pregunta Johnny. Levanta la vista y me doy cuenta de que lleva la camisa desabrochada y está sin afeitar. Sus ojos se clavan en los míos. Lo único que puedo hacer es sacudir la cabeza—. ¿Alguien? —Johnny estudia nuestras caras.

—Dormí como un tronco —dice Elliot—. No oí...

—Nosotros tampoco —dice Richard, respondiendo, como de costumbre, por los dos, lo que me fastidia.

—¿Quién lo ha encontrado?

La respuesta de Vivian sale apenas en un susurro:

—Sylvia y yo. Las dos teníamos que ir al baño. Ya estaba amaneciendo y pensamos que sería seguro salir. Clarence ya suele tener el fuego encendido y... —Se interrumpe, con expresión horrorizada por haber dicho su nombre. Clarence.

Johnny se levanta. Estoy más cerca de él y me fijo en cada detalle, desde su pelo alborotado por el sueño hasta la cicatriz nudosa en el abdomen, una cicatriz que veo por primera vez. Ahora no se interesa por nosotros, porque no podemos decirle nada. En cambio, su atención se centra en el suelo, en los restos dispersos de la matanza. Primero, mira hacia el campamento cercado por la alambrada.

—Las campanas no sonaron —dice—. Yo las habría oído. Clarence las habría oído.

—¿Así que, fuera lo que fuere, no entró en el campamento? —pregunta Richard.

Johnny lo ignora. Empieza a caminar en un círculo cada vez más amplio, apartando con impaciencia a cualquiera que se interponga en su camino. No hay tierra desnuda, solo pastos altos; tampoco huellas de pisadas o de animales que ofrezcan pistas.

—Él se hizo cargo de la guardia a las dos de la madrugada y yo me fui enseguida a dormir. El fuego está casi muerto, hace horas que no se echa leña. ¿Por qué lo dejaría? ¿Por qué saldría del perímetro? —Mira a su alrededor—. ¿Y dónde está el rifle?

—El rifle está allí —contesta el señor Matsunaga, y señala hacia el círculo de piedras donde ahora se ha apagado el fuego—. Lo he visto tirado en el suelo.

—¿Simplemente lo dejó allí? —pregunta Richard—. ¿Se alejó del fuego y se adentró en la oscuridad sin su arma? ¿Por qué Clarence haría algo así?

—No lo haría —es la escalofriante respuesta de Johnny. Está caminando en círculos otra vez, escudriñando el pastizal. Encuentra trozos de tela, un zapato, pero poco más. Se aleja más, hacia el río. De repente, se arrodilla y, por encima del pasto alto, apenas puedo ver la parte superior de su cabeza rubia. No se mueve, y eso nos inquieta. Nadie está ansioso por averiguar qué está

mirando ahora; ya hemos visto más que suficiente. Pero su silencio me llama con una fuerza gravitatoria que me atrae hacia él.

Me mira.

—Hienas.

—¿Cómo sabes que fueron hienas?

Señala unos cúmulos grisáceos en el suelo.

—Eso es excremento de hiena. ¿Ves el pelo de animal, los trozos de hueso mezclados?

—Oh, Dios. No son de él, ¿verdad?

—No, este excremento es de hace unos días. Pero sabemos que hay hienas aquí. —Señala un jirón de tela ensangrentada—. Y lo han encontrado.

—Pero yo creía que las hienas solo eran carroñeras.

—No puedo probar que lo hayan atacado. Pero está claro que se han alimentado de él.

—¡Son tan pocos los restos de Clarence! —murmuro, mirando los fragmentos de tela—. Es como si simplemente... hubiera desaparecido.

—Los carroñeros no desperdician nada, no dejan nada. Es probable que se hayan llevado el resto del cadáver a su guarida. No entiendo por qué Clarence murió sin hacer ruido. Por qué no oí el ataque. —Johnny permanece agachado sobre esos grumos grises de excremento, pero sus ojos escudriñan la zona, ven cosas de las que yo ni siquiera soy consciente. Su calma me inquieta. No se parece a ningún otro hombre que haya conocido; está tan en sintonía con su entorno que parece formar parte de él, está arraigado en esta tierra como los árboles y el pastizal que ondea con suavidad. No se parece en nada a Richard, cuya eterna insatisfacción con la vida le hace buscar en Internet un piso mejor, un lugar de vacaciones mejor, quizá incluso una novia mejor. Richard no sabe lo que quiere ni a dónde pertenece, a diferencia de Johnny. Johnny, cuyo prolongado silencio me hace querer llenar el hueco con algún comentario trivial, como si fuera mi deber sostener la conversación. Pero la incomodidad es solo mía, no de Johnny.

—Tenemos que recoger todo lo que podamos encontrar —dice en voz baja.

—Quieres decir... ¿de Clarence?

—Para su familia. Lo querrán para el funeral. Algo tangible, algo por lo que llorar.

Miro horrorizada el jirón de tela ensangrentada. No quiero tocarlo; desde luego, no quiero recoger esos trozos de hueso ni las matas de pelo esparcidas. Pero asiento con la cabeza y digo:

—Te ayudaré. Podemos usar uno de los sacos de arpillera del camión.

Se levanta y me mira.

—No eres como los demás.

—¿Qué quieres decir?

—Ni siquiera quieres estar aquí, ¿verdad? En la sabana.

Cruzo los brazos alrededor de mi cuerpo.

—No. Esta fue la idea de Richard de unas vacaciones.

—¿Y tu idea de unas vacaciones cuál es?

—Duchas calientes. Baños con inodoros, tal vez un masaje. Pero aquí estoy, siempre la positiva, la comprensiva.

—Lo eres, Millie. Lo sabes, ¿verdad? —Mira a lo lejos y dice, en voz tan baja que casi se me escapa—: Eres mejor de lo que se merece.

Me pregunto si quería que yo lo oyera. O quizá lleva tanto tiempo en la sabana que acostumbra a hablar en voz alta consigo mismo, porque no suele haber nadie cerca para oírlo.

Intento leerle la cara, pero se agacha para recoger algo. Cuando vuelve a levantarse, lo tiene en la mano.

Es un hueso.

—Comprenderéis que esta expedición ha llegado a su fin —dice Johnny—. Necesito que colaboréis para que podamos levantar el campamento a mediodía y seguir nuestro camino.

—¿Camino a dónde? —pregunta Richard—. El avión no volverá a la pista hasta dentro de una semana.

Johnny nos ha reunido alrededor del fuego apagado para contarnos lo que ocurrirá a continuación. Miro a los otros miembros de nuestro safari, turistas que se apuntaron a una aventura de vida en la sabana y que obtuvieron más de lo que esperaban. Una muerte real, un hombre muerto. No es exactamente la emoción que se ve en los programas de televisión sobre la naturaleza. En su lugar hay un triste saco de arpillera que contiene unos pocos huesos, jirones de ropa y trozos de cuero cabelludo desgarrados, los únicos restos mortales de Clarence, nuestro rastreador, que hemos podido encontrar. Todo lo demás, dice Johnny, se ha perdido para siempre. Así son las cosas en la sabana, donde cada criatura que nace acaba siendo comida, digerida y reciclada en excrementos, en tierra, en hierba que comerá un animal que luego dará nacimiento a otro. Como principio parece hermoso, pero, cuando te enfrentas a la dura realidad, a ese saco de huesos de Clarence, comprendes que el círculo de la vida es también un círculo de muerte. Estamos aquí para comer y que nos coman, y no somos más que carne. Ahora somos ocho los que quedamos con carne en los huesos, rodeados de carnívoros.

—Si volvemos ahora a la pista de aterrizaje —dice Richard—, tendremos que sentarnos allí y esperar días al avión. ¿Acaso es mejor que continuar el viaje como estaba previsto?

—No voy a adentraros más en la sabana —dice Johnny.

—¿Y si usamos la radio? —pregunta Vivian—. Podrías llamar al piloto para que nos recoja antes.

Johnny sacude la cabeza.

—Estamos fuera del alcance de la radio. No hay forma de contactar con él hasta que volvamos a la pista de aterrizaje, y eso es un viaje de tres días hacia el oeste. Por eso nos dirigiremos al este. Dos días de duro viaje, sin paradas para hacer turismo, y llegaremos a uno de los alojamientos de caza. Tienen teléfono y hay un camino de salida. Me encargaré de que os lleven de vuelta a Maun.

—¿Por qué? —pregunta Richard—. Odio parecer insensible, pero ya no podemos hacer nada por Clarence. No tiene sentido adelantar el regreso.

—Obtendrá un reembolso, señor Renwick.

—No es por el dinero. Es que Millie y yo hemos viajado desde Londres. Elliot tuvo que viajar desde Boston. Sin mencionar lo lejos que tuvieron que volar los Matsunaga.

—Jesús, Richard —interrumpe Elliot—. Clarence ha muerto.

—Lo sé, pero ya estamos aquí. Será mejor que sigamos.

—No puedo hacerlo —dice Johnny.

—¿Por qué?

—No puedo garantizar vuestra seguridad. No puedo estar alerta las veinticuatro horas del día. Se necesitan dos personas para vigilar durante la noche y mantener el fuego encendido. Para levantar el campamento y volver a montarlo. Clarence no solo cocinaba vuestras comidas; era otro par de ojos y oídos. Necesito un segundo hombre cuando llevo gente que no distingue un rifle de un bastón.

—Entonces, enséñame. Te ayudaré a montar guardia. —Richard mira a los demás, como para confirmar que él es el único lo bastante hombre para la tarea.

El señor Matsunaga dice:

—Sé disparar. También puedo montar guardia.

Todos miramos al banquero japonés, cuyas únicas habilidades para disparar que hemos presenciado hasta ahora han sido con su cámara de kilométrico teleobjetivo.

Richard no puede reprimir una carcajada incrédula.

—¿Te refieres a armas de verdad, Isao?

—Soy socio del club de tiro de Tokio —dice el señor Matsunaga, imperturbable ante el tono sarcástico de Richard. Señala a su mujer y añade, para nuestro asombro—: Keiko también es miembro.

—Me alegro de que eso me libere —dice Elliot—. Porque no quiero ni tocar un arma.

—Como ves, tenemos suficientes manos disponibles —le dice Richard a Johnny—. Podemos turnarnos para hacer guardia y mantener el fuego encendido toda la noche. Así es un safari de verdad, ¿no? Se trata de estar a la altura de las circunstancias y demostrar nuestra valía.

Ah, sí, Richard el experto, que se pasa el año sentado tan heroicamente ante su ordenador, hilando fantasías cargadas de testosterona. Ahora esas fantasías se han hecho realidad y puede ser el héroe de su propia novela de acción. Y lo mejor de todo es que tiene un público que incluye a dos rubias guapísimas, que son a las que se dirige en realidad, porque a mí ya no me impresiona, y él lo sabe.

—Un bonito discurso, pero no cambia nada. Recoged vuestras cosas, nos dirigimos al este. —Johnny se aleja para desmontar su tienda.

—Gracias a Dios que le ha puesto fin a esto —dice Elliot.

—No puede hacer otra cosa, ahora que lo ha estropeado todo —se queja Richard.

—No puedes culparlo por lo que le ha sucedido a Clarence.

—¿Quién es el responsable en última instancia? Contrató a un rastreador con el que nunca había trabajado. —Richard se vuelve hacia mí—. Eso es lo que te dijo Clarence. Que nunca había trabajado con Johnny hasta este viaje.

—Pero tenían conexiones —señalo—. Y Clarence ya había trabajado como rastreador. Johnny no lo habría contratado si no tuviera experiencia.

—Eso es lo que creemos, pero mira lo que ha pasado. Nuestro supuesto rastreador experimentado deja el rifle y se topa con una manada de hienas. ¿Te parece que sabía lo que estaba haciendo?

—¿Qué sentido tiene todo esto, Richard? —pregunta Elliot, cansado.

—La cuestión es que no podemos confiar en su juicio. Eso es todo.

—Bueno, creo que Johnny tiene razón. No podemos seguir como si nada, como propones tú. Un muerto arruina el ambiente, ¿sabes? —Elliot se vuelve hacia su tienda—. Es hora de irnos de aquí y volver a casa.

A casa. Mientras meto ropa y artículos de aseo en mi bolsa de viaje, pienso en Londres, en cielos grises, y capuchinos. Dentro de diez días, África me parecerá un sueño dorado, un lugar de calor

y sol deslumbrante, de vida y muerte en todos sus vivos colores. Ayer solo quería volver a casa, a nuestro piso, al país de las duchas calientes. Pero, ahora que abandonamos la sabana, siento que se aferra a mí, que sus zarcillos me rodean los tobillos y amenazan con enraizarme a este suelo. Cierro la cremallera de mi mochila, que contiene lo «esencial», es decir, todas las cosas que creía necesarias para sobrevivir en la naturaleza: barritas energéticas, papel higiénico, toallitas húmedas, crema solar, tampones y mi móvil. Qué diferente parece la palabra «esencial» cuando estás fuera del alcance de cualquier torre telefónica.

Para cuando Richard y yo terminamos de desmontar nuestra tienda, Johnny ya ha cargado el camión con su propio equipo y también los utensilios de cocina y las sillas de camping. Todos hemos sido asombrosamente rápidos, incluso Elliot, que ha tenido problemas para desmontar su tienda y ha necesitado que Vivian y Sylvia lo ayudaran a plegarla. La muerte de Clarence se cierne sobre nosotros, sofocando las charlas ociosas y haciendo que nos concentremos en nuestras tareas. Cuando cargo la tienda en la parte trasera del camión, veo la bolsa de arpillera con los restos de Clarence junto a la mochila de Johnny. Me inquieta verla allí, con el resto de nuestro equipo. Tiendas de campaña, están. Estufa, está. Hombre muerto, está.

Subo al camión y me siento junto a Richard. El asiento vacío de Clarence está a la vista, un duro recordatorio de que se ha ido; sus huesos han quedado esparcidos, su carne ya ha sido digerida. Johnny es el último en subir al camión, y cuando su puerta se cierra de golpe, miro a mi alrededor, al campamento que ahora está vacío, pensando que pronto no habrá rastro de que estuvimos aquí. Habremos seguido adelante, pero Clarence nunca lo hará.

De repente, Johnny maldice y sale del asiento del conductor. Algo va mal.

Se acerca a la parte delantera y levanta el capó del camión para inspeccionar el motor. Pasan unos instantes. Su cabeza está oculta por el capó, así que no podemos verle la cara, pero su silencio me alarma. No ofrece ningún mensaje tranquilizador como «Es solo un cable suelto» o «Sí, ya veo el problema».

—¿Y ahora qué? —murmura Richard.

También él baja del camión, aunque no sé qué consejo puede dar. Aparte de leer el indicador de gasolina, no sabe nada de coches. Lo oigo hacer sugerencias. ¿La batería? ¿Bujías? ¿Una conexión floja? Johnny responde con monosílabos apenas audibles, lo que me alarma aún más, porque he aprendido que, cuanto más grave es la situación, más callado se vuelve Johnny.

Hace calor en el camión abierto, es casi mediodía y el sol pega fuerte. Los demás nos bajamos y nos ponemos a la sombra de los árboles. Veo asomar la cabeza de Johnny cuando ordena:

—¡No os alejéis demasiado!

No es que alguien tenga intención de hacerlo; ya hemos visto lo que puede pasar. El señor Matsunaga y Elliot se unen a Richard junto al camión para ofrecer sus consejos, porque, por supuesto, todos los hombres, incluso los que nunca se manchan las manos de grasa, entienden de motores. O eso creen.

Las mujeres esperamos a la sombra, ahuyentando insectos, buscando continuamente cualquier

movimiento revelador en la hierba, que podría ser nuestra única advertencia de que se acerca un depredador. Incluso a la sombra, hace calor, y me acomodo en el suelo. A través de las ramas veo buitres volando en círculos, observándonos. De alguna extraña manera son bellos, con sus alas negras que dibujan lazos en el cielo mientras esperan para darse un festín. ¿De qué?

Richard se acerca a nosotros.

—Bueno, esto sí que es una noticia maravillosa. El puto motor no arranca. Ni siquiera gira.

Me siento con la espalda recta.

—Ayer estaba bien.

—Todo iba bien ayer —resopla Richard—. Estamos atrapados aquí.

Las rubias gritan a la vez, alarmadas.

—¡No podemos quedarnos aquí! —chilla Sylvia—. ¡Tengo que volver al trabajo el próximo jueves!

—¡Yo también! —dice Vivian.

La señora Matsunaga sacude la cabeza con incredulidad.

—¿Cómo puede ser? No es posible.

A medida que sus voces se mezclan en un coro de creciente agitación, no puedo evitar darme cuenta de que los buitres trazan círculos cada vez más cerrados, como atraídos por nuestra angustia.

—Escuchad. ¡Escuchad todos! —ordena Johnny.

Nos giramos para mirarlo.

—No es momento de alarmarse —afirma—. No hay ninguna razón para ello. Estamos junto al río, así que tenemos agua de sobra. Tenemos refugio. Tenemos municiones y podemos cazar para comer.

Elliot suelta una carcajada cargada de miedo.

—Entonces... ¿qué? ¿Nos quedamos aquí y nos ponemos en plan Edad de Piedra?

—El avión está programado para recogeros en la pista de aterrizaje en una semana. Cuando no aparezcamos como se espera, iniciarán una búsqueda. Pronto nos encontrarán. Es lo que buscabais, ¿no? Una auténtica experiencia en la sabana. —Nos mira uno por uno, evaluándonos como para decidir si estamos preparados para el desafío. Buscando quién de nosotros se derrumbará, con quién puede contar—. Seguiré trabajando en el camión. Tal vez pueda arreglarlo, tal vez no.

—¿Sabes lo que le pasa? —pregunta Elliot.

Johnny lo fulmina con la mirada.

—Nunca se había averiado. No me lo explico. —Nos mira uno por uno, como si buscara la respuesta en nuestros rostros—. Mientras tanto, tenemos que volver a montar el campamento. Sacad las tiendas. Nos quedaremos aquí.

CAPÍTULO 6

Boston

Los psicólogos lo llaman resistencia cuando un paciente no llega a tiempo a su sesión porque, en realidad, no quiere abordar sus problemas. Eso también explicaría por qué Jane tardó en salir por la puerta esa mañana; de verdad no quería presenciar la autopsia de Leon Gott. Se tomó su tiempo para vestir a su hija con la misma camiseta de los Red Sox y el mismo mono manchado de césped que Regina había insistido en llevar durante los últimos cinco días. Se entretuvieron demasiado con el desayuno de Lucky Charms y tostadas, lo que las hizo llegar veinte minutos tarde a la puerta. Si a eso se añade un trayecto con tráfico hasta Revere, donde vivía su madre, cuando Jane se detuvo frente a la casa de Angela, llevaba media hora de retraso.

La casa de su madre parecía más pequeña cada año, como si se encogiera con la edad. Mientras caminaba hacia la puerta principal con Regina a rastras, Jane vio que el porche necesitaba pintura nueva, que los canalones estaban atascados con hojas de otoño y que las plantas perennes del frente necesitaban que las podaran antes del invierno. Tendría que hablar por teléfono con sus hermanos para ver si podían echar una mano durante un fin de semana, porque era evidente que Angela necesitaba ayuda.

«También le vendría bien dormir», pensó Jane cuando Angela abrió la puerta principal. La sorprendió el aspecto cansado de su madre. Todo en ella parecía desgastado, desde su blusa desteñida hasta sus vaqueros holgados. Cuando Angela se agachó para recoger a Regina, Jane vio raíces canosas en el cuero cabelludo de su madre, algo sorprendente porque Angela nunca faltaba a sus citas con la peluquería. ¿Era la misma mujer que el verano pasado se había presentado en un restaurante con los labios pintados de rojo y tacones de aguja?

—¡Aquí está mi calabacita! —dijo Angela con ternura, mientras llevaba a Regina a la casa—. La nonna está muy contenta de verte. ¿Por qué no vamos hoy de compras? ¿No estás cansada de este mono sucio? Te compraremos algo nuevo y bonito.

—¡No gusta lo bonito!

—Un vestido, ¿qué te parece? Un elegante vestido de princesa.

—No gusta la princesa.

—¡Pero todas las chicas quieren ser princesas!

—Creo que ella preferiría ser el sapo —dijo Jane.

—Por el amor de Dios, es igual que tú. —Angela suspiró, frustrada—. Tú tampoco me dejabas ponerte un vestido.

—No todo el mundo es una princesa, mamá.

—O acaba con el príncipe azul —murmuró Angela, mientras se alejaba con su nieta en brazos.

Jane la siguió hasta la cocina.

—¿Qué está pasando?

—Voy a hacer más café. ¿Quieres un poco?

—Mamá, me doy cuenta de que algo está pasando.

—Tienes que ir a trabajar. —Angela puso a Regina en su trona—. Ve y atrapa a algunos tipos malos.

—¿Es demasiado trabajo para ti hacer de canguro? Sabes que no tienes que hacerlo. Ya tiene edad para ir a la guardería.

—¿Mi nieta en la guardería? De ninguna manera.

—Gabriel y yo hemos estado hablando de ello. Ya has hecho mucho por nosotros y creemos que te mereces un descanso. Para disfrutar de tu vida.

—Ella es lo único que espero cada día —dijo Angela, señalando a su nieta—. Es lo único que me distrae de...

—¿Papá?

Angela se dio la vuelta y empezó a llenar de agua el depósito de la cafetera.

—Desde que volvió —dijo Jane—, no te he visto feliz. Ni un solo día.

—Tener que elegir se ha puesto muy complicado. Tiran de mí de un lado a otro, me estiran como si fuera masa. Ojalá alguien me dijera qué hacer para no tener que elegir.

—Tú eres la que tiene que decidir: papá o Korsak. Creo que debes elegir al hombre que te haga feliz.

Angela volvió hacia ella un rostro atormentado.

—¿Cómo voy a ser feliz si me paso el resto de mi vida sintiéndome culpable? ¿Si tus hermanos me dicen que elegí romper la familia?

—Tú no elegiste irte. Papá, sí.

—Y ahora ha vuelto y quiere que estemos todos juntos otra vez.

—Tienes derecho a seguir con tu vida.

—¿Cuando mis dos hijos insisten en que le dé otra oportunidad a tu padre? El padre Donnelly dice que eso debe hacer una buena esposa.

«Genial», pensó Jane. La culpa católica era la culpa más poderosa de todas.

Sonó su móvil. Miró hacia abajo y vio que era Maura; dejó que saltara el buzón de voz.

—Y el pobre Vince —dijo Angela—. También me siento culpable por él. ¡Hicimos tantos planes para la boda!

—Aún podría ocurrir.

—No veo cómo, ya no. —Angela se apoyó contra la encimera de la cocina mientras la cafetera gorgoteaba y silbaba a su espalda—. Anoche por fin se lo dije. Janie, fue lo más difícil que he hecho en toda mi vida. —Y se le notaba en la cara. Los ojos hinchados, la boca caída: ¿esta era la nueva y futura Angela Rizzoli, santa esposa y madre?

«Ya hay demasiados mártires en el mundo», pensó Jane. La idea de que su madre se uniera voluntariamente a esas legiones la enfurecía.

—Mamá, si esta elección te hace sentirte infeliz, tienes que recordar que es tu decisión. Estás eligiendo no ser feliz. Nadie puede obligarte a hacerlo.

—¿Cómo puedes decir eso?

—Porque es verdad. Eres tú quien tiene el control, y tienes que coger el volante. —Su teléfono sonó con un mensaje de texto, y vio que era Maura de nuevo: «Autopsia por comenzar. ¿Vas a venir?».

—Venga, a trabajar. —Angela le hizo un gesto para que se fuera—. No necesitas cargarte con esto.

—Deseo que seas feliz, mamá. —Jane se dio la vuelta para marcharse y volvió a mirar a Angela —. Pero tú también tienes que quererlo.

Para Jane fue un alivio salir, respirar aire fresco y purgar de sus pulmones la penumbra de la casa. Pero no podía deshacerse de su enfado con su padre, con sus hermanos, con el padre Donnelly, con todos los hombres que se atrevían a decirle a una mujer cuál era su deber.

Cuando volvió a sonar su teléfono, contestó con un irritado:

—¡Rizzoli!

—Soy yo —dijo Frost.

—Sí, voy de camino a la morgue. Estaré allí en veinte minutos.

—¿No estás allí?

—Me he entretenido en casa de mi madre. ¿Y tú por qué no estás allí?

—He pensado que podría ser más eficiente si yo..., eh..., seguía con algunas otras cosas.

—En lugar de vomitar en un fregadero toda la mañana. Buena elección.

—Todavía estoy esperando que la compañía telefónica nos facilite el registro de llamadas de Gott. Mientras tanto, te cuento algo interesante que he encontrado en Google. En mayo, Gott apareció en la revista Hub. El título del artículo era: «El maestro de los trofeos: Una entrevista con el maestro taxidermista de Boston».

—Sí, vi una copia enmarcada de esa entrevista colgada en su casa. Es todo sobre sus aventuras de caza. Elefantes en África, alces en Montana.

—Bueno, deberías leer los comentarios sobre ese artículo. Están publicados en la página web de la revista. Por lo visto, cabreó a los comedores de lechuga, que es como Gott llamaba a los que se oponen a la caza. Escucha este comentario, publicado por Anónimo: «Habría que colgar y destripar a Leon Gott como el jodido animal que es».

—¿Colgar y destripar? Eso suena a amenaza —dijo Jane.

—Sí. Y tal vez alguien la ha cumplido.

Cuando Jane vio lo que había sobre la mesa de la morgue, estuvo a punto de darse la vuelta y salir. Ni siquiera el penetrante olor a formol podía enmascarar el hedor de las vísceras esparcidas sobre la mesa de acero. Maura no llevaba máscara respiratoria, solo su mascarilla habitual y un protector facial de plástico. Estaba tan concentrada en el rompecabezas intelectual que planteaban las vísceras que parecía inmune al olor. A su lado había un hombre alto, de cejas canosas, al que Jane no reconoció y que, al igual que Maura, examinaba con avidez el conjunto de vísceras.

—Empecemos por el intestino grueso —dijo, deslizando las manos enguantadas por el intestino —. Tenemos ciego, colon ascendente, transversal, colon descendente...

—Pero no hay colon sigmoideo —dijo Maura.

—Correcto. Está el recto, pero no hay sigmoideo. Esa es nuestra primera pista.

—Y es diferente del otro espécimen, que sí tiene colon sigmoideo.

El hombre soltó una risita complacida.

—Me alegro de que me llamara para ver esto. No me encuentro a menudo con algo tan fascinante. Podré contar esta historia en diferentes cenas durante meses.

—No quisiera ser parte de esa conversación durante una cena —dijo Jane—. Supongo que a esto se refieren cuando hablan de «leer las entrañas».

Maura se volvió.

—Jane, estamos comparando los dos conjuntos de vísceras. Este es el profesor Guy Gibbeson. Y ella es la detective Rizzoli, de Homicidios.

El profesor Gibbeson asintió con desinterés y volvió a mirar los intestinos, que obviamente le parecían mucho más fascinantes.

—¿Profesor de qué asignatura? —preguntó Jane, todavía alejada de la mesa. Y del olor.

—Anatomía comparada. En Harvard —dijo él sin mirarla, con la atención fija en el intestino—. Este segundo conjunto de intestinos, el del colon sigmoideo, supongo que pertenece a la víctima, ¿verdad? —preguntó a Maura.

—Eso parece. Los bordes incisos coinciden, pero necesitaríamos ADN para confirmarlo.

—Ahora, volviendo nuestra atención a los pulmones, puedo señalar algunas pistas bastante definitivas.

—¿Pistas sobre qué? —dijo Jane.

—Sobre el dueño de este primer par de pulmones. —Cogió un par de pulmones, los sostuvo un momento. Los dejó y levantó el segundo par—. Tamaños similares, así que supongo que las masas corporales también eran similares.

—Según el carnet de conducir de la víctima, medía uno setenta y tres y pesaba ochenta kilos.

—Bueno, estos serían los de él —dijo Gibbeson, mirando los pulmones que sostenía. Los dejó en el suelo y cogió el otro par—. Estos son los pulmones que de verdad me interesan.

—¿Qué tienen de interesante? —preguntó Jane.

—Eche un vistazo, detective. Tendrá que acercarse mucho más para verlo.

Reprimiendo una arcada, Jane se acercó al conjunto de vísceras desplegado sobre la mesa, que parecía la de una carnicería. A Jane, esos conjuntos de vísceras, separados de sus dueños, le parecían iguales, formados por las mismas partes intercambiables que ella también poseía. Recordó una lámina de La mujer visible colgada en su clase de salud del instituto, que mostraba los órganos en sus posiciones anatómicas. Fea o guapa, toda mujer no es más que un conjunto de órganos encerrados en una cáscara de carne y hueso.

—¿Ve la diferencia? —preguntó Gibbeson. Señaló el primer par de pulmones—. El pulmón izquierdo tiene un lóbulo superior y otro inferior. El pulmón derecho tiene lóbulos superior e inferior, además de un lóbulo medio. ¿Cuántos lóbulos tiene en total?

—Cinco —dijo Jane.

—Es la anatomía humana normal. Dos pulmones, cinco lóbulos. Ahora mire este segundo par que fue hallado en el mismo cubo de basura. Son de tamaño y peso similares, pero con una

diferencia esencial. ¿La ve?

Jane frunció el ceño.

—Tiene más lóbulos.

—Dos lóbulos más, para ser exactos. El pulmón derecho tiene cuatro, el izquierdo tiene tres. No es una anomalía anatómica. —Hizo una pausa—. Lo que significa que no es humano.

—Por eso llamé al profesor Gibbeson —dijo Maura—. Para que me ayude a identificar con qué especie estamos tratando.

—Una de gran tamaño —dijo Gibbeson—. De tamaño humano, diría yo, a juzgar por el corazón y los pulmones. Ahora veamos si podemos encontrar alguna respuesta en el hígado. —Se dirigió al extremo de la mesa, donde estaban expuestos los dos hígados—. El espécimen uno tiene lóbulos izquierdo y derecho. Lóbulos cuadrado y caudado...

—Ese es humano —dijo Maura.

—Pero este otro espécimen... —Gibbeson cogió el segundo hígado y le dio la vuelta para examinar el reverso—. Tiene seis lóbulos.

Maura miró a Jane.

—De nuevo, no es humano.

—Así que tenemos dos juegos de tripas —dijo Jane—. Uno pertenece a la víctima, suponemos. El otro pertenece a... ¿qué? ¿Un ciervo? ¿Un cerdo?

—Tampoco —dijo Gibbeson—. Basándome en la falta de colon sigmoideo, los pulmones de siete lóbulos, el hígado de seis lóbulos, creo que esta víscera procede de un miembro de la familia Felidae.

—¿Qué familia es?

—La familia de los felinos.

Jane miró el hígado.

—Vaya, que gatito tan grande.

—Es una familia extensa, detective. Incluye leones, tigres, pumas, leopardos y guepardos.

—Pero no encontramos ningún cadáver así en la escena.

—¿Revisó el congelador? —preguntó Gibbeson—. ¿Encontró alguna carne que no haya podido identificar?

Jane soltó una carcajada horrorizada.

—No hemos encontrado filetes de tigre. ¿Quién querría comerse uno?

—Sin duda, hay mercado para las carnes exóticas. Cuanto más inusual, mejor. La gente paga por la experiencia de comer cualquier cosa, desde una serpiente de cascabel hasta un oso. La cuestión es: ¿de dónde procede este animal? ¿Fue cazado ilegalmente? ¿Y cómo demonios terminó eviscerado en una casa de Boston?

—Era taxidermista —dijo Jane, volviéndose para mirar el cadáver de Leon Gott, que yacía en una mesa adyacente. Maura ya había empuñado el bisturí y la sierra para huesos, y en un cubo cercano, el cerebro de Gott se remojaba en un baño de conservante—. Es probable que haya destripado cientos, tal vez miles de animales. Seguro que nunca imaginó que acabaría igual que ellos.

—En realidad, los taxidermistas procesan el cuerpo de una forma completamente distinta —explicó Maura—. Anoche investigué un poco sobre el tema y me enteré de que los taxidermistas de grandes animales prefieren no destripar al animal antes de desollarlo, porque los fluidos corporales pueden estropear la piel. Hacen la primera incisión a lo largo de la columna vertebral y desprenden la piel del cadáver en una sola pieza. Así que la evisceración se habría producido después de quitar la piel.

—Fascinante —dijo Gibbeson—. No lo sabía.

—Así es la doctora Isles. Sabe todo tipo de cosas raras —observó Jane. Señaló con la cabeza el cadáver de Gott—. Hablando de conocimientos, ¿sabes la causa de muerte?

—Creo que sí —dijo Maura, mientras se quitaba los guantes manchados de sangre—. Los considerables daños causados por las mascotas en la cara y el cuello destruyeron las lesiones anteriores a la muerte. Pero las radiografías nos han dado algunas respuestas. —Se dirigió a la pantalla del ordenador y pasó una serie de radiografías—. No vi objetos extraños, nada que indicara el uso de un arma de fuego. Pero encontré esto. —Señaló la radiografía del cráneo—. Es muy sutil, por eso no lo detecté a la palpación. Es una fractura lineal del hueso parietal derecho. El cuero cabelludo y el pelo pueden haber amortiguado el golpe lo suficiente como para que no veamos ninguna deformación cóncava, pero la sola presencia de una fractura nos dice que hubo una fuerza significativa.

—Así que no fue una caída.

—El lateral de la cabeza es un lugar extraño para una fractura causada por una caída. El hombro amortiguaría el golpe contra el suelo o estirarías la mano para protegerte. No, me inclino a pensar que fue un golpe en la cabeza, lo bastante fuerte como para aturdirlo y derribarlo.

—¿Lo bastante fuerte como para matarlo?

—No. Aunque se observa una pequeña cantidad de sangrado subdural dentro del cráneo, no habría sido fatal. Eso también nos dice que, después del golpe, su corazón seguía latiendo. Durante unos minutos, al menos, estuvo vivo.

Jane miró el cuerpo, que no era más que un recipiente vacío desprovisto de su maquinaria

interna.

—Jesús. No me digas que estaba vivo cuando el asesino empezó a destriparlo.

—Tampoco creo que la evisceración fuera la causa de la muerte. —Maura pasó las radiografías del cráneo y aparecieron dos nuevas imágenes en el monitor—. Fue esto.

Los huesos del cuello de Gott brillaban en la pantalla, unas placas de sus vértebras tanto de frente como de perfil.

—Hay fracturas y desplazamiento de los cuernos superiores del cartílago tiroides, así como del hueso hioides. Se ve una alteración masiva de la laringe. —Maura hizo una pausa—. Le aplastaron la garganta, muy probablemente mientras estaba en posición decúbito supino. Un golpe fuerte, quizá del peso de un zapato, directo al cartílago tiroides. Le rompió la laringe y la epiglotis, laceró los vasos principales. Todo se aclaró cuando hice la disección del cuello. El señor Gott murió por aspiración, ahogado con su propia sangre. La falta de salpicaduras arteriales en las paredes indica que la evisceración se hizo post mortem.

Jane permaneció en silencio, con la mirada fija en la pantalla. Era mucho más fácil concentrarse en una radiografía fría y clínica que enfrentarse a lo que había sobre la mesa. Los rayos X eliminaban de manera muy conveniente la piel y la carne, dejando solo la arquitectura sin sangre, los postes y las vigas de un cuerpo humano. Pensó en lo que se necesitaba para golpear con el talón el cuello de un hombre. ¿Y qué sintió el asesino cuando la garganta se resquebrajó bajo su zapato y vio cómo la conciencia se desvanecía de los ojos de Gott? ¿Furia? ¿Poder? ¿Satisfacción?

—Una cosa más —dijo Maura, pasando a una nueva radiografía, esta vez del tórax. Debido a los demás daños corporales, era sorprendente lo normales que parecían las estructuras óseas, con las costillas y el esternón donde debían estar. Pero era extraño ver la cavidad vacía, sin las habituales sombras borrosas del corazón y los pulmones—. Esto —añadió.

Jane se acercó.

—¿Esos débiles arañazos en las costillas?

—Sí. Lo señalé en el cadáver ayer. Tres laceraciones paralelas. Son tan profundas que penetraron hasta el hueso. Ahora mira esto. —Maura pasó a otra radiografía, y aparecieron los huesos faciales, las órbitas hundidas y los senos sombríos.

Jane frunció el ceño.

—Esos tres arañazos otra vez.

—A ambos lados de la cara, penetran hasta el hueso. Tres cortes paralelos. Debido al daño en los tejidos blandos que causaron las mascotas del dueño, no pude verlos hasta que miré estas radiografías.

—¿Qué clase de herramienta haría eso?

—No lo sé. No vi nada en su taller que pudiera hacer estas marcas.

—*Dijiste ayer que parecían hechas post mortem.*

—Sí.

—Entonces, ¿qué sentido tienen estas laceraciones si no es matar o infligir dolor?

Maura se lo pensó.

—Un ritual —dijo.

Durante un momento, solo hubo silencio en la habitación. Jane pensó en otras escenas del crimen, en otros rituales. Pensó en las cicatrices que siempre llevaría en las manos, recuerdos de un asesino que había tenido sus propios rituales, y sintió que esas cicatrices volvían a dolerle.

El zumbido del interfono casi la hace saltar.

—¿Doctora Isles? —dijo la secretaria de Maura—. Llamada para usted de un tal doctor Mikovitz. Dice que usted le dejó un mensaje esta mañana a uno de sus colegas.

—Ah, sí, por supuesto. —Maura cogió el teléfono—. Soy la doctora Isles.

Jane volvió la mirada a la radiografía, a aquellas tres muescas paralelas en los pómulos. Intentó imaginar qué podría haber dejado semejante marca. Era una herramienta con la que ni ella ni Maura se habían topado antes.

Maura colgó y se volvió hacia el doctor Gibbeson.

—Tenía usted toda la razón —dijo—. La llamada era del zoológico de Suffolk. El cadáver de Kovo fue entregado a Leon Gott el domingo.

—Un momento —dijo Jane—.¿Qué demonios es Kovo?

Maura señaló el conjunto no identificado de vísceras que estaba sobre la mesa de la morgue.

—Ese es Kovo. Un leopardo de las nieves.

CAPÍTULO 7

—Kovo era uno de nuestros ejemplares más populares. Estuvo con nosotros casi dieciocho años, así que se nos partió el corazón cuando hubo que practicarle la eutanasia. —El doctor Mikovitz hablaba en voz baja, como un familiar afligido, y a juzgar por las numerosas fotos expuestas en las paredes de su despacho, los animales del zoo de Suffolk eran como parte de su familia. Con su cabello pelirrojo y su perilla, el doctor Mikovitz parecía un habitante del zoo, tal vez una especie exótica de mono con sabios ojos oscuros que ahora miraban a Jane y a Frost desde su escritorio—. Todavía no hemos emitido ningún comunicado de prensa al respecto, así que me sorprendió que la doctora Isles preguntara si habíamos tenido alguna pérdida reciente en nuestra colección de grandes felinos. ¿Cómo demonios lo supo?

—La doctora Isles es buena olfateando todo tipo de información oscura —dijo Jane.

—Sí, bueno, no hay duda de que nos ha pillado por sorpresa. Es algo... Bueno, es un asunto delicado.

—¿Se refiere a la muerte de un animal del zoo? ¿Por qué?

—Porque hubo que practicarle la eutanasia. Eso siempre provoca reacciones negativas. Y Kovo era un animal muy exótico.

—¿Cuándo fue esto?

—El domingo por la mañana. Nuestro veterinario, el doctor Oberlin, vino a administrar la inyección letal. Hacía tiempo que a Kovo le fallaban los riñones y había perdido mucho peso. El doctor Rhodes lo retiró de la exhibición hace un mes, para evitarle el estrés de estar en público. Esperábamos poder ayudarlo a superar esta enfermedad, pero el doctor Oberlin y el doctor Rhodes finalmente acordaron que había llegado el momento de sacrificarlo. Por mucho que les doliera a ambos.

—¿El doctor Rhodes es otro veterinario?

—No, Alan es experto en comportamiento de grandes felinos. Conocía a Kovo mejor que nadie. Fue él quien entregó a Kovo al taxidermista. —El doctor Mikovitz levantó la vista al oír que llamaban a la puerta—. Ah, aquí está Alan.

El título «experto en grandes felinos» evocaba la imagen de un rudo hombre de campo vestido de safari. El hombre que entró en la oficina vestía un uniforme caqui con pantalones polvorientos y abrojos sueltos adheridos a su chaqueta de forro polar, como si acabara de salir de una ruta de senderismo, pero no había nada rudo en el rostro agradablemente franco de Rhodes. De alrededor de treinta años, tenía el pelo oscuro ondulado y la cabeza en forma de bloque del monstruo de Frankenstein, pero en versión amable.

—Siento llegar tarde —dijo Rhodes, sacudiéndose el polvo del pantalón—. Hemos tenido un incidente en el recinto de los leones.

—Nada grave, espero —dijo el doctor Mikovitz.

—No es culpa de los felinos. Son los malditos niños. Algún adolescente pensó que probaría su hombría trepando la valla exterior y cayó al foso. He tenido que entrar y sacarlo a rastras.

—Dios mío. ¿Tendremos problemas de responsabilidad?

—Lo dudo. En ningún momento corrió verdadero peligro, y creo que le ha parecido tan humillante que no se lo contará a nadie. —Rhodes miró a Jane y Frost y sonrió con pesar—. Solo otro día de diversión con humanos idiotas. Mis leones, al menos, tienen algo de sentido común.

—Estos son la detective Rizzoli y el detective Frost —dijo Mikovitz.

Rhodes les tendió una mano callosa.

—Soy el doctor Alan Rhodes. Soy biólogo especializado en comportamiento felino. Todos los gatos, grandes y pequeños. —Miró a Mikovitz—. ¿Han encontrado a Kovo?

—No lo sé, Alan. Acaban de llegar y aún no hemos llegado a ese tema.

—Bueno, pues tenemos que saberlo. —Rhodes se volvió hacia Jane y Frost—. Las pieles de animales se deterioran bastante rápido después de la muerte. Si no se recogen y procesan enseguida, pierden su valor.

—¿Cuánto vale una piel de leopardo de las nieves? —preguntó Frost.

—¿Teniendo en cuenta los pocos ejemplares que hay en el mundo? —Rhodes sacudió la cabeza —. Yo diría que no tiene precio.

—Y por eso querían al animal disecado y relleno.

—«Relleno» es un término poco elegante —dijo Mikovitz—. Queríamos que Kovo se conservara en toda su belleza.

—Y por eso se lo llevaron a Leon Gott.

—Para que lo desollara y disecara. El señor Gott es... era... uno de los mejores taxidermistas del país.

—¿Lo conocía personalmente? —preguntó Jane.

—Solo por su reputación.

Jane miró al experto en grandes felinos.

—¿Y usted, doctor Rhodes?

—Lo conocí cuando Debra y yo llevamos a Kovo a su casa —dijo Rhodes—. Me quedé de piedra esta mañana cuando me enteré de su asesinato. Lo habíamos visto vivo el domingo.

—Háble me de ese día. Lo que vio y oyó en su casa.

Rhodes miró a Mikovitz, como para confirmar que debía responder a las preguntas.

—Adelante, Alan —dijo Mikovitz—. Al fin y al cabo, es una investigación de homicidio.

—De acuerdo. —Rhodes tomó aire—. El domingo por la mañana, Greg, el doctor Oberlin, nuestro veterinario, le practicó la eutanasia a Kovo. Según el acuerdo, teníamos que entregar de inmediato el cadáver al taxidermista. Kovo pesaba más de cincuenta kilos, así que me ayudó una de nuestras cuidadoras del zoo, Debra Lopez. Fue un trayecto bastante triste. Trabajé con ese animal durante doce años y teníamos un vínculo. Parece una locura, porque no se puede confiar en un leopardo. Incluso uno supuestamente manso puede matarte, y Kovo era lo bastante grande como para derribar a un hombre. Pero nunca me sentí amenazado por él. Nunca percibí ninguna agresividad en él. Es casi como si entendiera que era su amigo.

—¿A qué hora llegó a casa del señor Gott el domingo?

—Alrededor de las diez de la mañana. Debra y yo lo llevamos directamente allí, porque hay que despellejar el cadáver lo antes posible.

—¿Habló mucho con el señor Gott?

—Nos quedamos un rato. Estaba muy emocionado por trabajar con un leopardo de las nieves. Nunca había estado en contacto con uno, debido a que son muy exóticos.

—¿Parecía preocupado por algo?

—No. Solo eufórico por la oportunidad. Llevamos a Kovo a su garaje, luego nos hizo pasar a la casa para enseñarnos los animales que ha disecado a lo largo de los años. —Rhodes sacudió la cabeza—. Sé que estaba orgulloso de su trabajo, pero me pareció triste. Matar a todas esas hermosas criaturas solo para convertirlas en trofeos. Yo soy biólogo.

—Pues yo no soy biólogo —dijo Frost—, y a mí también me pareció bastante triste.

—Es su cultura. La mayoría de los taxidermistas son también cazadores y no entienden por qué alguien se opondría a ello. Debra y yo intentamos mostrarnos corteses al respecto. Salimos de su casa sobre las once, y eso fue todo. No sé qué más puedo decirle. —Miró a Jane y a Frost—. ¿Y qué hay de la piel? Estoy ansioso por saber si la han encontrado, porque vale muchísimo para...

—Alan —dijo Mikovitz.

Los dos hombres se miraron y callaron. Durante unos segundos, nadie dijo nada, una pausa tan significativa que bien podría haber venido acompañada de una señal intermitente de alerta. «Algo va mal. Hay algo que intentan ocultar».

—¿Para quién vale mucho esa piel? —preguntó Jane.

Mikovitz respondió con demasiada ligereza:

—Para todos. Estos animales son muy raros.

—¿Cómo de raros exactamente?

—Kovo era un leopardo de las nieves —dijo Rhodes—. Panthera uncia, de las regiones montañosas de Asia Central. Su pelaje es más grueso y pálido que el de un leopardo africano, y quedan menos de cinco mil en el mundo. Son como fantasmas, solitarios y difíciles de ver, y cada día son más escasos. Es ilegal importar sus pieles. Incluso es ilegal vender una piel, nueva o vieja, a través de las fronteras estatales. No se pueden comprar ni vender en el mercado. Por eso estamos ansiosos por saberlo: ¿han encontrado la de Kovo?

En lugar de responder a su pregunta, Jane formuló otra:

—Usted ha mencionado algo antes, doctor Rhodes. ¿Sobre un acuerdo?

—¿Qué acuerdo?

—Ha dicho que entregó a Kovo al taxidermista como parte del acuerdo. ¿De qué acuerdo hablaba?

Rhodes y Mikovitz evitaron mirarla.

—Caballeros, este es un caso de homicidio —dijo Jane—. Vamos a averiguarlo de todas formas, y les conviene no tenerme en contra.

—Díselo —dijo Rhodes—. Tienen que saberlo.

—Si esto sale a la luz, Alan, la publicidad nos matará.

—Díselo.

—Está bien, está bien. —Mikovitz miró a Jane con tristeza—. El mes pasado, un posible donante nos hizo una oferta que no podíamos rechazar. Sabía que Kovo estaba enfermo y que lo más probable era que se le practicara la eutanasia. A cambio del cadáver fresco e intacto del animal, haría una importante donación al zoo de Suffolk.

—¿Cómo de importante era la donación?

—Cinco millones de dólares.

Jane se quedó mirándolo.

—¿De verdad vale tanto un leopardo de las nieves ?

—Para este donante en particular, sí. Todos ganábamos. Kovo estaba condenado de todos

modos. Nosotros recibíamos una gran entrada de dinero para mantenernos a flote y el donante conseguía un premio exótico para su sala de trofeos. Su única condición era que se mantuviera en secreto. Y especificó que Leon Gott debía ser el taxidermista, porque Gott es uno de los mejores. Creo que se conocían. —Mikovitz suspiró—. En fin, por eso me resistía a mencionarlo. El acuerdo es delicado. Podría dejar mal parada a nuestra institución.

—¿Porque venden animales raros al mejor postor?

—Estuve en contra de este acuerdo desde el principio —dijo Rhodes a Mikovitz—. Te advertí que terminaría trayéndonos problemas. Ahora vamos a tener mucha publicidad negativa.

—Venga, si lo mantenemos en secreto, podemos salvarnos. Solo necesito saber que la piel está a salvo. Que se maneja adecuadamente y con cuidado.

—Siento decírselo, doctor Mikovitz —dijo Frost—, pero no hemos encontrado ninguna piel.

—¿Cómo dice?

—No había ninguna piel de leopardo en la residencia de Gott.

—¿Quiere decir que la han robado?

—No lo sabemos. Tan solo no estaba allí.

Mikovitz se desplomó en su silla, estupefacto.

—Dios mío. Todo se ha venido abajo. Ahora tendremos que devolverle el dinero.

—¿Quién es su donante? —preguntó Jane.

—Esta información no puede salir a la luz. El público no puede conocerla.

—¿Quién es?

Fue Rhodes quien contestó, con desprecio mal disimulado en su voz:

—Jerry O’Brien.

Jane y Frost se miraron, sorprendidos.

—¿Se refiere a Jerry O’Brien, el de la radio? —preguntó Frost.

—El auténtico Bocazas O’Brien de Boston. ¿Cómo cree que se sentirán nuestros clientes amantes de los animales cuando se enteren de que hemos hecho un trato con ese polémico presentador? ¿El tipo que se jacta de sus viajes de caza al África, de lo bien que se lo pasa haciendo pedazos a los elefantes? Toda su personalidad se basa en glorificar el deporte sangriento. —Rhodes soltó un bufido de disgusto—. Si al menos esos pobres animales pudieran devolver los disparos...

—A veces, Alan, tenemos que hacer un pacto con el diablo —dijo Mikovitz.

—Bueno, el acuerdo queda cancelado, ya que no tenemos nada que ofrecerle.

—Esto es un desastre —se lamentó Mikovitz.

—¿Acaso no lo predije?

—¡Es fácil para ti permanecer al margen de todo! Solo tienes que preocuparte de tus malditos felinos. Yo estoy encargado de la supervivencia de esta institución.

—Sí, esa es la ventaja de trabajar con felinos. Sé que no puedo fiarme de ellos. Y ellos no intentan convencerme de lo contrario. —Rhodes bajó la mirada hacia su teléfono móvil. Casi al mismo tiempo, la puerta del despacho se abrió de golpe y la secretaria irrumpió en la habitación.

—¡Doctor Rhodes! ¡Lo necesitan allí ahora mismo!

—¿Qué sucede?

—Ha habido un accidente en el recinto de los leopardos. Una de las cuidadoras... ¡Necesitan el rifle!

—No. No. —Rhodes se levantó de la silla y salió del despacho.

Jane tardó solo un instante en decidirse. Se levantó de un salto y lo siguió. Cuando bajó las escaleras y salió del edificio, Rhodes ya estaba lejos, corriendo entre los asustados visitantes del zoo. Jane tuvo que echar a correr para seguirlo. Al doblar una curva, se topó con un denso muro de gente apostada frente al recinto de los leopardos.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¿Está muerta?

Jane se abrió paso entre la multitud hasta llegar a la barandilla. Al principio, lo único que vio a través de los barrotes de la jaula fue el hábitat camuflado de vegetación y rocas falsas. Entonces, casi oculto entre las ramas, algo se movió. Era una cola que se movía sobre un saliente rocoso.

Jane se movió hacia un lado, intentando ver mejor al animal. Solo cuando llegó al borde del recinto vio la sangre: una cinta brillante y reluciente que corría por la roca. De la plataforma rocosa colgaba un brazo humano. Un brazo de mujer. Agazapado sobre su presa, el leopardo miraba fijamente a Jane, como si la desafiara a robarle su trofeo.

Jane levantó el arma y se detuvo con el dedo en el gatillo. ¿Estaría la víctima en su línea de tiro? No podía ver más allá del borde del saliente rocoso, no tenía forma de saber si la mujer estaba viva.

—¡No disparéis! —oyó gritar al doctor Rhodes desde la parte posterior de la jaula—. ¡Voy a atraerlo a la jaula nocturna!

—No hay tiempo, Rhodes. ¡Tenemos que sacarla de ahí!

—No quiero que lo matéis.

—¿Qué pasa con ella?

Rhodes golpeó los barrotes.

—¡Rafiki, carne! ¡Vamos, entra en la jaula nocturna!

«Al diablo con esto», pensó Jane, y una vez más levantó su arma. El animal estaba a la vista, un tiro directo a la cabeza. Cabía la posibilidad de que la bala alcanzara también a la mujer, pero, si no la sacaban pronto de allí, estaría muerta de todos modos. Con ambas manos firmes en la empuñadura, Jane apretó despacio el gatillo. Antes de que pudiera disparar, el ruido de un rifle la sobresaltó.

El leopardo se desplomó por la cornisa y cayó entre los arbustos.

Segundos después, un hombre rubio vestido con el uniforme del zoo cruzó la jaula en dirección a las rocas.

—¿Debbie? —gritó—. ¡Debbie!

Jane miró a su alrededor en busca de una forma de entrar en la jaula y vio un camino lateral con un letrero que decía «Solo personal». Lo siguió hasta la parte trasera del recinto, donde la puerta de la jaula estaba entreabierta.

Entró y vio un charco rojo junto a un cubo y un rastrillo caídos. La sangre manchaba el camino de cemento; se veía un ominoso rastro de marcas de arrastre, salpicado de huellas de patas. El rastro se dirigía hacia las rocas artificiales de la parte trasera de la jaula.

En la base de esas rocas, Rhodes y el hombre rubio estaban agachados sobre el cuerpo de la mujer, que habían bajado de la plataforma rocosa.

—Respira, Debbie —suplicó el rubio—. Por favor, respira.

—No le siento el pulso —dijo Rhodes.

—¿Dónde está la ambulancia? —El hombre rubio miró a su alrededor, presa del pánico—. ¡Necesitamos una ambulancia!

—Ya viene. Pero, Greg, no creo que haya nada que...

El rubio colocó ambas palmas sobre el pecho de la mujer y empezó a bombear con movimientos rápidos y desesperados para volver a poner en marcha el corazón.

—Ayúdame, Alan. Hazle el boca a boca. ¡Tenemos que hacerlo juntos!

—Creo que llegamos demasiado tarde —dijo Rhodes. Puso una mano en el hombro del rubio—. Greg...

—¡Vete a la mierda, Alan! Lo haré yo mismo. —Colocó su boca contra la de la mujer, forzó el aire entre los labios pálidos y empezó a bombear de nuevo. Los ojos de la mujer ya se estaban nublando.

Rhodes miró a Jane y negó con la cabeza.

CAPÍTULO 8

Maura había visitado el zoo de Suffolk por última vez un cálido fin de semana de verano, cuando los pasillos estaban abarrotados de niños sucios de helado y padres jóvenes que empujaban carritos de bebé. Pero ese frío día de noviembre encontró el zoo inquietantemente desierto. En el recinto de los flamencos, las aves se acicalaban en paz. Los pavos reales se pavoneaban por el camino, libres de las molestias de las cámaras y los niños. Qué agradable sería pasear sola y detenerse en cada uno de los recintos, pero la Muerte la había llamado y no tenía tiempo para disfrutar de la visita. El empleado del zoo la condujo a paso ligero por delante de las jaulas de los primates y hacia los recintos de los canes salvajes. Territorio carnívoro. Su acompañante era una joven llamada Jen, uniformada de caqui, con una coleta rubia y un bronceado saludable. Habría estado perfecta en un documental de Nat Geo sobre la vida en la naturaleza.

—Cerramos el zoo enseguida después del incidente —explicó Jen—. Hemos tardado una hora en sacar a los visitantes. Aún no me puedo creer lo que ha pasado. Nunca habíamos tenido que enfrentarnos a algo así.

—¿Cuánto tiempo lleva trabajando aquí? —preguntó Maura.

—Casi cuatro años. De niña soñaba con trabajar en un zoo. Intenté entrar en la facultad de Veterinaria, pero mis notas no eran lo bastante buenas. Aun así, logré hacer lo que me gusta. Tienes que amar este trabajo, porque no es algo que haces por el sueldo.

—¿Conocía a la víctima?

—Sí, somos un grupo bastante unido. —Sacudió la cabeza—. De verdad que no puedo entender cómo Debbie pudo cometer ese error. El doctor Rhodes siempre nos advirtió sobre Rafiki. «Nunca le des la espalda. Nunca confíes en un leopardo», nos decía. Y yo que pensaba que exageraba.

—¿No le preocupa trabajar tan estrechamente con grandes depredadores?

—Antes no me preocupaba. Pero esto lo cambia todo. —Doblaron una curva y Jen dijo—: Ese es el recinto donde sucedió.

No era necesario que lo señalara; los rostros sombríos de los que estaban reunidos fuera de la jaula le informaron a Maura que había llegado a destino. Entre el grupo estaba Jane, que se acercó para saludarla.

—Este sí que es un caso que no creo que vuelvas a ver —dijo Jane.

—¿Estás investigando esta muerte?

—No, estaba a punto de marcharme. Por lo que he deducido, se ha tratado de un accidente.

—¿Qué ha sucedido?

—Parece que la víctima estaba limpiando la zona de exposición cuando el felino la atacó. Debió olvidarse de asegurar la jaula nocturna y el animal entró en el recinto principal. Cuando llegué, ya había ocurrido. —Jane sacudió la cabeza—. Te recuerda exactamente dónde estamos en la cadena alimenticia.

—¿Qué clase de animal la atacó?

—Un leopardo africano. Había un macho grande en la jaula.

—¿Lo han encerrado?

—Está muerto. El doctor Oberlin, ese rubio de allí, intentó darle con la pistola de dardos, pero falló las dos veces. Tuvo que dispararle.

—Así que ahora ya es seguro entrar.

—Sí, pero es un desastre. Hay litros de sangre ahí dentro. —Jane miró su calzado manchado y sacudió la cabeza—. Me gustaban estos zapatos. En fin, te llamaré luego.

—¿Quién va a guiarme por la escena?

—Alan Rhodes puede hacerlo.

—¿Quién?

—Es el experto en grandes felinos. —Jane llamó al grupo de hombres reunidos cerca del recinto —: ¿Doctor Rhodes? La doctora Isles está aquí, de la oficina del forense. Necesita ver el cadáver.

El hombre moreno que se acercó a ellas parecía conmocionado por la tragedia. Los pantalones de su uniforme de zoo estaban manchados de sangre y, aunque intentó sonreír, no pudo disimular la tensión de su rostro. Con gesto automático, extendió la mano para saludarla, pero se dio cuenta de que tenía sangre seca en la mano y dejó caer el brazo.

—Siento que tenga que ver esto —dijo—. Sé que debe haberse encontrado con cosas terribles, pero esto es atroz.

—Nunca me había enfrentado a un ataque de un felino salvaje —dijo Maura.

—También es mi primera vez. No quiero volver a ver otro. —Sacó un llavero—. La llevaré por atrás, por la zona para el personal. Ahí está la puerta.

Maura se despidió de Jane con la mano y siguió a Rhodes por el sendero bordeado de arbustos y señalizado como «Solo personal». El sendero cortaba entre los recintos vecinos y conducía a la parte trasera del lugar, oculta a la vista del público.

Rhodes abrió la puerta.

—Esto nos llevará a través de la jaula de compresión. Hay dos puertas interiores en cada extremo de esta jaula. Una lleva a la zona de exposición pública. La otra lleva a la jaula nocturna.

—¿Por qué se llama jaula de compresión?

—Es una sección móvil que podemos utilizar para controlar al animal con fines veterinarios. Cuando camina por esta sección, empujamos la pared de la jaula y queda atrapado entre los barrotes. Facilita vacunarlo o inyectarle otros medicamentos en el hombro. Mínimo estrés para el animal y máxima seguridad para el personal.

—¿La víctima entró por aquí?

—Su nombre era Debra Lopez.

—Lo siento. ¿Es así como entró la señorita Lopez?

—Es uno de los puntos de acceso. También hay una entrada independiente para la jaula nocturna, donde el animal permanece fuera de las horas de exposición. —Entraron en la jaula y Rhodes cerró la puerta tras ellos, atrapándolos en el claustrofóbico y estrecho pasillo—. Como puede ver, hay puertas en ambos extremos. Antes de entrar en cualquier jaula, se debe confirmar que el animal esté encerrado en otro sector. Eso es seguridad básica de cualquier zoo: saber siempre dónde está el felino. Sobre todo Rafiki.

—¿Era peligroso?

—Todo leopardo es potencialmente peligroso, sobre todo el Panthera pardus, o leopardo africano. Son más pequeños que los leones o los tigres, pero son silenciosos, impredecibles y fuertes. Un leopardo puede arrastrar hasta un árbol un cadáver mucho más pesado que él. Rafiki estaba en su plenitud y era extremadamente agresivo. Se lo mantenía aislado porque atacó a la hembra que intentamos colocar con él en esta exhibición. Debbie sabía lo peligroso que era. Todos lo sabíamos.

—Entonces, ¿cómo pudo cometer un error semejante? ¿Era nueva en el trabajo?

—Hace al menos siete años que Debbie trabajaba aquí, así que desde luego no fue por falta de experiencia. Pero incluso el personal experimentado a veces se descuida. No comprueban el paradero de los animales u olvidan cerrar una puerta. Greg me contó que, cuando llegó, encontró la puerta de la jaula nocturna abierta de par en par.

—¿Greg?

—El doctor Greg Oberlin, nuestro veterinario.

Maura se centró en la puerta de la jaula nocturna.

—¿Este pestillo no funcionó mal?

—Lo probé. La detective Rizzoli también lo hizo. Está en buen estado.

—Doctor Rhodes, me cuesta mucho entender cómo una cuidadora de zoo experimentada deja la puerta de la jaula de un leopardo abierta de par en par.

—Es difícil de creer, lo sé. Pero puedo mostrarle una hoja de cálculo de accidentes similares con grandes felinos. Ha ocurrido en zoológicos de todo el mundo. Desde 1990, ha habido más de setecientos incidentes solo en Estados Unidos, con veintidós muertos. Solo el año pasado, en Alemania y el Reino Unido, experimentados cuidadores de zoológicos murieron a manos de tigres. En ambos casos, simplemente olvidaron cerrar las puertas. La gente se distrae o se descuida. O empieza a creer que los felinos son amigos que nunca les harían daño. Sigo diciéndole a nuestro personal que nunca confíe en un gran felino, que nunca le dé la espalda. No son gatitos de compañía.

Maura pensó en el gato atigrado gris que acababa de adoptar, cuyo afecto intentaba ganarse a base de sardinas caras y tazones de leche cremosa. No era más que otro astuto depredador que había reclamado a Maura como su sirviente personal. Si pesara cien kilos más, no le cabía duda de que no la vería como una amiga, sino como una sabrosa fuente de carne. ¿Podía alguien confiar de verdad en un gato?

Rhodes abrió la puerta interior, que conducía a la zona de exposición pública.

—Por aquí entró —dijo—. Hemos encontrado mucha sangre junto al cubo y la escoba, así que debió atacarla mientras hacía la limpieza matutina.

—¿Qué hora sería?

—Alrededor de las ocho o las nueve. El zoo abre al público a las nueve. A Rafiki le dan de comer en la jaula nocturna antes de dejarlo entrar en la zona de exhibición.

—¿Hay cámaras de seguridad aquí atrás?

—Por desgracia no, así que no tenemos imágenes del incidente ni de lo que lo precedió.

—¿Qué hay del estado mental de la víctima, Debbie? ¿Estaba deprimida? ¿Preocupada por algo?

—La detective Rizzoli hizo la misma pregunta. «¿Fue un suicidio asistido por un felino salvaje?». —Rhodes negó con la cabeza—. Era una mujer muy positiva y optimista. No me la imagino suicidándose, a pesar del momento por el que estaba pasando.

—Ah, ¿le sucedía algo?

Él hizo una pausa, con la mano en la puerta.

—¿Acaso no sucede siempre algo en la vida de las personas? Sé que acababa de romper con Greg.

—¿El doctor Oberlin, el veterinario?

Asintió con la cabeza.

—Debbie y yo hablamos de ello el domingo, cuando llevamos el cadáver de Kovo al taxidermista. No parecía estar mal. Más bien, aliviada. Creo que Greg se lo tomó mucho peor. No era fácil para él, ya que ambos trabajan aquí y se veían al menos una vez a la semana.

—¿Y aun así se llevaban bien?

—Por lo que pude averiguar, sí. La detective Rizzoli habló con Greg, y está devastado por esto. Y, antes de que usted me haga la pregunta obvia, Greg dijo que no estaba cerca de esta jaula cuando sucedió. Dijo que vino corriendo cuando escuchó los gritos.

—¿De Debbie?

Rhodes tenía expresión apenada.

—Dudo que viviera lo suficiente como para gritar. No, el que gritó fue un visitante. Vio sangre y empezó a gritar pidiendo ayuda. —Abrió la puerta de la zona de exposición—. Está tumbada en la zona de atrás, cerca de las rocas.

Maura dio tres pasos dentro del recinto y se detuvo, perturbada por la evidencia de la carnicería. Era lo que Jane había descrito como «litros de sangre»; se veía sangre sobre el follaje, y sangre coagulada en charcos sobre el camino de cemento. Las salpicaduras arteriales salían en múltiples direcciones, rociadas por los últimos y desesperados latidos del corazón de la víctima.

Rhodes miró el cubo y el rastrillo caídos.

—No debió verlo venir.

El cuerpo humano contiene cinco litros de sangre, y allí era donde Debbie Lopez había derramado la mayor parte de la suya. Aún estaba húmeda cuando otros la pisaron; Maura vio múltiples huellas y manchas en el hormigón.

—Si la atacó aquí —dijo—, ¿por qué la arrastró hasta la parte trasera de la jaula? ¿Por qué no la devoró donde cayó?

—Porque el instinto de un leopardo es proteger a su presa. En la naturaleza, habría carroñeros que lucharían para quitársela. Leones y hienas. Así que los leopardos mueven a su presa fuera del alcance de otros animales.

Las manchas de sangre marcaban el avance del leopardo, que había arrastrado su trofeo de carne humana por el camino de cemento. En aquel rastro de franjas y manotazos destacaba una clara huella de zarpa, prueba sorprendente del tamaño y la potencia de ese asesino. El rastro llevaba a la parte trasera del recinto. En la base de una enorme roca artificial yacía el cadáver, cubierto con una manta verde oliva. El leopardo muerto yacía cerca, con las fauces abiertas.

—Arrastró el cuerpo hasta la cima de la roca —dijo Rhodes—. La bajamos para hacerle la reanimación cardiopulmonar.

Maura levantó la vista y vio la sangre seca que había chorreado por la roca.

—¿La llevó hasta allí arriba?

Rhodes asintió.

—Así de fuertes son. Pueden arrastrar un kudú pesado hasta un árbol. Su instinto es trepar alto y colgar el cadáver de una rama, donde pueden comer sin que los molesten. Es lo que estaba a punto de hacer cuando Greg le disparó. Para entonces, Debbie ya había muerto.

Maura se puso guantes y se agachó para apartar la manta. Un vistazo a lo que quedaba de la garganta de la víctima le dijo que sería imposible sobrevivir al ataque. En silencio, contemplo con horror la laringe aplastada y la tráquea expuesta, el cuello desgarrado tan profundamente que la cabeza había caído hacia atrás, casi decapitada.

—Así es como lo hacen —dijo Rhodes, con la mirada perdida y voz temblorosa—. Los felinos salvajes están diseñados por la naturaleza para ser perfectas máquinas de matar, y van directos a la garganta. Aplastan la columna vertebral, desgarran la yugular y las carótidas. Al menos, se aseguran de que su presa esté muerta antes de empezar a alimentarse. Me han dicho que es una muerte rápida. Se desangran.

«No lo bastante rápida». Maura imaginó los agónicos últimos segundos de Debbie Lopez: la sangre brotaría como un cañón de agua de sus carótidas seccionadas. También inundaría su tráquea desgarrada, ahogando sus pulmones. Una muerte rápida, sí, pero a esta víctima, esos segundos finales de terror y asfixia debieron parecerle una eternidad.

Volvió a tapar la cara de la muerta con la manta y centró su atención en el leopardo. Era un animal magnífico, con un pecho enorme y una piel lustrosa que brillaba a la luz del sol. Contempló los afilados dientes e imaginó con qué facilidad aplastarían y desgarrarían la garganta de una mujer. Sacudida por un escalofrío, se puso en pie y vio, a través de los barrotes de la exposición, que había llegado el equipo forense de recuperación de cadáveres.

—Debbie adoraba a este leopardo —dijo Rhodes, mirando a Rafiki—. Cuando nació, le dio el biberón como a un bebé. Creo que nunca imaginó que él le haría esto. Y eso fue lo que realmente la mató. Olvidó que él era el depredador y nosotros, su presa.

Maura se quitó los guantes.

—¿Se ha notificado a la familia?

—La madre vive en San Luis. Nuestro director, el doctor Mikovitz, ya la ha llamado.

—Mi oficina necesitará su información de contacto. Para los arreglos del funeral después de la autopsia.

—¿Es necesaria una autopsia?

—La causa de la muerte parece obvia, pero siempre hay preguntas que necesitan respuesta. ¿Por

qué cometió ese error fatal? ¿Se vio afectada por drogas, alcohol o algún problema médico?

Él asintió.

—Por supuesto. Ni siquiera lo había pensado. Pero me sorprendería que encontrara drogas en su organismo. Esa no sería la mujer que yo conocía.

«La mujer que creías conocer», pensó Maura al salir de la jaula. Todos los seres humanos de la Tierra tenían secretos. Pensó en los suyos, tan bien guardados, y en lo sorprendidos que se quedarían sus colegas al conocerlos. Incluso Jane, que la conocía mejor que nadie.

Mientras el equipo de la morgue introducía la camilla en el recinto, Maura se quedó de pie en el camino público, mirando por encima de la barandilla lo que habrían visto los visitantes. El lugar donde el leopardo atacó por primera vez estaba fuera de la vista, oculto por un muro, y los arbustos habrían ocultado el arrastre del cadáver. Pero el saliente rocoso donde había llevado a su presa era claramente visible, y ahora estaba marcado por el espantoso rastro de sangre que había goteado por la roca.

Con razón la gente había empezado a gritar.

Un escalofrío recorrió la piel de Maura, como el aliento helado de un depredador. Se giró y miró a su alrededor. Vio al doctor Rhodes hablando con los preocupados funcionarios del zoo. Vio a un par de cuidadores consolándose mutuamente. Nadie miraba a Maura; nadie parecía darse cuenta de que estaba allí. Pero ella no podía librarse de la sensación de que la observaban.

Entonces lo vio, a través de los barrotes de una jaula cercana. Su pelaje leonado era casi invisible contra la roca de color arena en la que estaba agazapado. Sus poderosos músculos estaban listos para saltar. Acechaba en silencio a su presa, sus ojos estaban fijos en ella. Solo en ella.

Miró el letrero colocado en la barandilla. «Puma concolor».

Un puma. Y pensó: «Yo tampoco lo habría visto venir».

CAPÍTULO 9

—Jerry O’Brien es un alborotador. O, en todo caso, juega a serlo en la radio —dijo Frost mientras se dirigían al noroeste, hacia el condado de Middlesex, con Jane al volante—. En su programa de la semana pasada, despotricaba contra los defensores de los animales. Los comparaba con roedores herbívoros y se preguntaba cómo unos conejitos tontos habían llegado a ser tan malévolos. —Frost se rio mientras buscaba el archivo de audio en su portátil—. Aquí está la parte sobre la caza que tienes que oír.

—¿Crees que de verdad se cree las idioteces que dice? —preguntó Jane.

—¿Quién sabe? Le da audiencia, porque su programa lo repiten en múltiples emisoras. —Frost tocó el teclado—. Bien, este es el programa de la semana pasada. Escucha esto.

A lo mejor coméis pollo o un filete de vez en cuando. Lo compráis en el supermercado, bien envuelto en plástico. ¿Qué os hace pensar que sois moralmente superiores al cazador que se levanta de la cama a las cuatro de la mañana y soporta el frío y el cansancio y camina por el bosque con un pesado rifle? ¿Quién espera pacientemente en la maleza, tal vez durante horas, perfeccionando su destreza con un arma de fuego? Y creedme, es una destreza ser capaz de dar en el blanco. ¿Quién tiene derecho a negarle al cazador su derecho a dedicarse a una ocupación antigua y honesta que ha alimentado a familias desde el principio de la historia de la humanidad? Estos snobs metrosexuales que no tienen ningún problema en comer sus bistecs con patatas en un elegante restaurante francés tienen la audacia de decirnos a los cazadores apasionados que somos crueles por matar a un ciervo. ¿De dónde creen que viene la carne?

Y no me hagáis hablar de los vegetarianos acérrimos. ¡Eh, vosotros, los amantes de los animales! ¿Tenéis un gato o un perro? ¿Qué le dais de comer a vuestro querido perro o gatito? Carne. C-A-R-N-E. ¡Para el caso, podríais también desquitaros con vuestras mascotas!

Frost detuvo la grabación

—Lo que me recuerda que esta mañana pasé por la casa de Gott. No vi al gato blanco, pero toda la comida que dejé anoche había desaparecido. Rellené el cuenco y cambié la caja de arena.

—Y el detective Frost obtiene la insignia al mérito por el cuidado de mascotas.

—¿Qué vamos a hacer con él? ¿Crees que la doctora Isles querrá otro gato?

—Creo que ya se arrepiente de haberse llevado el que tiene. ¿Por qué no lo adoptas tú?

—Soy un hombre.

—¿Y qué?

—Pues... sería raro que tuviera un gato.

—¿Qué, acaso te despojan de tu hombría?

—Todo es cuestión de imagen, ¿sabes? Si traigo a casa a una chica, ¿qué va a pensar cuando vea que tengo un gato blanco y esponjoso?

—Claro, porque tu pez de colores da una impresión mucho mejor. —Jane hizo un movimiento de cabeza hacia el portátil—. Venga, ¿qué más tiene O'Brien para decir?

—Escucha esta parte —dijo Frost, y pulsó «Reproducir».

... Pero no, estos roedores comedores de hierba, conejitos malévolos que cenan lechuga todos los días, tienen más sed de sangre que cualquier carnívoro. Y creedme, amigos, recibo sus mensajes. Amenazan con colgarme y destriparme como a un ciervo. Amenazan con quemarme, cortarme, estrangularme, aplastarme. ¿Os podéis creer que esto viene de boca de vegetarianos? Amigos, cuidado con los comedores de lechuga. No hay nadie en la tierra más peligroso que los supuestos «amantes de los animales».

Jane miró a Frost.

—Quizá hasta sean más peligrosos de lo que él cree —dijo.

Con un programa semanal que se transmitía por seiscientas emisoras y llegaba a más de veinte millones de oyentes, Jerry «Bocazas» O'Brien podía permitirse lo mejor, algo que quedó muy claro desde el momento en que Jane y Frost cruzaron en coche la verja vigilada que daba acceso a la finca de O'Brien. Las praderas onduladas donde pastaban caballos podían haber estado en una granja de algún lugar de Virginia o Kentucky; era un entorno inesperadamente bucólico a solo una hora de Boston. Pasaron junto a un estanque y subieron por una cuesta salpicada de ovejas blancas hasta llegar a la enorme residencia de troncos situada en lo alto de la loma. Con sus amplios porches y sus enormes postes de madera, parecía más un alojamiento de caza que una residencia particular.

Acababan de llegar cuando oyeron los primeros disparos.

—¿Qué demonios? —dijo Frost, mientras ambos desenfundaban sus pistolas.

Se oyeron más disparos en rápida sucesión, luego silencio. Un silencio demasiado largo.

Jane y Frost salieron con rapidez del coche y ya estaban subiendo los escalones del porche, con las armas en la mano, cuando la puerta principal se abrió de golpe.

Un hombre de mejillas regordetas los saludó con una sonrisa tan grande que tenía que ser falsa. Vio las dos pistolas Glock apuntando a su pecho y dijo, riendo:

—Vaya, les aseguro que no hacen falta. Ustedes deben ser los detectives Rizzoli y Frost.

Jane mantuvo su arma a nivel.

—Oímos disparos.

—Es solo práctica de tiro. Jerry tiene un bonito campo de tiro abajo. Soy su asistente personal, Rick Dolan. Adelante.

Sonó otra ráfaga de disparos. Jane y Frost se miraron y, al mismo tiempo, volvieron a enfundar sus armas.

—Parece tener una gran potencia de fuego —dijo Jane.

—Puede pasar a comprobarlo. A Jerry le encanta mostrar su arsenal.

Entraron en un amplio vestíbulo, cuyas paredes de pino natural estaban decoradas con alfombras tejidas por indios americanos. Dolan buscó dentro de un armario del vestíbulo y ofreció auriculares de protección auditiva a sus invitados.

—Son las reglas de Jerry —dijo, mientras se colocaba unos auriculares sobre la cabeza—. Fue a demasiados conciertos de rock de joven y, como le gusta decir, «la sordera es para siempre».

Dolan abrió una puerta con un grueso acolchado aislante. Jane y Frost vacilaron al oír los disparos procedentes del sótano.

—Oh, estar allí abajo es seguro —dijo Dolan—. Jerry no reparó en gastos cuando lo diseñó. Las paredes del sótano son de bloques rellenos con arena, el techo es de hormigón pretensado, recubierto con diez centímetros de acero. Tiene jaulas para balas totalmente cerradas y el sistema subterráneo de extracción expulsa todo el humo y los residuos al exterior. Se lo aseguro, es lo mejor de lo mejor. Tienen que echarle un vistazo.

Jane y Frost se pusieron los auriculares de protección y lo siguieron escaleras abajo.

Jerry O’Brien estaba de espaldas a ellos, bajo el intenso resplandor de los tubos fluorescentes. Iba vestido de forma incongruente, con unos vaqueros azules y una chillona camisa hawaiana de tela floreada que cubría con holgura su torso en forma de tonel. No se percató de inmediato de la presencia de sus visitantes; estaba concentrado en dispararle repetidamente a un blanco con forma de silueta humana. Solo cuando hubo vaciado el cargador, se volvió hacia Jane y Frost.

—Ah, la policía de Boston está aquí. —O’Brien se quitó los auriculares—. Bienvenidos a mi pequeño rincón del Paraíso.

Frost observó la variedad de pistolas y rifles que había sobre la mesa.

—Vaya. Menuda colección tiene aquí.

—Créame, todas son legales. Ningún cargador tiene más de diez balas. Las guardo todas en un armario seguro, y tengo un permiso CCW de clase A para portar armas. Puede verificarlo con el jefe de policía local. —Cogió otra pistola y se la tendió a Frost—. Esta es mi favorita. ¿Quiere probarla, detective?

—Eh, no, gracias.

—¿Ni siquiera se siente tentado? Tal vez no vuelva a tener oportunidad de disparar una de estas joyas.

—Hemos venido a preguntarle por Leon Gott —dijo Jane.

O'Brien volvió su atención hacia ella.

—La detective Rizzoli, ¿verdad? ¿Le gustan las armas?

—Cuando las necesito.

—¿Practica la caza?

—No.

—¿Ha cazado alguna vez?

—Solo personas. Es más emocionante porque devuelven los disparos.

O'Brien se rio.

—Mi tipo de chica. No como mis exmujeres. —Quitó el cargador y comprobó si quedaban balas en la recámara—. Bien, sobre Leon: no se habría rendido sin luchar. Con media oportunidad, sé que le habría volado los sesos a ese cabrón. —Miró a Jane—. ¿Tuvo esa media oportunidad?

—¿Cómo de sordo estaba?

—¿Qué tiene eso que ver?

—No llevaba puestos los audífonos.

—Ah. Bueno, eso cambia el panorama. Sin sus audífonos, no habría oído a un alce subiendo las escaleras.

—Parece conocerlo bastante bien.

—Lo suficiente como para confiar en él como cazador. Viajé con él a Kenia dos veces. El año pasado abatió a un magnífico búfalo con un solo disparo. No dudó, no pestañeó. Llegas a

conocer mucho a las personas cuando vas de caza con ellas. Descubres si son pura palabrería y nada de acción. Si puedes confiar en ellas lo suficiente como para darles la espalda. Si tienen el valor de enfrentarse a un elefante. Leon demostró su valía, y yo lo respetaba. No puedo decir lo mismo de mucha gente. —O'Brien dejó la pistola sobre la mesa y miró a Jane—. ¿Por qué no hablamos de esto arriba? Tengo café preparado las veinticuatro horas del día, si les apetece. —Le tendió una llave a su asistente personal—. Rick, ¿quieres guardarme estas armas? Estaremos en la guarida.

O'Brien iba delante; subió las escaleras lenta y pesadamente. Su chillona camisa floreada parecía una tienda de campaña. Cuando llegaron al vestíbulo, respiraba con dificultad. Había dicho que se dirigían a la «guarida», pero la habitación a la que los condujo no era una simple cueva de hombres, sino una caverna de dos pisos con enormes vigas de roble y una chimenea de piedra. Dondequiera que mirara, Jane veía animales de caza disecados, pruebas embalsamadas de la habilidad de O'Brien como tirador. A Jane le había sorprendido la colección de Leon Gott, pero esa habitación la dejaba boquiabierta.

—¿Los ha matado usted? —preguntó Frost.

—A casi todos —dijo O'Brien—. Algunos de estos animales están en peligro de extinción y es imposible cazarlos, así que tuve que conseguirlos a la antigua usanza: abriendo mi cartera. Ese leopardo de Amur, por ejemplo. —Señaló una cabeza disecada, con una oreja maltrecha—. Debe tener cuarenta años, y ya no se consiguen. Pagué un buen dinero a un coleccionista por ese lamentable ejemplar.

—¿Y cuál es el sentido? —preguntó Jane.

—¿Qué, nunca tuvo peluches de niña, detective? ¿Ni siquiera un osito?

—No tuve que dispararle a mi osito de peluche.

—Bueno, este leopardo de Amur es mi peluche. Ansiaba tenerlo porque es un depredador magnífico. Hermoso. Letal. Una máquina de matar diseñada por la naturaleza. —Señaló la pared de trofeos frente a ellos, una galería de cabezas y colmillos de todos los tamaños—. Sigo cazando algún ciervo de vez en cuando, porque no hay mejor comida que el solomillo de ciervo. Pero valoro a los animales a los que temo. Me encantaría tener un tigre de Bengala. Y ese leopardo de las nieves era otro que quería. Es una pena que la piel se haya perdido. Valía mucho para mí, y obviamente también para el imbécil que mató a Leon.

—¿Cree que ese fue el motivo? —preguntó Frost.

—Claro. Vigilen el mercado negro, y si sale una piel a la venta, tendrán a su asesino. Estaré encantado de ayudarlos. Es mi deber cívico, y se lo debo a Leon.

—¿Quién sabía que estaba trabajando con un leopardo de las nieves?

—Mucha gente. Muy pocos taxidermistas llegan a trabajar con un animal tan raro, y él se jactaba de ello en los foros de caza de Internet. Todos nos sentimos fascinados por los grandes felinos. Por animales que pueden matarnos. Yo lo estoy. —Miró sus trofeos—. Así es como los honro.

—¿Colgando sus cabezas en la pared?

—No es peor que lo que me harían a mí si tuvieran la oportunidad. Así es la vida en la jungla, detective. Todos contra todos, la supervivencia del más fuerte. —Miró alrededor de su sala de trofeos, como un rey que observa a sus súbditos conquistados—. Matar está en nuestra naturaleza. La gente no lo admite. Si aquí le doy con una honda a una ardilla, puede apostar a que mis vecinos chiflados pondrán el grito en el cielo. La loca de al lado me gritó que hiciera las maletas y me fuera a Wyoming.

—Podría hacerlo —observó Frost.

O'Brien se rio.

—No, prefiero quedarme y ser una espina clavada en su costado. Además, ¿por qué tendría que irme? Crecí en Lowell, justo al final de la carretera. En un barrio de mala muerte junto a la fábrica. Me quedo aquí porque me recuerda lo lejos que he llegado. —Se dirigió hacia un armario de bebidas alcohólicas y descorchó una botella de whisky—. ¿Puedo ofrecerles un trago?

—No, gracias —dijo Frost.

—Sí, lo sé. Están de servicio y todo eso. —Se sirvió en un vaso—. Soy dueño de mi negocio, así que yo pongo las reglas. Y digo que la hora del cóctel empieza a las tres.

Frost se acercó a la exhibición de depredadores e inspeccionó un leopardo de cuerpo entero. Estaba sobre la rama de un árbol, agazapado como si estuviera listo para saltar.

—¿Es un leopardo africano?

O'Brien se volvió con el vaso en la mano.

—Sí. Lo cacé hace unos años, en Zimbabue. Los leopardos son difíciles. Reservados y solitarios. Cuando están en las ramas, pueden pillarte por sorpresa. No son muy grandes, pero tienen fuerza suficiente para arrastrarte hasta un árbol. —Bebió un sorbo de whisky mientras admiraba al animal—. Leon lo disecó para mí. Pueden ver la calidad de su trabajo. También disecó ese león y aquel oso pardo de allí. Era bueno, pero no era barato. —O'Brien se acercó a un puma de cuerpo entero—. Este fue el primero que hizo para mí, hace unos quince años. Parece tan real que todavía me asusto cuando lo veo en la oscuridad.

—Así que Leon era su compañero de caza y su taxidermista —dijo Jane.

—No es un taxidermista cualquiera. Su trabajo es legendario.

—Vimos un artículo sobre él en la revista Hub. «El Maestro de los Trofeos».

O'Brien se rio.

—Le gustaba ese artículo. Lo tenía enmarcado y colgado en la pared.

—Ese artículo recibió muchos comentarios sobre la caza, incluyendo algunos bastante desagradables.

O’Brien se encogió de hombros.

—Son gajes del oficio. Yo también recibo amenazas. Gente que llama al programa, queriendo matarme como a un cerdo.

—Sí, he escuchado algunas de esas llamadas —dijo Frost.

O’Brien levantó la cabeza, como un bulldog al oír un silbido supersónico.

—Conque me escucha, ¿eh?

Lo que quería que Frost dijera era: «¡Claro que sí! Me encanta su programa y soy su mayor admirador». El hombre que vivía a lo grande y con ostentación, el hombre que parecía deleitarse en hacerles un gesto obsceno a aquellos que lo despreciaban era también un hombre sediento de validación.

—Háblenos de esas personas que lo han amenazado —dijo Jane.

O’Brien se rio.

—Mi programa llega a mucha gente, y a algunos no les gusta lo que tengo que decir.

—¿Lo preocupa alguna de las amenazas de los que se oponen?

—Han visto mi arsenal. Que intenten derribarme.

—Leon Gott también tenía un arsenal.

Hizo una pausa, con el vaso de whisky junto a los labios. Lo bajó y miró a Jane con el ceño fruncido.

—¿Cree que fue algún loco amante de los animales?

—Estamos investigando todos las posibilidades. Por eso queremos enterarnos de cualquier amenaza que reciba.

—¿Cuál de ellas? Cada vez que abro la boca, cabreo a ciertos oyentes.

—¿Alguno de ellos dice que quiere verlo colgado y destripado?

—Ah, sí, eso es muy original. A ella nunca se le ocurre nada nuevo.

—¿Ella?

—Una de mis imbéciles oyentes habituales. Suzy no-sé-qué, llama todo el tiempo. «¡Los animales tienen alma! ¡Los humanos son los verdaderos salvajes!». Bla, bla, bla.

—¿Alguien más hizo esa amenaza en particular? ¿Sobre colgar y destripar?

—Sí, y casi siempre son mujeres. Entran en detalles sanguinarios, como solo las mujeres lo hacen. —Hizo una pausa, sorprendido de repente por el significado de la pregunta de Jane—. ¿No estará diciendo que eso le pasó a Leon, que alguien lo destripó?

—¿Qué le parece si empieza a llevar un registro de esas llamadas? La próxima vez que reciba una amenaza así, denos un registro de los números de teléfono.

O'Brien miró a su asistente personal, que acababa de entrar en la habitación.

—Rick, ¿puedes encargarte de eso? ¿De conseguirles nombres y números?

—Claro, Jerry.

—Pero no veo a ninguno de esos bichos raros cumpliendo sus amenazas —dijo O'Brien—. Es pura palabrería.

—Yo me tomaría en serio cualquier amenaza —dijo Jane.

—Me la tomaré muy en serio. —Se levantó el borde de la ondeante camisa hawaiana para mostrar una Glock en su funda bajo la cintura—. No tiene sentido tener una licencia CCW para portar armas si no llevo un arma encima, ¿verdad?

—¿Dijo Leon si estaba recibiendo amenazas? —preguntó Frost.

—Nada que le preocupara.

—¿Algún enemigo? ¿Algún colega o familiar que pudiera beneficiarse con su muerte?

O'Brien hizo una pausa, con los labios fruncidos como una rana toro. Volvió a coger su vaso de whisky y se quedó mirándolo un momento.

—El único familiar del que hablaba era su hijo.

—El que falleció.

—Sí. Hablamos mucho de él en nuestro último viaje a Kenia. Te sientas alrededor del fuego con una botella de whisky y empiezas a hablar de muchas cosas. Cazar, cenar carne de caza, hablar bajo las estrellas. Para los hombres, se trata de eso. —Miró a su asistente personal—. ¿Verdad, Rick?

—Tú lo has dicho, Jerry —respondió Dolan, mientras volvía a llenar el vaso de whisky de su jefe.

—¿Ninguna mujer va a esos viajes? —preguntó Jane.

O'Brien le dirigió una mirada que reservaría para los dementes.

—¿Por qué querría yo arruinar un momento perfecto? Las mujeres solo estropean las cosas. —Asintió—. Con excepción de la presente. He tenido cuatro esposas y todavía me siguen chupando la sangre. Leon tuvo su propio matrimonio desastroso. Su mujer se fue con su único hijo y le llenó la cabeza en su contra. Eso le rompió el corazón a Leon. Incluso después de que esa hija de puta muriese, el chico le hacía la vida imposible a León. Me alegro de no haber tenido hijos. —Dio un sorbo a su whisky y sacudió la cabeza—. Joder, lo voy a echar de menos. ¿Cómo puedo ayudarlos a atrapar al cabrón que lo mató?

—Siga respondiendo a nuestras preguntas.

—No soy, digamos, sospechoso, ¿verdad?

—¿Acaso debería serlo?

—Sin juegos, ¿vale? Solo haga sus preguntas.

—El zoo de Suffolk dice que usted aceptó donar cinco millones de dólares a cambio del leopardo de las nieves.

—Es cierto. Les dije que solo permitiría que lo disecara un taxidermista, y ese era Leon.

—¿Y la última vez que habló con el señor Gott?

—Tuvimos noticias suyas el domingo, cuando nos llamó para decirnos que había desollado y destripado al animal, y preguntó si queríamos el cadáver.

—¿A qué hora fue la llamada?

—Hacia el mediodía más o menos. —O'Brien hizo una pausa—. Vamos, ya deben tener los registros telefónicos. Saben de la existencia de esa llamada.

Jane y Frost intercambiaron miradas de fastidio. A pesar de la citación para obtener los registros telefónicos de Gott, la compañía no los había entregado. Con casi mil solicitudes diarias por parte de los departamentos de policía de todo el país, la compañía telefónica podía tardar días, incluso semanas, en procesarlas.

—Así que lo llamó por el cadáver —dijo Frost—. ¿Qué pasó luego?

—Conduje hasta allí y lo recogí —dijo el asistente de O'Brien—. Llegué a casa de Leon sobre las dos de la tarde, cargué el animal en mi camioneta y lo traje directamente aquí.

—¿Por qué? Quiero decir, no querría usted comer carne de leopardo, ¿verdad?

—Probaré cualquier carne al menos una vez —dijo O'Brien—. Joder, me comería un jugoso asado de trasero humano si me lo ofrecieran. Pero no, no me comería un animal al que le practicaron la eutanasia con drogas. Quería el esqueleto. Después de que Rick lo trajera, cavamos un hoyo y lo enterramos. Le daré unos meses, dejaré que la madre naturaleza y los gusanos hagan su trabajo, y tendré huesos para montar.

«Por eso solo hemos encontrado los órganos internos del leopardo —pensó Jane—. Porque el cadáver ya estaba aquí, en la propiedad de O'Brien, descomponiéndose en una fosa».

—¿Hablaron usted y el señor Gott cuando estuvieron allí el domingo? —preguntó Jane, dirigiéndose a Dolan.

—Muy poco. Estaba hablando por teléfono con alguien. Esperé unos minutos, pero me hizo señas para que me fuera. Así que cogí el cadáver y me fui.

—¿Con quién estaba hablando?

—No lo sé. Dijo algo de que quería más fotos de Elliot en África. «Todas las que tengas», dijo.

—¿Elliot? —Jane miró a O'Brien.

—Era su hijo muerto —explicó O'Brien—. Como dije, últimamente hablaba mucho de Elliot. Sucedió hace seis años, pero creo que la culpa lo estaba afectando.

—¿Por qué se sentiría culpable León?

—Porque casi no tuvo relación con él después del divorcio. Su exmujer crio al chico, lo convirtió en un «afeminado», según Leon. El chico se lio con una novia fanática de PETA, la organización de derechos de los animales, tal vez solo para cabrear a su viejo. Leon intentó ponerse en contacto con él, pero su hijo no estaba muy dispuesto retomar el contacto. Cuando Elliot murió, Leon se sintió muy mal. Todo lo que le quedaba de su hijo era una foto. La tenía colgada en su casa; era una de las últimas fotos que le hicieron a Elliot.

—¿Cómo murió Elliot? Dijo usted que ocurrió hace seis años.

—Sí, al chico se le metió en la cabeza ir a África. Quería ver los animales antes de que fueran aniquilados por cazadores como yo. La Interpol dijo que conoció a un par de chicas en Ciudad del Cabo y que los tres volaron a Botsuana para hacer un safari.

—¿Y qué sucedió?

O'Brien terminó su vaso de whisky y la miró.

—Nunca se los volvió a ver.

CAPÍTULO 10

Botsuana

Johnny presiona la punta de su cuchillo contra el abdomen del impala y atraviesa la piel y la grasa hasta llegar al envoltorio blancuzco que recubre los órganos. Hace unos instantes, abatió a la bestia de un solo disparo, y mientras la destripa, veo cómo se nubla el ojo del impala, como si la muerte le hubiera insuflado una niebla fría que lo cubre de escarcha. Johnny trabaja con la rápida eficacia de un cazador que ha hecho esto muchas veces antes. Con una mano abre el vientre y con la otra aparta las vísceras de la hoja del cuchillo para evitar perforar los órganos y contaminar la carne. El trabajo es horripilante y delicado a la vez. La señora Matsunaga se gira, asqueada, pero los demás no podemos dejar de mirar. Esto es lo que hemos venido a presenciar a África: la vida y la muerte en la sabana. Esta noche nos daremos un festín de impala asado al fuego, y el precio de nuestra comida es la muerte de este animal, al que ahora destripan y descuartizan. El olor a sangre se eleva desde el cadáver caliente, un olor tan poderoso que, a nuestro alrededor, los carroñeros se inquietan. Creo que puedo oírlos haciendo crujir los pastizales cercanos.

Por encima de nosotros, los buitres revolotean, siempre presentes.

—El intestino está lleno de bacterias, así que lo extirpo para evitar que la carne se estropee —explica Johnny mientras corta—. También aligera la carga, hace que sea más fácil de transportar. Nada se desperdiciará, nada quedará sin comer. Los carroñeros limpiarán lo que dejemos atrás. Mejor hacerlo aquí fuera, para no atraerlos de vuelta al campamento. —Mete la mano en el tórax para tirar del corazón y los pulmones. Con un par de golpes de cuchillo, secciona la tráquea y los grandes vasos, y los órganos torácicos se deslizan hacia fuera como un recién nacido, viscosos de sangre.

—Ay, Dios —gime Vivian.

Johnny levanta la vista.

—Comes carne, ¿verdad?

—¿Después de ver esto? No sé si podré.

—Creo que debemos verlo —dice Richard—. Tenemos que saber de dónde viene nuestra comida.

Johnny asiente.

—Exacto. Es nuestro deber, como carnívoros, saber qué implica llevar ese filete a tu plato. El acecho, la matanza. El eviscerado y el despiece. Los humanos somos cazadores, y esto es lo que

hemos hecho desde el principio. —Mete la mano en la pelvis para extraer la vejiga y el útero, luego agarra puñados de intestinos y los arroja al pastizal—. Los hombres modernos han perdido el contacto con lo que significa sobrevivir. Van al supermercado y abren la cartera para pagar un filete. Ese no es el significado de la carne. —Se levanta, con los brazos desnudos manchados de sangre, y mira al impala destripado—. Esto, sí.

Formamos un círculo alrededor de la presa mientras lo que queda de sangre sale de la cavidad abierta. Los órganos desechados ya comienzan a secarse al sol y los buitres se vuelven más numerosos, ansiosos por desgarrar este montón de carroña que madura.

—El significado de la carne —dice Elliot—. Nunca lo había pensado así.

—La sabana te hace ver tu verdadero lugar en el mundo —dice Johnny—. Aquí se nos recuerda lo que somos en realidad.

—Animales —murmura Elliot.

Johnny asiente.

—Animales.

Y eso es lo que veo cuando esa noche miro alrededor del fuego. Un círculo de animales que se alimentan, desgarrando con los dientes trozos de carne asada de impala. Solo un día después de quedar atrapados en la naturaleza, nos hemos convertido en versiones salvajes de nosotros mismos: comemos con las manos mientras los jugos gotean por nuestra barbilla, nuestra cara se mancha de negro por la grasa carbonizada. Al menos no tememos morir de hambre aquí, en la sabana, que rebosa de carne de animales alados o con pezuñas. Con su rifle y su cuchillo, Johnny nos mantendrá bien alimentados.

Está sentado en las sombras, justo fuera de nuestro círculo, observando cómo nos atiborramos de comida. Ojalá pudiera leerle la cara, pero esta noche no puedo. ¿Acaso mira con desprecio a estos clientes desorientados, indefensos como crías de pájaro que necesitan que él les ponga comida en la boca? ¿Nos culpa de algún modo de la muerte de Clarence? Recoge la botella vacía de whisky que Sylvia acaba de arrojar a un lado y la deposita en la bolsa de arpillera donde guardamos la basura, que él insiste en que debemos llevarnos. «No hay que dejar rastros», dice; así es como respetamos la tierra. La bolsa de basura ya tintinea con los vasos vacíos, pero, de momento, no hay peligro de que nos quedemos sin bebidas. La señora Matsunaga es alérgica al alcohol, Elliot bebe poco y Johnny parece decidido a mantenerse sobrio hasta que nos rescaten.

Vuelve al fuego y, para mi sorpresa, se sienta a mi lado.

Lo miro, pero sus ojos se quedan fijos en las llamas mientras dice en voz baja:

—Estás manejando bien la situación.

—¿Yo? No lo creo.

—Valoré tu ayuda hoy para desollar el impala y desmenuzar el cadáver. Tienes una habilidad natural para la vida en la sabana.

Eso me hace reír.

—Yo soy la que no quería estar aquí. La que insiste en duchas calientes y baños adecuados. En este viaje yo iba a ser la novia comprensiva.

—Para complacer a Richard.

—¿A quién si no?

—Espero que esté impresionado.

Miro de reojo a Richard, que no me mira. Está demasiado ocupado conversando con Vivian, cuya camiseta ajustada no deja lugar a dudas de que no lleva sujetador. Vuelvo a centrarme en el fuego.

—Ser comprensiva solo sirve hasta cierto punto en la vida.

—He oído de Richard que eres librera.

—Sí, dirijo una librería en Londres. En el mundo real.

—¿Esto no es el mundo real?

Echo un vistazo a las sombras que rodean el fuego.

—Esto es una fantasía, Johnny. Algo sacado de una novela de Hemingway. Te garantizo que algún día aparecerá en una de las novelas de acción de Richard. —Me río—. No te sorprendas si te convierte en el villano.

—¿Qué papel juegas tú en sus novelas?

Estudio el fuego. Y digo con nostalgia:

—Yo solía ser el interés romántico.

—¿Ya no?

—Nada permanece igual, ¿verdad? No, ahora soy la carga pesada. La molesta novia a la que el villano tendrá que despachar para que el héroe pueda perseguir algún nuevo interés romántico. Sí, lo sé todo sobre cómo funcionan las novelas de acción y suspense para hombres porque se las vendo a innumerables hombres pálidos y flácidos que en sus mentes son James Bond.

Richard sabe cómo aprovechar las fantasías de esos hombres porque las comparte. Incluso ahora, cuando se acerca con su mechero de plata para encender el cigarrillo del señor Matsunaga, se

hace el héroe. James Bond nunca se complicaría la vida con una simple cerilla.

Johnny coge un palo y empuja un tronco hacia las llamas.

—Para Richard, esto puede ser solo una fantasía. Pero tiene dientes de verdad.

—Sí, claro que tienes razón. No es una fantasía. Es una maldita pesadilla.

—Entonces, entiendes la situación —murmura.

—Entiendo que todo ha cambiado. Ya no son vacaciones. —Añado, en voz baja—: Y tengo miedo.

—No debes tener miedo, Millie. Tienes que estar vigilante, sí, pero no con miedo. Una ciudad como Johannesburgo da miedo. Pero ¿esto? —Sacude la cabeza y sonríe—. Aquí, todo se limita a intentar sobrevivir. Si lo entiendes, tú también sobrevivirás.

—Para ti es fácil decirlo. Has crecido en este mundo.

Asiente con la cabeza.

—Mis padres tenían una granja en la provincia de Limpopo. Todos los días, cuando salía al campo, me cruzaba con leopardos encaramados a los árboles que me observaban. Llegué a conocerlos, y ellos a mí.

—¿Nunca te atacaron?

—Me gusta pensar que teníamos un acuerdo, los leopardos y yo. Era respeto entre depredadores. Pero no significaba que confiáramos el uno en el otro.

—Me daría miedo salir de casa. Hay muchas formas de morir aquí. Leones. Leopardos. Víboras.

—Siento un sano respeto por ellos, porque sé de lo que son capaces. —Sonríe con la mirada fija en el fuego—. Cuando tenía catorce años, me mordió una víbora.

Me quedo mirándolo.

—¿Y sonríes?

—Fue todo culpa mía. De niño las coleccionaba. Las cazaba yo mismo y las guardaba en varios recipientes en mi habitación. Pero un día me ganó la arrogancia y mi víbora me mordió.

—Santo Dios. ¿Qué pasó entonces?

—Por suerte fue una mordedura seca, sin veneno. Pero eso me enseñó que los descuidos tienen su castigo. —Mueve la cabeza con pesar—. Lo peor fue que mi madre me hizo renunciar a mis víboras.

—No puedo creer que te dejara coleccionarlas. O que alguna vez te dejara poner un pie fuera con

leopardos alrededor.

—Pero es lo que hacían nuestros antepasados, Millie. Todos venimos de este lugar. Alguna parte de ti, algún recuerdo antiguo en lo más profundo de tu cerebro reconoce este continente como su hogar. La mayoría de la gente ha perdido el contacto con él, pero el instinto sigue ahí. —Extiende suavemente la mano y me toca la frente—. Así es como te mantienes vivo aquí, buscando en lo más profundo esos recuerdos ancestrales. Yo te ayudaré a encontrarlos.

De repente, siento los ojos de Richard clavados en nosotros. Johnny también los siente y al instante esboza una gran sonrisa, como si se hubiera encendido un interruptor.

—Caza salvaje asada en el fuego. No hay nada mejor que eso, ¿eh, amigos? —exclama.

—Mucho más tierna de lo que esperaba —dice Elliot, mientras se lame los dedos—. ¡Siento que estoy entrando en contacto con mi cavernícola interior!

—¿Qué tal si tú y Richard descuartizáis al próximo que derribe?

Elliot parece sobresaltado.

—Eh..., ¿yo?

—Ya has visto cómo se hace. —Johnny mira a Richard—. ¿Crees que puedes hacerlo?

—Claro que podemos —dice Richard, con la mirada clavada en Johnny.

Estoy sentada entre los dos y, aunque Richard me ha ignorado durante la mayor parte de la cena, ahora me pasa un brazo por el hombro, como si quisiera declararse mi dueño. Como si considerara a Johnny un rival romántico que quisiera conquistarme.

Pensarlo hace que me ruborice.

—De hecho —dice Richard—, todos estamos dispuestos a arrimar el hombro. Podemos empezar esta noche vigilando. —Extiende las manos para coger el rifle, que siempre está al lado de Johnny—. No puedes pasar toda la noche sin dormir.

—Pero nunca has disparado un rifle como este —señalo.

—Aprenderé.

—¿No crees que eso debe decidirlo Johnny?

—No, Millie. No creo que deba ser el único que controle el arma.

—¿Qué estás haciendo, Richard? —susurro.

—Podría preguntarte lo mismo. —La mirada que me lanza es radiactiva. Alrededor del fuego, todos callan, y en el silencio oímos los lejanos gritos de las hienas, dándose un festín con el regalo de vísceras que les hemos dejado.

—Ya le he pedido a Isao que haga la segunda guardia esta noche —dice Johnny, sin perder la calma.

Richard mira sorprendido al señor Matsunaga.

—¿Por qué a él?

—Sabe manejar un rifle. Ya lo he comprobado.

—Soy el tirador número uno del club de tiro de Tokio —dice el señor Matsunaga, sonriendo con orgullo—. ¿A qué hora quieres que te haga el relevo?

—Te despertaré a las dos, Isao —dice Johnny—. Será mejor que te acuestes temprano.

La ira en nuestra tienda es como un ser vivo, un monstruo de ojos brillantes que espera para atacar. Soy yo quien está en su punto de mira, la víctima en la que se clavarán sus garras, y mantengo la voz baja y tranquila, esperando que las garras pasen de largo, que esos ojos se consuman. Pero Richard no la dejará morir.

—¿Qué te ha estado diciendo? ¿De qué hablabais tan cariñosamente? —pregunta.

—¿De qué crees que hablábamos? De cómo terminar esta semana con vida.

—Así que era todo sobre supervivencia, ¿no?

—Sí.

—Claro, y como Johnny es tan experto en eso, ahora estamos tirados.

—¿Lo culpas de esta situación?

—Nos ha demostrado que no es de fiar. Pero, claro, tú no lo ves. —Se ríe—. Hay un término para eso, ¿sabes? Lo llaman fiebre caqui.

—¿Cómo?

—Es cuando las mujeres se deslumbran con sus guías de safari. Basta que vean a un hombre vestido de caqui para que se abran de piernas.

Es el insulto más grosero que podría lanzarme, pero consigo mantener la calma porque ya nada de lo que diga puede hacerme daño. Simplemente no me importa. En cambio, me río.

—¿Sabes?, acabo de darme cuenta de algo sobre ti. De verdad eres un cabrón.

—Al menos no soy yo el que quiere follarse al guía.

—¿Cómo sabes que no lo he hecho ya?

Se pone de lado y me da la espalda. Sé que quiere salir de esta tienda tanto como yo, pero es peligroso hacerlo. De todos modos, no tenemos a dónde ir. Lo único que puedo hacer es alejarme de él todo lo posible y permanecer en silencio. Ya no sé quién es este hombre. Algo ha cambiado dentro de él, alguna transformación ha ocurrido mientras yo no estaba mirando. La sabana ha hecho esto. África lo ha hecho. Richard es ahora un desconocido, o quizá siempre lo ha sido. ¿Se puede conocer de verdad a una persona? Una vez leí sobre una mujer que estuvo casada durante una década antes de descubrir que su marido era un asesino en serie. «¿Cómo pudo no saberlo?», pensé cuando leí aquel artículo.

Pero ahora entiendo cómo puede suceder. Estoy tumbada en una tienda de campaña con un hombre al que conozco desde hace cuatro años, un hombre al que creía amar, y me siento como la mujer del asesino en serie: la verdad sobre su marido por fin ha quedado al descubierto.

Fuera de nuestra tienda, se oye un golpe, un crepitar y el fuego se enciende con más intensidad. Johnny acaba de añadir leña a las llamas para mantener a raya a los animales. ¿Nos habrá oído hablar? ¿Sabrá que esta discusión es sobre él? Tal vez haya visto esto innumerables veces en otros safaris. Parejas que se rompen, acusaciones que vuelan. La fiebre caqui. Un fenómeno tan común que se ha ganado un nombre propio.

Cierro los ojos y una imagen aparece en mi mente: Johnny de pie en el pastizal alto al amanecer, sus hombros recortados por la salida del sol. ¿Acaso estoy infectada, solo un poco, por la fiebre? Él es quien nos protege, quien nos mantiene con vida. En el momento en el que avistó al impala, yo estaba a su lado, tan cerca que vi cómo se tensaban los músculos de su brazo cuando levantó el rifle. Una vez más siento la emoción del disparo, como si yo misma hubiera apretado el gatillo, como si hubiera abatido al impala. Una caza compartida, que nos une con sangre.

Sí, África también me ha cambiado.

Contengo la respiración cuando la silueta de Johnny se detiene frente a nuestra tienda. Luego pasa y su sombra se aleja. Cuando me duermo, no sueño con Richard, sino con Johnny erguido sobre el pastizal. Johnny, con quien me siento segura.

Hasta la mañana siguiente, cuando me despierto con la noticia de que Isao Matsunaga ha desaparecido.

CAPÍTULO 11

Keiko se arrodilla en la hierba y solloza, meciéndose de un lado a otro como un metrónomo que marca un ritmo de desesperación. Hemos encontrado el rifle más allá del perímetro del campamento, pero aún no hemos encontrado a su marido. Ella sabe lo que eso significa. Todos lo sabemos.

Permanezco junto a Keiko acariciándole el hombro, porque no sé qué otra cosa hacer. Nunca se me ha dado bien consolar a la gente. Cuando murió mi padre y mi madre se sentó a llorar en la habitación del hospital, lo único que pude hacer fue acariciarle el brazo, masajear, masajear y masajear hasta que por fin gritó: «¡Basta, Millie! Es muy molesto». Creo que Keiko está demasiado angustiada para registrar el contacto. Le miro la cabeza inclinada y veo raíces blancas asomando entre su pelo negro. Con su piel pálida y suave, parecía mucho más joven que su marido, pero ahora me doy cuenta de que no lo es en absoluto, que unos meses aquí fuera revelarán su verdadera edad cuando su pelo negro se vuelva canoso, cuando su piel se oscurezca y se arrugue bajo el sol. Ya parece estar marchitándose ante mis ojos.

—Voy a buscar junto al río —dice Johnny, y coge el rifle—. Quedaos aquí. Mejor aún, esperad en el camión.

—¿En el camión? —exclama Richard—. ¿Te refieres a ese pedazo de chatarra que ni siquiera puedes arrancar?

—Si os quedáis en el camión, nada os hará daño. No puedo buscar a Isao y protegeros al mismo tiempo.

—Espera, Johnny —intervengo—. ¿Es prudente que vayas tú solo?

—Tiene el puto rifle, Millie —dice Richard—. Nosotros no tenemos nada.

—Mientras busca huellas, alguien tiene que vigilarle las espaldas —señalo.

Johnny asiente con gesto brusco.

—Vale, eres mi vigía, Millie. Quédate cerca.

Cuando paso por encima de la cerca, mi bota golpea el alambre y las campanillas tintinean. Un tintineo tan dulce como el de una campanilla de viento en la brisa, pero aquí fuera significa que el enemigo ha invadido, y mi corazón da un vuelco reflejo de alarma al oírlo. Respiro hondo y sigo a Johnny hacia el pastizal.

He hecho bien en acompañarlo. Su atención está fija en el suelo mientras busca pistas, y podría muy bien perderse el movimiento de la cola de un león entre la maleza. Mientras avanzamos, no

dejo de mirar detrás de nosotros, a nuestro alrededor. El pasto es alto, me llega a la cadera, y pienso en las víboras y en cómo puedes pisar una y no darte cuenta hasta que los colmillos se te clavan en la pierna.

—Aquí —dice Johnny en voz baja.

Miro donde el pasto está aplastado y veo un trozo de tierra desnuda y una marca dejada por algo que ha sido arrastrado por allí. Johnny ya se está moviendo de nuevo, siguiendo el rastro por el pasto aplastado.

—¿Se lo llevaron las hienas?

—No, esta vez no fueron hienas.

—¿Cómo lo sabes?

No responde, pero sigue avanzando hacia un bosquecillo de árboles que ahora soy capaz de reconocer como sicómoros y ébanos africanos. Aunque no puedo ver el río, lo oigo correr en algún lugar cercano, y pienso en cocodrilos. Mires donde mires en este lugar, en los árboles, en el río, en el pastizal, hay dientes esperando para atacar, y Johnny confía en que yo los detectaré. El miedo agudiza mis sentidos y soy consciente de detalles en los que nunca antes había reparado. El beso del viento helado del río contra mi mejilla. El olor a cebolla del pasto recién pisado. Miro, escucho, huelo. Johnny y yo somos un equipo y no le fallaré.

De repente, noto el cambio en él. Su respiración suave, la súbita quietud. Ya no está concentrado en el suelo, sino que se ha enderezado hasta alcanzar toda su estatura, con los hombros erguidos.

Al principio no veo nada. Luego sigo la dirección de su mirada, hacia el árbol que se eleva ante nosotros. Es un sicómoro altísimo, un ejemplar majestuoso de ramas anchas y follaje denso, el tipo de árbol donde construirías una casa como la familia suiza Robinson.

—Ahí estás —susurra Johnny—. Qué chica tan guapa.

Solo entonces la veo, en una rama alta. La hembra de leopardo es casi invisible de lo bien que se mimetiza con la sombra moteada de las hojas. Nos ha estado observando todo el tiempo, esperando con paciencia que nos acercáramos, y ahora nos vigila con aguda inteligencia, sopesando su próximo movimiento, igual que Johnny sopesa el suyo. Mueve perezosamente la cola, pero Johnny permanece inmóvil. Está haciendo lo que nos aconsejó: «Deja que el felino te vea la cara. Muéstrale que tus ojos miran hacia delante, que tú también eres un depredador».

Pasa un momento, un instante en el que nunca he tenido tanto miedo ni me he sentido tan viva. Un momento en el que cada latido del corazón bombea sangre a mi cuello, que silba en mis oídos como el viento. La mirada de la leoparda permanece fija en Johnny. Él sigue sosteniendo el rifle delante de él. ¿Por qué no se lo sube al hombro? ¿Por qué no dispara?

—Retrocede —susurra—. No hay nada que podamos hacer por Isao.

—¿Crees que la leoparda lo ha matado?

—Sé que lo ha hecho. —Levanta la cabeza, un gesto sutil que casi paso por alto—. Rama superior. A la izquierda.

Ha estado colgado allí todo el tiempo, pero no me he dado cuenta. Igual que cuando al principio no he visto al leopardo. El brazo cuelga libre como el extraño fruto de una kigelia africana; la mano roída es un bulto sin dedos. El follaje oculta el resto del cuerpo de Isao, pero a través de las hojas distingo la forma de su torso, encajado en la horquilla de una rama, como si hubiera caído del cielo y aterrizado como un muñeco roto en aquel árbol.

—Dios mío —susurro—. ¿Cómo vamos a recuperarlo?

—No te muevas.

La leoparda se ha agazapado y sus ancas están tensas, listas para saltar. Es a mí a quien mira, sus ojos están fijos en los míos. En un segundo, Johnny levanta el rifle y se dispone a disparar, pero no aprieta el gatillo.

—¿A qué esperas? —susurro.

—Hacia atrás. Juntos.

Damos un paso atrás. Otro. El leopardo se acomoda en su rama, moviendo la cola.

—Solo protege a su presa —dice Johnny—. Es lo que hacen los leopardos: llevan a su presa a un árbol, donde otros carroñeros no pueden llegar a ella. Mira los músculos de sus hombros. De su cuello. Eso sí que es potencia. Puede arrastrar hasta esa rama a un animal muerto que pesa más que ella.

—Por el amor de Dios, Johnny. Tenemos que bajar a Isao.

—Ya está muerto.

—No podemos dejarlo ahí arriba.

—Si nos acercamos más, se lanzará sobre nosotros. Y no voy a matar a una leoparda solo para recuperar un cadáver.

Recuerdo lo que nos dijo una vez: que nunca mataría a un felino grande. Que los consideraba animales sagrados, demasiado exóticos para sacrificarlos por cualquier motivo, incluso para salvar su propia vida. Ahora defiende esas palabras, aun mientras el cadáver de Isao cuelga sobre nosotros y la leoparda vigila su alimento. De repente, Johnny me parece una bestia tan extraña como cualquiera de las que he encontrado en este recóndito lugar, un hombre cuyo respeto por esta tierra es tan profundo como las raíces de estos árboles. Pienso en Richard, con su BMW azul metalizado, su chaqueta de cuero negro y sus gafas de aviador, cosas que lo hacían parecer viril cuando nos conocimos. Pero no eran más que ornamentos para un maniquí. Es lo que significa la palabra, ¿no? Un modelo del cuerpo humano, no real. Hasta ahora, parece que solo he conocido maniquíes que parecen hombres, que fingen ser hombres, pero que no son más que plástico. Nunca encontraré otro hombre como Johnny, ni en Londres ni en ninguna parte; comprenderlo

me rompe el corazón. Sé que buscaré durante el resto de mi vida y que siempre recordaré este momento, cuando supe exactamente qué hombre quería.

Y nunca podría tener.

Me acerco a él y le susurro:

—Johnny.

El estallido del rifle es tan impactante que me tambaleo hacia atrás, como si me hubiera disparado a mí. Johnny se queda inmóvil como la estatua de un tirador, con el arma apuntando al objetivo. Con un profundo suspiro, baja el arma. Inclina la cabeza como si rezara pidiendo perdón, aquí, en la iglesia de la sabana, donde la vida y la muerte son dos mitades de la misma criatura.

—Dios mío —murmuro, con los ojos fijos en la leoparda, que ha caído muerta a solo dos pasos de mí, al parecer en pleno salto, con las garras delanteras a una fracción de segundo de hundirse en la carne. No puedo ver el orificio de la bala; solo veo la sangre que chorrea sobre el pasto y empapa el suelo caliente. Su pelaje brilla con la lustrosa elegancia que codician las ostentosas mujerzuelas de los magnates de Knightsbridge y siento deseos de acariciarla, pero me parece mal, como si la muerte la hubiera reducido a nada más que una inofensiva gatita. Hace un momento me habría matado, y merece mi respeto.

—La dejaremos aquí —dice Johnny en voz baja.

—Las hienas la atacarán.

—Siempre lo hacen. —Respira hondo y mira el sicómoro, pero su mirada parece distante, como si viera más allá del árbol, incluso más allá de este día—. Ahora puedo bajarlo.

—Me dijiste que nunca matarías a un leopardo. Ni siquiera para salvar tu propia vida.

—No lo haré.

—Pero has matado a este.

—No ha sido para salvar mi vida. —Me mira—. Ha sido para salvar la tuya.

Esa noche duermo en la tienda de la señora Matsunaga para que no esté sola. Lleva todo el día casi catatónica, abrazándose a sí misma y gimoteando en japonés. Las rubias han intentado convencerla de que coma, pero Keiko no ha consumido nada, excepto unas cuantas tazas de té. Se ha retirado a alguna cueva inalcanzable en lo más profundo de su mente y, por el momento, nos sentimos aliviados de que esté tranquila y se deje controlar. No hemos permitido que viera el cuerpo de Isao, que Johnny bajó del sicomoro y enterró enseguida.

Pero yo lo he visto. Sé cómo murió.

—Un felino grande mata aplastándote la garganta —me dijo Johnny, mientras cavaba la tumba hundiendo la pala en la tierra tostada por el sol. A pesar de que los insectos nos acosaban, él no los ahuyentaba, tan concentrado estaba en cavar la tumba de Isao—. Un felino va directo al cuello. Cierra las mandíbulas alrededor de la tráquea, desgarrando arterias y venas. Es muerte por asfixia. Te ahogas con tu propia sangre.

Es lo que vi cuando miré a Isao. Aunque la leoparda ya había empezado a darse un festín, desgarrando el abdomen y el pecho, fue el cuello aplastado lo que me habló de los últimos segundos de Isao, en los que debió luchar por respirar mientras la sangre entraba a borbotones en sus pulmones.

Keiko no conoce ninguno de estos detalles. Solo sabe que su marido ha muerto y que lo hemos enterrado.

La oigo suspirar en sueños, un pequeño gemido de desesperación, y vuelve a quedarse callada. Apenas se mueve, está tumbada bocarriba, como una momia envuelta en sábanas blancas. La tienda de los Matsunaga huele diferente a la mía. Tiene un agradable aroma exótico, como si sus ropas estuvieran impregnadas de hierbas asiáticas, y está ordenada y bien organizada. Las camisas de Isao, que nunca más volverá a ponerse, están bien guardadas en su maleta, junto con su reloj de pulsera de oro, que recuperamos de su cuerpo. Todo está en su sitio, todo es armonioso. A diferencia de la tienda que comparto con Richard, que es todo lo contrario a armoniosa.

Es un alivio estar lejos de él, por eso me ofrecí enseguida para hacer compañía a Keiko. El último lugar donde quiero dormir esta noche es en la tienda con Richard, donde la hostilidad es tan densa como niebla sulfurosa. Apenas me ha dicho dos frases en todo el día. Pasa el tiempo con Elliot y las rubias. Los cuatro parecen ahora un equipo, como si esto fuera un juego de Supervivientes en Botsuana y se tratara de su tribu contra la mía.

Excepto que en realidad no tengo a nadie en mi tribu, a menos que cuente a la pobre y deshecha Keiko y a Johnny. Pero Johnny no pertenece a ningún equipo; él es independiente, y matar a esa leoparda lo ha dejado preocupado y sombrío. Casi no me ha hablado desde entonces.

Así que aquí estoy, la mujer con la que nadie habla, tumbada en una tienda junto a una mujer que no habla con nadie. Aunque aquí dentro reina el silencio, fuera de la tienda ha empezado la sinfonía nocturna, con sus flautines de insectos y sus fagots de hipopótamos. He aprendido a disfrutar de esos sonidos, y seguramente soñaré con ellos cuando vuelva a casa.

Por la mañana, me despierto con el canto de los pájaros. Por una vez no hay gritos ni exclamaciones de alarma, solo las dulces melodías del amanecer. Fuera, los cuatro miembros del equipo de Richard están acurrucados junto al fuego, tomando café. Johnny está sentado solo bajo un árbol. El cansancio parece resbalarle por los hombros y su cabeza se inclina hacia delante mientras intenta conciliar el sueño. Quiero acercarme a él para quitarle el cansancio con masajes, pero los demás me miran. En cambio, me uno a su círculo.

—¿Cómo está Keiko? —pregunta Elliot.

—Sigue dormida. Estuvo callada toda la noche. —Me sirvo café—. Me alegra ver que todos

estamos vivos esta mañana. —Mi ocurrencia es de mal gusto, y me arrepiento en cuanto las palabras salen de mi boca.

—Me pregunto si él se alegrará —murmura Richard, mirando a Johnny.

—¿Qué insinúas?

—Me parece extraño que todo haya salido tan mal. Primero, matan a Clarence. Luego, a Isao. Y el camión... ¿Cómo demonios puede un camión morir así?

—¿Culpas a Johnny?

Richard mira a los otros tres y de pronto comprendo que no es el único que piensa que Johnny tiene la culpa. ¿Por eso han estado cotilleando juntos? ¿Intercambiando teorías, alimentando su paranoia?

Sacudo la cabeza.

—Es ridículo.

—Era obvio que diría eso —murmura Vivian—. Os dije que lo haría.

—¿Qué quieres decir?

—Es evidente para nosotros que eres la favorita de Johnny. Sabía que lo defenderías.

—No necesita que nadie lo defienda. Él es quien nos mantiene vivos.

—Ah, ¿sí? —Vivian mira con recelo en dirección a Johnny. Está demasiado lejos para oírnos, pero ella baja la voz de todos modos—. ¿Estás segura?

Esto es absurdo. Los miro y me pregunto quién ha empezado esta campaña de cuchicheos.

—¿Vas a decirme que Johnny mató a Isao y lo arrastró hasta ese árbol? ¿O quizá se lo entregó a la leoparda y dejó que ella se encargara a partir de ahí?

—¿Qué sabemos en realidad de él, Millie? —pregunta Elliot.

—Ay, por Dios. ¡Tú también, no!

—Te aseguro que las cosas que están diciendo... —Elliot mira por encima del hombro y, aunque susurra, puedo oír su pánico— me dan miedo.

—Piénsalo —dice Richard—. ¿Cómo acabamos en este safari?

Lo fulmino con la mirada.

—La única razón por la que estoy aquí eres tú. Querías tu aventura africana y ya la tienes. ¿No está a la altura de tus expectativas? ¿O acaso es demasiada aventura incluso para ti?

—Lo encontramos en Internet —dice Sylvia, que ha permanecido en silencio hasta ahora. Noto que le tiemblan las manos alrededor de la taza y tiene que dejarla en el suelo para que no se derrame el café—. Vivian y yo queríamos acampar en la sabana, pero no podíamos gastar mucho. Encontramos su página web: Perdidos en Botsuana. —Suelta una carcajada algo histérica—. Y así estamos.

—Yo me sumé a ellas —dice Elliot—. Sylvia, Viv y yo estábamos en un bar de Ciudad del Cabo y me hablaron de este fabuloso safari que iban a hacer.

—Lo siento mucho, Elliot —dice Sylvia—. Siento que nos conocieras en ese bar. Siento que te convenciéramos para venir. —Respira entrecortadamente y se le quiebra la voz—. Dios, solo quiero irme a casa.

—Los Matsunaga también encontraron este viaje a través de la página web —dice Vivian—. Isao me dijo que buscaba una auténtica experiencia africana. No un alojamiento turístico, sino la oportunidad de explorar la sabana de verdad.

—Así es también como hemos acabado aquí —dice Richard—. Por esa misma puta página web, Perdidos en Botsuana.

Recuerdo la noche en la que Richard me la enseñó en su ordenador. Llevaba días navegando por Internet, fascinado por imágenes de safaris, campamentos y banquetes en mesas a la luz de las velas. No recuerdo por qué se decidió por Perdidos en Botsuana. Quizá fue la promesa de una experiencia auténtica. Naturaleza virgen de verdad, como la habría vivido Hemingway, aunque tal vez Hemingway solo era un convincente embustero. No he participado en la planificación de estas vacaciones; era la elección de Richard, el sueño de Richard. Que ahora es una pesadilla.

—¿Qué estáis diciendo, que su página web es falsa? —pregunto—. ¿Que la ha usado para atraernos hasta aquí? ¿Os escucháis a vosotros mismos?

—Aquí viene gente de todo el mundo a practicar caza mayor —dice Richard—. ¿Y si esta vez la caza somos nosotros?

Si está buscando una reacción, sin duda, la consigue. Elliot parece a punto de vomitar. Sylvia se tapa la boca con la mano, como si quisiera ahogar un sollozo.

Pero yo respondo con un bufido cargado de sarcasmo.

—¿Crees que Johnny Posthumus nos está cazando? Por Dios, Richard, no conviertas esto en una de tus novelas de suspense.

—Johnny es el que tiene el arma —dice Richard—. Él tiene el poder. Si no nos mantenemos unidos, estamos muertos.

Ahí está. Lo oigo en su voz amarga. Lo veo en las miradas recelosas que me dirigen. Soy la Judas entre ellos, la que correrá hacia Johnny y le contará todo. Todo el asunto es tan absurdo que debería reírme, pero estoy demasiado cabreada. Mientras me pongo en pie, apenas puedo

mantener la voz firme.

—Cuando esto termine, cuando estemos en ese avión regresando a Maun la semana que viene, os recordaré esto. Y os vais a sentir como idiotas.

—Espero que tengas razón —susurra Vivian—. Ruego a Dios que seamos idiotas. Espero que estemos en ese avión y no seamos un montón de huesos ensangrentados en la... —Su voz se corta cuando una sombra se cierne de repente sobre ella.

Johnny se ha movido tan silenciosamente que no han oído que se acercaba; está de pie justo detrás de Vivian y mira al grupo.

—Necesitamos agua y leña —dice—. Richard, Elliot, venid al río conmigo.

Cuando ambos hombres se levantan, veo miedo en los ojos de Elliot. El mismo miedo que brilla en los ojos de las rubias. Johnny sostiene tranquilo el arma contra su cuerpo, con la pose de un fusilero a sus anchas, pero la sola presencia de ese rifle inclina la balanza del poder.

—¿Y las chicas? —pregunta Elliot, mirando nervioso a las rubias—. ¿No debería quedarme a cuidarlas?

—Pueden esperar en el camión. De momento, necesito músculos.

—Si me das el arma —sugiere Richard—, Elliot y yo traeremos la leña y el agua.

—Nadie sale del campamento sin mí. Y yo no salgo del perímetro sin el rifle. —La expresión de Johnny es sombría—. Si queréis seguir vivos, tendréis que confiar en mí.

CAPÍTULO 12

Boston

El bistec de Gabriel estaba cocinado a la perfección, entre jugoso y al punto, como siempre lo pedía cuando cenaban en Matteo’s. Pero esa noche, sentados en su mesa favorita del restaurante, Jane apenas podía soportar la visión de la sangre que rezumaba cuando su marido cortaba el filete. La hacía pensar en la sangre de Debra Lopez, goteando por la roca. En el cuerpo de Gott, colgando como un trozo de carne. «Ya sea de vaca o de humano, todos somos carne fresca».

Gabriel se dio cuenta de que ella apenas había tocado su chuleta de cerdo y le dirigió una mirada penetrante.

—Todavía estás pensando en ello, ¿no?

—No puedo evitarlo. ¿A ti no te pasa que no puedes quitarte escenas de la cabeza por mucho que lo intentes?

—Sigue intentándolo, Jane. —Alargó el brazo y le apretó la mano—. Ha pasado demasiado tiempo desde nuestra última cena juntos.

—Estoy haciendo un esfuerzo, pero este caso... —Miró su filete y se estremeció—. Podría convertirme en vegetariana.

—¿Tan malo es?

—Ambos hemos visto cosas horribles. Pasamos demasiado tiempo en salas de autopsias, pero esto me afecta en un nivel más profundo. Lo evisceraron y lo dejaron colgando. Joder, sus propias mascotas se lo comieron.

—Por eso no deberíamos tener un cachorro.

—Gabriel, no es gracioso.

Él cogió su vaso de vino.

—Solo intento amenizar la velada. No tenemos muchas noches para nosotros, y esta se está convirtiendo en otra revisión de un caso. Como siempre.

—Es el trabajo que ambos hacemos. ¿De qué otra cosa se supone que tenemos que hablar?

—¿De nuestra hija, quizá? ¿De dónde deberíamos ir en nuestras próximas vacaciones? —Dejó el vino y la miró—. En la vida hay otras cosas además de homicidios.

—Es lo que nos unió.

—No es lo único.

«No», pensó Jane, mientras su marido volvía a coger el cuchillo, blandiéndolo con la fría y tranquila habilidad de un cirujano. El día que se conocieron en la escena de un crimen en la reserva Stony Brook, la imperturbabilidad de él le resultó intimidante. En el caos de aquella tarde, mientras policías y forenses se reunían en torno al cadáver en descomposición, Gabriel había sido una presencia imponente y silenciosa, el observador distante que lo asimilaba todo. A Jane no le había sorprendido enterarse de que era del FBI; una mirada le había bastado para darse cuenta de que era un intruso y estaba allí para desafiar su autoridad. Pero lo que primero los enfrentó fue también lo que más tarde los unió. La atracción de los opuestos. Incluso ahora, mientras observaba a su imperturbable marido, sabía por qué se había enamorado de él.

Él la miró y soltó un suspiro resignado.

—Vale, me guste o no, parece que vamos a hablar de homicidios. Así que... —Dejó el cuchillo y el tenedor—. ¿De verdad crees que Bocazas O'Brien es la clave de todo esto?

—Esas llamadas a su programa de radio eran inquietantemente similares a los comentarios que dejaron en el artículo sobre Leon Gott. Hablaban de colgar y destripar.

—No hay nada demasiado original en esas imágenes. Es lo que hacen los cazadores. Yo mismo lo he hecho después de abatir un ciervo.

—La oyente Suzy se identifica como miembro del Ejército de Acción Vegana. Según su página web, dicen tener cincuenta miembros en Massachusetts.

Gabriel negó con la cabeza.

—Esa organización no hace sonar ninguna alarma en mi cabeza. No recuerdo que aparezca en ninguna lista de vigilancia federal.

—Tampoco en las listas de la policía de Boston. Pero quizá son lo bastante inteligentes como para permanecer en silencio y no atribuirse el mérito de lo que hacen.

—¿Cazar y destripar cazadores? ¿Te parece algo que harían los veganos?

—Piensa en el Frente de Liberación de la Tierra. Ponen bombas incendiarias.

—Pero hacen todo lo posible para no matar a nadie.

—Aun así, fíjate en el simbolismo. Leon Gott era aficionado a la caza mayor y taxidermista. La revista Hub publica un artículo sobre él, titulado: «El maestro de los trofeos». Meses después, aparece colgado de los tobillos, abierto de arriba abajo y destripado. Suspendido a la altura justa para que se lo coman sus mascotas. ¿Qué manera más apropiada hay de deshacerse del cuerpo de un cazador que dejar que sus animales lo destrocen? —Hizo una pausa, consciente de que el restaurante se había quedado en silencio. De reojo, vio que la pareja de la mesa de al

lado la miraba.

—No es el momento ni el lugar, Jane —dijo Gabriel.

Ella bajó la mirada a su chuleta de cerdo.

—Qué tiempo más agradable está haciendo últimamente.

Solo cuando el murmullo de la conversación a su alrededor se reanudó, dijo en voz baja:

—Creo que el simbolismo es obvio.

—O puede que no tenga nada que ver con el hecho de que fuera cazador. También está el robo como motivo.

—Si se trató de un robo, fue bastante específico. Su cartera y su dinero estaban en el dormitorio, intactos. Por lo que sabemos, lo único que falta es la piel del leopardo de las nieves.

—Y me dijiste que valía mucho.

—Pero una piel tan poco común sería muy difícil de vender. Tendría que ser para la colección privada de alguien. Y, si el robo era el único motivo, ¿por qué pasar por el sangriento ritual de destripar a la víctima?

—Me parece que aquí hay dos aspectos simbólicos específicos. Primero, la captura de la piel de un animal poco común. Segundo, la forma en la que se expuso el cuerpo de la víctima. —Gabriel miraba la vela de la mesa con el ceño fruncido mientras reflexionaba. Jane al final lo había arrastrado hasta el rompecabezas y ahora estaba totalmente concentrado en él.

Esa noche podía ser la noche de cita, la única noche al mes en la que se comprometían a no hablar de trabajo, pero la conversación siempre volvía a un homicidio. ¿Cómo no iba a ser así si era lo que ambos vivían y respiraban? Jane observó cómo la luz de las velas parpadeaba en el rostro de Gabriel mientras él analizaba los hechos en silencio. Qué suerte tenía de poder compartir esos hechos con él. Pensó en lo que sería estar allí sentada con un cónyuge que no perteneciera a las fuerzas del orden, estar deseando hablar de lo que la corroía y no poder decir nada al respecto. No solo compartían un hogar y una hija, sino también el mismo conocimiento sombrío de cómo una vida podía cambiar en un instante. O llegar a su fin.

—Veré qué información tenemos sobre el Ejército de Acción Vegana —dijo él—. Pero me inclinaría por centrarme en esa piel de leopardo, ya que es el único objeto de valor que sabes que se han llevado. —Hizo una pausa—. ¿Qué piensas de Jerry O’Brien?

—¿Aparte de que es un imbécil machista?

—Quiero decir, como sospechoso. ¿Tiene algún posible motivo para matar a Gott?

Jane negó con la cabeza.

—Eran compañeros de caza. Podría muy bien haberle disparado en el bosque y decir que fue un

accidente. Pero sí, pensé en O'Brien. Y en su asistente personal. Gott era tan solitario que no hay muchos sospechosos entre los que elegir. Al menos, ninguno que conozcamos. —Pero, cuando te ponías a escarbar en la vida de alguien, siempre aparecían sorpresas. Pensó en otras víctimas, en otras investigaciones que habían sacado a la luz amantes secretos, cuentas bancarias ocultas o innumerables apetencias ilícitas que solo salen a la luz cuando la vida de una persona queda al descubierto por un final violento.

Y pensó en su padre, que tenía sus propios secretos y cuya aventura con otra mujer había roto su matrimonio. Incluso el hombre al que creía conocer, el hombre con el que había compartido todas las Navidades, todos los cumpleaños, había resultado ser un desconocido.

Más tarde esa misma noche, se vio obligada a enfrentarse a ese mismo desconocido cuando ella y Gabriel se detuvieron frente a la casa de Angela para recoger a su hija. Jane vio el coche aparcado en la entrada y dijo:

—¿Qué hace papá aquí?

—Esta es su casa.

—Lo era. —Salió y miró el Chevy, aparcado en su sitio habitual, como si nunca se hubiera ido. Como si Frank Rizzoli pudiera volver a su antigua vida y todo siguiera igual que siempre. El Chevy tenía una nueva abolladura en el guardabarros delantero izquierdo; se preguntó si habría sido la barbie de Frank y si él le habría gritado por ello, como una vez le había gritado a Angela cuando había rayado la puerta del coche. Si te quedas demasiado tiempo cerca de un hombre, hasta un amante nuevo y reluciente empieza a mostrar sus defectos. ¿Cuándo se habría dado cuenta la barbie de que Frank tenía pelos en la nariz y mal aliento matutino como cualquier otro hombre?

—Recojamos a Regina y volvamos a casa —susurró Gabriel, mientras subían al porche delantero.

—¿Qué crees que voy a hacer?

—No participar del habitual dramatismo familiar, espero.

—Una familia sin dramatismo —dijo ella, mientras tocaba el timbre— no sería la mía.

Su madre abrió la puerta. Al menos, se parecía a ella, pero la que los saludó con una sonrisa sin vida era una versión zombi de Angela.

—Se ha quedado dormida sin ningún problema. ¿Habéis cenado bien?

—Sí. ¿Por qué está papá aquí? —preguntó Jane.

Frank gritó:

—¿Qué clase de pregunta es esa? Estoy sentado en mi propia casa.

Jane entró en el salón y vio a su padre en su viejo sillón; el rey errante que había vuelto para reclamar su trono. Llevaba el pelo de un extraño color negro, como betún para zapatos; ¿cuándo se lo había teñido? También había otros cambios: la camisa de seda de cuello abierto, el elegante reloj de pulsera. Parecía una versión de Frank Rizzoli en Las Vegas. ¿Se habría equivocado de casa, habría entrado en un universo alternativo en el que tenía una madre androide y un padre fiestero?

—Voy a buscar a Regina —dijo Gabriel, y desapareció discretamente por el pasillo.

«Cobarde».

—Tu madre y yo por fin hemos llegado a un acuerdo —anunció Frank.

—¿Qué significa eso?

—Vamos a arreglar las cosas. Volveremos a como era todo antes.

—¿Eso es con o sin la rubia tonta?

—¿Qué demonios te pasa? ¿Intentas arruinar las cosas?

—Has hecho un buen trabajo por tu cuenta.

—¡Angela! Díselo.

Jane se volvió hacia su madre, que miraba al suelo.

—¿Tú quieres esto, mamá?

—Todo va a salir bien, Janie —dijo Angela en voz baja—. Funcionará.

—Ha hablado la voz del entusiasmo.

—Quiero a tu madre —dijo Frank—. Somos una familia, hemos formado un hogar y seguimos juntos. Eso es lo que importa.

Jane los miró. Su padre le devolvió la mirada, rubicundo y agresivo. Su madre no la miraba. Jane quería decir muchas cosas, sabía que debía decirlas, pero era tarde y Gabriel ya estaba en la puerta con su hija dormida en brazos.

—Gracias por hacer de canguro, mamá —dijo Jane—. Te llamaré.

Salieron de casa hacia el coche. Justo cuando Gabriel terminaba de abrochar a Regina en la sillita del coche, se abrió la puerta principal y Angela salió de casa con la jirafa de peluche de la niña.

—Si te olvidas a Benny, pondrá el grito en el cielo —dijo, entregándole la jirafa a Jane.

—¿Estás bien, mamá?

Angela cruzó los brazos contra el cuerpo y miró hacia la casa, como esperando que alguien respondiera a la pregunta.

—¿Mamá?

Angela suspiró.

—Así tienen que ser las cosas. Es lo que quiere Frankie. Y Mike también.

—Mis hermanos no tienen voz en esto. Tú eres la única que la tiene.

—Él nunca firmó los papeles del divorcio, Jane. Todavía estamos casados, y eso significa algo. Significa que nunca renunció a nosotros.

—Significa que jugaba a dos bandas.

—Es tu padre.

—Sí, y lo quiero. Pero también te quiero a ti, y no pareces feliz.

En el sombrío camino de entrada, vio a su madre intentar esbozar una sonrisa valiente.

—Somos una familia. Haré que esto funcione.

—¿Y Vince?

La sola mención del nombre de Korsak hizo que la sonrisa de su madre se marchitara. Se llevó las manos a la boca y se giró.

—Ay, Dios. Dios... —Cuando empezó a sollozar, Jane la estrechó entre sus brazos—. Lo echo de menos —dijo Angela—. Lo echo de menos todos los días. No se merece esto.

—¿Amas a Vince?

—¡Sí!

—¿Amas a papá?

Angela vaciló.

—Claro que sí. —Pero la verdadera respuesta estaba en esa pausa, en esos segundos de silencio antes de que pudiera contradecir lo que su corazón ya sabía. Se separó de Jane, respiró hondo y se enderezó—. No te preocupes por mí. Todo va a salir bien. Ahora vete a casa y lleva a esa niña a la cama, ¿vale?

Jane vio a su madre volver a la casa. A través de la ventana, la vio sentarse en el sofá frente a Frank, que seguía en su sillón. «Como en los viejos tiempos —pensó Jane—. Mamá, en su rincón. Papá, en el suyo».

CAPÍTULO 13

Maura hizo una pausa y levantó la vista al oír el graznido de un cuervo. Docenas de ellos se posaban como frutos ominosos en un árbol, agitando sus alas negras contra el cielo gris. La sombría bandada de cuervos parecía apropiada en esa fría tarde gris, en la que se avecinaban nubes de tormenta; le aguardaba una tarea sombría. Habían colocado cinta de la escena del crimen en el camino que conducía al jardín de atrás. Se agachó y pasó por debajo de la cinta y, mientras avanzaba por el suelo recién removido, sintió que los cuervos observaban cada uno de sus pasos mientras discutían ruidosamente sobre esa nueva intrusa en su reino. En el jardín, los detectives Darren Crowe y Johnny Tam se encontraban junto a una retroexcavadora y un montículo húmedo de tierra. Cuando Maura se acercó, Tam la saludó con una mano enfundada en un guante violeta. Era nuevo en la Unidad de Homicidios, un joven detective intenso y carente de sentido del humor al que acababan de trasladar desde la zona de Chinatown. Para su desgracia, lo habían emparejado con Crowe, que había empujado a su antiguo compañero, Thomas Moore, a una muy merecida jubilación. Jane lo había denominado «una pareja hecha en el infierno» y en la unidad se hacían apuestas sobre el tiempo que pasaría antes de que el tenso Tam perdiera los estribos y golpeara a Crowe. Sería un paso desastroso en la carrera de Tam, sin duda, pero todos coincidían en que les daría mucha satisfacción presenciar ese momento.

Incluso allí, en el jardín densamente arbolado, sin cámaras de televisión a la vista, Crowe lucía su mejor aspecto de portada de revista, con su peinado de estrella de cine y un traje bien ajustado a sus anchos hombros. Era un hombre acostumbrado a acaparar toda la atención en una habitación, y sería fácil pasar por alto al reservado Tam. Pero Maura se centró en Tam porque sabía que podía contar con él para que le detallara los hechos, sin filtros y con precisión.

Antes de que Tam pudiera hablar, Crowe dijo, riendo:

—*Creo que los propietarios no esperaban encontrar eso en su nueva piscina.*

Sobre una lona de plástico azul parcialmente plegada, Maura vio un cráneo y una caja torácica sucios de tierra. Un vistazo al cráneo le indicó que los huesos eran humanos.

Se puso los guantes.

—¿Cuál es la historia aquí?

—Se suponía que iba a ser una piscina nueva. Los propietarios compraron la casa hace tres años, contrataron a Construcciones Lorenzo para hacer la excavación. Ochenta centímetros más abajo, encontraron eso. El conductor de la retroexcavadora abrió la lona, se asustó y llamó al 911. Por suerte, no parece haber causado demasiados daños con su máquina.

Maura no vio ropa ni joyas, pero no necesitaba ninguna de las dos cosas para determinar el sexo de la víctima. En cuclillas, estudió las delicadas crestas supraorbitarias del cráneo. Retiró la lona

y descubrió una pelvis con los huesos ilíacos muy abiertos. Un vistazo al fémur le indicó que la fallecida no era alta, tal vez uno setenta como máximo.

—La mujer lleva aquí un tiempo —dijo Tam. No había necesitado la ayuda de Maura para reconocer que los restos eran femeninos—. ¿Hace cuánto tiempo crees que murió?

—Son restos esqueléticos. La columna vertebral ya no está articulada —observó Maura—. Estos ligamentos ya se han descompuesto.

—¿Meses? ¿Años? —preguntó Crowe.

—Sí.

Crowe emitió un gruñido de impaciencia.

—¿Es todo lo específica que vas a ser?

—Una vez vi un cadáver que tras solo tres meses en una tumba poco profunda estaba completamente esquelético, así que no puedo darte una respuesta más específica. Mi mejor estimación para el intervalo post mortem es un mínimo de seis meses. El hecho de que esté desnuda y la tumba sea bastante poco profunda acelera la descomposición, pero, a la vez, esa profundidad la ha protegido de los carnívoros carroñeros.

Como en respuesta, se oyó un fuerte graznido en lo alto. Levantó la vista y vio a tres cuervos posados en unas ramas, observándolos. Había visto el daño que podían causar en un cadáver humano, cómo sus picos destrozaban ligamentos y arrancaban los ojos de las órbitas. Los tres pájaros levantaron vuelo al mismo tiempo, en una ráfaga de alas puntiagudas.

—Qué pájaros más sombríos. Parecen buitres pequeños —dijo Tam, al verlos alejarse aleteando.

—Son muy inteligentes. Ojalá pudieran hablarnos. —Maura lo miró—. ¿Cuál es la historia de esta propiedad?

—Perteneció a una anciana durante unos cuarenta años. Murió hace quince, la casa acabó en un proceso de validación testamentaria y cayó en el abandono. Hubo inquilinos de vez en cuando, pero ha estado vacía la mayor parte del tiempo. Hasta que esta pareja la compró hace unos tres años.

Maura miró alrededor del perímetro.

—No hay cerca. Y da al bosque.

—Sí, linda con la Reserva Stony Brook. Es de fácil acceso para cualquiera que busque un lugar donde enterrar un cadáver.

—¿Y los actuales propietarios?

—Una agradable pareja joven. Han estado arreglando la casa poco a poco, ya han renovado el baño y la cocina. Este año han decidido añadir una piscina enterrada. Dijeron que, antes de que

empezara la excavación para la piscina, esta parte del jardín estaba llena de malezas.

—Entonces, es probable que este entierro sea anterior a la compra de la casa.

—¿Qué pasa con nuestra chica? —interrumpió Crowe—. ¿Ves una causa de la muerte?

—Ten un poco de paciencia, detective. Ni siquiera he terminado de desenvolverla. —Maura retiró lo que quedaba de la lona azul, dejando al descubierto tibias y peronés, metatarsianos y... Se quedó inmóvil, mirando la cuerda de nailon naranja que aún rodeaba los tobillos. Al instante le vino una imagen a la cabeza. Otra escena del crimen. Cuerda de nailon naranja. Un cuerpo colgando de los tobillos, eviscerado.

Sin decir palabra, volvió a la caja torácica. Se arrodilló más cerca e inspeccionó la apófisis xifoides, donde las costillas se unen en el esternón. Incluso en aquel día nublado, en la penumbra del bosque, podía ver la clara hendidura en el hueso. Se imaginó el cuerpo suspendido bocabajo por los tobillos. Imaginó una cuchilla cortando el vientre de arriba abajo, desde el pubis hasta el esternón. Esa muesca estaba justo donde caería la hoja.

De repente, sintió frío en las manos dentro de los guantes.

—¿Doctora Isles? —dijo Tam.

Ella lo ignoró y observó el cráneo. En el hueso frontal, donde la frente descendía hasta las cejas, había tres arañazos paralelos.

Se balanceó sobre las rodillas, atónita.

—Tenemos que llamar a Rizzoli.

«Se avecina un estallido de fuegos artificiales», pensó Jane mientras pasaba por debajo del cordón de brillante cinta policial. Esta no era su escena del crimen, no era su territorio, y esperaba que Darren Crowe se lo dejara claro desde el principio. Pensó en Leon Gott gritándole «¡Fuera de mi jardín!» al hijo de la vecina. Imaginó a Crowe dentro de treinta años, un viejo igual de cascarrabias, gritando: «¡Fuera de mi escena del crimen!».

Pero fue Johnny Tam quien la recibió en el jardín lateral.

—Rizzoli —dijo.

—¿Cómo está de humor?

—Como siempre. Es puro sol y luz.

—Así de bien, ¿eh?

—No está muy contento con la doctora Isles.

—Yo tampoco estoy muy contenta.

—Ella insistió en traerte. Y, cuando ella habla, yo escucho.

Jane miró a Tam, pero, como de costumbre, no pudo leerle la expresión; nunca había sido capaz de hacerlo. Aunque era nuevo en la Unidad de Homicidios, ya tenía reputación de ser alguien que hacía su trabajo con tenacidad discreta y sin pretensiones. A diferencia de Crowe, Tam no iba en busca de la gloria.

—¿Estás de acuerdo con ella en que hay una relación entre estos casos? —preguntó Jane.

—Sé que la doctora Isles no es de las que se fían de las corazonadas. Por eso me sorprendió que te llamara, teniendo en cuenta cuál sería la previsible reacción.

No necesitaron decir el nombre para saber que ambos hablaban de Crowe.

—¿Cómo de malo es trabajar con él? —preguntó Jane, mientras avanzaban por el camino de baldosas hacia el jardín trasero.

—¿Aparte del hecho de que ya he destrozado tres sacos de boxeo en el gimnasio?

—Créeme, no va a mejorar. Trabajar con él es como una tortura china con agua... —Se interrumpió—. Ya sabes lo que quiero decir.

Tam se rio.

—Puede que los chinos la inventáramos, pero Crowe la ha perfeccionado.

Salieron al jardín de atrás y vieron al objeto de sus críticas junto a Maura. Todo en el lenguaje corporal de Crowe gritaba: «¡Estoy cabreado!», desde su cuello rígido hasta sus gestos nerviosos.

—Antes de que conviertas esto en un circo de tres pistas —le dijo a Maura—, ¿qué te parece si nos das una hora más concreta de la muerte?

—Eso es lo más específica que puedo ser —respondió Maura—. El resto depende de ti. Es tu trabajo.

Crowe notó que Jane se acercaba y dijo:

—Seguro que la todopoderosa Rizzoli tiene las respuestas.

—Estoy aquí a petición de la doctora Isles —aclaró Jane—. Echaré un vistazo y me quitaré de en medio.

—Sí. Seguro.

Maura dijo en voz baja:

—Es por aquí, Jane.

Jane la siguió por el jardín hasta donde estaba aparcada una retroexcavadora. Los restos yacían sobre una lona azul al borde de una fosa recién cavada.

—Mujer adulta —dijo Maura—. Alrededor de un metro setenta de estatura. No hay cambios artríticos en la columna, las epífisis están cerradas. Estimo su edad entre los veinte y los treinta años...

—¿En qué demonios me has metido? —murmuró Jane.

—¿Perdón?

—Ya estoy en su lista negra.

—Yo también, pero eso no me impide hacer mi trabajo. —Maura hizo una pausa—. Suponiendo que conserve mi trabajo.

Eso era algo que había estado en duda después de que el testimonio de Maura ante el tribunal enviase a prisión a un policía muy querido. La personalidad algo distante de Maura —algunos lo llamarían rareza— nunca la había hecho popular entre los agentes de la policía de Boston, y ahora la consideraban una traidora a su hermandad.

—Tengo que ser sincera —dijo Jane—. Lo que me has contado por teléfono no me ha hecho mucha gracia. —Miró los restos, despojados por la descomposición a nada más que huesos—. Para empezar, se trata de una mujer.

—Sus tobillos estaban atados con una cuerda de nailon naranja. La misma cuerda que estaba alrededor de los tobillos de Gott.

—Ese tipo de cuerda es bastante común. A diferencia de Gott, esta es mujer y alguien se ha tomado la molestia de enterrarla.

—Tiene una marca de corte en la parte inferior del esternón, igual que Gott. Creo que es posible que haya sido eviscerada.

—¿Solo lo crees?

—Sin restos de tejidos blandos y órganos, no puedo probarlo. Pero ese corte esternal es de una cuchilla. El tipo de corte que harías cuando abres el abdomen. Y hay una cosa más. —Maura se arrodilló para señalar el cráneo—. Mira esto.

—¿Esos tres pequeños arañazos?

—¿Recuerdas la radiografía del cráneo de Gott, donde señalé los tres arañazos lineales? Como marcas de garras en el hueso.

—Estas no son lineales. Son solo pequeñas muescas.

—Están separadas con precisión. Podrían haber sido hechas por la misma herramienta.

—O por animales. O por esa retroexcavadora. —Jane se giró al oír voces. Había llegado la Unidad de Criminalística y Crowe dirigía a tres miembros hacia los restos.

—¿Qué opinas, Rizzoli? —preguntó Crowe—. ¿Vas a querer quedarte con el caso?

—No voy a pelear contigo por el territorio. Solo estoy comprobando algunas similitudes.

—Tu víctima era, ¿qué?, ¿un tipo de sesenta y cuatro años?

—Sí.

—Y esta es una mujer joven. ¿Te parece similar?

—No —admitió Jane; sentía la mirada de Maura sobre ella.

—¿Qué averiguasteis en la autopsia de esa víctima masculina? ¿Causa de la muerte?

—Había fractura de cráneo, así como lesiones por aplastamiento del cartílago tiroides —dijo Maura.

—No hay fracturas obvias en el cráneo de mi chica —dijo Crowe. «Mi chica». Como si esa víctima sin nombre le perteneciera. Como si ya hubiera reclamado su propiedad.

—Esta mujer era pequeña y más fácil de dominar que un hombre —dijo Maura—. No habría necesidad de aturdirla primero con un golpe en la cabeza.

—Pero es otra diferencia —dijo Crowe—. Un detalle más que no concuerda con el otro caso.

—Detective Crowe, estoy poniendo el foco en la Gestalt de estos dos casos. En el panorama general.

—Que solo tú pareces estar viendo. Una víctima es un hombre mayor; la otra, una mujer joven. Una tiene fractura de cráneo; la otra, no. A una la asesinaron y exhibieron en su propio garaje, a la otra la enterraron en un jardín.

—Ambos estaban desnudos, con los tobillos atados con cuerda, y es probable que hayan sido eviscerados. De la forma en la que un cazador...

—Maura —la interrumpió Jane—, ¿qué te parece si recorremos la propiedad?

—Ya la he recorrido.

—Pues yo no. Vamos.

A regañadientes, Maura la siguió; se alejaron de la fosa y se dirigieron al extremo del jardín. Las copas de los árboles acentuaban la penumbra de una tarde gris ya de por sí deprimente.

—Crees que Crowe tiene razón, ¿no? —preguntó Maura, con la voz teñida de amargura.

—Sabes que siempre respeto tu opinión, Maura.

—Pero en este caso no estás de acuerdo.

—Tienes que admitir que hay diferencias entre estas dos víctimas.

—Las marcas de corte, la cuerda de nailon, incluso los nudos son similares, y...

—Un nudo doble cuadrado no es único. Si yo fuera un delincuente, es lo que usaría para atar a una víctima.

—¿Y el destripamiento? ¿Cuántos casos recientes has visto?

—Has encontrado una sola muesca en el esternón. No es concluyente. Estas víctimas no podrían ser más diferentes. Edad, sexo, ubicación.

—Hasta que no identifiques a esta mujer, no puedes decir que no hay conexión con Gott.

—De acuerdo —concedió Jane con un suspiro—. Es cierto.

—¿Qué sentido tiene que discutamos? Siempre puedes demostrar que me equivoco. Solo haz tu trabajo.

Jane se puso rígida.

—¿Cuándo no lo he hecho?

Aquella respuesta tan cargada de tensión hizo que Maura se quedara inmóvil. Su pelo oscuro, normalmente lacio y brillante, se había transformado por el frío y la humedad en una mata despeinada en la que se habían enganchado ramitas sueltas. En la penumbra de los árboles, con los bordes de los pantalones sucios y la blusa arrugada, Maura se veía como una versión salvaje de sí misma, una desconocida cuyos ojos brillaban con demasiada intensidad. Una intensidad febril.

—¿Qué está sucediendo aquí ? —preguntó Jane en voz baja.

Maura apartó la mirada, como si la respuesta fuera demasiado dolorosa para compartirla. A lo largo de los años cada una había estado al tanto de las miserias y los pasos en falso de la otra. Conocían lo peor de la otra. ¿Por qué ahora Maura se negaba de repente a responder a una simple pregunta?

—¿Maura? —insistió Jane—. ¿Qué ha sucedido?

Maura suspiró.

—He recibido una carta.

CAPÍTULO 14

Se sentaron en un reservado del J. P. Doyle's, el bar favorito de la policía de Boston donde, a las cinco de la tarde, siempre había al menos media docena de policías en la barra intercambiando historias de guerra. Pero, a las tres, esa tarde solo había dos mesas ocupadas. Aunque Jane había almorzado en Doyle's en innumerables ocasiones, era la primera vez que Maura comía allí, un recordatorio más de que, a pesar de los años que llevaban juntas como compañeras y amigas, seguía habiendo un abismo entre ellas. Policía contra médica, universidad pública contra Universidad de Stanford, cerveza Adams contra sauvignon blanc. Mientras la camarera esperaba de pie, Maura ojeó el menú con una expresión que decía: «¿Qué es lo menos asqueroso que puedo pedir?».

—El pescado con patatas fritas está bueno —sugirió Jane.

—Tomaré la ensalada César —dijo Maura—. Con el aderezo aparte.

La camarera se marchó y se quedaron un rato sentadas en un silencio incómodo. En la mesa de enfrente había una pareja que no dejaba de besarse y acariciarse. Un hombre mayor y una mujer más joven. «Sexo por la tarde», pensó Jane, y sin duda ilícito como el infierno. Le hizo pensar en su propio padre, Frank, y su rubia tonta, la aventura que había roto su matrimonio y empujado a Angela, con el corazón roto, a los brazos de Vince Korsak. Jane quería gritar: «Oiga, señor, vuelva con su mujer antes de jodernos la vida a todos».

Como si los hombres ebrios de testosterona escucharan alguna vez a la voz de la razón.

Maura miró a la apasionada pareja.

—Bonito lugar. ¿Alquilan habitaciones por horas?

—Cuando tienes un sueldo de policía, este es el lugar donde consigues comida decente y en mucha cantidad. Lamento que no cumpla con tus estándares.

Maura hizo una mueca.

—No sé por qué he dicho eso. Hoy no soy buena compañía.

—Has dicho que te ha llegado una carta. ¿Quién la envió?

—Amalthea Lank.

El nombre fue como un soplo invernal que heló la piel de Jane y le erizó el pelo de la nuca. La madre de Maura. La madre que la había abandonado poco después de nacer. La madre que ahora residía en la prisión de mujeres de Framingham, donde cumplía cadena perpetua por múltiples homicidios.

No, no era una madre. Era un monstruo.

—¿Por qué demonios recibes cartas de ella? —preguntó Jane—. Pensé que habías cortado todo contacto.

—Lo hice. Pedí a la prisión que dejara de enviarme sus cartas. Rechacé sus llamadas telefónicas.

—Entonces, ¿cómo te ha llegado esta carta?

—No sé cómo ha logrado enviarla. Tal vez ha sobornado a uno de los guardias. O la ha enviado en la carta de otra reclusa. Pero la encontré en mi correo cuando llegué a casa anoche.

—¿Por qué no me llamaste? Yo me habría encargado de todo el asunto. Una visita a Framingham y me aseguraría de que no vuelva a molestarte nunca.

—No podía llamarte. Necesitaba tiempo para pensar.

—¿Qué hay que pensar? —Jane se inclinó hacia delante—. Está jugando contigo otra vez. Es lo que le encanta hacer: manipularte.

—Lo sé. Lo sé.

—Si entreabres la puerta, ella se meterá en tu vida. Gracias a Dios que no te ha criado. Significa que no le debes nada. Ni una palabra, ni un pensamiento.

—Llevo su ADN, Jane. Cuando la miré, me vi reflejada en su cara.

—Los genes están sobrevalorados.

—Los genes determinan quiénes somos.

—¿Significa eso que vas a coger un bisturí y empezar a matar gente como hizo ella?

—Por supuesto que no. Pero últimamente... —Maura hizo una pausa y se miró las manos—. Dondequiera que miro, me parece ver sombras. Veo el lado oscuro.

Jane resopló.

—Claro que sí. Piensa en dónde trabajas.

—Cuando entro en una sala llena de gente, me pregunto de manera automática a quién debo temer. A quién hay que vigilar.

—Se llama conocimiento de la situación. Es inteligencia.

—Es más que eso. Es como si pudiera sentir la oscuridad. No sé si viene del mundo que me rodea o si ya está dentro de mí. —Seguía mirándose las manos, como si allí estuvieran escritas las respuestas—. Me obsesiona buscar patrones siniestros. Cosas que se conectan. Cuando vi ese esqueleto hoy y recordé el cuerpo de Leon Gott, vi un patrón. La firma de un asesino.

—Eso no significa que estés resbalando hacia el lado oscuro. Solo muestra que estás haciendo tu trabajo de médica forense. Siempre buscando la Gestalt, como dices tú.

—Tú no has visto ninguna firma. ¿Por qué yo sí?

—¿Porque eres más lista que yo, quizá?

—Esa es una respuesta frívola, Jane. Y no es verdad.

—Vale, entonces, usaré mi asombroso cerebro de poli para hacer una observación. Has tenido un año muy duro. Has roto con Daniel y probablemente todavía lo echas de menos. ¿Estoy en lo cierto?

—Claro que lo echo de menos. —Añadió en voz baja—: Y estoy segura de que a él le pasa lo mismo.

—Luego estuvo tu testimonio contra Wayne Graff. Has enviado a un agente a la cárcel, y la policía de Boston te ha hecho pasar un mal rato por ello. He leído sobre factores de estrés y cómo enferman a la gente. Una ruptura amorosa, un conflicto en el trabajo... Diablos, tu puntuación de estrés es tan alta que ya deberías tener cáncer.

—Gracias por darme una cosa más de la que preocuparme.

—Y ahora esta carta. Esta maldita carta de ella.

Guardaron silencio cuando la camarera volvió con la comida. Un sándwich club para Jane, la ensalada César —con aliño aparte— para Maura. Cuando la camarera se marchó, Maura preguntó en voz baja:

—¿Alguna vez recibes cartas de él?

No fue necesario que dijera su nombre; ambas sabían de quién hablaba. Por reflejo, Jane apretó los dedos contra las cicatrices en sus palmas, donde Warren Hoyt había clavado sus bisturíes. Hacía cuatro años que no lo veía y, sin embargo, recordaba cada detalle de su rostro, un rostro tan anodino que podía pasar inadvertido en cualquier multitud. El encarcelamiento y la enfermedad lo habrían envejecido, sin duda, pero a ella no le interesaba ver los cambios. Le bastaba con saber que había hecho justicia disparándole una sola bala en la columna y que su castigo duraría toda la vida.

—Intentó enviarme cartas desde el centro de rehabilitación —dijo Jane—. Se las dicta a sus visitantes y ellos me las envían por correo. Yo las tiro enseguida.

—¿Nunca las has leído?

—¿Por qué iba a hacerlo? Es su forma de intentar seguir en mi vida, de hacerme saber que sigue pensando en mí.

—La mujer que se le escapó.

—No solo me escapé. Fui yo quien lo derribó. —Jane soltó una áspera carcajada y cogió su sándwich—. Está obsesionado conmigo, pero no voy a perder ni un milisegundo pensando en él.

—¿De verdad no piensas en él para nada?

La pregunta, formulada en voz muy baja, quedó sin respuesta durante varios segundos. Jane se concentró en su sándwich, intentando convencerse de que lo que había dicho era cierto. Pero no lo era. A pesar de que estaba atrapado en su cuerpo paralizado, Warren Hoyt aún ejercía poder sobre ella debido a la historia que compartían. La había visto indefensa y aterrorizada; fue testigo del momento en el que ella estuvo vencida.

—No le daré ese poder —dijo Jane—. Me niego a pensar en él. Y es lo que tú deberías hacer.

—¿Aunque se trate de mi madre?

—Esa palabra no se aplica a ella. Es una donante de ADN, nada más.

—Eso es algo muy muy poderoso. Forma parte de cada célula de mi cuerpo.

—Pensé que lo tenías decidido, Maura. Te alejaste de ella y juraste que nunca mirarías atrás. ¿Por qué ahora cambias de opinión?

Maura miró su ensalada sin tocar.

—Porque he leído su carta.

—Y supongo que ella ha jugado todas sus cartas de manipulación. «Soy tu única pariente consanguínea. Nos unen lazos inquebrantables». ¿Es así?

—Sí —admitió Maura.

—Es una sociópata y no le debes nada. Rompe la carta y olvídate de ella.

—Se está muriendo, Jane.

—¿Qué?

Maura la miró con ojos atormentados.

—Le quedan seis meses, un año como mucho.

—Mentira. Está jugando contigo.

—Llamé a la enfermera de la prisión anoche, justo después de leer la carta. Amalthea ya había firmado el formulario, así que compartieron la información médica conmigo.

—No se le escapa una, ¿verdad? Sabía cómo reaccionarías y tendió la trampa.

—La enfermera lo confirmó. Amalthea tiene cáncer de páncreas.

—Nadie lo merece más que ella.

—Mi única pariente consanguínea y se está muriendo. Quiere que la perdone, me lo suplica.

—¿Y espera que lo hagas? —Jane se limpió la mayonesa de los dedos con golpes rápidos y furiosos de la servilleta—. ¿Y qué pasa con toda la gente que ha asesinado? ¿Quién va a perdonarla por eso? Tú no. No tienes ese derecho.

—Pero puedo perdonarla por abandonarme.

—Abandonarte fue lo único bueno que hizo. En vez de que te criara una madre psicópata, tuviste la oportunidad de tener una vida normal. Créeme, no lo hizo porque fuera lo correcto.

—Sin embargo, aquí estoy, Jane. Sana y entera. He crecido con todas las ventajas, criada por unos padres que me querían, así que no tengo nada por lo que estar amargada. ¿Por qué no debería darle algo de consuelo a una mujer moribunda?

—Entonces, escríbele una carta. Dile que está perdonada y luego olvídate de ella.

—Solo le quedan seis meses. Quiere verme.

Jane tiró la servilleta sobre la mesa.

—No olvidemos quién es en realidad. Una vez me dijiste que sentías un escalofrío cuando la mirabas a los ojos porque no veías a un ser humano. Dijiste que veías un vacío, una criatura sin alma. Fuiste tú quien la llamó monstruo.

Maura suspiró.

—Sí, lo hice.

—No entres en la jaula del monstruo.

Un repentino brillo de lágrimas apareció en los ojos de Maura.

—Y dentro de seis meses, cuando esté muerta, ¿cómo lidiaré con la culpa? ¿Con el hecho de haber rechazado su último deseo? Será demasiado tarde para cambiar de opinión. Eso es lo que más me preocupa. Que durante el resto de mi vida me sentiré culpable. Y nunca tendré la oportunidad de entender.

—¿De entender qué?

—Por qué soy como soy.

Jane miró el rostro preocupado de su amiga.

—¿A qué te refieres? ¿A que eres brillante? ¿Lógica? ¿Demasiado recta para tu propio bien?

—A que estoy siendo perseguida —respondió Maura en voz baja—. Por el lado oscuro.

El móvil de Jane sonó. Mientras lo sacaba del bolso, dijo:

—Es por el trabajo que hacemos y las cosas que vemos. Las dos elegimos este trabajo porque no somos como la gente a la que le gusta el sol y los ponis de colores. —Pulsó el botón de su teléfono—. Detective Rizzoli.

—La compañía finalmente nos ha entregado el registro telefónico de Leon Gott —dijo Frost.

—¿Hay algo interesante?

—Muy interesante. El día de su muerte hizo varias llamadas telefónicas. Una fue a Jerry O'Brien, que ya conocíamos.

—Por el cadáver de Kovo.

—Sí. También hizo una llamada a la Interpol en Johannesburgo, Sudáfrica.

—¿A la Interpol? ¿Para qué?

—Por la desaparición de su hijo en Botsuana. El investigador no estaba en la oficina, así que Gott dejó un mensaje diciendo que volvería a llamar más tarde. Nunca lo hizo.

—Su hijo desapareció hace seis años. ¿Por qué Gott pregunta por él ahora?

—No tengo idea. Pero aquí está lo más interesante de su registro telefónico. A las dos y media de la tarde, llamó a un móvil registrado a nombre de Jodi Underwood, en Brookline. La llamada duró seis minutos. Esa misma noche, a las nueve y cuarenta y seis, Jodi Underwood le devolvió la llamada a Gott. Esa llamada duró solo diecisiete segundos, por lo que ella podría haber dejado un mensaje en su contestador automático.

—No había ningún mensaje de esa noche en su contestador.

—Es cierto. Y a las nueve y cuarenta y seis, es muy probable que Gott ya estuviera muerto. La vecina de al lado declaró que vio cómo se apagaban las luces entre las nueve y las diez y media.

—Entonces, ¿quién borró ese mensaje telefónico? Frost, esto es raro.

—Se pone mucho más raro. Llamé dos veces al móvil de Jodi Underwood y saltó el buzón de voz. Entonces de repente me di cuenta de que su nombre me resultaba familiar. ¿Lo recuerdas?

—Pistas, por favor.

—Noticia de la semana pasada. En Brookline.

El pulso de Jane se aceleró de repente.

—Hubo un homicidio...

—A Jodi Underwood la mataron en su casa el domingo por la noche. La misma noche que a

Leon Gott.

CAPÍTULO 15

—He entrado en su página de Facebook —dijo Frost, mientras conducían hacia Brookline—. Mira su perfil.

Por una vez era él quien conducía mientras Jane se ponía al día con el iPad de Frost, consultando páginas web que él ya había visitado. Accedió a la página de Facebook y vio la foto de una guapa pelirroja. Según su perfil, tenía treinta y siete años, era soltera y trabajaba como bibliotecaria de instituto. Tenía una hermana llamada Sarah y era vegetariana. Entre sus aficiones estaban la organización PETA, los derechos de los animales y la salud holística.

—No es la clase de mujer que atraería a Gott —dijo Jane—. ¿Por qué lo llamaría una mujer que quizá despreciaba todo lo que él representaba?

—No lo sé. Fui cuatro semanas atrás en su registro telefónico y no hay otras llamadas entre ellos. Solo esas dos, el domingo. Él la llamó a las dos y media, ella le devolvió la llamada a las nueve y cuarenta y seis. Cuando es probable que estuviera muerto.

Jane repasó la situación como debió desarrollarse aquella noche. El asesino todavía en casa de Gott, el cadáver ya colgado en el garaje, tal vez en pleno proceso de evisceración. Suena el teléfono, se conecta el contestador y Jodi Underwood deja su mensaje. ¿Qué hay en ese mensaje que obliga al asesino a borrarlo, dejando una mancha de sangre en el contestador? ¿Qué lo llevaría a conducir hasta Brookline y cometer un segundo asesinato esa misma noche?

Miró a Frost.

—No hemos encontrado una agenda personal en su casa.

—No. He buscado por todas partes, porque también queríamos sus contactos. No ha aparecido ninguna libreta de direcciones.

Jane imaginó al asesino de pie frente al teléfono, viendo el número de Jodi en la pantalla, un número al que Gott había llamado ese mismo día. Un número que Gott debía tener guardado en su agenda personal, junto con la dirección postal de Jodi.

Jane se desplazó por la página de Facebook y leyó las publicaciones. La mujer había publicado con bastante regularidad, con pocos días de intervalo. La última era del sábado, el día antes de morir.

Echa un vistazo a esta receta de pad Thai vegetariano. Anoche lo preparé para mi hermana y su marido y no echaron de menos la carne. ¡Es sano, sabroso y bueno para el planeta!

Aquella noche, Jodi había cenado fideos de arroz y tofu, pero ¿imaginaría acaso que sería una de sus últimas comidas? ¿Que sus esfuerzos por comer sano pronto serían irrelevantes?

Jane recorrió las publicaciones anteriores de Jodi, sobre libros que había leído y películas que había disfrutado, sobre bodas y cumpleaños de amigos, sobre un día sombrío de octubre en el que se había preguntado qué sentido tenía la vida. Retrocedió unas semanas hasta septiembre, un mes más alegre, el comienzo de un nuevo curso escolar.

Qué alegría volver a ver caras conocidas en la biblioteca.

Luego, a principios de septiembre, publicó una foto de un joven sonriente con el pelo oscuro, junto con un texto melancólico.

Hace seis años, perdí al amor de mi vida. Nunca dejaré de echarte de menos, Elliot.

Elliot.

—El hijo de Leon —dijo Jane en voz baja.

—¿Qué?

—La publicación de Facebook de Jodi es sobre un hombre llamado Elliot. Escribe: «Hace seis años, perdí al amor de mi vida».

—¿Hace seis años? —Frost la miró, sorprendido.

—Fue cuando Elliot Gott desapareció.

En el mes de noviembre, cuando los relojes cambian a la hora estándar, el sol se pone temprano en Nueva Inglaterra, y a las cuatro y media de esa tarde sombría ya parecía el atardecer. El cielo había estado amenazando lluvia durante todo el día, y una fina llovizna empañaba el parabrisas cuando Jane y Frost llegaron a la casa de Jodi Underwood. Un Ford Fusion gris estaba aparcado delante, y en el lado del conductor podían ver la silueta de la cabeza de una mujer. Incluso antes de que Jane se desabrochara el cinturón de seguridad, la puerta del Ford se abrió y salió la conductora. Era alta y elegante, con el pelo de un gris refinado; llevaba un atuendo formal pero práctico: pantalones y chaqueta gris, un impermeable marrón y unos zapatos sin tacón, cómodos y resistentes. Era un atuendo que podría haber salido del armario de Jane, lo cual no era

sorprendente, ya que esa mujer también era policía.

—Soy la detective Andrea Pearson —dijo la mujer—. Policía de Brookline.

—Jane Rizzoli, Barry Frost —dijo Jane—. Gracias por reunirte con nosotros.

Se estrecharon la mano, pero no perdieron el tiempo bajo la llovizna; Pearson los llevó inmediatamente a la puerta principal de la casa. Era una casa modesta, con un pequeño jardín delantero dominado por un par de arbustos de forsitia, cuyas ramas estaban deshojadas por el otoño. De la barandilla del porche todavía colgaba un trozo de cinta policial, una brillante bandera de advertencia que anunciaba: «Tragedia a la vista».

—Debo decir que me he sobresaltado al recibir tu llamada —dijo la detective Pearson, mientras sacaba la llave de casa—. Todavía no hemos podido conseguir los registros telefónicos de Jodi Underwood y su móvil ha desaparecido. Así que no teníamos idea de que ella y el señor Gott intercambiaron llamadas.

—Has dicho que su teléfono ha desaparecido —dijo Jane—. ¿Lo robaron?

—Junto con otras cosas. —La detective Pearson abrió la puerta—. Se trató de un homicidio motivado por robo. Al menos, es lo que suponemos.

Entraron en la casa y la detective Pearson encendió las luces. Jane vio suelo de madera, un salón amueblado con elegante minimalismo sueco, pero ninguna mancha de sangre. La única prueba de que allí se había cometido un crimen eran los rastros de polvo para huellas dactilares.

—Su cuerpo yacía justo aquí, cerca de la puerta principal —dijo la detective Pearson—. Cuando Jodi no se presentó a trabajar el lunes por la mañana, la escuela llamó a su hermana Sarah, que vino en coche hasta aquí. La encontraron sobre las diez de la mañana. El cuerpo estaba vestido con un pijama y una bata. La causa de la muerte era bastante obvia. Había marcas de ligaduras alrededor de su cuello, y el forense estuvo de acuerdo en que la estrangularon. La víctima también tenía un hematoma en la sien derecha, quizá de un golpe inicial para aturdirla. No había pruebas de agresión sexual. Fue un ataque relámpago que probablemente ocurrió justo después de que ella abriera la puerta.

—¿Has dicho que llevaba pijama y bata? —preguntó Frost.

Pearson asintió.

—El forense estimó la hora de la muerte entre las ocho de la noche y las dos de la madrugada. Si llamó a Gott a las nueve y cuarenta y seis de la noche, ese período se reduce.

—Siempre y cuando la llamada de verdad fuera de ella y no de alguien que usó su teléfono.

Pearson hizo una pausa.

—Es una posibilidad, ya que su móvil ha desaparecido. Todas las llamadas que se le hicieron el lunes por la mañana fueron directamente al buzón de voz, así que quienquiera que lo tenga

parece haberlo apagado.

—Has dicho que creías que el motivo fue un robo. ¿Qué más se llevaron? —preguntó Jane.

—Según su hermana Sarah, entre los objetos desaparecidos se encuentran el ordenador portátil MacBook Air de Jodi, una cámara, un teléfono móvil y su bolso. Ha habido otros robos en este barrio, pero ocurrieron mientras los ocupantes estaban fuera. Se llevaron objetos similares, sobre todo electrónicos.

—¿Crees que se trata del mismo delincuente?

La detective Pearson no respondió de inmediato, sino que se quedó mirando el suelo, como si aún pudiera ver el cuerpo de Jodi Underwood tendido a sus pies. Un rizo gris plateado resbaló sobre su mejilla y se lo apartó. Miró a Jane.

—No estoy segura. En los otros robos quedaron huellas dactilares, obviamente de un aficionado. Pero en esta escena del crimen no quedó ninguna prueba. Ni huellas, ni marcas de herramientas, ni de calzado. Fue algo tan limpio, tan eficiente, que casi parece...

—Profesional.

La detective Pearson asintió.

—Por eso me intrigan sus llamadas con Leon Gott. ¿Aquella escena del crimen parecía dirigida específicamente a la víctima?

—No sé si el asesino eligió esa víctima —dijo Jane—. Pero no fue un trabajo limpio y eficiente como este.

—¿Qué quieres decir?

—Te enviaré las fotos de la escena del crimen. Estoy segura de que estarás de acuerdo en que el asesinato de Leon Gott fue bastante más desordenado. Y más grotesco.

—Así que tal vez no haya conexión entre estos dos casos —dijo la detective Pearson—. Pero ¿sabes por qué intercambiaron llamadas telefónicas? ¿Cómo se conocían?

—Tengo una corazonada, pero necesitaré confirmarla con la hermana de Jodi. ¿Has dicho que se llama Sarah?

—Vive a una milla de aquí. La llamaré y le diré que vamos. ¿Por qué no me seguís en vuestro coche?

—Mi hermana odiaba todo lo que Leon Gott representaba. Su afición por la caza mayor, sus ideas políticas, pero sobre todo la forma en la que trataba a su hijo —dijo Sarah—. No tengo idea de por qué llamó a Jodi. O por qué ella lo llamaría a él.

Se sentaron en el pulcro y ordenado salón de Sarah, donde los muebles eran de madera clara y cristal. Era evidente que las dos hermanas compartían gustos similares, hasta la sensibilidad por la decoración de estilo nórdico. También se parecían, ambas tenían pelo rojo rizado y cuello de cisne. Pero, a diferencia de la sonriente foto de Jodi en Facebook, la cara de Sarah era una instantánea de agotamiento. Había dispuesto una bandeja con té y galletas para sus tres visitantes, pero su taza permanecía fría e intacta. Aunque tenía treinta y ocho años, a la luz gris de la ventana parecía mayor, como si el sufrimiento hubiera ejercido su propia forma de gravedad sobre su rostro, dejando caer las comisuras de sus labios y sus ojos.

La detective Pearson y Sarah ya se conocían y habían estrechado lazos por la muerte de Jodi, así que Jane y Frost dejaron que Pearson hiciera las primeras preguntas.

—Puede que estas llamadas no tengan nada que ver con el asesinato de Jodi, Sarah —dijo Pearson—. Pero la coincidencia es sorprendente. ¿Mencionó Jodi a Leon Gott alguna vez en las últimas semanas?

—No. Tampoco en los últimos meses o años. Después de que perdiera a Elliot, no había razón para hablar de su padre.

—¿Qué decía de Leon Gott?

—Que era el padre más despreciable del mundo. Jodi y Elliot vivieron juntos unos dos años, así que oyó hablar mucho de Leon. De que amaba a sus armas más que a su propia familia. De que llevó a Elliot a cazar un día, cuando solo tenía trece años. Le dijo que destripara el ciervo y, cuando Elliot se negó, Leon lo llamó maricón.

—Qué terrible.

—La mujer de Leon lo dejó enseguida después de eso y se llevó a Elliot con ella. Fue lo mejor que podría haber hecho como madre. Lástima que no lo hiciera antes.

—¿Y Elliot tenía mucho contacto con su padre?

—Esporádicamente. Jodi me contó que la última vez que Leon llamó a Elliot fue el día de su cumpleaños, pero fue una conversación corta. Elliot intentó mantener una conversación civilizada, pero tuvo que colgar cuando su padre empezó a hablar mal de su difunta madre. Un mes después, Elliot se marchó a África. Era el viaje de sus sueños, algo que había planeado durante años. Gracias a Dios, Jodi no pudo conseguir vacaciones para ir con él o podría estar... —Sarah bajó la cabeza y miró su taza de té intacta.

—Tras la desaparición de Elliot —dijo la detective Pearson—, ¿tuvo Jodi algún contacto con Leon?

Sarah asintió.

—Unas cuantas veces. Tuvo que perder a su hijo para darse cuenta de lo imbécil que había sido como padre. Mi hermana era un alma tan bondadosa que intentó ofrecerle consuelo. Nunca se llevaron bien, pero, después del funeral de Elliot, ella le escribió una tarjeta. Incluso imprimió y

enmarcó la última foto de Elliot, tomada cuando estaba en África. Se la dio a Leon y se sorprendió cuando recibió una nota de agradecimiento. Pero, después de eso, perdieron el contacto. Que yo sepa, hacía años que no se hablaban.

Jane había permanecido en silencio mientras la detective Pearson dirigía la entrevista. Ahora no pudo evitar intervenir.

—¿Tenía su hermana otras fotos de Elliot en África?

Sarah la miró, desconcertada.

—Unas cuantas. Él las enviaba desde su móvil mientras viajaba. Nunca encontraron su cámara, así que esas fotos del móvil son las únicas que hay de su viaje.

—¿Las ha visto?

—Sí. Eran las típicas fotos de viajes. Fotos de su vuelo, lugares turísticos de Ciudad del Cabo. Nada memorable. —Soltó una risa triste—. Elliot no era un gran fotógrafo.

La detective Pearson miró a Jane con el ceño fruncido.

—¿Por qué preguntas por las fotos de África ?

—Hablamos con un testigo que estaba en casa de Gott cerca de las dos y media del domingo. Oyó a Gott hablando por teléfono, diciéndole a alguien que quería todas las fotos de Elliot de África. A juzgar por la hora de la llamada, esa conversación habría sido con Jodi. —Jane miró a Sarah—. ¿Por qué querría Leon esas fotos?

—No tengo idea. ¿Sentiría culpa, quizá?

—¿Por qué?

—Por no haber sido un mejor padre. Por los errores que cometió, por haber hecho daño a muchas personas. Tal vez por fin pensaba en el hijo al que había ignorado durante tantos años.

Eso les había dicho también Jerry O’Brien, que Leon Gott se había obsesionado con la desaparición de su hijo. Con la vejez llegaban los remordimientos y los pensamientos sobre lo que uno debería haber hecho, pero Leon nunca tendría la oportunidad de sanar la desavenencia con Elliot. A solas en aquella casa, con la única compañía de un perro y dos gatos, ¿se habría dado cuenta de que no reemplazaban el amor de un hijo?

—Eso es todo lo que puedo contaros sobre Leon Gott —dijo Sarah—. Solo lo vi una vez, en el funeral de Elliot, hace seis años. Nunca volví a verlo.

Los últimos destellos del atardecer se habían desvanecido y ya estaba oscuro fuera de la ventana. Bajo el cálido resplandor de una lámpara, el rostro de Sarah parecía haberse quitado unos cuantos años de encima y se la veía más joven, más animada. Tal vez se debiera a que había superado el papel de hermana desconsolada y ahora estaba inmersa en el rompecabezas de las

últimas horas de vida de su hermana y por qué estaban relacionadas con Leon Gott.

—Has dicho que él llamó a Jodi a las dos y media —dijo Sarah, mirando a la detective Pearson —. Ella todavía estaba en Plymouth. En la conferencia.

—Hemos intentado reconstruir el último día de Jodi —explicó Pearson a Jane y a Frost—. Sabemos que estuvo en una conferencia de bibliotecarios el domingo. Terminó a las cinco de la tarde, así que debió llegar a su casa después de la cena. Por eso llamó a Gott tan tarde, a las nueve cuarenta y seis.

—Sabemos que él la llamó a las dos y media para pedirle las fotos —dijo Jane—. Así que supongo que ella le devolvió la llamada esa noche por el mismo asunto. Quizá para decirle que había encontrado las fotos de Elliot... —Jane hizo una pausa. Miró a Sarah—. ¿Dónde guardaba su hermana esas fotos del viaje de Elliot a África?

—Eran archivos digitales, así que los habría guardado en su portátil.

Jane y la detective Pearson se miraron.

—Que ha desaparecido —dijo Jane.

Afuera, los tres detectives temblaban de frío mientras hablaban en voz baja junto a sus coches.

—Te enviaremos nuestras notas y te agradeceremos que nos envíes las tuyas —dijo Jane.

—Por supuesto. Pero aún no tengo claro qué es lo que buscamos.

—Yo tampoco —admitió Jane—. Pero parece que hay algo aquí. Algo que tiene que ver con las fotos de Elliot en África.

—Ya habéis oído cómo las ha descrito Sarah. Eran las típicas fotos de turista, nada destacable.

—Para ella, al menos.

—Y son de hace seis años. ¿Por qué iban a importarle a alguien ahora?

—No lo sé. Yo solo sigo un...

—¿Presentimiento?

La palabra hizo que Jane se detuviera. Pensó en la conversación que había mantenido con Maura ese mismo día, en la que había desoído los presentimientos de Maura sobre el esqueleto que habían encontrado. «Cuando se trata de corazonadas —pensó—, solo confiamos en las nuestras. Aunque no sepamos defenderlas».

La detective Pearson se apartó un mechón de pelo mojado por la lluvia y suspiró.

—Bueno, no está de más compartir información. Es un buen cambio. Normalmente, los hombres quieren usar mis notas, pero no comparten las suyas. —Miró a Frost—. No es que desee

desacreditar a los hombres.

Jane se rio.

—Este hombre es diferente. Lo comparte todo, excepto sus patatas fritas.

—Que de todas formas siempre me robas —se quejó Frost.

—En cuanto llegue a casa, os enviaré por e-mail lo que tengo —dijo la detective Pearson—. Podéis conseguir el informe de la autopsia de Jodi directamente del forense.

—¿Qué médico la hizo?

—No conozco a todos los patólogos. Era un hombre grande. De voz potente.

—Suena como el doctor Bristol —dijo Frost.

—Sí, ese es su nombre. El doctor Bristol. Le hizo la autopsia el martes pasado. —Pearson sacó las llaves de su coche—. No hubo sorpresas.

CAPÍTULO 16

Eso tenían de bueno las sorpresas: nunca sabías cuándo aparecería una que podría cambiar el curso de una investigación.

Jane dedicó la tarde siguiente a buscar esa sorpresa entre los archivos que Andrea Pearson le había enviado por correo electrónico. Sentada frente al ordenador, con restos de comida esparcidos sobre la mesa, hojeó página tras página declaraciones de testigos y notas de la detective Pearson. Jodi Underwood llevaba ocho años viviendo en la misma casa de Brookline, una casa que había heredado de sus padres, y era conocida por ser una vecina tranquila y considerada. No tenía enemigos ni novios. La noche de su asesinato, ninguno de los vecinos recordaba haber oído gritos ni ruidos fuertes, nada que indicara que alguien estuviera luchando por su vida.

Pearson lo denominó «ataque relámpago», un asalto tan rápido que la víctima no tuvo oportunidad de defenderse. Las fotos de la escena del crimen respaldaban la descripción de Pearson. Encontraron el cuerpo de Jodi en el vestíbulo, tumbado de espaldas y con un brazo estirado hacia la puerta principal, como si quisiera salir y cruzar el umbral. Estaba vestida con un pijama a rayas y una bata azul oscuro. Aún llevaba una pantufla en el pie izquierdo; la otra estaba a pocos centímetros. Jane tenía unas iguales, de ante marrón con vellón en el interior, compradas en L. L. Bean. Nunca más podría ponérselas sin pensar en la foto de los pies de una mujer muerta.

Pasó al informe de la autopsia, dictado por el colega de Maura, el doctor Bristol. Abe Bristol tenía una personalidad extravagante, una risa estridente, un gran apetito y unos hábitos alimenticios descuidados, pero en la morgue era tan detallista como Maura. Aunque no se encontró nada en el lugar de los hechos, los hematomas del cuello de la víctima le indicaban a Bristol que se había utilizado cuerda y no alambre. La hora de la muerte fue entre las ocho de la tarde y las dos de la madrugada.

Jane pasó las páginas en las que se describían los órganos internos —todos sanos— y el examen genital —sin indicios de traumatismo o actividad sexual reciente—. Aún no había sorpresas.

Pasó a la lista de ropa. Pijama de mujer a rayas: parte superior e inferior, cien por cien de algodón, talla pequeña. Albornoz de terciopelo azul oscuro, talla pequeña. Pantuflas de mujer de ante y vellón, talla siete, marca L. L. Bean.

Pasó a la página siguiente. Recorrió la lista de rastros materiales que se habían entregado al laboratorio de criminalística y vio las habituales muestras de recortes de uñas, vello púbico e hisopos. Luego se centró en los elementos de la parte inferior de la página.

Tres hebras de pelo, blanco/gris, posiblemente de animal, de unos tres a cuatro centímetros de largo. Recogidas del albornoz de la víctima, cerca del dobladillo.

Posiblemente de animal.

Jane pensó en los austeros suelos de madera y los elegantes muebles suecos de Jodi, e intentó recordar si había visto alguna señal de que allí viviera una mascota. Un gato, tal vez, que hubiera rozado aquel albornoz de terciopelo azul. Cogió el teléfono y llamó a la hermana de Jodi.

—Le encantaban los animales, pero no tenía mascotas, a menos que contemos un pececito de colores que murió hace unos meses —dijo Sarah.

—¿Nunca tuvo un perro o un gato? —preguntó Jane.

—No podía. Era tan alérgica que, si se acercaba a un gato, empezaba a respirar con dificultad. —Sarah soltó una risa triste—. Cuando era niña, soñaba con ser veterinaria y trabajaba como voluntaria en el hospital de animales local. Fue entonces cuando tuvo su primer ataque de asma.

—¿Tenía algún abrigo de piel? ¿Quizá algo de piel de conejo o visón?

—De ninguna manera. Jodi pertenecía a PETA.

Jane colgó y se quedó mirando las palabras de su ordenador. «Tres pelos, posiblemente de animal».

Y pensó: «Leon Gott tenía gatos».

—Estos tres pelos presentan un interesante rompecabezas —dijo Erin Volchko.

Erin, una experimentada criminalista de la policía de Boston especializada en pelo y fibras, había instruido a docenas de detectives a lo largo de los años, guiándoles en el intrincado análisis de las fibras de las alfombras y las hebras de pelo, señalando las diferencias entre la lana y el algodón, lo sintético y lo natural, el pelo arrancado y el pelo cortado. Aunque Jane había mirado muchas veces por el microscopio y examinado pelos de innumerables escenas del crimen, nunca tendría el don de Erin para distinguir una hebra de otra; a Jane, todos los cabellos claros le parecían iguales.

—Ahora tengo uno de los pelos bajo la lente —dijo Erin—. Toma asiento y te enseño mi problema.

Jane se sentó en el taburete del laboratorio y miró por el microscopio didáctico de doble cabezal. A través de los oculares, vio una hebra que se extendía en diagonal por el campo de visión.

—Este es la hebra número uno recogida del albornoz azul de la señorita Underwood —dijo Erin, mirando por el otro par de oculares—. Color: blanco. Curvatura: recta. Longitud: tres

centímetros. Se ven con claridad la cutícula, la corteza y la médula. Concéntrate primero en el color. ¿Ves que no es del todo uniforme? Parece volverse más pálido a medida que se llega a la punta, una característica que se denomina bandeo. El cabello humano natural tiende a ser de color uniforme en toda la hebra, por lo que esta es la primera pista de que estamos ante algo que no es humano. Ahora fíjate en la médula, el conducto central que recorre toda la longitud de la hebra. Esta médula es más ancha que en el cabello humano.

—¿Qué tipo de pelo es este?

—La capa externa de la cutícula nos da una idea bastante acertada. He tomado fotomicrografías. Te las enseñaré. —Erin se giró hacia el ordenador de su mesa y pulsó el teclado. En la pantalla apareció una imagen ampliada del cabello. La superficie del pelo estaba cubierta de finas escamas triangulares, superpuestas como una armadura.

—Yo describiría estas escamas como espinosas —dijo Erin—. ¿Ves que se levantan ligeramente, como si estuvieran a punto de desprenderse como pequeños pétalos? Me encanta lo intrincado que se ve todo con un gran aumento. Todo un universo nuevo que no podemos ver a simple vista. —Erin sonrió a la pantalla como si viera una ciudad extranjera que desearía poder visitar. Atrapada todo el día en esa habitación sin ventanas, su contacto con el crimen eran esos paisajes microscópicos de queratina y proteínas.

—¿Y qué significa que tenga escamas espinosas? —preguntó Jane.

—Confirma mi primera impresión de que no es humano. En cuanto a las especies, esta forma de escama es característica de visones, focas y gatos domésticos.

—Las cosas comunes son comunes. Así que supongo que esto es de un gato doméstico.

Erin asintió.

—No puedo decirlo con un cien por cien de certeza, pero un gato es la fuente más probable. Un solo gato suelta cientos de miles de pelos en un solo año.

—Santo cielo. Eso sí que requiere de la aspiradora.

—Y si tienes más de un gato en casa, o docenas de ellos como algunos de esos acaparadores de gatos, imagina cuántos pelos suma eso.

—No quiero imaginarlo.

—He visto un estudio forense que demostraba que es imposible entrar en una residencia donde vive un gato sin recoger algo de su pelo. La mayoría de los hogares estadounidenses tienen al menos un gato o un perro, así que ¿quién sabe cómo llegó ese pelo a la bata de la víctima? Si ella no tenía gato, podría haber estado cerca del de un amigo.

—Su hermana dice que la víctima era muy alérgica y evitaba los animales. Me pregunto si recogió estos pelos de una fuente secundaria. El asesino.

—Y crees que el asesino los transfirió de la escena del crimen de Leon Gott.

—Gott tenía dos gatos y un perro, así que su casa era como una fábrica de pelos. Me llené de pelos de gato solo con caminar por el lugar. El asesino también habría recogido pelos. Si te trajera algunos pelos de los gatos de Gott, ¿podrías hacer comparaciones de ADN con estas tres hebras?

Erin suspiró y deslizó las gafas hacia lo alto de su cabeza.

—Me temo que el ADN presentaría un pequeño problema. Estos tres pelos del albornoz de Jodi Underwood se desprendieron durante la fase telógena de los animales. Estos pelos no tienen raíces, por lo tanto, no tienen ADN nuclear.

—¿Y bajo el microscopio? ¿Si hicieras una comparación visual?

—Eso solo nos diría que estamos ante pelos blancos que podrían ser del mismo gato. No es prueba suficiente ante un tribunal.

—¿Hay alguna manera de probar que estos pelos fueron transferidos de la casa de Gott?

—Es posible. Si pasas algún tiempo con gatos, te darás cuenta de lo mucho que se limpian. Se acicalan constantemente, y cada vez que lamen su propio pelo, desprenden células epiteliales de sus bocas. Podríamos obtener marcadores de ADN mitocondrial de estas hebras. Me temo que tardaremos semanas en tener los resultados.

—¿Podría ser una prueba?

—Sí.

—Entonces, supongo que necesito recoger algunos pelos de gato.

—Extraídos directamente del propio animal, así podremos cosechar material de raíz.

Jane soltó un gemido.

—Eso no va a ser fácil, ya que uno de los gatos no quiere que lo atrapen. Todavía está suelto en algún lugar de la casa de la víctima.

—Cielos. Espero que alguien le esté dando de comer.

—¿Adivina quién va allí todos los días a dejar comida y agua y a cambiar la caja de arena?

Erin se rio.

—No me lo digas. ¿El detective Frost?

—Dice que no soporta a los gatos, pero te juro que correría a un edificio en llamas solo para salvar a un gatito.

—¿Sabes? Siempre me ha gustado el detective Frost. Es un encanto.

—Sí, hace que yo parezca una perra en comparación —resopló Jane.

—Lo que necesita es buscarse otra mujer —dijo Erin, mientras retiraba la platina del microscopio—. Pensé en emparejarlo con una de mis amigas, pero ella se niega a salir con policías. Dice que tienen necesidad de controlar todo. —Colocó un nuevo portaobjetos bajo el microscopio—. Bien, déjame mostrarte otro pelo recogido del mismo albornoz. Este es el que me tiene completamente desconcertada.

Jane volvió a sentarse en el taburete y miró por el ocular.

—Se parece a la primera hebra. ¿Qué tiene de diferente?

—A primera vista, parece similar. Blanco, recto, de unos cinco centímetros. Tiene las mismas bandas de color que nos indican que es probable que no sea humano. Al principio pensé que también era de un Felis catus, un gato doméstico. Pero, cuando lo examinas a 1500X, ves que tiene un origen muy distinto. —Se giró hacia su ordenador y abrió una segunda ventana en la pantalla, que mostraba una microfotografía diferente. Colocó las dos imágenes una al lado de la otra.

Jane frunció el ceño.

—El segundo pelo no se parece en nada al de un gato doméstico.

—Las escamas cuticulares son muy diferentes. Parecen pequeños picos de montaña con la cima plana. No se parecen en nada a las escamas espinosas de un gato doméstico.

—¿De qué animal es este segundo pelo?

—Lo he comparado con los pelos de animales de mi base de datos. Pero esto es algo que nunca había visto antes.

«Una criatura misteriosa». Jane pensó en la casa de Leon Gott y su pared de cabezas de trofeos disecados. Y pensó en su taller de taxidermia, donde regularmente raspaba, secaba y estiraba las pieles de animales de todo el mundo.

—¿Podría ser un pelo de leopardo de las nieves? —preguntó.

—Eso es bastante específico. ¿Por qué un leopardo de las nieves?

—Porque Gott estaba trabajando con una piel de leopardo de las nieves que ha desaparecido.

—Son animales muy poco comunes, así que no sé de dónde podría sacar una muestra de pelo para comparar. Pero hay una forma de determinar la especie. ¿Recuerdas cómo identificamos ese pelo raro del asesinato de Chinatown? ¿La hebra que resultó ser de un mono?

—La enviaste a un laboratorio en Oregón.

—Correcto, el Laboratorio Forense de Vida Silvestre. Tienen una base de datos de patrones de queratina de especies de todo el mundo. Con electroforesis, pueden analizar el componente proteico de un pelo y compararlo con patrones de queratina conocidos.

—Hagámoslo. Si este pelo vino de un leopardo de las nieves, entonces es casi seguro que fue transferido de la casa de Gott.

—Mientras tanto —dijo Erin—, consígueme esos pelos de gato doméstico. Si el ADN coincide, tendrás la prueba que necesitas de que estos dos asesinatos están relacionados.

CAPÍTULO 17

—Fuiste un gran error —dijo Maura—. Nunca debería haberte traído a casa.

El gato la ignoró y se lamió la pata, limpiándose meticulosamente después de haber devorado una lata de atún español importado envasado en aceite de oliva. Una extravagancia a diez dólares la lata, pero se había negado a probar la comida seca para gatos, y esa tarde, de camino a su casa, Maura había olvidado comprar más latas de comida gourmet para gatos. Buscando en su despensa, había encontrado esa preciada lata de atún, que pensaba utilizar en una buena ensalada niçoise con judías verdes crujientes y patatas rojas. Pero no, el glotón de su invitado engulló cada sabroso bocado y salió de la cocina, dejando claro que los servicios de Maura ya no eran necesarios.

«Cuánta compañía. Solo soy su criada». Maura enjuagó el cuenco del gato con agua caliente y jabón y lo metió en el lavavajillas para limpiarlo a fondo y eliminar los microbios. ¿Podría uno contagiarse Toxoplasma gondii de un gato en solo una semana? Últimamente estaba obsesionada con la toxoplasmosis, ya que había leído que podía provocar esquizofrenia. Las locas de los gatos estaban locas por culpa de sus gatos. «Así es como estos astutos animales nos controlan —pensó—. Nos infectan con un parásito que nos hace servirles latas de atún de diez dólares».

Sonó el timbre.

Se lavó y secó las manos mientras pensaba: «¡Morid, microbios!», y se dirigió a la puerta principal.

Jane Rizzoli estaba en el porche.

—Vengo a por pelos de gato —dijo, y sacó del bolsillo unas pinzas y una bolsa para pruebas—. Haz tú los honores.

—¿Por qué no los haces tú?

—Es tu gato.

Con un suspiro, Maura cogió las pinzas y fue al salón, donde el gato estaba ahora sentado en la mesita, mirándola con desconfianza en sus ojos verdes. Llevaban una semana juntos y ella aún no había establecido ningún vínculo con el animal. ¿Era posible crear un vínculo con un gato? En la escena del crimen de Gott, se había desvivido por Maura, maullando y frotándose contra ella hasta convencerla de que lo adoptara. Desde que lo había traído a casa, su actitud había sido de pura indiferencia, a pesar de que ella lo había colmado de atún y sardinas. Era el lamento universal de las esposas decepcionadas: «Él me sedujo, me cortejó, y ahora soy su criada».

Se arrodilló junto al gato, que enseguida saltó de la mesita y se dirigió hacia la cocina con una actitud de elegante desdén.

—Hay que arrancárselos —dijo Jane.

—Lo sé, lo sé. —Maura siguió al gato por el pasillo, murmurando—: ¿Por qué me siento tan ridícula?

Encontró al gato sentado donde debería estar su cuenco, mirándola con expresión acusadora.

—Quizá tenga hambre —dijo Jane.

—Acabo de darle de comer.

—Pues dale de comer otra vez. —Jane abrió el frigorífico y sacó un cartón de nata espesa.

—La necesito para una receta —dijo Maura.

—Y yo necesito pelos de gato. —Jane vertió la crema en un cuenco y lo dejó en el suelo. El gato empezó a sorberla al instante. Ni siquiera se dio cuenta cuando Jane le arrancó tres pelos del lomo—. Cuando todo lo demás falla, prueba con el soborno —dijo Jane, mientras guardaba los pelos en la bolsa para pruebas—. Ahora, solo necesito obtener una muestra del otro gato.

—Nadie ha sido capaz de atraparlo.

—Sí, eso va a ser un problema. Esta semana, Frost ha estado en la casa todos los días y ni siquiera lo ha visto.

—¿Estás segura de que sigue en la casa? ¿No se habrá escapado?

—Algo se está comiendo la comida del gato, y esa casa tiene muchos sitios donde esconderse. Tal vez pueda atraparlo. ¿Tienes una caja de cartón que pueda usar?

—También necesitarás guantes. ¿Sabes cuántas infecciones desagradables puedes contraer por un arañazo de gato? —Maura fue al armario del pasillo y encontró un par de guantes de cuero marrón—. Pruébatelos.

—Vaya, parecen muy caros. Intentaré no estropearlos. —Se volvió hacia la puerta principal.

—Espera. Necesito otro par. Sé que tengo algunos más aquí.

—¿Tú también vienes?

—Ese gato no quiere que lo atrapen. —Maura metió la mano en un bolsillo del abrigo y encontró un segundo par de guantes—. Esto es trabajo para dos mujeres.

El olor a muerte aún persistía en la casa. Aunque habían retirado el cadáver y las vísceras hacía

días, la descomposición deja su firma química en el aire, un ramillete maduro de olores que se cuela por los armarios y grietas, filtrándose en muebles, alfombras y cortinas. Como el humo después de un incendio, el hedor de la descomposición no se rinde con facilidad; como un fantasma del propio Gott, se aferraba obstinadamente a su casa. Todavía no había ido ningún servicio de limpieza a fregar y las huellas de patas ensangrentadas seguían en el suelo. Una semana atrás, Maura había estado allí en compañía de detectives y criminalistas cuyas voces habían resonado por todas las habitaciones. Ahora, solo el zumbido de una mosca que revoloteaba sin rumbo en el salón rompía el silencio de una casa abandonada.

Jane dejó la caja de cartón.

—Vayamos habitación por habitación. Primero, abajo.

—¿Por qué de repente me viene a la mente esa cuidadora que murió en el zoo? —dijo Maura.

—Este es un gato doméstico, no un leopardo.

—Incluso los bonitos gatos domésticos son depredadores en lo profundo de su ADN. —Maura se puso los guantes—. Un estudio que leí estima que los gatos domésticos matan casi cuatro mil millones de aves al año.

—¿Miles de millones? ¿De verdad?

—Es para lo que están diseñados. Son silenciosos, ágiles y rápidos.

—En otras palabras: difíciles de atrapar. —Jane suspiró.

—Por desgracia, sí. —Maura metió la mano en la caja y sacó una toalla que había traído de su casa. Su plan era echársela por encima al gato fugitivo y meterlo en la caja sin que la arañara—. De todos modos, esto había que hacerlo en algún momento. El pobre Frost no puede pasarse el resto de su vida repartiendo comida y arena para gatos. Una vez que lo atrapemos, ¿crees que Frost lo querrá?

—Si lo llevamos a la perrera, no volverá a hablarnos. Créeme, cuando lo deje en su casa, será para quedarse.

Ambas se pusieron los guantes. Bajo la atenta mirada de las cabezas de animales disecados, dieron comienzo a la cacería. Jane se arrodilló y miró bajo el sofá y el sillón. Maura buscó en armarios y huecos donde pudiera haberse escondido el gato. Sacudiéndose el polvo de las manos, se enderezó y de repente se centró en la cabeza de león africano, cuyos ojos de cristal brillaban con una inteligencia tan real que casi esperaba que el animal saltara de la pared.

—¡Ahí está! —gritó Jane.

Maura se giró y vio que algo blanco atravesaba el salón y subía corriendo las escaleras. Cogió la caja de cartón y siguió a Jane hasta el primer piso.

—¡Al dormitorio principal! —gritó Jane.

Entraron en la habitación y cerraron la puerta tras de sí.

—Bien, lo tenemos atrapado —dijo Jane—. Sé que ha entrado aquí. Entonces, ¿dónde diablos se esconde?

Maura echó un vistazo a los muebles. Vio una cama de matrimonio, mesitas gemelas y una enorme cómoda. Un espejo en la pared reflejaba sus rostros sonrojados y expresiones de frustración. Jane se arrodilló y miró debajo de la cama.

—Aquí no está —anunció.

Maura se volvió hacia el vestidor, cuya puerta estaba entreabierta. Era el único escondite de la habitación. Se miraron y respiraron hondo al mismo tiempo.

—Iremos de caza —canturreó Jane en voz baja, y encendió la luz del armario.

Vieron chaquetas, jerséis y demasiadas camisas de cuadros. Jane apartó una pesada parka para echar un vistazo al armario. Se estremeció cuando el gato salió disparado, aullando.

—¡Mierda! —Jane se miró el brazo derecho, donde un arañazo le había abierto la manga—. Es oficial: ahora odio a los gatos. ¿Dónde coño se ha metido?

—Debajo de la cama.

Jane se acercó a su némesis felina.

—Se acabó la policía buena, gato. Eres mío.

—Jane, estás sangrando. Tengo toallitas desinfectantes abajo, en mi bolso.

—Primero, atrapémoslo. Ve al otro lado de la cama. Asústalo para que venga hacia mí.

Maura se arrodilló y miró bajo el marco de la cama. Un par de ojos amarillos le devolvieron la mirada y el gruñido que retumbó en la garganta del animal fue tan feroz que hizo que a Maura se le erizara el vello de los brazos. No era un lindo gatito. Era el demonio.

—Vale, estoy lista con la toalla —dijo Jane— Envíalo hacia aquí.

Maura soltó un tímido manotazo hacia el animal.

—Fuera.

El gato enseñó los dientes y siseó.

—¿Fuera? —Jane resopló—. ¿En serio es lo mejor que puedes hacer, Maura?

—De acuerdo. Entonces, ¡muévete, gato! —Maura agitó el brazo y el gato retrocedió. Se quitó el zapato y se lo arrojó al animal—. ¡Vete!

El gato salió disparado de debajo de la cama. Aunque Maura no pudo ver el forcejeo que siguió, oyó los aullidos y siseos y las palabrotas de Jane mientras forcejeaba con su presa. Cuando Maura volvió a ponerse en pie, Jane había envuelto al demonio en la toalla de baño. Lo metió en la caja de cartón y cerró las solapas. La caja traqueteó y se sacudió con cuatro kilos de gato enfadado dentro.

—¿Debo vacunarme contra la rabia? —preguntó Jane, mirándose el brazo arañado.

—Lo primero que necesitas es jabón y antiséptico. Lávate el brazo. Iré abajo y traeré esas toallitas desinfectantes.

Maura compartía con los boy scouts el viejo lema de «Siempre listos» y en su bolso llevaba guantes de látex, toallitas desinfectantes, pinzas, cubrezapatos y bolsas de plástico para pruebas. Abajo, encontró el bolso en la mesita donde lo había dejado. Sacó el paquete de toallitas desinfectantes y cuando se disponía a subir otra vez, vio que había un clavo desnudo en la pared. Alrededor del lugar vacío había fotos enmarcadas de Leon Gott en varias expediciones de caza, posando con su rifle y sus trofeos sin vida. Ciervos, un búfalo, jabalíes, un león. También estaba enmarcado el artículo impreso de la revista Hub: «El maestro de los trofeos: Una entrevista con el maestro taxidermista de Boston».

Jane bajó las escaleras y entró en el salón.

—¿Debería preocuparme por la rabia?

Maura señaló el clavo que estaba a la vista.

—¿Han quitado algo de aquí?

—Me preocupa que se me caiga el brazo y tú preguntas por un lugar vacío en la pared.

—Aquí falta algo, Jane. ¿Estaba así la semana pasada?

—Sí. Vi ese clavo vacío. Puedo verificarlo con los vídeos de la escena del crimen. —Jane hizo una pausa y, de repente, frunció el ceño ante el clavo expuesto—. Me pregunto si...

—¿Qué?

Jane se volvió hacia ella.

—Gott llamó a Jodi Underwood y le pidió las fotos de Elliot en África. —Señaló el espacio vacío en la pared—. ¿Crees que esto tiene que ver con la razón por la que la llamó?

Maura sacudió la cabeza, perpleja.

—¿Una foto perdida?

—Ese mismo día, también llamó a la Interpol en Sudáfrica. De nuevo, se trataba de Elliot.

—¿Por qué le preocuparía su hijo? ¿No desapareció hace años?

—Hace seis años. —Una vez más, Jane se volvió para mirar el espacio vacío de donde habían quitado algo—. En Botsuana.

CAPÍTULO 18

Botsuana

¿Cuánto tiempo puede permanecer despierto un hombre?, me pregunto mirando a Johnny, que cabecea a la luz del fuego, con los ojos semicerrados y el torso inclinado hacia delante, como un árbol a punto de derrumbarse. Sin embargo, sus dedos siguen sujetando el rifle que tiene en el regazo, como si el arma formara parte de su cuerpo, una prolongación de sus extremidades. Los demás lo han estado observando toda la noche, y sé que Richard está tentado de arrebatarle el control del arma, pero incluso un Johnny medio dormido es demasiado formidable para enredarse con él. Desde la muerte de Isao, Johnny solo ha dormido a ratos durante el día y está decidido a permanecer despierto toda la noche. Si sigue así, dentro de unos días estará catatónico o loco.

De cualquier manera, será él quien tenga el arma.

Miro las caras alrededor del fuego. Sylvia y Vivian se acurrucan juntas, con el pelo rubio igual de enmarañado y las caras igual de tensas por la preocupación. Es extraño lo que hace la sabana, incluso a las mujeres hermosas. Las despoja de todo brillo superficial, les opaca el pelo, les quita el maquillaje, las reduce a carne y hueso. Eso es lo que veo cuando las miro ahora: dos mujeres que lentamente están siendo erosionadas hasta sus elementos más básicos. Ya le ha ocurrido a la señora Matsunaga, que se ha desgastado hasta su frágil y fracturado núcleo. Sigue sin comer. El plato de carne que le di sigue intacto a sus pies. Para inducirla a nutrirse de alguna manera, añadí dos cucharadas de azúcar a su té, pero lo escupió enseguida y ahora me mira con desconfianza, como si hubiera intentado envenenarla.

De hecho, todos me miran con desconfianza, porque no me he unido al equipo «Culpemos a Johnny». Creen que me he pasado al lado oscuro y soy espía de Johnny, cuando lo único que intento es encontrar la mejor forma de que sigamos vivos. Sé que Richard no es un aventurero, aunque él crea lo contrario. El torpe y aterrorizado Elliot lleva días sin afeitarse, tiene los ojos rojos y pienso que en cualquier momento empezará a balbucear como un loco. Las rubias se están cayendo a pedazos ante mis ojos. La única persona que todavía mantiene la cordura, que de verdad sabe lo que está haciendo aquí, es Johnny. Voto por él.

Por eso los demás ya no me miran. Miran más allá de mí o a través de mí y se lanzan miradas furtivas en un silencioso código Morse de parpadeos. Estamos viviendo la versión real de Supervivientes, y está claro que me han expulsado de la isla.

Las rubias se van primero a dormir; se alejan susurrando de la luz del fuego. Luego, Elliot y Keiko se escabullen a sus respectivas tiendas. Por un momento, Richard y yo nos quedamos sentados junto al fuego, demasiado recelosos el uno del otro como para decir una palabra. Es casi imposible creer que alguna vez amé a este hombre. Estos días en la sabana le han dado un toque de aspereza a su atractivo, pero ahora veo la mezquina vanidad que hay debajo. La verdadera

razón por la que Johnny no le cae bien es que no puede estar a su altura. Todo se reduce a quién es más hombre. Richard siempre tiene que ser el héroe de su propia historia.

Parece a punto de decir algo, pero ambos nos damos cuenta de que Johnny está despierto; sus ojos brillan en las sombras. Sin una palabra, Richard se pone en pie. Mientras lo veo alejarse y meterse en nuestra tienda, soy consciente de que Johnny me mira, puedo sentir su mirada.

—¿Dónde lo conociste? —pregunta Johnny. Está sentado tan quieto contra el árbol que parece formar parte del tronco, su cuerpo es como una raíz larga y sinuosa.

—*En una librería, por supuesto. Vino a firmar ejemplares de su libro Opción mortal.*

—¿De qué iba esa novela?

—*El thriller habitual de R. Renwick: el héroe se encuentra atrapado en una isla remota con terroristas y utiliza sus habilidades en la naturaleza para acabar con ellos uno a uno. Los hombres devoran sus libros como si fueran caramelos, y el día que firmó ejemplares, tuvimos un lleno total. Más tarde, el personal de la librería y él nos fuimos de copas al pub. Estaba segura de que le había echado el ojo a mi colega Sadie. Pero no, se volvió conmigo.*

—Pareces sorprendida.

—No has visto a Sadie.

—¿Y cuánto hace de eso?

—Casi cuatro años. —Tiempo suficiente para que Richard se aburra. Tiempo suficiente para que las diversas heridas y agravios se amontonen y hagan que un hombre piense en por mejores opciones.

—Entonces, deberíais conoceros bastante bien —dice Johnny.

—Deberíamos, sí.

—¿No estás segura?

—¿Se puede estarlo alguna vez?

Mira la tienda de Richard.

—Con algunas personas, no. Como tampoco se puede estar seguro de algunos animales. Es posible domar a un león o a un elefante, incluso aprender a confiar en ellos. Pero nunca puedes confiar en un leopardo.

—¿Qué clase de animal crees que es Richard? —pregunto, medio en broma.

Johnny no sonríe.

—Dímelo tú.

Su respuesta, dicha en voz muy baja, me obliga a considerar mis casi cuatro años con Richard. Cuatro años de compartir la cama y las comidas, pero siempre con una distancia entre nosotros. Él era el que se contenía, el que se mofaba de la idea del matrimonio, como si estuviéramos por encima de él, pero creo que siempre he sabido por qué nunca quiso casarse conmigo, solo que me negaba a admitirlo. Estaba esperando a la elegida. Y no soy yo.

—¿Te fías de él? —pregunta Johnny por lo bajo.

—¿Por qué me lo preguntas?

—Incluso después de cuatro años, ¿sabes de verdad quién es? ¿De qué es capaz?

—No creerás que Richard es el que...

—¿Y tú?

—Eso es lo que los demás dicen de ti. Que no podemos fiarnos de ti. Que nos abandonaste aquí adrede.

—¿Es lo que piensas tú?

—Pienso que, si quisieras matarnos, ya lo habrías hecho.

Me sostiene la mirada y soy muy consciente del rifle que tiene a su lado. Mientras controle el arma, nos controlará a nosotros. Me pregunto si habré cometido un error fatal. Si habré confiado en el hombre erróneo.

—Cuéntame qué más están diciendo —dice—. ¿Qué están planeando?

—Nadie está planeando nada. Tienen miedo, nada más. Todos tenemos miedo.

—No hay razón para tener miedo mientras nadie haga algo precipitado. Mientras confíes en mí. En nadie más que en mí.

«Ni siquiera en Richard» es lo que da a entender, aunque no lo diga. ¿De verdad cree que Richard tiene la culpa de lo que ha pasado? ¿O sembrar la semilla de la sospecha es parte del juego de Johnny para dividir y vencer?

Las semillas ya están echando raíces.

Más tarde, tumbada junto a Keiko en su tienda, pienso en todas las tardes en las que Richard llegaba tarde a casa. Salía con su agente literario, me decía. O cenaba con su equipo editorial. Mi mayor temor solía ser que tuviera una aventura con otra mujer. Ahora me pregunto si yo sufría de falta de imaginación y sus razones eran más oscuras, más horripilantes que una simple infidelidad.

Fuera de la tienda, el coro nocturno de insectos canta mientras los depredadores rodean nuestro campamento. Solo el fuego los mantiene a raya. Y un solo hombre con un arma.

Johnny quiere que confíe en él. Johnny promete que nos mantendrá a salvo.

A eso me aferro cuando por fin me duermo. Johnny dice que sobreviviremos y yo le creo.

Hasta el amanecer, cuando todo cambia.

Esta vez, es Elliot quien grita. Sus gritos de pánico, «¡Ay, Dios mío, ay, Dios mío!», me despiertan y me devuelven a la pesadilla de la vida real. Keiko no está, y me encuentro sola en la tienda. Ni siquiera me molesto en ponerme los pantalones, sino que salgo en camiseta y ropa interior, deteniéndome solo para meter los pies descalzos en las botas.

Todos están despiertos y se han reunido en la tienda de Elliot. Las rubias se pegan la una a la otra, con el pelo grasiento y despeinado, las piernas desnudas en el frío amanecer. Como yo, han salido corriendo de sus tiendas en ropa interior. Keiko aún lleva pijama y los pies calzados con diminutas sandalias japonesas. Solo Richard está completamente vestido. Sujeta a Elliot por los hombros, intenta calmarlo, pero Elliot sacude la cabeza y lloriquea.

—Ya no está —dice Richard—. Ya se ha ido.

—¡Podría estar entre mi ropa! ¡O en las mantas!

—Miraré otra vez, ¿vale? Pero no la he visto.

—¿Y si hay otra ahí dentro?

—¿Otra qué? —pregunto.

Se vuelven para mirarme y veo recelo en sus ojos. Nadie confía en mí, porque me he unido al enemigo.

—Una víbora —dice Sylvia, y se abraza a sí misma, temblando—. De alguna manera, se ha metido en la tienda de Elliot.

Miro al suelo casi esperando ver que una víbora se desliza hacia mis botas. En esta tierra de arañas e insectos que pican, he aprendido a no andar nunca descalza.

—Siseaba —dice Elliot—. El ruido me despertó. Abrí los ojos y estaba justo ahí, enroscada encima de mis piernas. Estaba seguro de que... —Se pasa una mano temblorosa por la cara—. Dios mío. No vamos a aguantar otra semana.

—Elliot, basta —ordena Richard.

—¿Cómo podré dormir después de esto? ¿Cómo podréis dormir cualquiera de vosotros cuando no sabéis lo que puede estar metiéndose en vuestra cama?

—Debe haber sido una víbora bufadora —dice Johnny—. Esa sería mi suposición.

Una vez más, ha conseguido sobresaltarme por lo sigiloso de sus movimientos. Me giro y lo veo echar leña en el fuego moribundo.

—¿La has visto? —pregunto.

—No. Pero Elliot ha dicho que siseaba. —Johnny se mueve hacia nosotros, con el rifle en la mano—. ¿Era amarillenta y amarronada? ¿Moteada, con cabeza triangular? —le pregunta a Elliot.

—¡Era una víbora, es todo lo que sé! ¿Crees que me molesté en preguntarle su nombre?

—Las víboras bufadoras son comunes aquí, en la sabana. Es probable que veamos más ejemplares.

—¿Cómo de venenosas son? —pregunta Richard.

—Si no se trata, el veneno puede ser mortal. Pero, si te hace sentir mejor, a menudo sus mordeduras son secas y no contienen veneno en absoluto. Es probable que solo se haya metido en la cama de Elliot para calentarse. Es lo que hacen los reptiles. —Nos mira—. Por eso os he advertido que mantuvierais las tiendas cerradas.

—Estaba cerrada —dice Elliot.

—Entonces, ¿cómo llegó a tu tienda?

—Ya sabes el miedo que le tengo a la malaria. Siempre subo la cremallera para que no entren mosquitos. ¡No pensé que pudiera entrar una víbora!

—Podría haber entrado durante el día —sugiero—, mientras no estabas en la tienda.

—Te lo aseguro, nunca la dejo abierta. Ni siquiera durante el día.

Sin decir palabra, Johnny da vueltas hacia el otro lado de la tienda de Elliot. ¿Estará buscando la víbora? ¿Creerá que aún está al acecho bajo la lona, esperando otra oportunidad para invadirla? De repente, Johnny se agacha donde no podemos verlo. El silencio es insoportable.

Sylvia grita con voz inestable:

—¿La víbora sigue ahí?

Johnny no contesta. Se pone en pie y, al ver su expresión, mis manos se convierten en hielo.

—¿Qué pasa? —pregunta Sylvia—. ¿Qué hay?

—Venid a verlo por vosotros mismos —dice en voz baja.

Casi oculto por el pasto, el tajo recorre el borde inferior de la tienda. No se trata de una simple rasgadura, sino de un tajo limpio y recto en la lona, y al instante su significado nos queda claro.

Elliot nos mira con incredulidad.

—¿Quién ha hecho esto? ¿Quién demonios ha abierto un tajo en mi tienda?

—Todos tenéis cuchillos —señala Johnny—. Cualquiera de vosotros podría haberlo hecho.

—Cualquiera, no —dice Richard—. Estábamos dormidos. Tú has estado aquí fuera toda la noche, vigilando, como dices.

—Salí al amanecer a por leña. —Johnny mira a Richard de hito en hito—. ¿Y cuánto tiempo llevas tú levantado y vestido?

—Veis lo que está haciendo, ¿verdad? —Richard se vuelve para mirarnos—. No olvidéis quién tiene el arma. Quién ha estado al mando aquí mientras todo se iba al infierno.

—¿Por qué mi tienda? —La voz de Elliot se ha vuelto estridente y nos contagia su pánico a todos —. ¿Por qué yo?

—Los hombres —murmura Vivian—. Quiere acabar con los hombres primero. Ha matado a Clarence. Luego a Isao. Y ahora es Elliot...

Richard da un paso hacia Johnny y el rifle se levanta al instante; el cañón apunta directo al pecho de Richard.

—Retrocede —ordena Johnny.

—Así es como va a ser —dice Richard—. Él me disparará primero. Luego matará a Elliot. ¿Y qué pasa con las mujeres, Johnny? Puede que tengas a Millie de tu lado, pero no puedes acabar con el resto de nosotros. No si nos defendemos.

—Eres tú —dice Johnny—. Tú eres el que está haciendo esto.

Richard da otro paso hacia él.

—Yo soy el que te detendrá.

—Richard —le suplico—. No lo hagas.

—Es hora de elegir bando, Millie.

—¡No hay bandos! Tenemos que hablar de esto. Tenemos que ser racionales.

Richard da otro paso hacia Johnny. Es un desafío, una guerra de nervios. La sabana lo ha despojado de la razón, y ahora actúa con furia cruda contra Johnny, su rival. Contra mí, la traidora. El tiempo se ralentiza y registro cada detalle con dolorosa claridad. El sudor en la frente de Johnny. El chasquido de la rama bajo la bota de Richard cuando se impulsa hacia delante. La mano de Johnny, sus músculos tensos, preparándose para disparar.

Y veo a Keiko —la pequeña y frágil Keiko— deslizarse silenciosa detrás de Johnny. La veo

levantar los brazos. Veo la piedra que se estrella contra la nuca de Johnny.

Está vivo.

Minutos después del golpe, abre los ojos. La piedra le ha abierto el cuero cabelludo y ha perdido una cantidad alarmante de sangre, pero su mirada es clara y está plenamente consciente.

—Estáis cometiendo un error —dice—. Tenéis que escucharme.

—Nadie te escucha —dice Richard. Su sombra se mueve por encima de Johnny; se queda mirándolo. Ahora es él quien tiene el rifle, quien tiene el control.

Con un gemido, Johnny intenta incorporarse, pero le cuesta sentarse.

—Sin mí, no sobreviviréis.

Richard mira a los demás, que forman un círculo alrededor de Johnny.

—¿Votamos?

Vivian niega con la cabeza.

—No me fío de él.

—Entonces, ¿qué haremos con él? —pregunta Elliot.

—Atarlo. Eso es. —Richard asiente en dirección a las rubias—. Id a buscar una cuerda.

—No. No. —Johnny se tambalea. A pesar de todo, sigue siendo demasiado intimidante para que alguien le haga frente—. Dispárame si quieres, Richard. Aquí mismo, ahora mismo. Pero no dejaré que me ates. Ni que me dejes indefenso. No aquí afuera.

—¡Vamos, atadle! —ordena Richard a las rubias, pero ellas se quedan congeladas—. ¡Elliot, hazlo tú!

—Inténtalo —gruñe Johnny.

Elliot palidece y retrocede.

Dirigiéndose a Richard, Johnny dice:

—Así que ahora tienes el arma, ¿eh? —dice Johnny, dirigiéndose a Richard—. Has demostrado que eres el macho alfa. ¿Era ese el objetivo del juego?

—¿Juego? —Elliot sacude la cabeza—. No, ¡estamos tratando de mantenernos vivos, joder!

—Entonces, no os fieis de él —dice Johnny.

Las manos de Richard se tensan sobre el rifle. Dios, va a disparar. Va a matar a un hombre desarmado a sangre fría. Me abalanzo sobre el cañón para tirar de él hacia abajo.

La bofetada de Richard me hace caer.

—¿Quieres que nos maten, Millie? —grita—. ¿Es lo que quieres lograr?

Me toco la mejilla palpitante. Nunca antes me había pegado; si estuviéramos en cualquier otro sitio, llamaría a la policía, pero aquí fuera no hay escapatoria, no hay autoridad a la que llamar. Cuando miro a los demás, no veo compasión en sus rostros. Las rubias, Keiko, Elliot... Todos están del lado de Richard.

—De acuerdo —dice Johnny—. Tienes el arma, Richard. Puedes usarla cuando quieras. Pero, si vas a dispararme, tendrás que hacerlo por la espalda. —Se da la vuelta y empieza a alejarse.

—¡Si vuelves al campamento, te mato! —grita Richard.

Johnny responde por encima del hombro:

—Prefiero arriesgarme en la sabana.

—¡Vigilaremos! Si te vemos cerca...

—No sucederá. Prefiero confiar en los animales. —Johnny hace una pausa, se vuelve y me mira —. Ven conmigo, Millie. Por favor, ven.

Miro a Richard y a Johnny, paralizada por la elección.

—No, quédate con nosotros —dice Vivian—. En cualquier momento vendrá un avión a buscarnos.

—Para cuando vuelva el avión, habréis muerto —dice Johnny. Me tiende la mano—. Cuidaré de ti, te lo juro. No dejaré que te pase nada. Te ruego que confíes en mí, Millie.

—No seas loca —dice Elliot—. No puedes creerle.

Pienso en todo lo que ha ido mal. Clarence e Isao, a quienes les arrancaron la carne de los huesos. El camión, repentina y misteriosamente fuera de servicio. La víbora en la tienda rasgada de Elliot. Recuerdo lo que Johnny reveló hace solo unos días, que de niño coleccionaba víboras. ¿Quién sino Johnny sabe cómo atrapar y manejar una víbora bufadora? Nada de lo que ha pasado ha sido solo mala suerte; no, estábamos destinados a morir aquí, y solo Johnny podía ejecutar semejante plan.

Puede leer la decisión en mis ojos y reacciona con una expresión de dolor, como si le hubiera asestado un golpe letal. Por un momento se queda allí derrotado, con los hombros caídos y la cara convertida en una máscara de dolor.

—Habría hecho cualquier cosa por ti —me dice en voz baja. Luego sacude la cabeza, da media vuelta y se aleja.

Nos quedamos mirando cómo desaparece entre los matorrales.

—¿Crees que volverá? —pregunta Vivian.

Richard palmea el rifle que yace a su lado, el rifle que ahora nunca está fuera de su alcance.

—Si lo intenta, estaré preparado para él.

Estamos sentados alrededor del fuego, que Elliot ha convertido en un infierno furioso para combatir la oscuridad. Las llamas son demasiado altas y lanzan demasiado calor; además es un desperdicio absurdo de leña, pero entiendo por qué se ha sentido obligado a alimentarlo de manera tan extravagante. Esas llamas mantienen alejados a los depredadores que incluso ahora nos vigilan. No hemos visto otros fuegos, así que ¿dónde estará Johnny en esta noche oscura? ¿Qué trucos tiene para mantenerse vivo cuando dientes y garras acechan por todos lados?

—Vigilaremos en parejas —dice Richard—. Nadie debe estar aquí solo en ningún momento. Elliot y Vivian harán la primera guardia. Sylvia y yo, la segunda. Así pasaremos la noche. Si seguimos así, manteniéndonos alerta, estaremos bien hasta que el avión venga a buscarnos.

Se torna dolorosamente obvio que me ha dejado fuera del programa de vigilancia. Entiendo por qué no espera que Keiko contribuya; después de su sorprendente ataque a Johnny, ha vuelto a sumirse en el silencio. Al menos ahora está comiendo, unas cucharadas de judías en conserva y un puñado de galletas. Pero aquí estoy yo, sana y dispuesta a ayudar, y nadie me dirige ni siquiera una mirada.

—¿Y yo? —pregunto—. ¿Qué debo hacer?

—Nos encargaremos de esto, Millie. No tienes que hacer nada. —El tono de su voz no permite ninguna objeción, menos de la mujer que una vez se atrevió a ponerse del lado de Johnny.

Sin una palabra, abandono el fuego y me escabullo hacia nuestra tienda. Esta noche vuelvo con Richard porque Keiko ya no me quiere con ella. Soy la paria, la traidora que podría apuñalarlos mientras duermen.

Cuando Richard se acuesta a mi lado una hora más tarde, todavía estoy despierta.

—Lo nuestro se acabó —le digo.

No se molesta en discutir.

—Sí. Obviamente.

—Entonces, ¿a cuál vas a elegir? ¿A Sylvia o Vivian?

—¿Acaso importa?

—No, supongo que no. Sea quien sea, todo se reduce a follarse a alguien nuevo.

—¿Qué hay de ti y Johnny? Admítelo, estabas lista para dejarme e irte con él.

Me vuelvo hacia Richard, pero lo único que veo es su silueta, enmarcada por el resplandor de la luz del fuego a través de la tela.

—Me he quedado ¿no?

—Solo porque tenemos el arma.

—Y eso te convierte en el ganador, ¿verdad? En el rey de la selva.

—Estoy luchando por nuestras putas vidas. Los demás lo entienden. ¿Por qué tú no?

Exhalo un largo y triste suspiro.

—Lo entiendo, Richard. Sé que crees que estás haciendo lo correcto. Aunque no tengas ni idea de qué hacer a continuación.

—Sea cual sea nuestro problema, Millie, debemos permanecer juntos o no sobreviviremos. Tenemos el arma y las provisiones, y las probabilidades están de nuestro lado. Pero no puedo predecir lo que hará Johnny. Si huirá a la sabana o volverá e intentará acabar con nosotros. —Hace una pausa—. Somos testigos, después de todo.

—¿Testigos de qué? No lo hemos visto matar a nadie. No podemos probar que haya hecho algo malo.

—Entonces, deja que la policía lo pruebe. Después de que salgamos de aquí.

Permanecemos en silencio un momento. A través de la lona, oigo a Elliot y a Vivian hablando junto al fuego mientras vigilan. Oigo el chillido estridente de los insectos, las risotadas lejanas de las hienas, y me pregunto si Johnny sigue vivo ahí fuera o si están desgarrando y devorando su cadáver.

La mano de Richard roza la mía. Lenta, tentativamente, sus dedos se entrelazan con los míos.

—La gente sigue con su vida, Millie. Eso no significa que estos últimos tres años hayan sido en vano.

—Cuatro años.

—No somos las mismas personas que cuando nos conocimos. Así es la vida, y tenemos que madurar. Encontrar la mejor manera de repartirnos las cosas, de decírselo a nuestros amigos. De hacerlo todo sin dramatismo.

A él le resulta mucho más fácil decir cosas así. Puede que yo haya sido la primera en declarar que todo había terminado entre nosotros, pero, en realidad, él fue quien me dejó. Ahora me doy cuenta de que ha estado dejándome desde hace mucho mucho tiempo. Fue África la que al final lo llevó a un punto crítico, fue África la que nos mostró lo inadecuados que somos el uno para el otro.

Puedo haberlo querido en algún momento, pero ahora pienso que nunca me ha gustado. Desde luego, no me gusta cuando habla con tanta naturalidad de los términos de nuestra ruptura. De que debo buscarme un nuevo piso tan pronto volvamos a Londres. ¿Me acogería mi hermana mientras busco el lugar adecuado? Y luego están todas las cosas que hemos adquirido juntos. Puedo llevarme los utensilios de cocina, pero los CD y los aparatos electrónicos se quedan con él. Es justo, ¿no? Y qué suerte que no tengamos mascotas por las que pelearnos. Qué diferencia con la noche en la que nos acurrucamos en el sofá planeando este viaje a Botsuana. Yo imaginaba cielos estrellados y tragos junto al fuego, no estos gélidos términos de disolución.

Me acuesto de lado y le doy la espalda.

—De acuerdo —dice—. Hablaremos de ello más tarde. Como gente civilizada.

—Claro —murmuro—. Como gente civilizada.

—Ahora, necesito dormir un poco. Tengo que levantarme dentro de cuatro horas para hacer guardia.

Son las últimas palabras que me dice en su vida.

Me despierto en la oscuridad y, durante un momento, no sé en qué tienda estoy. Entonces todo me golpea y siento un dolor físico. Mi ruptura con Richard. Los días solitarios que me esperan. El interior de la tienda está tan oscuro que no puedo distinguir si él está tumbado a mi lado. Alargo la mano para tocarlo, pero solo encuentro vacío. Este es el futuro; tendré que acostumbrarme a dormir sola.

Unas ramas crujen cuando alguien —o algo— pasa junto a mi tienda.

Me esfuerzo por ver a través de la lona, pero está tan oscuro que no puedo distinguir ni el más tenue resplandor del fuego. ¿Quién ha dejado que se consuma? Alguien tiene que añadir leña antes de que se apague del todo. Me pongo los pantalones y busco las botas. Después de tanto hablar de estar alerta y vigilar, estos idiotas inútiles no han podido mantener ni siquiera nuestra protección más básica.

Justo cuando abro la solapa de la tienda, estalla el primer disparo.

Una mujer grita. ¿Sylvia? ¿Vivian? No puedo decir cuál; todo lo que oigo es su pánico.

—¡Tiene el rifle! Oh, Dios, tiene el...

En la oscuridad, busco a ciegas mi mochila, donde guardo la linterna. Mi mano se cierra alrededor de la correa justo cuando oigo el segundo disparo.

Salgo de la tienda, pero solo veo sombras sobre sombras. Algo se mueve entre las brasas del fuego. «Johnny. Está aquí para vengarse».

Un tercer disparo resuena y me lanzo hacia la negrura de los arbustos, estoy casi en la alambrada perimetral cuando tropiezo con algo y caigo de rodillas. Toco carne caliente, pelo largo y enmarañado. Y sangre. «Una de las rubias».

Al instante vuelvo a ponerme en pie y huyo a ciegas hacia la noche. Oigo el tintineo de las campanas cuando mi bota engancha el alambre perimetral.

La siguiente bala pasa tan cerca que la oigo silbar.

Pero ahora estoy sumida en la oscuridad, soy un blanco que Johnny no puede ver. Detrás de mí, se oyen gritos de terror y un último y estruendoso disparo.

No tengo elección; me zambullo sola en la noche.

CAPÍTULO 19

Boston

—Siempre está tratando de destacar. Al menos, podría hacer el esfuerzo de llegar a tiempo —se quejó Crowe, mirando el reloj con el ceño fruncido—. Debería haber estado aquí hace veinte minutos.

—Seguro que el detective Tam tiene una buena razón para llegar tarde —dijo Maura. Colocó el fémur derecho de la desconocida en su posición anatómica correcta y el hueso resonó contra la mesa de acero inoxidable.

Bajo el frío resplandor clínico de las luces de la morgue, los huesos parecían de plástico, artificiales. Si se le quitaba la piel y la carne a una mujer joven, eso era lo único que quedaba: el entramado óseo sobre el que estaba montada esa carne. Cuando los esqueletos humanos llegaban a la morgue, a menudo estaban incompletos y les faltaban los huesos pequeños de las manos y los pies, que tan fácilmente se llevan los carroñeros. Pero a esa desconocida la habían envuelto en una lona y la habían enterrado a una profundidad a la que no llegaban garras, dientes ni picos. En cambio, los insectos y microbios se habían dado un festín de carne y vísceras que había dejado los huesos limpios. Maura colocaba esos huesos sobre la mesa con la precisión de un maestro estratega que se prepara para una partida de ajedrez anatómico.

—Todos dan por sentado que es un cerebrito solo porque es asiático —dijo Crowe—. Pues no es tan listo como se cree.

Maura no tenía ningún deseo de participar en esa conversación ni, de hecho, en ninguna otra conversación con el detective Crowe. Cuando se ponía a despotricar sobre la incompetencia de los demás, quienes se llevaban la peor parte solían ser los abogados y los jueces. Que criticara a su propio compañero, Tam, la incomodaba sobremanera.

—También hay algo furtivo en él. ¿Lo has notado alguna vez? Está haciendo algo a mis espaldas —dijo Crowe—. Ayer vi un documento en su portátil y le pregunté por él. Sin más, pulsó «Escape» y cerró el archivo. Dice que es algo que está investigando por su cuenta. ¡Ja!

Maura emparejó el peroné izquierdo con su correspondiente tibia y los colocó uno al lado del otro como vías de ferrocarril óseas.

—Vi que en su ordenador había un archivo de la base de datos de criminales violentos. No solicité ninguna búsqueda en esa base de datos. ¿Qué demonios intenta ocultarme? ¿Cuál es su juego?

Maura no levantó la vista de los huesos.

—No es ilegal solicitar una búsqueda en esa base de datos.

—¿Sin decírselo al compañero? Te lo aseguro, Tam es escurridizo. Y, además, eso lo distrae de nuestro caso.

—Tal vez se trate de vuestro caso.

—Entonces, ¿por qué lo oculta? ¿Para poder revelarlo en el momento oportuno e impresionar a todos? ¡Sorpresa, el genial detective Tam resuelve el caso! Sí, le encantaría dejarme en mal lugar.

—No creo que él hiciera algo así.

—Todavía no lo conoces, doctora.

«Pero a ti sí te conozco», pensó Maura. La diatriba de Crowe era un ejemplo clásico de proyección. Si alguien estaba ávido de atención, era el propio Crowe, conocido por sus colegas como el Agente Hollywood. Si había un equipo de televisión cerca, allí estaba él, bronceado y con su traje a medida, listo para la cámara. Mientras Maura dejaba el último hueso sobre la mesa, Crowe, cabreado, volvió a coger el móvil y le dejó a Tam otro mensaje de voz. Era más sencillo lidiar con el silencio de los muertos. Mientras la desconocida esperaba pacientemente en la mesa, Crowe se paseaba por la habitación, irradiando una nube tóxica de hostilidad.

—¿Quieres que te hable de los restos de la desconocida, detective? ¿O prefieres esperar el informe escrito? —le preguntó, con la esperanza de que optara por lo segundo y la dejara en paz.

Crowe se metió el móvil en el bolsillo.

—Sí, sí. Adelante. ¿Qué tenemos?

—Por suerte, el esqueleto está completo, así que no deberíamos tener que extrapolar. Se trata de una mujer de entre dieciocho y treinta y cinco años. A juzgar por la longitud del fémur, estimo que su estatura era de alrededor de un metro setenta. El modelado facial nos dará una idea de su aspecto, pero si nos fijamos en el cráneo... —Maura lo cogió y examinó los huesos nasales. Dio la vuelta al cráneo para ver los dientes superiores—. Cavidad nasal estrecha, raíz nasal alta. Incisivos maxilares lisos. Todo ello concuerda con rasgos caucásicos.

—Una chica blanca.

—Sí, con buena dentadura. Le han extraído las cuatro muelas del juicio y no tiene caries. Sus dientes están perfectamente alineados.

—Chica blanca rica. No es inglesa.

—Créeme, los ingleses han descubierto la ortodoncia. —En un esfuerzo por ignorar los comentarios irritantes de Crowe, Maura volvió su atención a la caja torácica. Una vez más, su mirada se dirigió directa a la marca de corte en la apófisis xifoides. Intentó pensar en otras formas en las que la muesca podría haber sido tallada en el esternón, pero solo la hoja de un

cuchillo tenía sentido para ella. Si se abría desde el abdomen, ahí era donde la hoja golpearía, contra el escudo óseo que protegía el corazón y los pulmones.

—Puede que sea una puñalada —dijo Crowe—. Tal vez iba por el corazón.

—Supongo que es posible.

—Sigues pensando que la destriparon. Igual que a Leon Gott.

—Creo que todas las teorías están todavía sobre la mesa.

—¿Puedes darme una hora de la muerte mejor?

—No hay mejor hora de la muerte. Solo una más precisa.

—Lo que sea.

—Como te dije cuando la encontraron, el proceso de esqueletización puede llevar meses o años, según la profundidad de la tumba. Cualquier estimación sería imprecisa, pero el hecho de que aquí haya una desarticulación significativa me dice... —Hizo una pausa, centrándose de repente en una de las costillas torácicas. En el lugar del entierro no había visto ese detalle, e incluso ahora, bajo las brillantes luces de la morgue, las marcas eran visibles. Tres muescas equidistantes en la parte posterior de la costilla. Al igual que las muescas en el cráneo de la mujer. «Esto lo ha hecho la misma herramienta».

La puerta de la morgue se abrió y entró el detective Tam.

—Cuarenta y cinco minutos tarde —le espetó Crowe—. ¿Por qué te molestas en aparecer?

Tam casi no miró a su compañero; su atención estaba puesta en Maura.

—Ya tengo tu respuesta, doctora Isles —dijo, y le entregó una carpeta.

—¿Qué, ahora trabajas para el equipo forense? —lo increpó Crowe.

—La doctora Isles me pidió que le hiciera un favor.

—Es curioso que no te hayas molestado en mencionármelo.

Maura abrió la carpeta y se quedó mirando la primera página. Pasó a la página siguiente, y a la siguiente.

—No me gustan los secretos, Tam —dijo Crowe—. Y me gustan menos los compañeros que me ocultan cosas.

—¿Le has contado esto a la detective Rizzoli? —interrumpió Maura en tono brusco, dirigiéndose a Tam.

—Todavía no.

—Será mejor que la llamemos.

—¿Por qué quieres meter a Rizzoli en esto? —preguntó Crowe.

Maura observó los huesos sobre la mesa.

—Porque tendréis que trabajar juntos en este caso.

Para un policía que se había incorporado a la Unidad de Homicidios hacía solo un mes, Johnny Tam ya navegaba como un rayo por el Programa de Detención de Criminales Violentos del FBI, conocido como VICAP. Con solo pulsar unas teclas, Tam se conectó a LEEP, una plataforma segura para fuerzas del orden, que le daba acceso a la base de datos del FBI, con más de 150.000 casos de violencia en todo el país.

—Es un coñazo presentar estos informes de análisis de crímenes —dijo Tam—. Nadie quiere responder a doscientas preguntas y escribir un ensayo solo para añadir su caso a la base de datos, por lo que pienso que esta es solo una lista parcial. Pero lo que aparece en la base de datos es bastante inquietante. —Dio la vuelta a su portátil para que los que estaban sentados alrededor de la mesa de conferencias pudieran ver su pantalla—. Este es el resultado de mi búsqueda preliminar, basada en un conjunto inicial de criterios. Todos estos casos ocurrieron en la última década. Encontraréis un resumen en las carpetas que os he entregado.

Sentada en un extremo de la mesa, Maura observó cómo Jane, Frost y Crowe hojeaban la información que Tam había distribuido. Del otro lado de la puerta cerrada se oían risas en el pasillo y el tintineo del ascensor, pero en la sala solo se escuchaban gruñidos escépticos y el ruido de papeles. No era habitual que Maura estuviera presente junto a los detectives en una reunión sobre un caso, pero esa mañana Tam le había pedido que participara como asesora. Su lugar estaba en la morgue, donde los muertos no discutían, y se sentía incómoda en esa sala de policías que siempre estaban al borde del desacuerdo y la discusión.

Crowe dejó caer una página sobre su pila de papeles.

—¿Así que crees que hay un criminal que recorre el país matando a todas estas víctimas? ¿Y que vas a rastrearlo sentado en tu mesa, jugando al bingo con la base de datos?

—La primera lista fue solo un punto de partida —dijo Tam—. Me proporcionó una base de datos preliminar sobre la que trabajar.

—¡Muestra asesinatos en ocho estados! Tres mujeres, ocho hombres. Nueve blancos, un hispano, un negro. De todas las edades, entre veinte y sesenta y cuatro años. ¿Qué clase de extraño patrón de asesinatos es ese?

—Sabes cuánto odio estar de acuerdo con Crowe —dijo Jane—, pero tiene razón. Hay demasiada variabilidad en estas víctimas. Si se trata de un solo asesino, ¿por qué eligió a estas víctimas en particular? No tienen nada en común, por lo que veo.

—Porque el factor común con el que empezamos fue lo que notó la doctora Isles tan pronto vio a la desconocida: el cordón de nailon naranja que tenía alrededor de los tobillos. Igual que Gott.

—Ella y yo ya lo hemos hablado —dijo Jane—. No me ha parecido suficiente para vincularlos.

Maura se dio cuenta de que Jane no la miraba mientras hablaba. «¿Porque está enfadada conmigo? —se preguntó—. ¿Tal vez porque piensa que no debería jugar a ser policía, ya que mi trabajo es estar en la morgue con un bisturí en la mano?».

—¿Eso es todo lo que tienes para vincular esta docena de homicidios? ¿Que estaban atados con una cuerda? —dijo Crowe.

—En ambas víctimas se utilizó nailon naranja trenzado sólido, de tres dieciseisavos de pulgada —dijo Tam.

—Disponible en todas las ferreterías del país. —Crowe resopló—. Demonios, puede que tenga ese tipo de cuerda en mi garaje ahora mismo.

—La cuerda de nailon no fue mi único término de búsqueda —dijo Tam—. Todas estas víctimas fueron encontradas suspendidas bocabajo. Algunas, de árboles; otras, de vigas.

—Aún no es suficiente para que sea la firma de un asesino —objetó Crowe.

—Déjalo terminar, detective Crowe —interpuso Maura. Hasta ahora apenas había dicho una palabra, pero ya no podía seguir mordiéndose la lengua—. Quizá veas a dónde queremos llegar. De verdad que puede haber una conexión entre nuestros dos casos y otros en todo el país.

—Y Tam y tú vais a sacar el conejo de la chistera. —Crowe sacó varias páginas de la carpeta y las desparramó sobre la mesa—. Bien, veamos lo que habéis encontrado. Víctima número uno: abogado blanco de cincuenta años, en Sacramento. Hace seis años, lo encontraron colgado bocabajo en el garaje, con las manos y los tobillos atados y la garganta cortada.

»Víctima número dos: camionero hispano de veintidós años. Lo encontraron colgado bocabajo en Phoenix, estado de Arizona. Le ataron los pies y las manos, le provocaron quemaduras y cortes por todo el torso, le extirparon los genitales. Ajá. Qué agradable. Dejadme adivinar: cártel de la droga.

»Víctima número tres: hombre blanco de treinta y dos años, con antecedentes por hurto. Lo encontraron colgado bocabajo de un árbol en Maine, con el abdomen abierto y sin los órganos internos. Vaya, en este caso, ya se sabe quién fue. Se ha emitido una orden de arresto contra su antiguo compañero de andanzas. Así que tachadlo de la lista. —Levantó la vista—. ¿Sigo, doctora Isles?

—Hay más en todo esto que solo la cuerda alrededor de los tobillos.

—Sí, lo sé. Están esas tres marcas de corte; tal vez las hicieron con un cuchillo, tal vez no. Eso es solo una distracción. Puede que Tam quiera seguirte el juego, doctora, pero yo tengo que concentrarme en mi caso. Y tú sigues sin poder decirme cuándo murió la desconocida.

—Te he dado mi estimación de cuándo murió.

—Sí, entre dos y veinte años atrás. Muy precisa.

—Detective Crowe, tu compañero ha dedicado horas de trabajo a este análisis. Lo menos que puedes hacer es escucharlo.

—De acuerdo. —Crowe dejó caer bolígrafo—. Venga, Tam. Cuéntanos cómo los muertos de esta lista se vinculan con nuestra desconocida.

—No todos lo están —dijo Tam. Los ánimos estaban caldeados, pero Tam se mostraba imperturbable, como siempre—. La primera lista que visteis era solo nuestro conjunto inicial de homicidios, basados en el tipo de cuerda y el hecho de que se encontró a las víctimas colgadas de los pies. Luego hice otra búsqueda con el término «evisceración», porque sabemos que se lo hicieron a Gott. Y la doctora Isles, basándose en la marca de corte en el esternón, sospecha que también se lo hicieron a la desconocida. La base de datos arrojó algunos nombres adicionales de víctimas a las que el asesino solo evisceró, pero no colgó de una cuerda.

Jane miró a Frost.

—Ahí tienes una frase que no se oye todos los días: «Solo evisceró».

—Mientras leía sobre esos casos de evisceración, hubo uno en particular, de hace cuatro años, que me llamó la atención. La víctima era una mochilera de treinta y cinco años que acampaba en Nevada con unos amigos. Había dos mujeres y dos hombres en el grupo, pero ella fue la única que apareció. Los demás siguen desaparecidos. Por cómo los insectos habían infestado el cadáver, se determinó que llevaba muerta entre tres y cuatro días. El cuerpo estaba aún lo bastante intacto como para que el forense determinara que lo habían eviscerado.

—Tres o cuatro días a la intemperie en la naturaleza, ¿y quedaba lo suficiente como para saberlo? —preguntó Crowe.

—Sí, porque no la dejaron en el suelo. El cuerpo fue encontrado en la rama de un árbol. Evisceración y elevación. Me pregunté si esa combinación sería la clave. Es lo que un cazador haría con las presas salvajes: colgarlas y destriparlas. Lo que me trajo de vuelta a Leon Gott y su conexión con la caza y los cazadores. Volví a la base de datos y empecé de nuevo. Esta vez, busqué casos ocurridos en áreas de naturaleza salvaje que siguieran sin resolver. Cualquier víctima que tuviera marcas de corte esternal o cualquier otra cosa compatible con evisceración.

»Y fue entonces cuando encontré algo interesante. No una víctima, sino otro grupo que desapareció como esos cuatro mochileros de Nevada. Hace tres años, en Montana, un trío de cazadores de alces desapareció. Los tres eran hombres. Encontraron a uno de ellos parcialmente convertido en esqueleto y encajado en un árbol. Meses después, apareció la mandíbula de un segundo hombre, solo eso, cerca de una guarida de pumas. La teoría del forense fue que se trató de un ataque de oso o puma. Pero un oso no arrastraría un cuerpo hasta un árbol, lo que llevó al forense a concluir que podría haber sido un puma. Aunque no estoy seguro de si los pumas arrastrarían una presa a un árbol.

—Dijiste que eran cazadores, así que irían armados —dijo Frost—. ¿Cómo derriba un asesino a tres hombres armados?

—Buena pregunta. Nunca se encontró un rifle. Las otras dos armas de fuego estaban todavía en las tiendas de los hombres. Debió pillar por sorpresa a las víctimas.

Hasta ese momento, Jane se había mostrado escéptica. Ahora se inclinó hacia delante, con toda su atención puesta en Tam.

—Cuéntame más sobre esa mochilera de Nevada. ¿Qué dijo el forense sobre la manera en la que murió?

—También se pensó que pudo haber sido un puma. Pero estamos hablando de cuatro mochileros, dos de los cuales eran hombres. La forma en la que murieron se dejó como «indeterminada».

—¿Podría un puma por sí solo acabar con cuatro adultos?

—No lo sé —dijo Tam—. Tendríamos que consultar con un especialista en grandes felinos. Incluso si un puma mató a los cuatro mochileros, hay un detalle que inquietó al forense. Es la razón por la que la víctima femenina fue añadida a la base de datos de crímenes violentos.

—¿Una marca de corte esternal?

—Sí. Y tres casquillos de bala. Los encontraron cerca, en el suelo. Los mochileros no iban armados, pero es evidente que otra persona lo estaba. —Tam miró a los tres detectives que estaban sentados alrededor de la mesa—. Empecé buscando el cordón de nailon y acabé con un conjunto de denominadores comunes completamente distintos. Evisceración. Elevación. Y zonas donde podrían encontrarse cazadores.

—¿Qué hay de ese ladronzuelo de Maine, el que encontraron destripado y colgado de un árbol? —preguntó Frost—. Has dicho que habían identificado a un sospechoso.

Tam asintió.

—El nombre del sospechoso es Nick Thibodeau, el supuesto compañero de fechorías de la víctima. Hombre blanco, metro ochenta de estatura, ochenta kilos. Tiene condenas previas por allanamiento, robo, asalto y agresión.

—Un historial de violencia.

—Exacto. Y escuchad esto: Thibodeau es un ávido cazador de ciervos. —Tam giró su portátil para mostrarles la foto de un joven con pelo muy corto y mirada directa. Estaba de pie junto a su trofeo, un ciervo parcialmente desollado que colgaba de un árbol, suspendido por las patas traseras. Incluso con el voluminoso atuendo de caza, era obvio que Nick Thibodeau era musculoso y fornido, con cuello grueso y manos fuertes.

—Esta foto fue tomada hace unos seis años, así que imaginadlo un poco más mayor ahora —dijo Tam—. Creció en Maine, conoce la naturaleza y sabe manejar un arma. A juzgar por esta foto,

también sabe desmembrar un ciervo.

—Y tal vez otras piezas de caza mayor —dijo Maura—. Ahí está nuestro hilo conductor: la caza. Quizá Thibodeau se aburrió de los ciervos. Quizá matar a un hombre le provocó tantas sensaciones que decidió buscar presas más difíciles. Hay que tener en cuenta el momento de esas muertes. Primero, aparece asesinado el amigo de Thibodeau, colgado y destripado. Thibodeau desaparece. Eso fue hace cinco años. Un año después, atacan en Nevada a cuatro mochileros que no tenían armas. Un año más tarde, a tres cazadores armados en Montana. El asesino sigue subiendo la apuesta, le da más emoción al desafío. Y quizá también corre más riesgos.

—Leon Gott habría sido un objetivo difícil —convino Frost—. Estaba armado hasta los dientes y era muy conocido entre los cazadores. El asesino habría oído hablar de él.

—Pero ¿por qué iría tras esta desconocida? —preguntó Crowe—. ¿Una mujer? ¿Dónde está el desafío?

Jane resopló.

—Sí, claro, porque somos criaturas débiles e indefensas. Por lo que sabes, ella también podría haber sido cazadora.

—No olvidéis a Jodi Underwood. Era mujer —dijo Frost—. Y su asesinato parece estar conectado con el de Gott.

—Creo que deberíamos centrarnos en la desconocida —dijo Tam—. Si la asesinaron hace más de seis años, podríamos estar ante una de las primeras víctimas. Identificarla podría ser la clave para resolver este caso.

Jane cerró la carpeta y miró a Tam.

—Parece que Maura y tú sois un gran equipo. ¿Cuándo ocurrió?

—Cuando me pidió que buscara casos similares en la base de datos —respondió Tam—. A partir de ahí, me puse manos a la obra.

Jane miró a Maura.

—Podrías haberme llamado a mí.

—Sí, podría haberlo hecho —admitió Maura—. Pero solo estaba siguiendo mi instinto. Y no quería hacerte perder el tiempo. —Se levantó para marcharse—. Gracias, detective Tam. Has cubierto todas las bases y no tengo nada que añadir. Así que regresaré a la morgue. —«El lugar al que pertenezco en realidad, entre los obedientes muertos», pensó, y abandonó la sala de conferencias.

Entró en el ascensor, y Jane la siguió.

—Hablemos —dijo Jane mientras la puerta se cerraba, sin dejar escapatoria a la conversación—.

¿Por qué recurriste a Tam?

Maura mantuvo los ojos fijos sobre el indicador luminoso.

—Estaba dispuesto a ayudarme.

—¿Y yo no?

—No estabas de acuerdo conmigo sobre las similitudes.

—¿En algún momento me pediste específicamente que hiciera una búsqueda en la base de datos?

—Tam iba a presentar un informe sobre la desconocida para la base de datos de todos modos. Es nuevo en Homicidios y está ansioso por probarse a sí mismo. Se mostró abierto a mi teoría.

—Mientras que yo soy una cínica hastiada de todo.

—Eres escéptica, Jane. Habría tenido que convencerte para que lo hicieras, y eso sería demasiado esfuerzo.

—¿Demasiado esfuerzo? ¿Entre amigas?

—Incluso entre amigas —dijo Maura, y salió del ascensor.

Jane no estaba dispuesta a dejarse ignorar, y la siguió cuando Maura salía del edificio y se dirigió al aparcamiento.

—Sigues enfadada porque no estuve de acuerdo contigo.

—No.

—Sí; de otro modo, me lo habrías pedido a mí y no a Tam.

—Te negaste a ver los paralelismos entre Gott y la desconocida, pero están ahí. Es algo que siento.

—¿Qué sientes? ¿Desde cuándo sigues corazonadas en vez de basarte en pruebas?

—Tú eres la que siempre habla del instinto.

—Pero tú nunca lo haces. Lo tuyo son siempre los hechos y la lógica. ¿Qué ha cambiado?

Maura se detuvo junto a su coche, pero no lo abrió. Se quedó de pie junto a la puerta, mirando su propio reflejo en la ventanilla.

—Mi madre me ha vuelto a escribir —respondió.

Hubo un largo silencio.

—¿Y no tiraste la carta?

—No pude, Jane. Hay cosas que necesito saber antes de que muera. Por qué me abandonó. Quién soy en realidad.

—Sabes quién eres, y no tiene nada que ver con ella.

—¿Cómo lo sabes? —Dio un paso hacia Jane—. Quizá estás viendo solo lo que te dejo ver. Quizá te he ocultado la verdad.

—¿Cuál verdad, que eres una especie de monstruo como ella? —Maura se había acercado tanto que ahora estaban frente a frente, pero Jane se limitó a reír—. De todas las personas que conozco, eres a la que menos le temo. Bueno, excepto a Frost. Amalthea es un monstruo, pero no te lo ha transmitido a ti.

—Ella me ha transmitido una cosa, y es que ambas vemos la oscuridad. Donde los demás ven el sol, nosotras nos fijamos en lo que hay en las sombras. El niño con moratones, la mujer que tiene demasiado miedo para hablar. La casa donde las cortinas están siempre cerradas. Amaltea lo llamaba un don para reconocer el mal. —Maura sacó un sobre del bolso y se lo entregó a Jane.

—¿Qué es esto?

—Artículos que recorta de los periódicos. Guarda los artículos donde me mencionan y sigue cada caso en el que trabajo.

—Incluyendo los de Gott y la desconocida.

—Por supuesto.

—Ahora entiendo de dónde viene esto. Amalthea Lank te dice que hay una conexión y tú la crees. —Jane negó con la cabeza—. ¿No te lo he advertido? Está jugando contigo.

—Ella ve cosas que nadie más ve. Detecta las pistas perdidas entre toda la información.

—¿Cómo podría hacerlo? No tiene acceso a los detalles.

—Incluso en la cárcel, se entera de cosas. La gente le cuenta, le escribe o le envía recortes de prensa. Ella ve conexiones, y con esta tenía razón.

—Sí. Si no fuera una asesina convicta, sería una gran analista de crímenes.

—Tal vez. Después de todo, es mi madre.

Jane levantó ambas manos en un gesto de rendición.

—Vale. Si quieres darle ese poder, no puedo impedírtelo. Pero reconozco un error cuando lo veo.

—Y nada te hace tan feliz como señalarlo.

—¿Quién más va a decírtelo? Es lo que hace una amiga, Maura. Te frena antes de que jodas tu vida de nuevo.

De nuevo. Maura no pudo replicar y se quedó mirándola en silencio, dolida por la verdad de lo que Jane había dicho. De nuevo. Pensó en todas las veces que Jane había intentado evitar que cometiera el error que meses después aún la perseguía. Mientras ella y el padre Daniel Brophy se habían acercado cada vez más, arrastrados hacia una relación amorosa sin final feliz posible, Jane había sido la voz de la razón, advirtiéndole que la esperaba un desengaño. Una voz que Maura había ignorado.

—Por favor —dijo Jane en voz baja—. No quiero que te hagan daño, nada más. —Alargó el brazo para coger el de Maura con la fuerza de una amiga—. ¡Eres muy lista en todo lo demás!

—Excepto cuando se trata de personas.

Jane se rio.

—Las personas son el problema, ¿no?

—Quizá debería dedicarme a los gatos —dijo Maura, mientras abría la puerta de su coche y se deslizaba dentro—. Con ellos, al menos sabes exactamente a qué atenerte.

CAPÍTULO 20

Langosta, alces y arándanos silvestres. Eso es lo que la mayoría de la gente imaginaba cuando pensaba en el estado de Maine, pero las imágenes de Jane eran mucho más sombrías. Pensaba en bosques oscuros y turbios pantanos y en todos los lugares ocultos donde un ser humano podría desaparecer. Pensaba en la última vez que ella y Frost habían hecho ese viaje hacia el norte, solo cinco meses antes, en una noche que había terminado en una niebla de sangre y muerte. Para Jane, Maine no era una tierra de vacaciones; era un lugar donde ocurrían cosas terribles.

Cinco años atrás, algo terrible le había ocurrido a un ladronzuelo llamado Brandon Tyrone.

La lluvia se convirtió en gotas de hielo mientras Frost conducía hacia el norte por la Carretera Costera 1. Incluso con la calefacción encendida, Jane tenía los pies helados y deseó haberse puesto botas esa mañana en lugar de los zapatos sin tacón que llevaba. Por mucho que odiara reconocer que el verano había terminado, bastaba con echar un vistazo por la ventanilla del coche a los árboles desnudos y al cielo gris plomo para darse cuenta de que había llegado la estación más oscura. Parecía que se adentraban en el mismísimo invierno.

Frost aminoró la marcha al pasar junto a dos cazadores vestidos de naranja, que transportaban una cierva destripada hasta una camioneta aparcada. Sacudió la cabeza con tristeza.

—La madre de Bambi.

—Noviembre. Es la época del año.

—Con tanta gente disparando armas, me pone nervioso cruzar la frontera estatal. «¡Pum! ¡He cazado a otro gilipollas!».

—¿Has cazado alguna vez?

—Nunca he querido hacerlo.

—¿Por la madre de Bambi?

—No es que esté en contra de la caza, tan solo no le veo la gracia a cargar con un rifle en el bosque, congelarte el culo y luego... —Se estremeció.

—¿Tener que destripar un ciervo? —Jane se rio—. No, no te veo.

—Bueno, ¿y tú podrías?

—Si fuera necesario, sí. Es de donde proviene la carne.

—No, la carne viene del supermercado, envuelta en plástico. Sin tripas de por medio.

Fuera del coche, las ramas desnudas goteaban agua helada y oscuras nubes se cernían sobre el horizonte. Era un día horrible para andar por el bosque y, cuando dos horas más tarde por fin llegaron al aparcamiento del sendero, a Jane no le sorprendió no ver ningún otro coche. Se sentaron un momento a contemplar el bosque sombrío y las mesas de pícnic cubiertas de hojas.

—Bueno, hemos llegado. Vamos, ¿dónde está? —dijo.

—Solo llega diez minutos tarde. —Frost sacó su teléfono móvil—. No hay cobertura. ¿Cómo vamos a comunicarnos con él?

Jane abrió la puerta de un empujón.

—Bueno, no aguanto esperar. Voy a dar un pequeño paseo por el bosque.

—¿Seguro que quieres salir? ¿En temporada de caza?

Jane señaló el letrero de «Prohibido cazar» clavado en un árbol cercano.

—Esta zona está señalizada. Debería ser segura.

—Creo que deberíamos esperarlo en el coche.

—No, no puedo esperar. Tengo que hacer pis. —Salió y enfiló hacia bosque. El viento le cortaba los finos pantalones y el frío hacía que le doliera la vejiga. Se adentró unos metros entre los árboles, pero noviembre los había despojado de hojas y, a través de las ramas desnudas, aún podía ver el coche. Siguió caminando; el silencio del bosque hacía que cada chasquido de una ramita sonara como un estallido sorprendente. Se agachó detrás de un grupo de árboles de hoja perenne, se bajó la cremallera y se puso en cuclillas con la esperanza de que nadie pasara por allí y la viera con el trasero al aire.

Resonó un disparo.

Antes de que pudiera ponerse en pie de un salto, oyó que Frost la llamaba. Oyó pasos que se acercaban por entre la vegetación. De repente allí estaba él, y no estaba solo; unos metros detrás de él había un hombre fornido que miraba, divertido, mientras ella se subía los pantalones.

—Hemos oído un disparo —dijo Frost con la cara roja, apartando rápidamente la mirada—. Lo siento, no quería...

—Olvídalo —dijo Jane, tajante, cuando por fin consiguió subirse la cremallera—. Está prohibido cazar. ¿Quién demonios está disparando?

—El sonido podría venir del valle —dijo el hombre corpulento—. Y no deberíais estar en el bosque sin uniforme naranja. —Ciertamente, nadie podría pasar por alto el chaleco fosforescente que llevaba sobre la parka—. Tú debes ser Rizzoli. —Miró hacia donde ella había estado en cuclillas y no le ofreció un apretón de manos.

—Él es el detective Barber, de la Policía Estatal de Maine —dijo Frost.

Barber hizo un gesto brusco con la cabeza en dirección a Jane.

—Me sorprendió cuando llamaste ayer. Nunca pensé que Nick Thibodeau acabaría en Boston.

—No estamos diciendo que sea así —dijo Jane—. Solo queremos conocerlo mejor, saber quién es y si podría ser el tío que estamos buscando.

—Bueno, queríais ver dónde encontramos el cuerpo de Tyrone hace cinco años, así que os lo enseñaré.

Tomó la delantera, caminando con confianza entre la vegetación. A los pocos pasos, Jane se enganchó el pantalón en una vara de zarzamora y tuvo que detenerse para desenredarse. Cuando volvió a levantar la vista, el chaleco naranja de Barber se movía a lo lejos, más allá de una maraña de ramas desnudas.

Otro disparo retumbó en la distancia. «Y aquí estoy, vestida de negro y marrón, como un oso». Corrió tras Barber, ansiosa por alcanzar la seguridad de aquel brillante chaleco fosforescente. Cuando los alcanzó, Barber los había sacado a un sendero bien delimitado.

—Un par de mochileros de Virginia encontraron el cadáver de Tyrone —dijo Barber, sin molestarse en mirar atrás para ver si Jane le había seguido el ritmo—. Llevaban un perro con ellos y los condujo directamente hasta él.

—Sí, siempre son los perros los que los encuentran —dijo Frost, como si de repente fuera experto en cadáveres en la naturaleza.

—Era a finales del verano, así que los árboles estaban con hojas y lo ocultaban a la vista. Podrían haberlo olido ellos mismos si el viento hubiera soplado en la dirección correcta. Pero en el bosque siempre hay algo en estado de descomposición, así que es de esperar encontrarse con un animal muerto de vez en cuando. Lo que no esperas encontrarte es un tipo colgado cabeza abajo con el vientre abierto. —Hizo un movimiento de cabeza hacia el sendero—. Estamos llegando al lugar.

—¿Cómo sabes dónde es? —preguntó Jane—. Todos estos árboles me parecen iguales.

—Por eso. —Señaló un letrero de «Prohibido cazar» colocado junto al sendero—. Una vez que se pasa ese letrero, son solo unos cuarenta metros dentro del bosque.

—¿Crees que la ubicación es significativa? ¿Este letrero era algún tipo de mensaje?

—Sí. Es decirle «que te den» a la autoridad.

—O tal vez este sea de verdad el mensaje: está prohibido cazar. Porque una de nuestras víctimas de Boston era cazador y nos preguntamos si el asesino está enviando un mensaje político.

Barber negó con la cabeza.

—Entonces, aquí estáis buscando al hombre equivocado. Nick Thibodeau no era ningún fanático

de los derechos de los animales. Lo suyo era la caza. —Salió del sendero y se adentró en el bosque—. Os enseñaré el árbol.

Con cada paso, la temperatura parecía bajar. Los zapatos de Jane estaban húmedos y el frío se filtraba a través del cuero. Las hojas muertas le llegaban hasta la pantorrilla y ocultaban hoyos en el barro y raíces que le enganchaban los tobillos. Aquel caluroso día de agosto de hacía cinco años, el asesino habría hecho un paseo mucho más agradable por el bosque, aunque los mosquitos habrían pululado, azuzados por su paso. ¿Seguiría viva la víctima, caminando a su lado, sin sospechar de las intenciones de su compañero? ¿O estaría Brandon Tyrone ya muerto, colgado como un ciervo destripado sobre los hombros del asesino?

—Este es el árbol —dijo Barber—. Colgaba de esa rama, cabeza abajo.

Jane levantó la vista hacia la rama donde unas cuantas hojas marrones aún se aferraban temblorosas a las ramitas. No vio nada que distinguiera a ese roble en particular de cualquier otro árbol, ningún indicio de lo que había colgado de aquella rama cinco años atrás. Era un árbol común y corriente que no contaba secretos.

—Según el forense, Tyrone llevaba muerto unos dos días —dijo Barber—. Colgado allí arriba, la única fauna que podía llegar hasta él eran pájaros e insectos, así que seguía entero. —Hizo una pausa—. Con excepción de las tripas, que los carroñeros atacaron enseguida. —Miraba la rama, como si pudiera ver a Brandon Tyrone todavía suspendido allí, a la sombra del dosel de hojas del verano—. Nunca encontramos su cartera ni su ropa. Probablemente se deshizo de ellas para dificultar su identificación.

—O se las llevó como trofeo —dijo Jane—. Como los cazadores se llevan la piel de un animal, para recordar la emoción.

—No, no creo que lo haya hecho como un ritual. Nicko lo hizo por practicidad, como siempre.

Jane miró a Barber.

—Pareces conocer al sospechoso.

—Lo conozco. Crecimos en el mismo pueblo, así que los conozco a él y a su hermano Eddie.

—¿Mucho?

—Lo suficiente para saber que esos chicos siempre fueron problemáticos. A los doce años, Nick ya robaba monedas sueltas de las chaquetas de los otros chicos. A los catorce, forzaba coches. A los dieciséis, eran casas. La víctima, Brandon Tyrone, era igual a él. Nick y Tyrone venían juntos aquí al bosque, robaban cosas de las tiendas y los coches de los que acampaban. Después de que Nick matase a Tyrone, encontramos una bolsa con objetos robados escondida en el garaje de Tyrone. Tal vez por eso se pelearon. Había algunas cosas de valor en esa bolsa. Cámaras, un encendedor de plata, una cartera llena de tarjetas de crédito. Creo que tuvieron una pelea sobre cómo repartirse el botín y Tyrone perdió. Qué cabrón. Se lo merecía.

—¿Y dónde crees que está Nick Thibodeau ahora?

—Supuse que había huido al oeste. A California, tal vez. No pensé que terminaría tan cerca como Boston, pero tal vez no quiere estar demasiado lejos de su hermano Eddie.

—¿Dónde vive Eddie?

—A unos ocho kilómetros de aquí. Hemos presionado a Eddie en los interrogatorios, pero hasta hoy se niega a decirnos dónde está Nick.

—¿Se niega? ¿O no lo sabe?

—Jura que no lo sabe. Pero estos muchachos Thibodeau piensan que son ellos contra el mundo. No olvidéis que Maine es el extremo norte de los Apalaches, y algunas de estas familias valoran la lealtad por encima de todo. Apoya a tu hermano, no importa lo que haya hecho. Creo que eso es justo lo que hizo Eddie. Ideó un plan para sacar a Nick de aquí y ayudarlo a desaparecer.

—¿Durante cinco años?

—No es tan difícil si cuentas con ayuda de tu hermano. Por eso sigo vigilando a Eddie. Sé a dónde va y a quién llama. Está harto de mí, porque sabe que no voy a olvidar el asunto. Sabe que lo tengo vigilado.

—Tenemos que hablar con Eddie Thibodeau —dijo Jane.

—No le sacaréis la verdad.

—De todos modos, nos gustaría intentarlo.

Barber miró su reloj.

—Venga, tengo una hora libre. Podemos ir a su casa ahora.

Jane y Frost se miraron.

—Tal vez sería mejor si lo viéramos por nuestra cuenta —dijo Frost.

—¿No me queréis allí?

—Es evidente que vosotros dos tenéis una historia que no es de amistad. Si estás allí, se pondrá en guardia.

—Ah, comprendo. Yo soy el poli malo y vosotros queréis ser los polis buenos. Sí, tiene sentido. —Miró el arma en la cintura de Jane—. Y veo que ambos vais armados. Eso es bueno.

—¿Por qué? ¿Eddie es peligroso? —preguntó Frost.

—Es impredecible. Recordad lo que Nick le hizo a Tyrone y manteneos alerta. Porque estos hermanos son capaces de cualquier cosa.

En el garaje de Eddie Thibodeau colgaba cabeza abajo un ciervo de cuatro puntas destripado. Abarrotado de herramientas y neumáticos de repuesto, cubos de basura y aparejos de pesca, el sitio parecía un garaje cualquiera de los suburbios de Estados Unidos, salvo por el animal que colgaba de un gancho del techo, goteando sangre en un charco sobre el suelo de cemento.

—No sé qué más puedo decir sobre mi hermano. Ya le he dicho todo a la policía. —Eddie llevó un cuchillo hacia la pata trasera del ciervo, cortó alrededor de la articulación del tobillo y luego cortó la piel desde el tobillo hasta la ingle. Trabajando con la eficiencia de un hombre que ha desollado muchos ciervos, cogió la piel con ambas manos y gruñó por el esfuerzo de pelar el animal, dejando al descubierto músculos y tendones violáceos cubiertos por una fascia blancuzca.

Hacía frío en el garaje abierto, y cuando Eddie se detuvo para recuperar el aliento, exhaló nubes de vapor. Al igual que en la foto de su hermano Nick, Eddie tenía los hombros anchos, los ojos oscuros y la misma expresión pétrea, pero era una versión desaliñada de su hermano; vestía un mono manchado de sangre y un gorro de lana, y tenía la barba incipiente ya salpicada de canas a la madura edad de treinta y nueve años.

—Después de que encontraron a Tyrone colgado de aquel árbol, la policía no dejaba de acosarme con las mismas malditas preguntas. ¿Dónde se ocultaría Nick? ¿Quién lo escondía? Yo les decía que estaban equivocados, que algo debía haberle pasado también a Nick. Si se hubiera fugado, nunca se habría ido sin su bolsa de supervivencia.

—¿Qué tipo de bolsa es? —dijo Frost.

—No me digan que nunca han oído hablar de una bolsa de supervivencia. —Eddie los miró con el ceño fruncido a través de las patas traseras abiertas del ciervo.

—¿Qué es?

—Es donde se guarda lo esencial para sobrevivir. Por si el sistema se va al infierno. Si hay algún tipo de catástrofe como una bomba nuclear o un ataque terrorista, la gente en las grandes ciudades lo va a pasar muy mal. Sin energía, todos sucumbirán al pánico. Por eso se necesita una bolsa de supervivencia. —Eddie seguía despellejando al ciervo, y el olor a carne sanguinolenta, cruda y jugosa, hizo que Frost hiciera una mueca y se apartara.

Eddie lo miró, divertido.

—¿No le gusta la carne de ciervo?

Frost se quedó mirando la carne brillante, veteada con grasa.

—La probé una vez.

—¿No le gustó?

—La verdad es que no.

—Entonces, no estaba bien preparada. O no mataron bien al animal. Para que la carne sepa bien, el ciervo tiene que caer rápido. Una sola bala, sin lucha. Si solo se lo hiere y hay que perseguirlo, la carne sabrá a miedo.

Frost se quedó mirando los músculos expuestos que una vez habían impulsado ese ciervo a través de campos y bosques.

—¿Y a qué sabe el miedo?

—A carne chamuscada. El pánico envía todo tipo de hormonas a través del animal y la lucha se siente. Arruina el sabor. —Cortó limpiamente un trozo de carne del anca del tamaño de un puño y lo dejó caer dentro de un cuenco de acero inoxidable—. Este ha muerto bien. No supo lo que le pasó. Servirá para un sabroso estofado.

—¿Alguna vez fue a cazar con su hermano? —preguntó Jane.

—Nick y yo crecimos cazando juntos. —Cortó otro trozo—. Es algo que echo de menos.

—¿Era buen tirador?

—Mejor que yo. Muy firme, siempre se tomaba su tiempo.

—O sea, que podría sobrevivir en el bosque.

Eddie la miró con frialdad.

—Han pasado cinco años. ¿Acaso cree que sigue por allí, viviendo como un montañés?

—¿Dónde cree usted que está?

Eddie dejó caer el cuchillo en un cubo y el agua manchada de sangre salpicó el cemento.

—Están buscando al hombre equivocado.

—¿Quién es el hombre correcto?

—No es Nick. Él no es un asesino.

Jane miró el ciervo muerto; la pata izquierda estaba despojada hasta el hueso.

—A Tyrone, el amigo de Nick, lo encontraron destripado y colgado como este ciervo.

—¿Y qué?

—Nick era cazador.

—Yo también lo soy, y no he matado a nadie. Solo alimento a mi familia, algo de lo que ustedes están tan alejados que es probable que jamás hayan usado un cuchillo para deshuesar. —Cogió el cuchillo enjuagado del cubo y se lo tendió a Jane—. A ver si lo prueba, detective. Venga, cójalo.

Corte un trozo y vea qué se siente al procurarse su propia cena. ¿O tiene miedo de mancharse las manos con sangre?

Jane vio el desdén en sus ojos. Por supuesto, una chica de ciudad nunca se ensuciaría las manos. Eran hombres como los hermanos Thibodeau los que cazaban, criaban y mataban para que ella pudiera tener su filete en el plato. Ella podía despreciar a los tipos como él, pero él también la despreciaba a ella.

Cogió el cuchillo, se acercó al ciervo e hizo un corte profundo hasta el hueso. Cuando la carne fría se abrió, Jane pudo oler todo lo que el ciervo había sido: hierba fresca, bellotas y musgo del bosque. Y sangre, salvaje y cobriza. La carne se desprendió del hueso, una cuña densa y púrpura que echó dentro del cuenco. Sin mirar a Eddie, empezó a trinchar el siguiente trozo.

—Si Nick no mató a su amigo Tyrone —dijo, mientras el cuchillo se hundía en la carne—, ¿quién cree que lo hizo?

—No lo sé.

—Nick tiene un historial de violencia.

—No era un ángel. Se metió en algunas peleas.

—¿Alguna vez se peleó con Tyrone?

—Una vez.

—Que usted sepa.

Eddie cogió otro cuchillo y metió la mano en el interior de la carcasa para sacar un solomillo. Su hoja trabajaba apenas a un brazo de distancia de Jane, pero ella, con calma, siguió cortando carne de la pata.

—Tyrone tampoco era un ángel y a los dos les gustaba beber. —Eddie sacó el solomillo ensangrentado, resbaladizo como una anguila, y lo arrojó al cuenco. Enjuagó la hoja en el cubo de agua helada—. Que un hombre pierda el control de vez en cuando no lo convierte en un monstruo.

—Quizá Nick hizo algo más que perder el control. Tal vez una discusión llevó a algo mucho peor que una pelea.

Eddie la miró.

—¿Por qué lo dejaría colgado de un árbol, a la intemperie, donde todo el mundo pudiera encontrarlo? Nick no es estúpido. Sabe cómo no dejar rastros. Si hubiera matado a Tyrone, lo habría arrastrado hasta el bosque y lo habría enterrado. O habría esparcido sus restos para los animales. Lo que le hicieron a Tyrone fue otra cosa, algo perverso. No fue mi hermano. —Se acercó a un banco de trabajo para afilar su cuchillo, y el chillido de la afiladora impidió cualquier conversación.

El cuenco de acero estaba repleto de carne; había por lo menos seis kilos, y aún faltaba la mitad del ciervo. Fuera del garaje abierto caía una llovizna helada. En ese solitario camino rural había pocas casas, y en la última media hora no habían visto pasar ningún coche. Y allí estaban, en medio de la nada, viendo cómo un hombre enfadado afilaba su cuchillo.

—¿Su hermano iba a menudo a Boston? —gritó Jane por encima del chirrido.

—A veces. No muy seguido.

—¿Alguna vez mencionó a un tío llamado Leon Gott?

Eddie la miró.

—¿De eso se trata? ¿Del asesinato de Leon Gott?

—¿Lo conocía?

—No personalmente, pero conocía su nombre, por supuesto. La mayoría de los cazadores lo conocen. Nunca pude pagar su trabajo, pero, si querías tener a tu presa disecada, Gott era el hombre al que acudir. —Eddie hizo una pausa—. ¿Por eso están aquí preguntando por Nick? ¿Creen que él mató a Gott?

—Solo preguntamos si se conocían.

—Leímos los artículos sobre Gott en la revista Trophy Hunter. Y fuimos a hasta Cabela a ver algunas de las piezas de caza mayor que disecaba. Pero, hasta donde yo sé, Nick nunca lo conoció.

—¿Alguna vez ha ido a Montana?

—Hace años. Fuimos los dos, a conocer Yellowstone.

—¿Hace cuántos años?

—¿Importa?

—Sí.

Eddie dejó el cuchillo que había estado afilando y dijo en voz baja:

—¿Por qué pregunta por Montana?

—Otras personas fueron asesinadas, señor Thibodeau.

—¿Como Tyrone, quiere decir?

—Había similitudes.

—¿Quiénes eran esas otras personas?

—Cazadores, en Montana. Sucedió hace tres años.

Eddie negó con la cabeza.

—Mi hermano desapareció hace cinco años.

—Pero ha estado en Montana. Conoce el estado.

—¡Fue un viaje a Yellowstone!

—¿Y Nevada? —dijo Frost—. ¿Ha estado allí alguna vez?

—No. ¿Qué, supuestamente también mató a alguien allí? —Eddie miró a Jane y a Frost y resopló —. ¿Hay algún otro asesinato que quieran achacarle a Nick? No puede defenderse, así que pueden echarle encima todo su archivo de casos sin resolver.

—¿Dónde está, Eddie?

—¡Ojalá lo supiera! —Presa de la frustración, apartó de un manotazo un cuenco vacío, que cayó al suelo de cemento con un sonoro ruido metálico—. ¡Ojalá los putos polis hicierais vuestro puto trabajo y dierais respuestas! En lugar de eso, seguís acosándome con Nick. Hace cinco años que no lo veo ni sé nada de él. La última vez que lo vi, estaba en el porche, bebiendo con Tyrone. Estaban discutiendo por alguna mierda que habían traído del camping.

—¿Traído? —dijo Jane con sarcasmo—. Quiere decir robado.

—Da igual. Pero no era una pelea. Era una... negociación animada, eso es todo. Se fueron a casa de Tyrone, y ya. Fue la última vez que los vi. Pocos días después, la policía estatal apareció por aquí. Habían encontrado la camioneta de Nick estacionada en la entrada del sendero. Y encontraron a Tyrone. Pero nunca encontraron rastros de Nick. —Como si estuviera demasiado cansado para seguir de pie, Eddie se dejó caer sobre un banco y soltó un suspiro—. Eso es lo que sé. Es todo lo que sé.

—Ha dicho que la camioneta de Nick estaba estacionada en la entrada del sendero.

—Sí. La policía pensó que se había ido al bosque. Creen que está en algún lugar del bosque como Rambo, viviendo de la tierra.

—¿Qué cree usted que sucedió?

Por un momento, Eddie permaneció en silencio, mirándose las manos callosas, con las uñas cubiertas de sangre.

—Creo que mi hermano está muerto —dijo en voz baja—. Creo que sus huesos están esparcidos por alguna parte y que aún no lo hemos encontrado. O que está colgado de algún árbol, como Tyrone.

—Así que cree que lo asesinaron.

Eddie levantó la cabeza y la miró.

—Creo que allí en el bosque se encontraron con alguien más.

CAPÍTULO 21

Botsuana

Cuando sale el sol, estoy sola en la sabana. He avanzado durante horas, tropezando en la oscuridad, y no tengo ni idea de cuánto me he alejado del campamento; solo sé que estoy en algún lugar río abajo, porque durante toda la noche he mantenido el sonido del río a mi izquierda. El cielo comienza a iluminarse de rosa y dorado; tengo tanta sed que me dejo caer de rodillas a la orilla del agua y bebo como un animal salvaje. Ayer habría insistido en que hirvieran el agua o la purificaran con yodo. Me habría preocupado por los horrorosos microbios que estoy ingiriendo, una dosis letal de bacterias y parásitos con cada trago. Nada de eso importa ahora, porque voy a morir de todos modos. Recojo agua con las palmas de las manos y bebo con tanta avidez que el agua me salpica la cara, me cae a chorros por la barbilla.

Cuando por fin me he saciado, me balanceo hacia atrás apoyándome sobre mis nalgas y miro a través de un grupo de papiros hacia los árboles y los pastizales ondulantes más allá del río. Para las criaturas que habitan este mundo verde y extraño, no soy más que una fuente ambulante de carne, y mire donde mire, imagino dientes esperando para devorarme. Con el amanecer llega el ruidoso parloteo de los pájaros, y cuando miro hacia arriba, veo buitres que trazan perezosos círculos en el cielo. ¿Me habrán marcado ya como su próxima comida? Me giro hacia el campamento y veo el claro rastro de huellas que he dejado a lo largo de la orilla. Recuerdo la facilidad con la que Johnny rastreaba incluso las huellas más tenues. Mi rastro será tan evidente como una prenda fosforescente para que él lo siga. Ahora que es de día, me perseguirá, porque no puede dejarme vivir. Soy la única que sabe lo que sucedió.

Me pongo en pie y sigo huyendo río abajo.

No puedo pensar en Richard ni en los demás. Solo puedo concentrarme en seguir viva. El miedo me mantiene en movimiento, me empuja más hacia la sabana. No sé a dónde conduce este río. Recuerdo haber leído en la guía que los ríos y arroyos del delta del Okavango se alimentan de las lluvias de las tierras altas de Angola. Toda esta agua, que inunda anualmente estas lagunas y pantanos de los que brota mágicamente tanta vida salvaje, acabará desembocando en el reseco desierto del Kalahari. Levanto la vista para medir la dirección del sol, que ahora se eleva por encima de las copas de los árboles. Camino hacia el sur.

Y tengo hambre.

En mi mochila encuentro seis barritas energéticas de doscientas cuarenta calorías cada una. Recuerdo haberlas metido en la maleta en Londres, por si no podía soportar la comida de la sabana, y recuerdo cómo Richard se burlaba de mi paladar poco aventurero. En un instante devoro una de las barritas y tengo que obligarme a dejar las cinco restantes para más tarde. Si me quedo cerca del río, al menos tendré todo el agua que pueda necesitar, aunque seguramente sea portadora de un sinfín de enfermedades que ni siquiera puedo pronunciar. Pero la orilla es una

zona peligrosa, donde a menudo se encuentran depredadores y presas, donde convergen la vida y la muerte. A mis pies veo un cráneo de animal, blanqueado por el sol. Alguna criatura parecida a un ciervo que encontró su fin aquí, en la orilla del río. Una línea de ondas altera el agua y un cocodrilo asoma los ojos brillantes. No es un buen lugar para estar. Me desvío hacia el pastizal y descubro que aquí ya se ha pisado un sendero. Unas huellas en el polvo me indican que estoy siguiendo los pasos de elefantes.

Cuando sientes miedo, todo se torna nítido. Ves demasiado, oyes demasiado, y me abruma un rápido clic-clic de imágenes y sonidos, cualquiera de los cuales podría ser el único aviso de que algo me matará. Hay que procesarlo todo a la vez. ¿Ese vaivén en el pastizal? Solo el viento. ¿Unas alas borrosas que revolotean sobre los juncos? Un águila pescadora. El susurro en la vegetación es simplemente un jabalí alborotando. Impalas de colores leoninos y oscuros búfalos del Cabo se mueven por el horizonte. Por todas partes veo vida que vuela, parlotea, nada, se alimenta. Es bella, hambrienta y peligrosa. Los mosquitos me han encontrado y se están dando un festín con mi sangre. Mis preciadas pastillas se han quedado en la tienda, así que añado la malaria a la lista de formas de morir, entre las que están que me mutile un león, que me pisotee un búfalo, que me ahogue un cocodrilo y que me aplaste un hipopótamo.

A medida que aumenta la temperatura, los mosquitos se vuelven implacables. Los ahuyento como una desquiciada mientras camino, pero se convierten en una nube voraz de la que no puedo escapar. Desesperada, vuelvo a la orilla del río, donde recojo puñados de barro y me unto la cara, el cuello y los brazos. El lodo está viscoso por la vegetación en descomposición y el olor me provoca arcadas, pero me voy poniendo capas cada vez más gruesas, me embadurno entera. Me pongo en pie como una criatura primitiva que emerge del lodo. Como Adán.

Continúo por la senda de los elefantes. Ellos también prefieren viajar junto al río, y mientras camino, veo otras huellas que me indican que esta ruta es utilizada por una multitud de criaturas diferentes. Es el equivalente en la sabana a una superautopista: todos viajamos siguiendo los pasos de los elefantes. Si los impalas y los kudús caminan por aquí, seguro que los leones también lo hacen.

He aquí otra zona de muerte, donde depredador y presa se encuentran.

Pero los altos pastizales a ambos lados de mí esconden muchas otras amenazas, y no tengo energía para abrirme camino a través de la densa vegetación. Debo moverme rápido, porque en algún lugar detrás de mí está Johnny, el depredador más implacable de todos. ¿Por qué me negué a verlo? Mientras los demás caían abatidos uno a uno y su carne y sus huesos servían de alimento a esta tierra hambrienta, yo estaba ciega a su juego. Cada mirada que Johnny me dirigía, cada palabra amable, no era más que el preludio de una matanza.

Cuando el sol alcanza su punto más alto, sigo caminando por la senda de los elefantes. El barro se seca hasta formar una costra dura sobre mi piel y los grumos se me deshacen en la boca mientras devoro una segunda barrita, con arenilla y todo. Sé que debería conservar mi reserva de comida, pero ya estoy famélica y la mayor tragedia sería desplomarme muerta, con comida aún en mi mochila. El sendero se desvía hacia la orilla, donde llego a una laguna tan negra y tranquila que un cielo gemelo se refleja en sus aguas. El calor del mediodía ha silenciado el pastizal; hasta los pájaros se han callado. Al borde del agua hay un árbol del que cuelgan decenas

de extraños sacos como bolas de Navidad. Agotada por el calor, me pregunto si habré tropezado con una colonia de capullos alienígenas, dejados para incubar donde nadie los descubra. Entonces un pájaro pasa revoloteando y desaparece dentro de uno de los sacos. Son nidos de pájaros tejedores.

El agua de la laguna se agita, como si algo acabara de despertar. Retrocedo, presintiendo que algo malo espera allí para atrapar a los incautos. Siento un escalofrío en la espalda mientras me retiro, una vez más, hacia el pastizal.

Esa noche, me topo con la manada de elefantes.

En un matorral tan espeso, incluso algo tan grande como un elefante puede pillarte por sorpresa, y cuando salgo a trompicones de un grupo de acacias, de repente tengo a una hembra delante. Parece tan asustada como yo y da un grito de alarma tan fuerte que parece atravesarme. Estoy demasiado sorprendida para correr. Me quedo inmóvil, con las acacias a mis espaldas y la elefanta frente a mí. Mientras nos miramos, veo enormes formas grises que se mueven a mi alrededor. Una manada entera sacude las ramas y arranca ramitas y hojas. Saben que estoy aquí, por supuesto, y hacen una pausa en su alimentación para observar con recelo a la intrusa cubierta de barro. Qué poco esfuerzo le costaría a cualquiera de ellos matarme. Un movimiento de la trompa o una enorme pata en mi pecho los libraría de esta amenaza. Siento que me estudian sopesando mi destino. Entonces una elefanta se levanta tranquila, rompe una ramita y se la mete en la boca. Uno a uno, vuelven a alimentarse. Me han juzgado y me han dado un indulto.

Sin hacer ruido, me escabullo entre la vegetación y me dirijo hacia un majestuoso árbol que se eleva por encima de las acacias. Trepo por el tronco gigantesco hasta quedar a salvo, por encima de la manada, y me acomodo en el recodo de una rama. Como mis antepasados primates, encuentro seguridad en los árboles. A lo lejos, las hienas gritan y los leones rugen, como anuncio de la batalla que se avecina al anochecer. Desde lo alto de mi posición, observo la puesta de sol. En las sombras bajo mi árbol, los elefantes siguen alimentándose; oigo crujidos y el ruido de patas que se arrastran. Sonidos tranquilizadores.

Toda la noche se llena de gritos y rugidos. Las estrellas parpadean, cristalinas y brillantes en un cielo negro. A través de las ramas veo la constelación de Escorpio, que Johnny me señaló la primera noche. Es una de las muchas cosas que me enseñó sobre la vida en la sabana, y me pregunto por qué se tomó la molestia. ¿Para darme una oportunidad de luchar y volverme más digna como presa?

De alguna manera, he sobrevivido a los demás. Pienso en Clarence y en Elliot, en los Matsunaga y en las rubias. Sobre todo pienso en Richard y en lo que una vez hubo entre nosotros. Recuerdo las promesas que nos hicimos y las noches en las que nos dormíamos abrazados. De repente, lloro por Richard, por todo lo que una vez tuvimos, y mis sollozos son como un grito animal más en este ruidoso coro nocturno. Lloro hasta que me duele el pecho y tengo la garganta en carne viva. Hasta que estoy tan agotada que me quedo sin fuerzas.

Me duermo como lo hacían mis antepasados hace un millón de años: en un árbol, bajo las estrellas.

Al amanecer del cuarto día, desenvuelvo la última barrita. La como despacio, cada bocado es un acto de reverencia ante el sagrado poder de los alimentos. Como es mi última comida, cada fruto seco, cada copo de avena es una explosión gozosa de sabor que nunca antes había apreciado de verdad. Pienso en los muchos festines navideños en los que me he atiborrado, pero ninguno ha sido tan sagrado como esta comida, ingerida en un árbol mientras el cielo florece, dorado por el sol naciente. Lamo las últimas migas del envoltorio y desciendo hasta la orilla del río, donde me arrodillo como si rezara y bebo del agua que corre.

Cuando me pongo en pie, me siento extrañamente saciada. No recuerdo cuándo llegará el avión a la pista de aterrizaje, pero eso ya no importa. Johnny le dirá al piloto que ha ocurrido una terrible calamidad y que no queda nadie vivo a quien buscar. Nadie vendrá nunca a rescatarme. Para el mundo, estoy muerta.

Recojo barro del río y me unto la cara y los brazos con una capa fresca. Ya siento el calor del sol en la nuca, y de los juncos surgen enjambres de insectos que pican. Apenas ha empezado el día y ya estoy agotada.

Me obligo a ponerme en pie. Una vez más, camino hacia el sur.

Al día siguiente, por la tarde, tengo tanta hambre que me doblo por el dolor de estómago. Bebo del río, con la esperanza de que el agua alivie mis retortijones, pero trago mucha cantidad muy rápido, y todo vuelve a subir. Me arrodillo en el barro y sucumbo a las arcadas, llorando. ¡Qué fácil sería rendirse ahora! Tumbarme y dejar que los animales me lleven. El desierto devorará mi carne y mis huesos, uniéndolos para siempre a África. De esta tierra provenimos todos y a esta tierra vuelvo. Es un lugar apropiado para morir.

Algo chapotea en el agua y levanto la cabeza para ver dos orejas que se agitan en la superficie. Un hipopótamo. Estoy lo bastante cerca como para alarmarlo, pero ya no tengo miedo, no me importa si vivo o muero. Aunque sabe que estoy aquí, sigue nadando, despreocupado. El agua turbia se agita con pequeños peces e insectos, y las grullas salpican desde el cielo. En este lugar donde voy a morir, ¡hay tanta vida! Veo a un insecto revolotear hacia un matorral de juncos de papiro y, de repente, siento hambre suficiente para comerme incluso a esa libélula. Pero no soy lo bastante rápida, y todo lo que atrapo es un puñado de juncos, gruesos y fibrosos. No sé si me envenenarán; no me importa. Solo quiero algo que me llene el estómago y alivie los retortijones.

Con la navaja de mi mochila, corto un puñado de cañas y muerdo los tallos. La corteza es blanda; la pulpa, almidonada. Mastico y mastico hasta que lo único que me queda en la boca es un duro fajo de fibras, que escupo. Se me calman los calambres. Corto otro puñado de cañas de papiro y las royo, como un animal. Como el hipopótamo, que pasta tranquilamente cerca. Corto y mastico, corto y mastico. Con cada bocado, la sabana se mete dentro de mí, siento que se hace una conmigo.

La mujer que una vez fui, Millie Jacobson, ha llegado al final de su viaje. De rodillas, a la orilla

del río, entrego su alma.

CAPÍTULO 22

Boston

Maura no podía verlo, pero sabía que la estaba observando.

—Allí, en el promontorio —dijo el doctor Alan Rhodes, especialista en grandes felinos del zoo —. Está justo detrás de aquel matorral de hierba. Es difícil distinguirlo porque se mimetiza perfectamente con las rocas.

Solo entonces Maura vio los ojos leonados. Estaban fijos en ella y nada más que en ella, con la fría puntería de láser que une al depredador con su presa.

—Lo habría pasado por alto —murmuró. Ya tiritaba por el viento frío, y sintió que el temblor aumentaba bajo la mirada implacable del puma.

—Pues él no la ha pasado por alto a usted —dijo Rhodes—. Es probable que la haya estado siguiendo desde que tomamos esa curva y entramos en su campo de visión.

—Dice que me sigue, pero ¿a usted no?

—Un depredador identifica la presa más accesible, la más fácil de abatir. Antes de atacar a un hombre adulto, un puma elegirá a un niño o a una mujer. Mire, ¿ve a esa familia que viene hacia nosotros? Mire lo que hace el puma. Observe sus ojos.

En lo alto de la cornisa, la cabeza del puma se movió de repente y el animal se puso alerta; se agazapó y tensó los músculos. Su mirada ya no estaba fija en Maura, sino en un nuevo objetivo que corría hacia su recinto: un niño.

—Lo que le atrae es tanto el movimiento como el tamaño —explicó Rhodes—. Cuando un niño pasa corriendo por este recinto, es como si se activara un interruptor en la cabeza de un felino. El instinto se apodera de él. —Rhodes se volvió hacia ella—. Siento curiosidad por saber por qué de repente le interesan los pumas. No es que me moleste responder preguntas —añadió enseguida —. De hecho, estaría encantado de contarle muchas más cosas durante el almuerzo si quiere.

—Los grandes felinos me fascinan, pero en realidad estoy aquí por un caso en el que estamos trabajando.

—Así que se trata de trabajo.

¿Era decepción lo que oía en su voz? No podía leerle la expresión, porque se había girado hacia el recinto, con los codos apoyados en la barandilla y la mirada fija en el puma. Pensó en cómo sería comer con Alan Rhodes. Una conversación interesante con un hombre claramente apasionado por su trabajo. Veía inteligencia en sus ojos y, aunque no era demasiado alto, su

trabajo al aire libre lo mantenía bronceado y en forma. Era el tipo de hombre sólido y fiable del que debería enamorarse, pero no había chispa. Perseguir esa maldita chispa solo le había traído tristeza. ¿Por qué nunca se encendía con un hombre que pudiera hacerla feliz?

—¿Cómo se relaciona el comportamiento de los pumas con el caso de una médica forense? —preguntó él.

—Quiero saber más sobre sus patrones de caza. Cómo matan.

Rhodes la miró con el ceño fruncido.

—¿Ha habido un ataque de puma en el estado? Eso, sin duda, respaldaría los rumores que he escuchado.

—¿Qué rumores?

—Sobre pumas en Massachusetts. Hay informes de avistamientos en toda Nueva Inglaterra, pero ahora mismo son el equivalente a fantasmas: la gente dice avistarlos, pero su presencia nunca se confirma. Excepto el que mataron en Connecticut hace unos años.

—¿Connecticut? ¿Era una mascota que escapó?

—No, era salvaje. Fue atropellado por un todoterreno en una carretera de Milford. Según los análisis de ADN, emigró aquí desde un grupo de pumas salvajes en Dakota del Sur. Así que tenemos certeza de que estos animales han llegado a la Costa Este. Probablemente estén aquí, en Massachusetts.

—Me resulta aterrador. Pero usted suena casi emocionado ante la idea.

Él soltó una risa tímida.

—A los expertos en tiburones les encantan los tiburones. A los expertos en dinosaurios les encantan los tiranosaurios. Eso no significa que deseen toparse con uno, pero compartimos esa admiración por los grandes depredadores. Los pumas eran los dueños de este continente, de costa a costa, antes de que los expulsáramos. Creo que es muy emocionante que vuelvan.

La familia con el niño había abandonado la exposición y seguía por el camino del zoo. Una vez más, la mirada del puma se clavó en Maura.

—Si están en este estado —dijo ella—, adiós a cualquier idea de un tranquilo paseo por el bosque.

—Yo no me asustaría por eso. Piense en cuántos pumas hay en California. Las cámaras nocturnas los han captado deambulando por el parque Griffith de Los Ángeles. Es raro que se sepa de algún incidente, aunque han atacado a corredores y ciclistas. Acostumbran a perseguir presas que huyen, así que el movimiento les llama la atención.

—Entonces, ¿debemos pararnos y enfrentarlos? ¿Luchar?

—Para ser franco, usted nunca lo vería venir. Para cuando tomara conciencia de que está ahí, ya le estaría hundiendo las mandíbulas en el cuello.

—Como a Debbie Lopez.

Rhodes hizo una pausa.

—Sí —dijo en voz baja—. Como a la pobre Debbie. —La miró—. Entonces, ¿ha habido un ataque de puma aquí?

—Es un caso de Nevada. En las sierras.

—Hay pumas allí, por supuesto. ¿Cómo sucedió?

—La víctima era una mochilera. Cuando la encontraron, su cadáver ya había sido atacado por carroñeros, pero varios detalles hicieron pensar al forense en un ataque de puma. Primero, la víctima estaba destripada.

—Un hallazgo frecuente en un ataque de grandes felinos.

—La otra cosa que desconcertó al forense fue dónde se encontró el cadáver. Estaba en un árbol.

Rhodes le clavó la mirada.

—¿En un árbol?

—Colgado de una rama a unos tres metros del suelo. La pregunta es, ¿cómo llegó hasta allí? ¿Podría haberlo arrastrado un puma?

Él lo pensó por un momento.

—No es el clásico comportamiento del puma.

—Después de que el leopardo matase a Debbie Lopez, la arrastró hasta el promontorio de roca. Dijo usted que lo hizo por instinto, para proteger a su presa.

—Sí, ese comportamiento es típico de un leopardo africano. En la sabana, compiten con otros grandes carnívoros: leones, hienas y cocodrilos. Arrastrar a una presa grande a un árbol es su forma de mantenerla alejada de los carroñeros. Una vez que la presa está a salvo entre las ramas, el leopardo puede alimentarse a sus anchas. En África, cuando se ve un impala muerto en un árbol, solo hay un animal que pudo haberlo puesto ahí.

—¿Y los pumas? ¿Usan los árboles?

—El puma norteamericano no se enfrenta a la misma competencia que los carnívoros de África. Un puma puede arrastrar a su presa a un matorral espeso o a una cueva antes de alimentarse. Pero ¿arrastrarla hasta un árbol? —Sacudió la cabeza—. Sería inusual. Es un comportamiento más propio de los leopardos africanos.

Maura se giró de nuevo hacia el recinto. Los ojos del felino seguían clavados en ella, como si solo ella pudiera saciar su hambre.

—Cuénteme más de los leopardos —pidió en voz baja.

—Dudo mucho que haya un leopardo suelto por Nevada, a no ser que se haya escapado de algún zoo.

—Aun así, me gustaría saber más sobre ellos. Sus hábitos. Sus patrones de caza.

—Bueno, yo estoy más familiarizado con la Panthera pardus o leopardo africano. También hay varias subespecies: Panthera orientalis, Panthera fusca, Panthera pardus japonensis, pero no están tan bien estudiadas. Antes de que los cazáramos hasta casi extinguirlos, había leopardos por toda Asia, África, incluso tan al oeste como Inglaterra. Es triste ver qué pocos quedan en el mundo. Sobre todo porque estamos en deuda con ellos por habernos impulsado en la escala evolutiva.

—¿Cómo lo hicieron?

—Existe la teoría de que los primeros homínidos de África no cazaban para comer, sino que robaban carne que los leopardos protegían en los árboles. Habría sido el equivalente a un punto de venta de comida rápida. No hay necesidad de perseguir a un impala. Basta con esperar a que el leopardo lo mate y lo suba a un árbol. Comerá hasta hartarse y se marchará durante unas horas. Era entonces cuando le arrebataban el resto de la carcasa. Ese suministro inmediato de proteínas podría haber aumentado la capacidad intelectual de nuestros antepasados.

—¿El leopardo no se lo impedía?

—El seguimiento con collar de radio confirma que los leopardos no permanecen con sus presas durante el día. Se atiborran, se van un rato y vuelven horas más tarde para comer otra vez. Como suelen destripar los cadáveres, la carne se conserva unos días. Nos daba a los homínidos la oportunidad de entrar a hurtadillas y robar la cena. Pero tiene razón, no era una propuesta libre de riesgos. Suelen encontrarse muchos huesos de homínidos prehistóricos en antiguas cuevas de leopardos. Mientras les robábamos la cena, a veces nos convertían en la suya.

Maura pensó en el gato de su propia casa y en cómo la observaba con la misma atención que ese puma. La conexión entre felinos y humanos era más compleja que entre un simple depredador y una presa. Un gato doméstico puede sentarse en tu regazo y comer de tu mano, pero sigue teniendo instintos de cazador.

«Como nosotros».

—¿Son animales solitarios? —preguntó.

—Sí, como la mayoría de los félidos. Los leones son la excepción. Los leopardos en particular son solitarios. Las hembras dejan solos a sus cachorros durante periodos de hasta una semana, porque prefieren cazar y buscar comida solas. Al año y medio, los cachorros han abandonado a la madre y se van a establecer su propio hogar. Excepto cuando se reproducen, son muy reservados.

Muy furtivos, muy difíciles de detectar. Son cazadores nocturnos con una reputación de sigilo, así que se entiende por qué tenían un lugar tan poderoso en la mitología. Para el hombre antiguo, la oscuridad era aterradora porque sabía que, en una noche cualquiera, podía encontrarse con las mandíbulas de un leopardo apretadas alrededor de su garganta.

Maura pensó en Debra Lopez, para quien aquel terror habría sido lo último que había registrado. Miró hacia el recinto del leopardo, a pocos metros de distancia. Desde la muerte de la cuidadora del zoo, se había levantado una mampara provisional para ocultar la jaula, pero dos visitantes del zoo estaban allí ahora, haciendo fotos con el móvil. La muerte era una estrella de rock que siempre atraía al público.

—Ha dicho que los grandes felinos destripan a sus presas —observó Maura.

—Es solo una consecuencia de cómo se alimentan. Los leopardos abren la cavidad del cuerpo por detrás. Eso libera las vísceras, que consumirán en las primeras veinticuatro horas. Evita que la carne se descomponga demasiado rápido, así el animal puede tomarse su tiempo para comer. —Hizo una pausa cuando sonó su móvil. Con una mirada de disculpa, respondió a la llamada—. ¿Diga? Cielos, Marcy, me olvidé por completo. Enseguida voy. —Colgó con un suspiro—. Lo siento, pero me esperan en una reunión del consejo. Es la eterna cacería de fondos.

—Gracias por recibirme. Ha sido de gran ayuda.

—Ha sido un placer. —Emprendió el camino, luego se volvió y dijo—: Si alguna vez quiere una visita privada fuera de horario, hágamelo saber.

Maura lo vio alejarse a toda prisa por el recodo y, de repente, se encontró sola, temblando bajo el viento.

No, sola no. A través de los barrotes de la jaula vacía del leopardo, vislumbró una cabeza de pelo rubio leonado y unos hombros anchos enfundados en una chaqueta de forro polar marrón. Era el veterinario del zoo, el doctor Oberlin. Por un momento, se miraron como dos criaturas recelosas que se han encontrado cara a cara en la espesura del monte. Después, él asintió bruscamente con la cabeza, saludó con la mano y desapareció entre la vegetación.

«Tan invisible como un puma —pensó—. Ni siquiera me he dado cuenta de que estaba allí».

CAPÍTULO 23

—Si es cierto que estos ataques en diversos estados están relacionados, entonces estamos tratando con un conjunto de comportamientos rituales muy complejos —dijo el doctor Lawrence Zucker.

El pálido y corpulento doctor Zucker, psicólogo forense que trabajaba como asesor de la policía de Boston, era una cara conocida en la Unidad de Homicidios. Desde su sitio en la cabecera de la mesa, observaba a Maura y a los cuatro detectives que se habían reunido en la sala de conferencias aquella mañana. Había algo inquietantemente reptiliano en Zucker, y cuando su mirada se posó sobre Maura, ella sintió algo como el frío movimiento de la lengua de un lagarto en su cara.

—Antes de seguir —dijo el detective Crowe—, aún no se ha establecido que esos ataques estén relacionados. Y esa teoría no es nuestra, sino de la doctora Isles.

—Y seguimos investigándola —replicó Jane—. Frost y yo fuimos ayer a Maine para investigar un caso que ocurrió hace cinco años. Una víctima llamada Brandon Tyrone, que fue encontrada destripada y colgada de un árbol.

—¿Y qué os parece? —preguntó Zucker.

—No puedo decir que se haya aclarado el panorama. La Policía Estatal de Maine se centra en un solo sospechoso, un hombre llamado Nick Thibodeau. La víctima y él se conocían. Pudieron haber tenido una pelea que desencadenó el asesinato.

—Llamé a Montana y a Nevada —dijo Crowe—, hablé con los detectives sobre sus casos. Creen que los ataques de puma podrían explicar ambos incidentes. No veo cómo esos casos de otros estados se conectan con el nuestro o con el homicidio en Maine.

—Lo que los conecta a todos es el simbolismo —dijo Maura, incapaz de mantenerse callada. Ni policía ni psicóloga, era, una vez más, la intrusa en esa reunión, a la que había acudido por invitación del doctor Zucker. Cuando se giraron para mirarla, sintió el muro de escepticismo que se cernía sobre ella. Un muro que tendría que derribar. Crowe tenía todas las defensas levantadas. Tanto Frost como Jane intentaban parecer abiertos, pero ella había oído la falta de entusiasmo en la voz de Jane. En cuanto a Johnny Tam, seguía tan opaco como siempre, guardándose sus opiniones.

—Después de hablar con el doctor Rhodes sobre la biología del leopardo, me di cuenta de que ese era el hilo conductor. La forma en la que un leopardo caza, la forma en la que se alimenta, la forma en la que eleva su presa. Lo vemos en todas estas víctimas.

—Entonces, ¿a quién estamos buscando? —Crowe se rio—. ¿Al Hombre Leopardo?

—Veo que te lo tomas a la ligera, detective Crowe —dijo Zucker—. Pero no descartes de inmediato la teoría de la doctora Isles. Cuando me llamó ayer para hablar de este asunto, yo también tenía dudas. Luego, revisé esos homicidios ocurridos en otros estados.

—No tenemos certeza de que los de Nevada y Montana hayan sido homicidios —señaló Crowe —. De nuevo, los forenses dicen que podrían haber sido ataques de puma.

—El doctor Rhodes afirmó que los pumas no suelen arrastrar a sus presas hasta los árboles —dijo Maura—. ¿Y qué pasó con los otros miembros de ambos grupos? Había cuatro mochileros en el grupo de Nevada. Solo encontraron a uno. Había tres cazadores en Montana, y solo encontraron los restos de dos. Los pumas no pudieron acabar con todos.

—Tal vez se trató de una familia de pumas.

—O no fue un puma —sostuvo Maura.

—Doctora Isles, me cuesta un poco seguir el ritmo de tus múltiples teorías, ¿sabes? —Crowe miró alrededor de la mesa—. Primero nos dices que este asesino odia a los cazadores y por eso los cuelga y destripa. Y ahora, ¿qué? ¿Es un loco que se cree un leopardo?

—No está necesariamente loco.

—Oye, si yo fuera por ahí haciéndome pasar por un leopardo —dijo Crowe—, llamarían a los hombres de uniforme blanco para que me encerraran.

—Por favor, ¿no podríamos llamarlos ya? —murmuró Jane.

—Tenéis que escuchar lo que la doctora Isles tiene que decir —intervino el doctor Zucker. Miró a Maura—. ¿Por qué no nos describes, una vez más, el estado del cuerpo del señor Gott?

—Hemos leído el informe de la autopsia —dijo Crowe.

—No obstante, permitidle describir sus heridas de nuevo.

Maura asintió.

—Se veía una fractura deprimida del hueso parietal derecho, compatible con un golpe con un objeto contundente. También había múltiples laceraciones paralelas en el tórax, probablemente infligidas post mortem. Se observaban lesiones por aplastamiento del cartílago tiroides, que pudieron causar la asfixia. Se practicó una única incisión desde la apófisis xifoides del esternón hasta el pubis, y se extirparon vísceras de las cavidades torácica y abdominal. —Hizo una pausa —. ¿Quieres que continúe?

—No, yo diría que eso pinta un cuadro suficiente. Ahora dejadme leeros la descripción de un médico. Es de otra escena del crimen. —Zucker se puso las gafas—. «La víctima es una mujer de unos dieciocho años a la que encontraron muerta en su choza al amanecer. Tiene la garganta aplastada y la cara y el cuello destrozados por lo que parecen ser múltiples marcas de garras; está tan horriblemente mutilada que parece como si la hubieran devorado. Le faltan los intestinos y el

hígado, pero aquí me llama la atención el peculiar detalle del corte limpio con el que fue seccionado un extremo del intestino. Tras un examen más detenido, observo que el abdomen ha sido abierto con una incisión recta y limpia, una herida que ninguna criatura salvaje que yo conozca podría infligir. Así pues, a pesar de mi impresión inicial de que esta pobre alma fue víctima de un ataque de leopardo o león, debo concluir que el autor, sin lugar a dudas, fue humano». —Dejó la página que estaba leyendo—. Estaréis de acuerdo en que el informe tiene un asombroso parecido con lo que acaba de describir la doctora Isles, ¿verdad?

—¿De qué caso se trata? —quiso saber Frost.

—Lo escribió un médico misionero alemán que trabajaba en Sierra Leona. —Zucker hizo una pausa—. En el año 1948.

La sala enmudeció. Maura miró alrededor de la mesa y vio asombro en las caras de Frost y Tam, y escepticismo en la de Crowe. «¿Y qué estará pensando Jane? ¿Que por fin se me ha ido la olla y persigo fantasmas?».

—A ver si lo entiendo —dijo Crowe—. ¿Crees que estamos tratando con un asesino que hacía esto en 1948? Tendría, ¿qué?, ¿unos ochenta y cinco años?

—No es en absoluto lo que estamos sugiriendo —dijo Maura.

—Entonces, ¿cuál es tu nueva teoría, doctora Isles?

—El asunto es que existen antecedentes históricos de estos asesinatos rituales. Lo que está ocurriendo hoy, las marcas de cuchilladas paralelas, la evisceración, es un eco de lo que ha venido ocurriendo durante siglos.

—¿Estamos hablando de una secta? ¿De fantasmas? ¿O volvemos al Hombre Leopardo?

—Por el amor de Dios, déjala hablar, Crowe. —Jane miró a Maura—. Solo espero que tengas algo más que patrañas sobrenaturales.

—Es algo muy real —dijo Maura—. Pero primero requiere una pequeña lección de historia, que se remonta a casi un siglo. —Se volvió hacia Zucker—. ¿Quieres darles los antecedentes?

—Con gusto, porque la historia es fascinante —afirmó Zucker—. En la época de la Primera Guerra Mundial, en África Occidental, hubo numerosos informes de muertes misteriosas. Las víctimas eran hombres, mujeres y niños. Se los encontró con lo que parecían marcas de garras en el cuerpo, con la garganta cortada y el vientre eviscerado. Algunos habían sido parcialmente consumidos. Se trataba de ataques de grandes felinos, y un testigo creyó ver un leopardo huyendo entre la maleza. Se pensaba que algún felino monstruoso estaba al acecho, invadiendo aldeas y atacando a la gente mientras dormía.

»Pero las autoridades locales pronto se dieron cuenta de que detrás de los ataques no había un leopardo real. Los asesinos eran seres humanos, miembros de un antiguo culto que se remonta siglos atrás. Una sociedad secreta que se identifica con los leopardos hasta el punto de que sus miembros creen que, si beben la sangre del animal o comen su carne, se transforman en él.

Matan para volverse poderosos, para adquirir la fuerza de su animal totémico. Para realizar estos asesinatos rituales, la persona se pone una piel de leopardo y utiliza garras de acero para atacar a su víctima.

—¿Una piel de leopardo? —dijo Jane.

Zucker asintió.

—El robo de esa piel de leopardo de las nieves adquiere un nuevo significado, ¿verdad?

—¿Existe todavía en África ese culto al leopardo? —preguntó Tam.

—Hay rumores —dice Zucker—. Durante la década de 1940, se atribuyeron muchos asesinatos en Nigeria a hombres leopardo; algunos incluso fueron cometidos a plena luz del día. Las autoridades tomaron medidas duras y enviaron a cientos de policías adicionales que al final detuvieron y ejecutaron a varios sospechosos. Los ataques cesaron, pero ¿de verdad se eliminó a la secta? ¿O simplemente ha pasado a la clandestinidad y se ha extendido?

—¿Hasta llegar a Boston? —preguntó Crowe.

—Oye, aquí hemos tenido casos de vudú y grupos satánicos —replicó Tam—. ¿Por qué no habría hombres leopardo?

—¿Cuál fue el motivo de aquellos asesinatos del culto al leopardo en África? —preguntó Frost.

—En parte, pudo haber sido político. La eliminación de rivales —dijo Zucker—. Pero eso no explica los asesinatos de mujeres y niños. No, había algo más detrás, lo mismo que ha inspirado asesinatos rituales por parte de sectas en todo el mundo. Un gran número de personas han sido sacrificadas por causa de diversas creencias. Tanto si se mata para amedrentar a los enemigos como para apaciguar a dioses como Zeus o Kali, todo se reduce a una cosa: el poder. —Zucker miró alrededor de la mesa, y una vez más, Maura sintió ese frío beso reptiliano—. Sumadle las peculiaridades de estos asesinatos y empezaréis a ver el hilo conductor: la caza como poder.

»Es posible que este asesino tenga un aspecto corriente y un trabajo corriente. Nada de eso lo emociona ni lo hace sentirse poderoso como el hecho de matar. Así que viaja en busca de presas, y tiene los medios y la libertad para hacerlo. ¿Cuántas muertes más han sido mal clasificadas como accidentes en la naturaleza? ¿Cuántos excursionistas o mochileros desaparecidos han sido, en realidad, sus víctimas?

—Leon Gott no estaba de excursión ni de campamento —objetó Crowe—. Lo mataron en su propio garaje.

—Tal vez para robar esa piel de leopardo —dijo Zucker—. Es el símbolo totémico de este asesino, que la utiliza con fines rituales.

—Sabemos que Gott presumía del leopardo de las nieves en foros de caza en línea —observó Frost—. Anunció a todo el mundo que le habían encargado uno de los animales más exóticos de la Tierra.

—Lo que de nuevo apunta a un cazador como vuestro sospechoso. Tiene sentido, tanto desde el punto de vista simbólico como práctico. Este asesino se identifica con los leopardos, el cazador más perfecto de la naturaleza. También se siente cómodo en la naturaleza. Pero, a diferencia de otros cazadores, sus presas no son ciervos ni alces; elige humanos. Excursionistas o amantes de la naturaleza. Es el reto definitivo, y prefiere las zonas de naturaleza salvaje para acechar a su presa. Las montañas de Nevada. Los bosques de Maine. O Montana.

—Botsuana —dijo Jane en voz baja.

Zucker la miró con el ceño fruncido.

—¿Cómo dices?

—El hijo de Leon Gott desapareció en Botsuana. Estaba con un grupo de turistas de safari en una zona remota.

Al oír hablar de Elliot Gott, a Maura se le aceleró el pulso.

—Igual que los mochileros. Igual que los cazadores —dijo—. Se adentran en la naturaleza y nunca se los vuelve a ver. —«Son patrones. Se trata de ver los patrones». Miró a Jane—. Si Elliot Gott fue una de sus víctimas, significa que este asesino ya estaba acechando presas hace seis años.

Jane asintió.

—En África.

El archivo electrónico llevaba días en el ordenador portátil de Jane, enviado por la Oficina Central Nacional de la Interpol en Botsuana. Tenía casi cien páginas y contenía informes del Servicio de Policía de Botsuana en Maun, del Servicio de Policía de Sudáfrica y de la delegación de Interpol en Johannesburgo. Cuando ella recibió el expediente, no estaba convencida de que fuera relevante para el asesinato de Leon Gott, ocurrido seis años después, y solo lo había hojeado. Pero la desaparición de los excursionistas en Nevada y de los cazadores en Montana guardaba inquietantes paralelismos con el safari condenado de Elliot Gott, por lo que se acomodó en su escritorio y abrió el expediente. Mientras sonaban los teléfonos en la Unidad de Homicidios y Frost arrugaba ruidosamente los envoltorios de los bocadillos en su mesa, Jane volvió a leer el expediente, pero esa vez con más atención.

El informe de la Interpol contenía un resumen de los hechos y de la investigación. El 20 de agosto de hace seis años, siete turistas de cuatro países diferentes embarcaron en una avioneta en Maun, Botsuana, y volaron hacia el delta del Okavango. Los dejaron en una remota pista de aterrizaje, donde fueron recibidos por el guía y su rastreador, ambos sudafricanos. El safari los adentraría en el delta, donde acamparían cada noche en un lugar distinto; viajarían en camión, dormirían en tiendas y comerían carne de animales salvajes. La web del guía prometía una «Auténtica aventura salvaje en uno de los últimos edenes que quedan en la Tierra».

Para seis de aquellos siete desafortunados turistas, la aventura había sido un viaje al olvido.

Jane pasó a la página siguiente, que contenía una lista de las víctimas conocidas, sus nacionalidades y especificaba si se habían recuperado sus restos.

Sylvia Van Ofwegen (Sudáfrica). Desaparecida, presuntamente muerta. No se han encontrado restos.

Vivian Kruiswyk (Sudáfrica). Fallecida. Se recuperaron restos parciales, confirmados por ADN.

Elliot Gott (EE. UU.). Desaparecido, presuntamente muerto. No se han encontrado restos.

Isao Matsunaga (Japón). Fallecido. Se encontraron sus restos enterrados en el camping, confirmados por ADN.

Keiko Matsunaga (Japón). Desaparecida, presuntamente muerta. No se han encontrado restos.

Richard Renwick (Reino Unido). Desaparecido, presuntamente muerto. No se han encontrado restos.

Clarence Nghobo (Sudáfrica). Fallecido. Se recuperaron restos parciales, confirmados por ADN.

Estaba a punto de pasar a la página siguiente cuando, de repente, se detuvo y se fijó en un nombre de la lista de víctimas. Un nombre que le despertó un leve recuerdo. ¿Por qué le resultaba familiar? Se esforzó por sacar a la superficie la imagen que evocaba. Vio, en su mente, otra lista con el mismo nombre.

Se giró hacia Frost, que devoraba alegre su habitual bocadillo de pavo.

—¿Tienes el archivo de Brandon Tyrone de Maine?

—Sí.

—¿Ya lo has leído?

—Sí. No hay mucho más de lo que nos dijo el detective Barber.

—Contenía una lista de objetos robados que encontraron escondidos en el garaje de Tyrone. ¿Puedo verla otra vez?

Frost dejó el bocadillo y revolvió la pila de expedientes de su mesa.

—No recuerdo nada digno de mención. Algunas cámaras. Tarjetas de crédito y un iPod...

—¿No había un encendedor de plata?

—Sí. —Sacó una carpeta y se la entregó—. ¿Qué sucede con él?

Jane hojeó el expediente hasta que encontró la lista de objetos que Brandon Tyrone y Nick Thibodeau habían robado de las tiendas y los coches del camping de Maine. La leyó y llegó al objeto que había recordado. «Un encendedor de plata. Grabado con el nombre: R. Renwick». Miró su portátil. Los nombres de las víctimas de Botsuana.

«Richard Renwick (Reino Unido). Desaparecido, presuntamente muerto».

—Hostia puta —dijo, y cogió el teléfono.

—¿Qué pasa? —preguntó Frost.

—Tal vez nada. Tal vez todo. —Marcó un número de teléfono.

Después de tres timbres contestó una voz:

—Detective Barber.

—Hola, soy Jane Rizzoli, policía de Boston. ¿Recuerdas el archivo que nos diste sobre el asesinato de Brandon Tyrone? Hay una lista de objetos recuperados del garaje de Tyrone.

—Sí. Las cosas que él y Nick robaron del camping.

—¿Has localizado a los propietarios de esos objetos?

—A la mayoría. Las tarjetas de crédito y las cosas con nombres fueron fáciles. Después de que salió la noticia de que habíamos recuperado objetos robados del camping, algunos propietarios los reclamaron.

—Estoy interesada en un objeto en particular. Un encendedor de plata con un nombre grabado.

Barber respondió sin vacilar:

—No. Nunca encontré al dueño.

—¿Estás seguro de que nadie lo reclamó?

—Sí. Entrevisté a los que vinieron a reclamar sus pertenencias, por si habían presenciado algo en el camping o si habían visto a Nick y Tyrone en el lugar. Nadie vino a por el encendedor, lo que me sorprendió. Es de plata esterlina. Obviamente alguien pagó mucho dinero por él.

—¿Intentaste rastrear el nombre grabado en él? ¿R. Renwick?

Barber se rio.

—Intenta hacer una búsqueda en Google sobre R. Renwick. Aparecerán unos veinte mil

resultados. Lo único que podíamos hacer era publicarlo en las noticias y esperar que el propietario nos llamara. Tal vez no se enteró. O no se dio cuenta de que lo había perdido. —Barber hizo una pausa—. ¿Por qué preguntas por el encendedor?

—Ese nombre, R. Renwick. Apareció en otro caso. Una víctima llamada Richard Renwick.

—¿Qué caso es?

—Homicidios múltiples, hace seis años. En Botsuana.

—¿En África? —Barber resopló—. Es un poco inverosímil. ¿No te parece más probable que el nombre sea una coincidencia?

«Quizá», pensó Jane mientras colgaba. O tal vez era el único vínculo que unía esos casos. Seis años atrás, alguien asesinó a Richard Renwick en África. Un año después, un encendedor con el nombre R. Renwick apareció en Maine. ¿Pudo haber llegado a Estados Unidos en el bolsillo de un asesino?

—¿Quieres decirme qué está pasando? —preguntó Frost, mientras Jane volvía a marcar en el teléfono.

—Necesito localizar a alguien.

Frost miró por encima del hombro de Jane la pantalla de su portátil.

—¿El archivo de Botsuana? ¿Qué tiene que ver con...?

Ella levantó una mano para silenciarlo al oír el brusco saludo habitual de su marido.

—Gabriel Dean.

—Hola, señor Agente Especial. ¿Puede hacerme un favor?

—Déjame adivinar —rio él—. Nos hemos quedado sin leche.

—No, necesito que te pongas la gorra de agente del FBI. Quiero encontrar a alguien, y no sé en qué parte del mundo está. Tienes un amigo en la Interpol, en Sudáfrica. Henk cómo-se-llame.

—Henk Andriessen.

—Sí, tal vez pueda ayudarme.

—¿Se trata de un caso internacional?

—Homicidios múltiples en Botsuana. Ya te lo he contado. Unos turistas que desaparecieron en un safari. El problema es que han pasado seis años y no estoy segura de dónde está esa persona ahora. Supongo que habrá regresado a Londres.

—¿Cómo se llama?

—Millie Jacobson. Es la única superviviente.

CAPÍTULO 24

Sudáfrica

Todas las mañanas desde hace cinco días, un abejaruco carmesí del sur visita el árbol limpiatubos. Incluso cuando salgo a mi jardín con una taza de café, el pájaro se mantiene imperturbable, un adorno rojo brillante posado entre la alegre maraña de arbustos y flores. He trabajado duro en este jardín, cavando y echando abono, desbrozando y regando, transformando lo que antes era un matorral en mi refugio privado. Pero, en este cálido día de noviembre, apenas me fijo en las flores estivales ni en la visita del abejaruco. La llamada telefónica de anoche me ha dejado demasiado conmocionada para pensar en otra cosa.

Christopher sale para reunirse conmigo, y el hierro forjado raspa las piedras del patio cuando se sienta con su café delante de la mesa de jardín.

—¿Qué piensas hacer? —me pregunta.

Respiro el aroma de las flores y contemplo el enrejado, envuelto en gloriosas enredaderas.

—No quiero ir.

—Así que lo has decidido.

—Sí. —Suspiro—. En realidad, no.

—Me encargaré yo. Les diré que te dejen en paz. Has respondido a todas sus preguntas, ¿qué más pretenden?

—Un poco de valor, tal vez —susurro.

—Por Dios, Millie. Eres la mujer más valiente que conozco.

Eso me hace reír, porque no me siento valiente en absoluto. Me siento como un ratón con miedo a dejar este hogar donde me he sentido segura. No quiero irme porque sé lo que hay en el mundo. Sé quién está allí fuera, y me tiemblan las manos solo de pensar en volver a verlo. Pero es lo que me pide que haga la mujer policía que ha llamado desde Boston. «Usted conoce su cara. Sabe cómo piensa y cómo caza. Necesitamos que nos ayude a atraparlo».

«Antes de que vuelva a matar».

Christopher alarga el brazo y me toma las manos. Solo entonces me doy cuenta del frío que tengo. Y de la tibieza de él.

—Tuviste una pesadilla anoche, ¿verdad?

—Te diste cuenta.

—No es difícil; duermo a tu lado.

—No he tenido ese sueño en meses. Pensé que lo había superado.

—Esa maldita llamada —murmura—. Sabes que no tienen nada sólido. Es solo una teoría. Podrían estar buscando a otra persona.

—Han encontrado el encendedor de Richard.

—No tienes la certeza de que sea el mismo encendedor.

—Entonces, ¿se trata de otro R. Renwick?

—Es un nombre bastante común. De todos modos, si es el mismo encendedor, significa que el asesino está lejos. Se ha mudado a otro continente.

Por eso quiero quedarme aquí, donde Johnny no pueda encontrarme. Sería una locura ir en busca de un monstruo. Termino la taza de café y me levanto, la silla chirría sobre las piedras. No sé en qué estaba pensando cuando compré muebles de jardín de hierro forjado. Tal vez fue por el sentido de permanencia, la sensación de que durarían, pero las sillas son pesadas y difíciles de mover. Cuando vuelvo a entrar en casa, siento como si arrastrara otra carga, pesada como el hierro, forjada por el miedo, que me ancla a este lugar. Voy al fregadero a lavar tazas y platitos y a ordenar una encimera que ya está impecable.

«Sabes cómo piensa. Y cómo caza».

Una imagen del rostro de Johnny Posthumus aparece de repente en mi mente, tan real como si estuviera delante de mi cocina, mirando por la ventana. Me estremezco y una cuchara se me cae al suelo. Siempre está ahí, persiguiéndome, a un pensamiento de distancia. Cuando me fui de Botsuana, estaba segura de que algún día me encontraría. Soy la única que sobrevivió, la única testigo a la que no ha podido matar. Sin duda, es un reto que no puede ignorar. Pero los meses se convirtieron en años y no tuve noticias ni de la policía de Botsuana ni de la sudafricana, y empecé a tener la esperanza de que Johnny estuviera muerto. Que sus huesos yacieran esparcidos en algún lugar recóndito, como los de Richard. Como los de los demás. La única forma de volver a sentirme segura era imaginarlo muerto. En los últimos seis años, nadie lo ha visto ni ha sabido nada de él, así que era razonable creer que había encontrado su fin y que no podía hacerme daño.

La llamada de Boston lo cambia todo.

Unos pasos bajan suavemente las escaleras y nuestra hija, Violet, entra bailando en la cocina. Con sus cuatro años, todavía es intrépida, porque le hemos mentido. Le hemos dicho que el mundo es un lugar de paz y luz, y no sabe que los monstruos son reales. Christopher la coge en brazos, le da vueltas y la lleva riendo al salón para su ritual de dibujos animados del sábado por la mañana. Los platos están limpios, la cafetera enjuagada y todo está como debería, pero yo camino por la cocina buscando nuevas tareas, cualquier cosa que me distraiga.

Me siento ante el ordenador y veo que han aparecido varios correos electrónicos en mi bandeja de entrada desde anoche: de mi hermana en Londres, de las otras madres del grupo de juego de Violet, de un nigeriano que me promete transferir una fortuna a mi cuenta bancaria si le doy mi número.

Y hay uno de la detective Jane Rizzoli de Boston. Lo envió anoche, apenas una hora después de nuestra conversación telefónica.

Vacilo en abrirlo, pues intuyo que es el punto de no retorno. Una vez que cruce esta línea, no podré parapetarme tras mi sólido muro de negación. En la habitación contigua, Christopher y Violet se ríen del caos de los dibujos animados mientras yo sigo aquí sentada, con el corazón al galope y la mano paralizada.

Pincho en el correo. Podría haber prendido la mecha de un cartucho de dinamita, porque lo que aparece en mi pantalla me golpea como una explosión. Es una fotografía del encendedor de plata esterlina que la policía encontró en una bolsa de objetos robados en Maine. Veo el nombre R. Renwick, en la fuente Engraver's Bold que tanto le gustaba a Richard. Pero es el rayón lo que me llama la atención. Aunque tenue, está claramente ahí, como la marca de una garra que estropea el brillo y atraviesa la parte superior de la R. Pienso en el día en que ocurrió, el día en el que a Richard se le cayó del bolsillo en Londres y se golpeó contra la acera. Pienso en las veces que lo vi usarlo y en lo contento que estaba cuando se lo regalé el día de su cumpleaños. Lo pidió él, un regalo vanidoso y pretencioso, pero así era Richard, siempre queriendo marcar su territorio, aunque ese territorio fuera un brillante trozo de plata esterlina. Recuerdo cómo lo utilizaba para encender sus cigarrillos Gauloises junto al fuego, y el elegante chasquido que hacía el encendedor al cerrarse.

No me cabe duda de que es el suyo. De algún modo, el encendedor salió del delta del Okavango y cruzó el océano hasta Estados Unidos en el bolsillo de un asesino. Ahora, me piden que siga sus pasos.

Leo el mensaje que la detective Rizzoli envió junto con la foto. «¿Es el mismo encendedor? Si es así, necesitamos hablar con usted cuanto antes. ¿Vendrá a Boston?».

El sol brilla en la ventana de mi cocina y mi jardín está en su mejor momento del verano. En Boston, el invierno se acerca, e imagino que es frío y gris, incluso más gris que en Londres. No tiene ni idea de lo que me está pidiendo. Dice que conoce los hechos, pero los hechos son cosas frías y sin vida, como trozos de metal soldados para formar una estatua, pero sin alma. Ella no puede entender lo que viví en el delta.

Respiro hondo y tecleo mi respuesta: «Lo siento, pero no puedo ir a Boston».

CAPÍTULO 25

Como miembro del Cuerpo de Infantería de Marina, Gabriel había adquirido todo tipo de habilidades de supervivencia, y una de las que Jane envidiaba era su capacidad para dormirse cada vez que se le presentaba la oportunidad. Minutos después de que los auxiliares de vuelo atenuaran las luces de la cabina, él reclinó su asiento, cerró los ojos y entró directamente en el país de los sueños. Jane estaba despierta, contando las horas que faltaban para el aterrizaje y pensando en Millie Jacobson.

La única superviviente del safari no había vuelto a Londres, como Jane había supuesto, sino que vivía en una pequeña localidad del valle del río Hex, en Sudáfrica. Tras dos semanas de pesadilla luchando por sobrevivir en la sabana, cubierta de barro y sin haber comido más que juncos y hierba, la librera criada en Londres no había regresado a su ciudad, sino que había optado por instalarse en el mismo continente que casi había terminado con ella.

Las fotos de Millie Jacobson después de que saliera de la sabana dejaban claro hasta qué punto se había quedado convertida en piel y huesos al final de su terrible experiencia. La imagen de su pasaporte británico mostraba a una joven morena de ojos azules y rostro en forma de corazón, agradablemente corriente, ni guapa ni sencilla. La foto que le hicieron en el hospital durante su recuperación mostraba a una mujer tan transformada que Jane apenas podía creer que se tratara de la misma persona. En algún lugar de la naturaleza, lo que antes había sido Millie Jacobson se había desprendido como la piel de una víbora para revelar una criatura huesuda y ennegrecida por el sol, con mirada perseguida.

Mientras los demás pasajeros parecían dormir, Jane revisó una vez más el expediente policial de los asesinatos del safari de Botsuana. En aquel momento hubo mucha publicidad en el Reino Unido sobre el caso, pues Richard Renwick era un conocido escritor de novelas de suspense. En Estados Unidos no gozaba de popularidad y Jane nunca había leído sus libros, que el Times de Londres describía como «llenos de acción» y «cargados de testosterona». El artículo del Times se centraba casi por completo en Renwick y solo dedicaba dos párrafos a su novia, Millie Jacobson. Pero era Millie quien captaba ahora toda la atención de Jane, que estudiaba la foto de archivo de la joven tomada por la Interpol. Había sido hecha poco después de la terrible experiencia, y en el rostro de Millie Jane vio un reflejo de sí misma unos años atrás. Ambas habían sido tocadas por la fría mano de un asesino, y habían sobrevivido. Ese contacto era algo que nunca se olvidaba.

Gabriel y ella habían salido de Boston en un día de lluvia y aguanieve, y el tiempo durante su breve escala en Londres no había sido menos gris e invernal. Así que fue un shock bajar del avión horas más tarde y encontrarse con el calor veraniego de Ciudad del Cabo. Allí, las estaciones estaban al revés, y en un aeropuerto donde todo el mundo vestía pantalones cortos y vestidos sin mangas, Jane seguía con el jersey de lana de cuello cisne que se había puesto en Boston. Cuando recogieron su equipaje y salieron de inmigración, Jane se sentía sofocada y

desesperada por quedarse solo con la camiseta de tirantes.

Acababa de quitarse el jersey de la cara cuando oyó la voz de un hombre:

—¡Dean la Máquina! ¡Por fin has llegado a África!

—Henk, gracias por reunirte con nosotros —dijo Gabriel.

Jane se quitó el jersey y vio a su marido y a un hombre rubio del tamaño de un búfalo intercambiando palmadas en la espalda, ese típico saludo masculino que es a la vez agresión y abrazo.

—Largo vuelo, ¿eh? —dijo Henk—. Pero ahora podrás disfrutar de un clima cálido. —Se volvió hacia Jane con una mirada que la hizo sentirse expuesta en su fina camiseta de tirantes. Sus ojos parecían extrañamente pálidos en la cara quemada por el sol; eran del mismo tono grisáceo plateado que los de un lobo—. Y tú eres Jane —dijo, tendiéndole una mano húmeda y carnosa—. Henk Andriessen. Me alegro de conocer por fin a la mujer que atrapó a la Máquina. No creí que nadie fuera a lograrlo.

Gabriel se rio.

—Jane no es una mujer corriente.

Mientras se estrechaban la mano, Jane sintió que Henk la evaluaba y se preguntó si esperaba que Dean la Máquina hubiera encontrado a una mujer más guapa, alguien que no bajara del avión con aspecto de trapo retorcido.

—Yo también he oído hablar de ti —dijo—. Algo sobre una noche de borrachera en La Haya hace doce años.

Henk miró a Gabriel.

—Espero que le hayas contado la versión censurada.

—¿Quieres decir que hay algo más en la historia que el clásico «dos hombres entraron en un bar»?

Henk se rio.

—Eso es lo único que necesitas saber. —Cogió la maleta de Jane—. Os acompañaré al coche.

Al salir de la terminal, Jane se rezagó, dejando que los hombres se pusieran al día con las últimas novedades en la vida de cada uno. Gabriel había dormido casi todo el viaje desde Londres y caminaba con la energía de alguien listo para afrontar el día. Sabía que Henk era unos diez años mayor que Gabriel, que se había divorciado tres veces, que era de Bruselas y que hacía una década que trabajaba para la delegación sudafricana de la Interpol. También sabía que tenía fama de bebedor empedernido y de mujeriego, y se preguntó en qué clase de lío habría metido a Gabriel aquella famosa noche en La Haya. Seguramente fue Henk quien lo arrastró allí, porque

no podía imaginarse a su conservador marido como alguien que se metiera en líos. Con solo mirarlos, se daba cuenta de cuál de los dos tenía la disciplina a su favor. Gabriel era delgado como un corredor y caminaba con un propósito claro y definido, mientras que la cintura ancha de Henk era la marca de apetitos incontrolables. Sin embargo, era evidente que se llevaban bien, una amistad forjada al calor de las investigaciones de asesinatos en Kosovo.

Henk los condujo hasta un BMW plateado, la mascota favorita de todo hombre al acecho, e hizo un ademán hacia el asiento delantero.

—Jane, ¿te gustaría ir de copiloto?

—No, dejaré que Gabriel haga los honores. Tenéis un montón de aventuras sobre las que poneros al día.

—No hay tan buenas vistas desde ahí atrás —dijo Henk, mientras se abrochaban los cinturones —. Pero te garantizo que te encantarán las vistas cuando lleguemos.

—¿A dónde vamos?

—A Table Mountain. Estaréis aquí muy poco tiempo y es el único lugar que no podéis perderos. Vuestra habitación de hotel probablemente no esté lista todavía, así que ¿por qué no vamos directos a la montaña?

Gabriel se volvió hacia ella.

—¿Quieres ir, Jane?

Lo que de verdad quería ella eran una ducha y una cama. Le dolía la cabeza por la cegadora luz del sol y sentía el interior de la boca como un pozo de alquitrán, pero, si Gabriel podía lanzarse directo a un día de turismo, ella haría todo lo posible por seguirles el ritmo a los hombres.

—Hagámoslo —dijo.

Una hora y media más tarde, llegaron al aparcamiento de la base del teleférico de Table Mountain. Al salir del coche, Jane se quedó mirando los cables que ascendían por la ladera de la montaña. No les tenía mucho miedo a las alturas, pero la idea de subir por el aire hacia aquella vertiginosa cima le revolvía el estómago. De repente, ya no sintió cansancio; solo podía pensar en cables rotos y en una caída de seiscientos metros hacia la muerte.

—Y allí arriba están las vistas que os prometí —dijo Henk.

—¡Jesús! Hay gente colgando de ese acantilado —dijo Jane.

—Table Mountain es el lugar favorito de los escaladores.

—¿Se han vuelto locos?

—Bueno, todos los años perdemos a algunos escaladores. Cuando caes desde esas alturas, no se pide un rescate. Se pide una recuperación del cadáver.

—*¿Y ahí es a donde vamos? ¿Allí arriba?*

—¿Te dan miedo las alturas? —Los pálidos ojos de lobo se volvieron hacia ella, divertidos.

—Créeme, Henk —dijo Gabriel, riendo—, aunque así fuera, nunca lo admitiría.

«Y uno de estos días, el orgullo me va a matar», pensó Jane, mientras se apiñaban en el teleférico con una veintena de turistas. Se preguntó cuándo se habría inspeccionado el sistema por última vez. Miró con atención a los empleados, buscando alguno que estuviera borracho, drogado o tuviera aspecto de psicópata. Contó cabezas para asegurarse de que no sobrepasaran el límite de pasajeros establecido y rogó que hubieran tenido en cuenta el peso de hombres tan corpulentos como Henk.

Luego el teleférico se elevó hacia el cielo y ella solo pudo concentrarse en las vistas.

—Tu primer vistazo de África —dijo Henk, inclinándose para murmurarle al oído—. ¿Te sorprende?

Jane tragó saliva.

—No es lo que imaginaba.

—¿Qué imaginabas? ¿Leones y cebras corriendo por todas partes?

—Bueno, sí.

—Así es como la mayoría de los estadounidenses imaginan África. Ven demasiados programas de vida salvaje en la tele y, cuando bajan del avión vestidos con chaquetas de safari y pantalón caqui, se sorprenden al encontrarse con una ciudad moderna como Ciudad del Cabo. Ni una cebra a la vista, salvo en el zoo.

—Esperaba ver alguna cebra.

—Entonces, deberías tomarte unos días más y volar a la sabana.

—Ojalá pudiéramos —dijo Jane con un suspiro—. Pero nuestros jefes nos tienen muy atados. No hay tiempo para divertirse.

El teleférico se detuvo y se abrieron las puertas.

—En ese caso, pongámonos a trabajar, ¿vale? —dijo Henk—. No hay razón para que no podamos disfrutar de las vistas al mismo tiempo.

Desde el borde de la meseta de Table Mountain, Jane miró asombrada cómo Henk señalaba los puntos de referencia de Ciudad del Cabo: los afloramientos rocosos conocidos como Devil’s Peak y Signal Hill; Table Bay y la Isla Robben al norte, donde Nelson Mandela había estado encarcelado durante casi dos décadas.

—Hay mucha historia aquí. Podría contaros muchas historias sobre este país. —Henk se volvió

hacia ella—. Pero ahora vayamos al grano. Los asesinatos de Botsuana.

—Gabriel me dijo que participaste en el caso.

—No en la investigación inicial, que tuvo lugar en Botsuana. La Interpol no intervino hasta que la policía de Botsuana se enteró de que el asesino había cruzado la frontera y entrado en este país. Utilizó las tarjetas de crédito de dos de sus víctimas en ciudades fronterizas, en tiendas que no requerían números PIN. Encontraron el camión abandonado en las afueras de Johannesburgo. Aunque los delitos se cometieron en Botsuana, Johnny Posthumus es ciudadano sudafricano. El caso abarca varios países, por lo que se recurrió a la Interpol. Hemos publicado una alerta roja para la detención de Posthumus, pero aún no tenemos ninguna pista sobre su paradero.

—¿Ha habido algún progreso en el caso?

—Nada significativo. Pero hay que entender los retos a los que nos enfrentamos. En este país se cometen unos cincuenta asesinatos al día, seis veces más que en Estados Unidos. Muchos casos siguen sin resolverse, la policía está desbordada y los laboratorios de pruebas carecen de fondos suficientes. Además, estos asesinatos tuvieron lugar en Botsuana, que es otro país. La coordinación entre distintas jurisdicciones agrava las dificultades.

—Pero estás seguro de que Johnny Posthumus es tu hombre —dijo Gabriel.

Andriessen hizo una pausa, y esos segundos de silencio fueron más elocuentes que cualquier palabra.

—Tengo... mis reservas.

—¿Por qué?

—He indagado a fondo en su pasado. Johnny Posthumus nació en Sudáfrica, hijo de granjeros. A los dieciocho años empezó a trabajar en un refugio de caza en Sabi Sands. Pasó a Mozambique y Botsuana, y al final se independizó como guía. Nunca hubo quejas. Con los años, se forjó una reputación de hombre de fiar. Salvo una pelea de borrachos, no tenía antecedentes penales ni de violencia.

—Que se sepan.

—Cierto, puede haber incidentes que nunca se denunciaron. Si matas a alguien en la sabana, tal vez nunca encuentren el cadáver. Solo me llama la atención que nunca haya habido señales de advertencia. Nada en su comportamiento anterior que indicara que un día llevaría a ocho personas al delta y mataría a siete de ellas.

—Según la única superviviente, eso es lo que ocurrió —dijo Jane.

—Sí —concedió Henk—. Es lo que declaró.

—¿Tienes dudas sobre ella?

—Identificó a Posthumus basándose solo en una foto de pasaporte de hacía dos años que le mostró la policía de Botsuana. No existen muchas fotos de él. La mayoría se perdieron cuando la granja de sus padres se incendió hace siete años. Recordad que la señorita Jacobson salió de la sabana medio muerta. Después de semejante calvario, y con solo una foto de pasaporte, ¿se puede confiar en su identificación?

—Si el hombre no era Johnny Posthumus, ¿quién era?

—Sabemos que utilizó las tarjetas de crédito de sus víctimas. Se llevó sus pasaportes y, en las semanas anteriores a que se denunciara su desaparición, podría haber asumido sus identidades. Eso le permitiría ser cualquiera, ir a casi cualquier parte del mundo. Incluido Estados Unidos.

—¿Y el verdadero Johnny Posthumus? ¿Crees que está muerto?

—Es solo una teoría.

—Pero ¿hay alguna prueba que la respalde? ¿Un cadáver? ¿Algún resto?

—Tenemos miles de restos humanos sin identificar, procedentes de escenas del crimen de todo el país. Lo que nos faltan son recursos para identificarlos a todos. Debido al retraso del ADN en los laboratorios de criminalística, identificar a una víctima puede llevar meses, incluso años. Posthumus podría estar entre ellos.

—O podría estar vivo y residiendo ahora mismo en Boston —dijo Jane—. Puede que no tenga antecedentes penales solo porque nunca cometió un error hasta Botsuana.

—Te refieres a Millie Jacobson.

—La dejó escapar.

Henk guardó silencio un momento mientras contemplaba la bahía.

—En aquel momento, dudo que considerara que dejarla escapar fuera un problema.

—¿La única mujer que podía identificarlo?

—La consideraba muerta. Si dejas tirado a cualquier turista en el delta, hombre o mujer, no durará ni dos días, mucho menos dos semanas. Ella tendría que haber muerto allí.

—¿Por qué no murió?

—¿Agallas? ¿Suerte? —Se encogió de hombros—. Un milagro.

—Conociste a la mujer —dijo Gabriel—. ¿Qué te pareció?

—Han pasado unos años desde que la entrevisté. Ahora no se llama Jacobson, sino DeBruin. Se casó con un sudafricano. La recuerdo como... totalmente anodina. Esa fue mi impresión, y para ser franco, me sorprendió. Había leído su declaración y estaba al tanto de su terrible experiencia. Esperaba que fuera una supermujer.

Jane frunció el ceño.

—¿No crees que su declaración fuera cierta?

—¿Que caminó entre elefantes salvajes? ¿Que viajó durante dos semanas por la sabana sin comida ni armas? ¿Que sobrevivió solo a base de hierbas y tallos de papiro? —Sacudió la cabeza —. No es de extrañar que la policía de Botsuana dudara de su historia al principio, hasta que confirmaron que siete extranjeros no habían embarcado en sus vuelos internacionales de regreso a sus países. Hablaron con el piloto que había llevado a los turistas a la sabana y le preguntaron por qué no había denunciado su desaparición. Les dijo que recibió una llamada en la que le informaron de que iban a regresar a Maun por carretera. La policía de Botsuana tardó varios días en darse cuenta de que Millie Jacobson decía la verdad.

—Sin embargo, pareces dudar.

—Porque, cuando la conocí, me pareció un poco..., bueno..., problemática.

—¿En qué sentido?

—Solitaria. No del todo comunicativa. Vive fuera de una pequeña ciudad, en el campo, donde su marido tiene una granja. Casi nunca sale de su zona. Se negó a venir a Ciudad del Cabo para la entrevista. Tuve que conducir hasta Touws River para encontrarme con ella.

—Iremos allí mañana —dijo Gabriel—. Solo aceptó vernos así.

—Es un viaje muy bonito. Montañas preciosas, granjas y viñedos. Pero son varias horas de viaje. Su marido es un afrikáner grandote y severo que mantiene a todos a raya. Quiere protegerla, supongo, pero dejó claro que no quiere que la policía moleste a su mujer. Antes de poder hablar con ella, tendréis que pasar por él.

—Lo entiendo perfectamente —dijo Gabriel—. Es lo que haría cualquier marido.

—¿Aislar a su mujer en medio de la nada?

—Mantenerla a salvo de cualquier manera posible. Suponiendo que ella coopere. —Miró a Jane —. Porque no todas las mujeres lo hacen.

Henk se rio.

—Es evidente que habéis tenido inconvenientes con ese tema.

—Porque Jane se arriesga demasiado.

—Soy policía —dijo Jane—. ¿Cómo se supone que voy a acabar con los criminales si me tienen encerrada por seguridad? Es lo que este tío le ha hecho a su mujer. La ha escondido en el campo.

—Y tendrás que tratar con él primero —dijo Henk—. Explícale que la ayuda de su mujer es vital. Convéncelo de que esto no la pondrá en peligro, porque eso es lo único que le importa.

—¿No le molesta que Johnny Posthumus pueda estar matando a otras personas en este mismo momento?

—Él no conoce a esas víctimas. Protege a los suyos, y tendrás que ganarte su confianza.

—¿Crees que Millie colaborará con nosotros? —preguntó Gabriel.

—Solo hasta cierto punto, ¿y quién puede culparla? Piensa en lo que le costó salir viva del delta. Cuando sobrevives a una prueba así, no sales igual.

—Algunos saldrían fortalecidos —dijo Jane.

—Algunos quedan destruidos. —Henk sacudió la cabeza—. Millie, me temo, es ahora poco más que un fantasma.

CAPÍTULO 26

A pesar de todo lo que Millie Jacobson había sufrido en la sabana, no regresó a las comodidades y a la vida conocida de Londres, sino que se instaló en una pequeña ciudad del valle del río Hex, en el Cabo Occidental. Si Jane hubiera sobrevivido a dos semanas infernales en territorio casi virgen, esquivando leones y cocodrilos, empapada de barro y comiendo raíces y pastos, se habría ido directamente a casa, a su cama, en su barrio, con todas sus comodidades urbanas. Pero Millie Jacobson, librera londinense, nacida y criada en la ciudad, había abandonado todo lo que conocía, todo lo que había sido, para vivir en el remoto pueblo de Touws River.

Al mirar por la ventanilla del coche, Jane entendió lo que podía haber atraído a Millie al campo. Vio un paisaje de montañas, ríos y tierras de labranza pintado con los exuberantes colores del verano. Todo en ese país le parecía fuera de lugar, desde las estaciones invertidas hasta la dirección norte del sol, y al tomar una curva, sintió un repentino mareo, como si el mundo se hubiera puesto patas arriba. Cerró los ojos y esperó a que todo dejara de girar.

—Un paisaje precioso. Hace que no quieras volver a casa —dijo Gabriel.

—Está muy lejos de Boston —murmuró Jane.

—Muy lejos de Londres también. Pero comprendo por qué ella no querría volver.

Jane abrió los ojos y miró las hileras de parras, los frutos que maduraban al sol.

—Bueno, su marido es de esta zona. La gente hace locuras por amor.

—¿Como hacer las maletas y mudarse a Boston?

Ella lo miró.

—¿Alguna vez te arrepientes de haber dejado Washington para estar conmigo?

—Déjame pensarlo.

—Gabriel.

Él se rio.

—¿Si me arrepiento de haberme casado y de tener a la niña más adorable del mundo? ¿Tú qué crees?

—Creo que muchos hombres no habrían hecho ese sacrificio.

—Sigue diciéndotelo. Nunca está de más tener una esposa agradecida.

Jane volvió a mirar los viñedos.

—Hablando de agradecimiento, vamos a deberle mucho a mamá por hacer de canguro. ¿Crees que deberíamos enviarle una caja de vino sudafricano? Ya sabes cuánto les gusta a Vince y a ella... —Se interrumpió. Vince Korsak ya no estaba en la vida de Angela, ahora que su padre había vuelto. Suspiró—. Nunca pensé que lo diría, pero echo de menos a Korsak.

—Es evidente que tu madre también.

—*¿Soy una mala hija por desear que mi padre vuelva con su barbie y nos deje en paz?*

—Eres una buena hija. Con tu madre.

—Que no me escucha. Está tratando de hacer feliz a todos menos a sí misma.

—Es su elección, Jane. Tienes que respetarla, aunque no la entiendas.

Tampoco entendía la decisión de Millie Jacobson de retirarse a ese remoto rincón en un país tan alejado de todo y de todos los que había conocido. Por teléfono, Millie había dejado claro que no iría a Boston para ayudar en la investigación. Tenía una hija de cuatro años y un marido que la necesitaban, las clásicas excusas aceptables que esgrime una mujer cuando no quiere admitir sus verdaderas razones: que el mundo la aterra. Henk Andriessen había llamado «fantasma» a Millie y les había advertido de que nunca la sacarían de Touws River. El marido de Millie jamás lo permitiría.

Ese mismo marido fue el primero en saludarlos en el porche cuando Gabriel y ella llegaron a la granja; una sola mirada a su cara rubicunda le dijo a Jane que tenían un reto por delante. Christopher DeBruin era tan corpulento e intimidante como Henk lo había descrito. Era diez años mayor que Millie, tenía el pelo rubio ya salpicado de canas y estaba plantado con los brazos cruzados, un muro inamovible de músculos que mantenía a raya a los invasores. Cuando Jane y Gabriel salieron del coche de alquiler, no bajó los escalones para saludarlos, sino que esperó a que sus inoportunos invitados se acercaran.

—¿Señor DeBruin? —dijo Gabriel.

Un asentimiento, nada más.

—Soy el agente especial Gabriel Dean, del FBI. Ella es la detective Jane Rizzoli, de la policía de Boston.

—Así que han enviado a dos de ustedes hasta aquí.

—Esta investigación cruza fronteras estatales e internacionales. Están implicados varios organismos diferentes.

—Y creen que todo conduce a mi esposa.

—Creemos que ella es la clave del caso.

—¿Y por qué debería importarme?

«Dos hombres y demasiada testosterona», pensó Jane. Dio un paso adelante y DeBruin la miró con el ceño fruncido, como si no supiera cómo rechazar a una mujer.

—Hemos viajado desde lejos, señor DeBruin —dijo con suavidad—. Por favor, ¿podemos hablar con Millie?

La miró durante un momento.

—Ha ido a recoger a nuestra hija.

—¿Cuándo volverá?

—En un rato. —De mala gana, abrió la puerta principal—. Bueno, pasen, ¿por qué no? Antes que nada, quiero aclarar algunas cosas.

Lo siguieron al interior de la casa, y Jane vio un suelo de tablas anchas y enormes vigas en el techo. Esa casa tenía historia en los huesos, desde la barandilla labrada a mano hasta los antiguos azulejos holandeses de la chimenea. DeBruin no les ofreció ni café ni té, sino que les indicó bruscamente que se sentaran en un sofá. Se acomodó en el sillón frente a ellos.

—Millie se siente segura aquí —dijo—. Hemos construido una buena vida juntos en esta granja. Tenemos una hija de solo cuatro años. Ahora, quieren cambiarlo todo.

—Ella podría marcar la diferencia en nuestra investigación —dijo Jane.

—No sabe lo que le está pidiendo. No ha dormido toda la noche desde su primera llamada. Se despierta gritando. Ni siquiera quiere salir de este valle, ¿y pretende usted que vaya hasta Boston?

—La policía de Boston cuidará de ella, lo prometo. Estará a salvo.

—¿A salvo? ¿Tiene idea de lo difícil que es para ella sentirse segura incluso aquí? —Resopló—. Por supuesto que no. No sabe por lo que pasó en la sabana.

—Leímos su declaración.

—¿Su declaración? Como si unas pocas páginas mecanografiadas pudieran contar toda la historia. Yo estaba allí el día que ella salió de la sabana. Me alojaba en un refugio de safaris en el delta y pasaba las vacaciones observando elefantes. Todas las tardes nos servían té en la terraza, desde donde podíamos ver a los animales bebiendo en el río. Ese día, vi salir de los pastizales a una criatura que jamás había visto. Tan delgada que parecía un manojo de ramitas cubiertas de barro.

»Mientras la mirábamos sin poder creer lo que veían nuestros ojos, avanzó hacia nosotros y subió los escalones. Allí estábamos, con nuestras tazas y platitos de porcelana fina, nuestros absurdos pastelitos y sándwiches. Y esa criatura se me acercó, me miró directamente a los ojos y

me dijo: «¿Eres real? ¿O estoy en el cielo?».

»Le respondí que si eso era el cielo, me habían enviado al lugar equivocado. Y entonces se arrodilló y empezó a llorar. Porque sabía que su pesadilla había terminado. Sabía que estaba a salvo. —DeBruin dirigió a Jane una mirada dura y penetrante—. Le juré que la mantendría a salvo. En las buenas y en las malas.

—También lo hará la policía de Boston, señor —dijo Jane—. Si pudiéramos convencerlo de que le permita...

—No es a mí a quien tiene que convencer. Es a mi mujer. —Miró por la ventana cuando un coche frenó en la entrada—. Ya está aquí.

Esperaron en silencio mientras una llave chirriaba en la cerradura, luego unos pasos resonaron en la casa y una niña entró corriendo en el salón. Al igual que su padre, era rubia y robusta, con las saludables mejillas rosadas de una niña que vive su vida bajo el sol. Casi no miró a los dos visitantes y corrió directa a los brazos de su padre.

—¡Aquí estás, Violet! —dijo DeBruin, y la subió a su regazo—. ¿Cómo ha ido hoy la equitación?

—Me ha mordido.

—¿Quién, el poni?

—Le he dado una manzana y me ha mordido el dedo.

—Estoy seguro de que no ha sido su intención. Por eso siempre te digo que mantengas la mano plana.

—No le daré más manzanas.

—Sí, eso le dará una lección al poni. —Levantó la vista, sonriendo, y de repente se quedó quieto al ver a su mujer en la puerta.

A diferencia de su marido y su hija, Millie tenía el pelo oscuro recogido en una coleta, lo que hacía que su rostro pareciese sorprendentemente delgado y anguloso, con las mejillas hundidas y los ojos azules manchados de sombras. Sonrió a sus visitantes, pero su mirada no disimulaba el temor.

—Millie, esta es la gente de Boston —dijo DeBruin.

Jane y Gabriel se levantaron para presentarse. Estrechar la mano de Millie fue como agarrar carámbanos, tan rígidos y fríos estaban sus dedos.

—Gracias por recibirnos —dijo Jane, cuando volvieron a sentarse.

—¿Han estado antes en África? —preguntó Millie.

—Es la primera vez para los dos. Es precioso. Su casa también.

—Esta granja ha pertenecido a la familia de Chris durante generaciones. Debería darles una vuelta más tarde. —Millie hizo una pausa, como si el esfuerzo de mantener una conversación trivial la agotara. Su mirada se posó en la mesa de café vacía y frunció el ceño—. ¿No les has ofrecido té, Chris?

De inmediato, DeBruin se puso en pie de un salto.

—Oh, lo siento. Lo he olvidado por completo. —Cogió la mano de su hija—. Violet, ven a ayudar al tonto de papi.

Millie observó en silencio cómo se marchaban su marido y su hija. Solo cuando oyó el sonido de la tetera y del agua corriendo en la cocina dijo:

—No he cambiado de opinión sobre ir a Boston. Supongo que Chris se lo habrá dicho.

—Con mucha elocuencia —dijo Jane.

—Me temo que es una pérdida de tiempo. Venir hasta aquí, solo para oírme repetir lo que le dije por teléfono.

—Necesitábamos conocerla.

—¿Por qué? ¿Para comprobar que no soy una lunática? ¿Que todo lo que conté a la policía hace seis años ocurrió de verdad? —Millie miró a Gabriel y, luego, a Jane. Las llamadas telefónicas ya habían establecido un vínculo entre las mujeres, y Gabriel permaneció en silencio, permitiendo que Jane tomara la iniciativa.

—No nos cabe duda de que de verdad ocurrió —dijo Jane.

Millie se miró las manos, cruzadas sobre el regazo, y dijo en voz baja:

—Hace seis años, al principio la policía no me creyó. Cuando les conté mi historia desde la cama del hospital, pude ver la duda en sus ojos. ¿Una inexperta chica de ciudad, sobreviviendo sola dos semanas en la sabana? Pensaron que me había alejado de algún refugio y que me había perdido y deliraba por el calor. Dijeron que las pastillas que había tomado para la malaria podrían haberme vuelto psicótica o haberme confundido, que les pasaba a los turistas todo el tiempo. Dijeron que mi historia no era cierta porque cualquier otra persona habría muerto de hambre. O despedazada por leones o hienas. O pisoteada por elefantes.

»¿Y cómo sabía que podía sobrevivir comiendo cañas de papiro, como hacen los nativos? No podían creer que hubiera sido pura suerte. Pero eso es lo que fue, suerte. Fue suerte que eligiera ir río abajo y acabara en el alojamiento para turistas. Fue suerte que no me envenenara con alguna baya o corteza silvestre, sino que comiera la caña más nutritiva que podía haber elegido. Fue suerte que, tras dos semanas en la sabana, saliera con vida. La policía dijo que no era posible. —Respiró hondo—. Sin embargo, lo hice.

—Creo que se equivoca, Millie —dijo Jane—. No fue suerte, fue usted. Leímos su relato de lo sucedido. Cómo dormía en los árboles cada noche. Cómo siguió el río y no dejó de caminar, ni siquiera cuando estaba agotada. De algún modo, encontró la voluntad para sobrevivir cuando casi todos los demás se habrían rendido.

—No —dijo Millie en voz baja—. Fue la sabana la que decidió perdonarme. —Miró por la ventana hacia un árbol majestuoso cuyas ramas se extendían como brazos protectores que abrazaban a los que estaban debajo—. La tierra es algo vivo que respira. Decide si vives o mueres. Por la noche, en la oscuridad, podía oír los latidos de su corazón, como un bebé oye los latidos del corazón de su madre. Y cada mañana me despertaba preguntándome si la tierra me dejaría vivir durante el día. Solo así pude salir con vida. Porque la tierra me lo permitió. Me protegió. —Miró a Jane—. De él.

—De Johnny Posthumus.

Millie asintió.

—Cuando por fin empezaron a buscar a Johnny, ya era demasiado tarde. Había tenido tiempo de sobra para desaparecer. Semanas después, encontraron el camión en Johannesburgo.

—El mismo camión que no arrancaba en la sabana.

—Sí. Un mecánico me explicó más tarde cómo se hace. Cómo se puede inutilizar temporalmente un coche sin que nadie detecte el problema. Algo sobre la caja de fusibles y los relés.

Jane miró a Gabriel y él asintió.

—Desconectas el relé de arranque o de la bomba de combustible —dijo—. No sería fácil de detectar. Y es reversible.

—Nos hizo creer que nos habíamos quedado tirados —dijo Millie—. Nos atrapó allí para poder matarnos uno a uno. Primero, Clarence. Luego, Isao. Elliot habría sido el siguiente. Mataba primero a los hombres y dejaba a las mujeres para el final. Pensábamos que estábamos en un safari, pero en realidad estábamos en el viaje de caza de Johnny. Y nosotros éramos la presa. —Millie tomó aire y lo soltó en un suspiro tembloroso—. La noche que mató a los demás, hui. No tenía idea de a dónde iba. Estábamos a kilómetros de la carretera más cercana, a kilómetros de la pista de aterrizaje.

»Él sabía que yo no tenía ninguna posibilidad de sobrevivir, así que simplemente levantó campamento y se marchó en el camión, dejando los cadáveres a los animales. Se llevó todo lo demás. Nuestras carteras, las cámaras, los pasaportes. La policía dice que usó la tarjeta de crédito de Richard para comprar gasolina en Maun. Y la de Elliot para comprar provisiones en Gaborone. Luego cruzó la frontera con Sudáfrica, donde desapareció. Quién sabe a dónde fue después. Con nuestros pasaportes y tarjetas de crédito, podría haberse teñido el pelo de castaño y haberse hecho pasar por Richard. Podría haber volado a Londres y haber pasado el control de inmigración. —Cruzó los brazos alrededor de su cuerpo—. Podría haber aparecido en mi puerta.

—El Reino Unido no tiene constancia de que Richard Renwick haya vuelto a entrar en el país —

dijo Gabriel.

—¿Y si mató a otras personas y suplantó otras identidades? Podría estar en cualquier parte, ser cualquiera.

—¿Está segura de que su guía era de verdad Johnny Posthumus?

—La policía me enseñó la foto de su pasaporte, tomada solo dos años antes. Era el mismo hombre.

—Existen muy pocas fotos verificadas de él. Usted solo vio esa.

—¿Cree que cometí un error?

—Ya se sabe que la gente puede parecer distinta, a veces completamente distinta, de una foto a otra.

—Si no era Johnny, ¿quién era?

—Un impostor.

Millie se quedó mirando a Gabriel, atónita ante esa posibilidad.

Oyeron el ruido de la vajilla cuando DeBruin salió de la cocina con la bandeja del té. Al percatarse del silencio que reinaba en la habitación, dejó la bandeja sobre la mesita baja y miró a su mujer con atención.

—¿Puedo servir el té, mamá? —preguntó Violet—. Te prometo que no lo derramaré.

—No, cariño. Esta vez lo servirá mamá. Quizá papá y tú podríais ir a ver la tele. —Dirigió una mirada suplicante a su marido.

DeBruin cogió la mano de su hija.

—Vamos a ver qué hay en la tele, ¿eh? —dijo, y se la llevó.

Un momento después, oyeron que en la habitación contigua se encendía la televisión con una música alegre y estridente. A pesar de que la bandeja del té estaba sobre la mesa, Millie no hizo ademán de servirlo, sino que se quedó sentada, abrazada a sí misma, paralizada por esa nueva incertidumbre.

—Henk Andriessen, de la Interpol, nos dijo que usted todavía estaba en el hospital cuando la policía le enseñó la foto. Aún estaba débil, aún se estaba recuperando. Y habían pasado semanas desde la última vez que vio al asesino.

—Cree que he cometido un error —dijo ella en voz baja.

—Los testigos cometen errores con frecuencia —dijo Gabriel—. Recuerdan mal los detalles u olvidan las caras.

Jane pensó en todos los testigos bienintencionados que habían señalado con firmeza a sospechosos erróneos o que habían ofrecido descripciones que luego resultaron ser inexactas. La mente humana era experta en rellenar los detalles que faltaban y convertirlos en hechos, aunque fueran imaginarios.

—Intentan hacerme dudar de mí misma —dijo Millie—. Pero la foto que me enseñaron era de Johnny. Recuerdo cada detalle de su cara. —Miró a Jane y a Gabriel—. Quizá ahora tenga otro nombre. Pero esté donde esté, se llame como se llame, sé que él tampoco se ha olvidado de mí.

Oyeron que Violet soltaba un chillido de risa mientras el televisor emitía su incesante música alegre. Pero, ahí dentro, un frío se había instalado la habitación, y ni siquiera la luz del sol de la tarde que entraba por la ventana podía disiparlo.

—Por eso no volvió a Londres —dijo Jane.

—Johnny sabía dónde vivía, dónde trabajaba. Sabía cómo encontrarme. No podía regresar. —Millie miró hacia el sonido de la risa de su hija—. Y estaba Christopher.

—Nos ha contado cómo se conocieron.

—Después de que saliera de la sabana, él se quedó conmigo. Se sentó junto a mi cama de hospital día tras día. Él fue quien me hizo sentir segura. El único. —Miró a Jane—. ¿Por qué iba a volver a Londres?

—¿Su hermana no está allí?

—Pero ahora este es mi hogar. Es a donde pertenezco. —Miró por la ventana, hacia el árbol de ramas generosas—. África me cambió. Allí fuera, en la sabana, perdí parte de mí misma. Te desgasta como una piedra de afilar, te hace desprenderte de todo lo innecesario. Te obliga a enfrentarte a lo que eres en realidad. Cuando llegué, era una niña tonta. Me preocupaba por los zapatos, los bolsos y las cremas faciales. Desperdicié años esperando que Richard se casara conmigo. Pensé que todo lo que necesitaba era un anillo de bodas para hacerme feliz. Pero luego, justo cuando pensaba que me estaba muriendo, me encontré a mí misma. Encontré a mi verdadero yo. Dejé a la antigua Millie allí y no la echo de menos. Esta es mi vida, aquí, en Touws River.

—Donde todavía tiene pesadillas.

Millie parpadeó.

—¿Se lo ha dicho Chris?

—Nos ha dicho que usted se ha estado despertando y que grita.

—Fue por su llamada. Por eso empezó todo de nuevo, porque usted lo trajo de vuelta.

—Lo que significa que sigue ahí, Millie. No lo ha dejado atrás.

—Me las estaba arreglando bien.

—Ah, ¿sí? —Jane miró alrededor de la habitación, los libros ordenados en las estanterías, el jarrón de flores centrado con precisión en la repisa de la chimenea—. ¿O este es solo un lugar donde esconderse del mundo?

—Después de lo que me pasó, ¿usted no se escondería?

—Querría volver a sentirme segura. La única manera de hacerlo es encontrar a ese hombre y encerrarlo.

—Ese es su trabajo, detective, no el mío. La ayudaré tanto como pueda. Miraré las fotos que haya traído. Responderé a todas sus preguntas. Pero no iré a Boston. No dejaré mi casa.

—¿No hay forma de hacerla cambiar de opinión?

Millie le sostuvo la mirada.

—Ninguna en absoluto.

CAPÍTULO 27

Se quedan en nuestra habitación de invitados esta noche. Si algo debería hacerme sentir segura, es tener a una mujer policía y a un agente federal bajo mi techo, pero una vez más no consigo conciliar el sueño. Chris respira a mi lado, un bulto cálido y tranquilizador en la oscuridad. Qué lujo dormir tan profundamente cada noche, despertar fresco por la mañana, libre de las telarañas asfixiantes de las pesadillas.

No se mueve cuando me levanto de la cama, cojo un albornoz y salgo de nuestra habitación.

Al final del pasillo, paso por la habitación donde están la detective Rizzoli y su marido. Es curioso que no me diera cuenta de que estaban casados hasta después de pasar toda la tarde con ellos. Me enseñaron foto tras foto de posibles sospechosos en un ordenador portátil. Muchas caras, muchos hombres. Para cuando llegó la hora de cenar, las fotos se me estaban mezclando. Me froté los ojos cansados y, cuando volví a abrirlos, vi la mano del agente Dean apoyada en el hombro de la detective Rizzoli. No era una simple palmadita, sino la caricia de un hombre para quien esa mujer es importante. Fue entonces cuando los otros detalles salieron a la luz: los anillos de boda a juego. La forma en la que terminaban las frases del otro. El hecho de que ella no tuviera que pedírselo, sino que él simplemente echara una cucharadita de azúcar en su café antes de dárselo.

Se habían comportado con suma profesionalidad, sobre todo el distante y frío Gabriel Dean. Pero durante la cena, tras unas copas de vino, empezaron a hablar de su matrimonio, de su hija y de la vida que compartían en Boston. Una vida complicada, creo, debido a sus exigentes trabajos. Ahora, su trabajo los ha traído hasta mi remoto rincón de Sudáfrica.

Paso de puntillas por delante de su puerta cerrada hacia la cocina y me sirvo una buena medida de whisky en un vaso. Lo justo para adormecerme, pero no para emborracharme. Sé por experiencia que, aunque un poco de whisky me ayuda a conciliar el sueño, si me excedo me despierto a las pocas horas con pesadillas. Me acomodo en una silla frente a la mesa de la cocina y bebo despacio mientras escucho el tictac del reloj en la pared. Si Chris estuviera despierto, saldríamos al jardín y nos sentaríamos juntos a la luz de la luna para disfrutar del aroma del jazmín nocturno. Nunca salgo sola en la oscuridad. Chris me dice que soy la mujer más valiente que conoce, pero no fue coraje lo que me mantuvo con vida en Botsuana. Ni siquiera la criatura más insignificante quiere morir y luchará por mantenerse con vida; en ese sentido, no soy más valiente que cualquier conejo o gorrión.

Un ruido detrás de mí me hace dar un respingo. Me giro y veo que la detective Rizzoli entra descalza en la cocina. Su pelo desordenado parece una oscura corona de espinas y va vestida con una camiseta de gran tamaño y unos calzoncillos bóxer de hombre.

—Perdona si te he asustado —dice—. Solo venía a por un vaso de agua.

—Puedo ofrecerte algo más fuerte, si quieres.

Mira mi vaso de whisky.

—Bueno, no me gustaría que bebieras sola. —Se sirve un vaso, añade la misma cantidad de agua y se sienta en la silla frente a mí.

—¿Haces esto a menudo?

—¿El qué?

—Beber sola.

—Me ayuda a conciliar el sueño.

—Tienes problemas con eso, ¿eh?

—Ya sabes que sí. —Bebo otro sorbo, pero no me ayuda a relajarme porque ella me observa con ojos oscuros y penetrantes—. ¿Y tú por qué no estás durmiendo?

—Jet lag. Son las seis de la tarde, hora de Boston, y mi cuerpo se niega a dejarse engañar. —Toma un sorbo y no se inmuta lo más mínimo al sentir el ardor del whisky—. Gracias de nuevo por ofrecernos la habitación de invitados.

—No podíamos dejar que condujerais de vuelta a Ciudad del Cabo esta noche. No después de las horas que habéis pasado conmigo. Espero que no tengáis que volver enseguida a Estados Unidos. Sería una pena que no vierais algo del país.

—Mañana tenemos una noche más en Ciudad del Cabo.

—¿Solo una?

—Ya me ha costado convencer a mi jefe de que aprobara este viaje. Hoy en día todo es recortar gastos. Dios nos libre de divertirnos con su dinero.

Miro mi whisky, que brilla como ámbar líquido.

—¿De verdad te gusta tu trabajo?

—Es lo que siempre quise hacer.

—¿Atrapar asesinos? —Sacudo la cabeza—. No creo que fuera capaz de soportarlo. De ver las cosas que ves tú. De enfrentarme todos los días a lo que la gente es capaz de hacer.

—Eso es algo que ya has visto de primera mano.

—Y no quiero volver a verlo. —Bebo el resto del whisky de un trago. De repente, no es suficiente, ni de lejos, para calmar mis nervios. Me levanto para servirme otra copa.

—Yo también solía tener pesadillas —dice.

—No es de extrañar con el trabajo que tienes.

—Las superé. Tú también puedes hacerlo.

—¿Cómo?

—De la misma manera que yo. Mata al monstruo. Enciérralo donde no pueda lastimarte a ti ni a nadie más.

Me río mientras vuelvo a tapar la botella.

—¿Acaso tengo aspecto de policía?

—Tienes el aspecto de una mujer a la que la aterra irse a dormir.

Dejo la botella sobre la encimera y me vuelvo hacia ella.

—Tú no has vivido lo que yo he vivido. Puede que caces asesinos, pero ellos no te cazan a ti.

—Te equivocas, Millie —dice en voz baja—. Sé exactamente lo que has vivido. Porque a mí también me han perseguido. —Me mira mientras me echo hacia atrás en la silla.

—¿Qué sucedió? —pregunto.

—Fue hace varios años, más o menos cuando conocí a mi marido. Buscaba a un hombre que había matado a varias mujeres. Por lo que les hizo, no merecería llamarse humano, sino de otra especie. Una criatura que se alimentaba del dolor y el miedo. Que disfrutaba del terror del otro. Cuanto más miedo tenías, más te deseaba. —Se lleva el vaso a los labios y bebe un trago profundo—.Y él sabía que yo tenía miedo.

Me sorprende que lo admita, esta mujer que proyecta tanto valor. Durante la cena me contó cómo había derribado su primera puerta, cómo había perseguido asesinos por tejados y callejones oscuros. Ahora, sentada en camiseta y calzoncillos, con su despeinada melena oscura, parece una mujer corriente. Pequeña, vulnerable. Fácil de vencer.

—¿Tú eras su objetivo? —pregunto.

—Sí. Qué suerte la mía.

—¿Por qué tú?

—Porque ya me había atrapado una vez. Me tenía justo donde quería. —Levanta las manos y me muestra las palmas con cicatrices—. Él me hizo esto. Con bisturíes.

Hoy mismo me he fijado en la peculiar ubicación de esas cicatrices que parecen marcas de una crucifixión. Las miro con horror, porque ahora sé cómo se infligieron.

—Incluso después de que él fuese a parar a la cárcel, aunque sabía que no podía localizarme, tenía pesadillas sobre lo que estuvo a punto de hacerme. ¿Cómo iba a olvidarlo, si llevaba un recuerdo permanente de él en las manos? Sin embargo, las pesadillas empezaron a desaparecer. Al cabo de un año, apenas soñaba con él, y ese debería haber sido el final.

—¿Por qué no lo fue?

—Porque escapó. —Me mira y veo mi propio miedo reflejado en sus ojos. Veo a una mujer que sabe lo que significa vivir en el punto de mira de un asesino, sin tener idea de cuándo apretará el gatillo—. Fue entonces cuando las pesadillas empezaron de nuevo.

Me levanto, traigo la botella de whisky a la mesa y la pongo entre nosotras.

—Para las pesadillas —propongo.

—No puedes bebértelas, Millie. No importa cuántas botellas te bebas.

—¿Qué sugieres que haga?

—Lo mismo que yo. Caza al monstruo que te persigue en sueños. Córtalo en pedazos y entiérralo. Solo entonces volverás a dormir profundamente.

—¿Tú duermes profundamente?

—Sí. Pero solo porque elegí no huir y esconderme. Sabía que mientras él estuviera allí fuera, rondándome, nunca estaría tranquila. Así que me convertí en el cazador. Gabriel sabía que me estaba poniendo en peligro y trató de mantenerme fuera del caso, pero yo tenía que ser parte de él. Por mi propia cordura, tenía que estar en la lucha, no esconderme tras puertas cerradas, esperando el ataque.

—¿Y tu marido no intentó detenerte?

—Por aquel entonces no estábamos casados, así que no podía impedírmelo. —Se ríe—. Tampoco puede ahora. Aunque se esfuerza por que le haga caso.

Pienso en Chris, roncando plácidamente en nuestra cama. Cómo me abrigó y me trajo a esta granja para mantenerme a salvo.

—Es lo que mi marido trata de hacer.

—¿Mantenerte detrás de una puerta cerrada?

—Para protegerme.

—Sin embargo, no te sientes segura. Ni siquiera seis años después.

—Me siento segura aquí. Al menos, estaba tranquila hasta que tú lo trajiste de vuelta a mi vida.

—Solo hago mi trabajo, Millie. No me culpes a mí. Yo no te metí esas pesadillas en la cabeza.

No fui yo quien te hizo prisionera.

—No soy una prisionera.

—¿No?

Nos miramos desde cada lado de la mesa. Tiene ojos oscuros y luminosos. Ojos peligrosos que ven directamente a través de mi cráneo, hasta los pliegues más profundos de mi cerebro, donde escondo mis terrores secretos. No puedo negar nada de lo que ha dicho. Soy una prisionera. No solo evito el mundo, sino que me acobardo ante él.

—No tiene por qué ser así —dice.

Al principio, no contesto. En lugar de eso, miro el vaso, que sostengo con ambas manos. Quiero beber otro sorbo, pero sé que solo aliviará el miedo durante unas horas. Como la anestesia, al final se pasa.

—Dime cómo lo hiciste —le digo—. Cómo te defendiste.

Se encoge de hombros.

—Al final, no tuve opción.

—Elegiste luchar.

—No, quiero decir que de verdad no tuve opción. Verás, después de que él escapase de prisión, supe que tenía que cazarlo. Gabriel y mis colegas de la policía de Boston trataron de mantenerme al margen, pero no dejé que me excluyeran. Conocía a ese asesino mejor que nadie. Lo había mirado a los ojos y había visto a la bestia. Lo entendía: sabía qué lo excitaba, qué ansiaba, cómo acechaba a su presa. La única forma de volver a dormir tranquila era cazarlo. El problema era que él también me cazaba a mí. Éramos dos enemigos enredados en un combate mortal, y uno de los dos tenía que caer. —Hace una pausa y bebe un sorbo de whisky—. Él atacó primero.

—¿Qué pasó?

—Me acorraló cuando yo menos lo esperaba. Me llevaron a un lugar donde nadie me encontraría. Lo peor era que no estaba solo. Tenía un cómplice.

Habla tan bajo que tengo que inclinarme para oírla. Fuera, los insectos cantan en el jardín nocturno, pero en mi cocina hay silencio, mucho silencio. Pienso en todos mis miedos multiplicados por dos. Dos Johnny cazándome. No sé cómo esta mujer puede sentarse aquí tan tranquila y contarme su historia.

—Me tenían donde querían —dice—. Nadie iba a rescatarme, nadie iba a salvar la situación. Era yo contra ellos. —Respira hondo y se endereza en la silla—. Y gané. Tú también puedes ganar, Millie. Puedes matar a ese monstruo.

—¿Eso es lo que hiciste, matarlo?

—Bien podría estar muerto. Mi bala le seccionó la médula espinal y ahora está atrapado en un lugar del que nunca escapará: su propio cuerpo. Paralizado del cuello hacia abajo. Y su amigo se está pudriendo en una tumba. —Su sonrisa contrasta extrañamente con lo que acaba de describir, pero, cuando has vencido a los monstruos, te mereces una sonrisa de victoria—. Aquella noche, dormí mejor que en todo un año.

Encorvo los hombros sin decir nada. Por supuesto que sé por qué me ha contado su historia, pero no funcionará conmigo. No se puede obligar a una persona a ser valiente si no lo lleva dentro. Estoy viva solo porque estaba demasiado aterrorizada para morir, lo que me convierte en una cobarde, en realidad. La mujer que siguió caminando y caminando, entre elefantes y cocodrilos, la mujer bendecida con un robusto par de piernas y más que su parte de suerte.

Bosteza y se levanta.

—Creo que volveré a la cama. Espero que podamos hablar más de esto mañana.

—No cambiaré de opinión. No puedo ir a Boston.

—¿A pesar de que podrías marcar la diferencia? Conoces a este asesino mejor que nadie.

—Y él me conoce a mí. Soy la que se le escapó, la que está buscando. Soy su unicornio, la criatura condenada a la extinción.

—Te mantendremos a salvo. Te lo prometo.

—Hace seis años, en la sabana, descubrí lo que es morir. —Sacudo la cabeza—. No me pidas que muera dos veces.

A pesar de todo el whisky que he bebido, o tal vez a causa de él, vuelvo a soñar con Johnny.

Está ante mí, me tiende las manos y me suplica que corra hacia él. A nuestro alrededor, los leones se acercan para matarnos y yo debo elegir. ¡Cómo deseo confiar en Johnny, igual que confié en él una vez! Nunca creí de verdad que fuera un asesino, y ahora está ante mí, ancho de hombros y con el pelo dorado. «Ven a mí, Millie. Yo te mantendré a salvo». Con alegría corro hacia él, hambrienta de contacto. Pero, justo cuando me lanzo hacia sus brazos, su boca se transforma en unas fauces que se abren de par en par y veo unos dientes ensangrentados dispuestos a devorarme.

Me despierto gritando.

Me siento en un lado de la cama, con la cabeza entre las manos. Chris me acaricia la espalda, intentando calmarme. Aunque el sudor me enfría la piel, el corazón me late con fuerza dentro del pecho. Él murmura:

—Estás bien, Millie, estás a salvo.

Pero yo sé que no estoy bien. Soy una muñeca de porcelana rajada, a punto de hacerse añicos con el más ligero golpecito. El paso de seis años no me ha devuelto la entereza, y tengo claro que nunca la recuperaré. No hasta que Johnny esté en la cárcel... o muerto.

Levanto la cabeza y miro a Chris.

—No puedo seguir así. No podemos.

Suelta un profundo suspiro.

—Lo sé.

—No quiero ir, pero tengo que hacerlo.

—Entonces, iremos contigo a Boston. No estarás sola.

—No. No. No quiero a Violet cerca de él. La quiero aquí, donde sé que está a salvo. Y tú eres el único en quien confío para cuidar de ella.

—Pero ¿quién cuidará de ti?

—Ellos. Ya los has oído decir que no dejarán que me pase nada.

—¿Y confías en ellos?

—¿Por qué no?

—Porque solo eres una herramienta, un medio para un fin. No les importas. Solo quieren atraparlo.

—Es lo que yo quiero también. Puedo ayudar a que lo logren.

—¿Dejando que sienta tu olor? ¿Y si no logran capturarlo? ¿Y si da la vuelta la situación y te sigue hasta aquí?

Es una posibilidad que no había considerado. Pienso en la pesadilla de la que acabo de despertar. Johnny haciéndome señas, prometiéndome seguridad, justo antes de que sus fauces se abran de par en par. Es mi subconsciente advirtiéndome que me aleje. Pero, si me alejo, nada cambia, nada se sana. Siempre seré esa muñeca de porcelana rota.

—No tengo opción —digo—. Tengo que confiar en ellos.

—Puedes elegir no ir.

Le cojo la mano. Es una mano de granjero, grande y callosa, lo bastante fuerte como para forcejear con ovejas y lo bastante suave como para peinar a una niña.

—Tengo que terminar esto, cariño. Iré a Boston.

Christopher tiene una lista de exigencias, y se las presenta a la detective Rizzoli y al agente Dean con un brillo duro en los ojos.

—Os pondréis en contacto conmigo a diario para que yo sepa que está bien —les ordena—. Quiero saber si está sana y salva. Quiero saber si echa de menos su casa. Quiero saber si estornuda.

—Por favor, Chris. —Suspiro—. No me voy a la luna.

—La luna quizá sea más segura.

—Le doy mi palabra, señor DeBruin, la cuidaremos —dice la detective Rizzoli—. No le estamos pidiendo que lleve pistola. Tan solo se reunirá con nuestro equipo de detectives y con nuestro psicólogo forense. Estará fuera una semana, quizá dos como mucho.

—No quiero que se aloje en una habitación de hotel. Quiero que se hospede con alguien. En un hogar apropiado, donde no se sienta aislada.

La detective Rizzoli mira a su marido.

—Seguro que podemos llegar a algún acuerdo.

—¿Dónde?

—Primero, tengo que hacer una llamada. Averiguar si la casa en la que estoy pensando funcionará.

—¿La casa de quién?

—Alguien en quien confío. Una amiga.

—Antes de que Millie suba al avión, quiero que lo confirme.

—Tendremos todos los detalles resueltos antes de salir de Ciudad del Cabo.

Chris estudia sus rostros un momento, buscando razones para no confiar en ellos. Mi marido es desconfiado con la gente por naturaleza; le viene de haber crecido con un padre poco fiable y una madre que lo abandonó cuando tenía siete años. Siempre teme perder a las personas que quiere, y ahora teme perderme a mí.

—Todo irá bien, cariño —digo con más confianza de la que siento en realidad—. Saben perfectamente lo que hacen.

CAPÍTULO 28

Boston

Maura colocó un jarrón de rosas amarillas sobre la cómoda y echó un último vistazo a su habitación de invitados. El edredón blanco estaba recién lavado, la alfombra turca había sido aspirada a fondo y el cuarto de baño estaba provisto de esponjosas toallas blancas. La última vez que alguien durmió en esa habitación fue en agosto, cuando Julian Perkins, de diecisiete años, la visitó durante sus vacaciones de verano. Desde entonces, Maura apenas había pisado la habitación. La recorrió con la mirada para confirmar que todo estuviera listo para su huésped. La ventana daba al jardín de atrás, pero, en esa tarde de finales de noviembre, lo que se veía era un triste paisaje de plantas perennes desnudas y césped amarronado. Al menos había un brillante toque primaveral en el cuadro de exuberantes peonías rosas que colgaba sobre la cama, y en la cómoda, con el jarrón de rosas amarillas. Una alegre bienvenida para una invitada que había venido en una sombría misión. Jane le había enviado un correo electrónico para explicarle la situación y Maura había leído el expediente de Millie, así que sabía qué esperar. Pero, cuando sonó el timbre y vio a Millie por primera vez, le sorprendió su aspecto demacrado. Había sido un largo viaje desde Ciudad del Cabo y Jane también se veía desaliñada, pero Millie parecía frágil como el ectoplasma, con los ojos hundidos y la delgadez de su cuerpo casi perdida en un jersey demasiado grande.

—Bienvenida a Boston —dijo Maura cuando entraron en la casa; Jane llevaba la maleta de Millie—. Me disculpo por el mal tiempo.

Millie esbozó una débil sonrisa.

—No esperaba que hiciera tanto frío. —Miró avergonzada su enorme jersey—. Lo compré en el aeropuerto. Creo que podría meter a otra mujer dentro.

—Debes estar agotada. ¿Quieres una taza de té?

—Eso sería estupendo, pero primero creo que necesito ir al baño.

—Tu habitación está al final del pasillo, a la derecha, y tienes tu propio baño. Por favor, tómate tu tiempo para instalarte. El té siempre puede esperar.

—Gracias. —Millie cogió su maleta—. Tardaré unos minutos.

Maura y Jane esperaron hasta que oyeron cerrarse la puerta de la habitación de Millie. Entonces Jane habló:

—¿Estás segura de que no tienes problema con esto? Intenté buscar otra solución, pero nuestro apartamento es demasiado pequeño.

—Está todo bien, Jane. Dijiste que es solo durante una semana, y no puedes meter a esa pobre mujer en un hotel.

—Bueno, te lo agradezco. La única alternativa era la casa de mi madre, pero es un manicomio estos días; papá la está volviendo loca.

—¿Cómo van las cosas con tu madre?

—¿Además de que está psicóticamente deprimida? —Jane negó con la cabeza—. Estoy esperando a que se anime y lo eche. El problema es que se esfuerza tanto por hacer felices a los demás que se olvida de sí misma. —Suspiró—. Mi madre, la santa.

«Algo que mi madre nunca será», pensó Maura. Recordó la última vez que había visitado a Amalthea en prisión. Recordó los ojos desalmados de la mujer, su mirada calculadora. Ya entonces el tumor debía estar incubándose en su interior, el mal dentro del mal, como muñecas de nido envenenadas. Ahora que el cáncer la consumía, ¿habría llegado a sentir remordimientos? Para una criatura así, ¿era posible la redención? En unos meses, seis a lo sumo, esos ojos se velarían para siempre. «Es algo que siempre me preguntaré».

Jane miró su reloj.

—Tengo que irme. Dile a Millie que la recogeré mañana sobre las diez para la reunión del equipo. He pedido a la policía de Brookline que envíe un patrullero a tu casa de vez en cuando, para vigilar.

—¿Es necesario? Nadie sabe que está aquí.

—Se trata de hacerla sentir segura. Fue una lucha traerla aquí, Maura. Por lo que a ella respecta, la hemos traído directamente a la guarida de la bestia.

—Puede ser verdad.

—Pero la necesitamos. Solo tenemos que mantenerla cómoda para que no se suba al primer avión y regrese.

—No me molesta tener una invitada —dijo Maura. Miró al gato, que eligió ese instante para saltar sobre la mesita—. Aunque me encantaría deshacerme de este huésped en particular. —Levantó al gato y lo dejó caer al suelo.

—Todavía no habéis estrechado lazos, ¿eh?

—Oh, él ha formado lazos muy fuertes. Con mi abrelatas. —Asqueada, Maura se quitó el pelo de gato de las manos—. Dime, ¿qué piensas de ella?

Jane miró hacia el pasillo y dijo en voz baja:

—Está asustada, y no puedo culparla. Es la única que salió con vida, la única que puede identificarlo en el juicio. Seis años después, sigue causándole pesadillas.

—No es difícil de entender. Tú y yo hemos estado en su lugar. —No hizo falta que se explayara; ambas sabían lo que era sentirse perseguida, estar sin dormir en tu propia cama, esperando escuchar el estallido de una ventana, el giro del pomo de la puerta. Formaban parte de la misma desgraciada hermandad de mujeres acechadas por asesinos.

—Mañana le harán muchas preguntas y tendrá que revivir recuerdos dolorosos —dijo Jane—. Asegúrate de que duerma bien. —Cuando salió por la puerta principal, sonó su teléfono móvil y se detuvo en el porche para contestarlo—. Hola, Tam, acabamos de llegar. Voy hacia allí a ponerme al día con... —Se detuvo en el porche—. ¿Qué? ¿Estás seguro?

Maura vio cómo Jane colgaba y se quedaba mirando el teléfono como si acabara de traicionarla.

—¿Qué pasa?

Jane se volvió hacia ella.

—Tenemos un problema. ¿Recuerdas el cadáver de la desconocida?

—¿Los huesos que encontraron en aquel jardín?

—Me convenciste de que fue víctima del Hombre Leopardo.

—Todavía lo creo. Las marcas de garras en el cráneo. La evidencia de evisceración. La cuerda de nailon. Todo encaja en la imagen.

—El problema es que acaba de ser identificada, confirmado por ADN. Su nombre era Natalie Toombs, veinte años. Estudiaba en el Curry College. Mujer blanca, metro sesenta y cinco.

—Todo concuerda con los restos óseos que examiné. ¿Cuál es el problema?

—Natalie desapareció hace catorce años.

Maura la miró fijamente.

—¿Catorce años? ¿Sabemos dónde estaba Johnny Posthumus entonces?

—Trabajando en un refugio en Sudáfrica. —Jane sacudió la cabeza—. No pudo haber matado a Natalie.

—Esto hace que tu teoría del todopoderoso Hombre Leopardo se vaya al infierno, Rizzoli —dijo Darren Crowe—. Hace catorce años, cuando Natalie Toombs desapareció en Boston, este tío estaba trabajando en Sabi Sands, Sudáfrica. Está todo documentado en el informe de la Interpol. Sus registros de empleado de la casa de campo, un registro de sus horas y talones de pago. Obviamente, no mató a Natalie. Lo que significa que has traído a esa testigo desde Sudáfrica para nada.

Todavía aturdida por una mala noche de sueño, Jane intentaba concentrarse en su portátil.

Aquella mañana se había despertado desorientada y se había tomado dos tazas de café para poner en marcha su cerebro antes de la reunión de equipo, pero la avalancha de información nueva la aturdía y tenía que esforzarse para comprender. Sintió que los otros tres detectives la observaban mientras hojeaba las páginas que confirmaban lo que Tam le había dicho el día anterior por teléfono. Natalie Toombs, a quien habían llamado la Desconocida, era una estudiante de Lengua y Literatura de veinte años que estudiaba en el Curry College, a apenas tres kilómetros del lugar donde encontraron enterrados sus huesos. Natalie vivía en una casa de alquiler fuera del campus con otras dos compañeras que la describían como extrovertida, atlética y amante de la naturaleza. La última vez que la vieron fue un sábado por la tarde, con la mochila llena de libros, camino de una cita de estudio con alguien llamado Ted, a quien ninguna de las dos compañeras de piso conocía.

Al día siguiente, las compañeras denunciaron su desaparición.

Durante catorce años, el caso había languidecido en la base de datos nacional de personas desaparecidas, junto con otras miles de desapariciones sin resolver. Su madre, ya fallecida, había proporcionado al FBI una muestra de ADN por si alguna vez aparecían los restos de su hija. Fue ese ADN el que confirmó que los huesos desenterrados en las obras del jardín eran efectivamente los de Natalie.

Jane miró a Frost, que hizo un gesto de disculpa con la cabeza.

—Es difícil discutir con los hechos —dijo, dolido. Siempre dolía admitir que Crowe tenía razón.

—Has malgastado una buena parte del dinero de la policía de Boston trayendo a esa testigo desde Sudáfrica —dijo Crowe—. Bien hecho, Rizzoli.

—Pero hay pruebas físicas que relacionan al menos un asesinato con Botsuana —señaló ella—. Ese encendedor. Sabemos que pertenecía a Richard Renwick. ¿Cómo llegó de África a Maine, a menos que el asesino lo llevara encima?

—¿Quién sabe por cuántas manos habrá pasado en los últimos seis años? Podría haber llegado aquí en el bolsillo de algún turista inocente que lo encontró Dios sabe dónde. Lo mires como lo mires, está claro que Natalie Toombs no fue asesinada por Johnny Posthumus. Su muerte precede a los otros casos en casi una década. Doy por terminada nuestra investigación conjunta. Tú sigue buscando a tu Hombre Leopardo, Rizzoli, y nosotros buscaremos a nuestro criminal. Porque no creo que haya ninguna conexión entre nuestros casos. —Se volvió hacia su compañero—. Vamos, Tam.

—Millie DeBruin ha venido desde Ciudad del Cabo —dijo Jane—. Ahora mismo está esperando con el doctor Zucker. Al menos, escúchala.

—¿Por qué?

—¿Y si solo hay un asesino? ¿Y si se mueve a través de los estados, a través de las fronteras internacionales, asumiendo otras identidades?

—Espera. ¿Es una nueva teoría? —Crowe se rio—. ¿Un impostor que mata con nombres ajenos?

—Henk Andriessen, nuestro contacto en la Interpol, fue la primera persona que sugirió la posibilidad. A Henk le preocupaba el hecho de que Johnny Posthumus no tuviera antecedentes penales ni historial de violencia. Tenía reputación de guía de safari de primera categoría, respetado por sus colegas. ¿Y si el hombre que llevó a esos siete turistas a la sabana no era Johnny? Ninguno de esos turistas lo había visto antes. El rastreador africano nunca había trabajado con él. Otro hombre podría haber ocupado el lugar del verdadero Johnny.

—¿Un impostor? Entonces, ¿dónde está el verdadero Johnny?

—Debería estar muerto.

Se hizo el silencio en la mesa mientras sus tres colegas digerían esa nueva posibilidad.

—Yo diría que esto te devuelve al punto de partida —dijo Crowe—. Buscas a un asesino sin nombre, sin identidad. Buena suerte.

—Quizá no tengamos un nombre —dijo Jane—, pero tenemos una cara. Y tenemos a alguien que lo ha visto.

—Tu testigo identificó a Johnny Posthumus.

—Basándose en una sola foto de pasaporte. Todos sabemos que las fotos pueden mentir.

—También los testigos.

—Millie no es una mentirosa —replicó Jane—. Pasó por un infierno y no quería venir. Pero está sentada ahí fuera con el doctor Zucker en este mismo momento. Lo menos que puedes hacer es escucharla.

—De acuerdo. —Crowe suspiró y se dejó caer de nuevo en su silla—. De momento, le seguiré el juego. ¿Por qué no escuchar lo que tiene que decir?

Jane fue al interfono.

—Doctor Zucker, ¿puedes traer a Millie?

Momentos después, Zucker acompañó a Millie a la sala de conferencias. Iba vestida con un traje de falda de lana y camisa Oxford, pero el traje le quedaba grande, como si hubiera adelgazado recientemente, y parecía más bien una niña disfrazada con la ropa de su madre. Se sentó en la silla que Zucker le tendió, pero mantuvo la mirada fija en la mesa, como si se sintiera demasiado intimidada para mirar a los detectives que ahora la estudiaban.

—Estos son mis colegas de homicidios —dijo Jane—. Los detectives Crowe, Tam y Frost. Han leído el expediente y saben lo que te sucedió en el Delta. Pero necesitan más.

Millie la miró con el ceño fruncido.

—¿Más?

—Sobre Johnny. El hombre que conocías como Johnny.

—Cuénteles lo que acaba de decirme sobre Johnny —sugirió el doctor Zucker—. ¿Recuerda que dije que cada asesino tiene su propia técnica, su propia firma? Estos detectives quieren saber qué hace que Johnny sea único. Cómo trabaja, cómo piensa. Lo que usted les diga podría ser el detalle que necesiten para atraparlo.

Millie se lo pensó un momento.

—Confiábamos en él —dijo en voz baja—. Todo se reducía a eso. Creíamos que cuidaría de nosotros. En el Delta, hay docenas de formas diferentes de morir. Cada vez que sales del jeep o de la tienda, hay algo esperando para matarte. En un lugar así, la única persona en la que tienes que creer es en tu guía. El hombre que tiene experiencia, el hombre que lleva el rifle. Teníamos todas las razones para confiar en él. Antes de reservar el viaje, Richard había hecho algunas investigaciones. Dijo que Johnny tenía dieciocho años de experiencia. Dijo que había testimonios de otros viajeros. Gente de todo el mundo.

—¿Y sacó todo eso de Internet? —preguntó Crowe, arqueando una ceja.

—Sí —admitió Millie, y se ruborizó—. Todo parecía ir bien cuando llegamos al delta. Nos recibió en la pista de aterrizaje. Las tiendas eran básicas pero cómodas. Y el delta era precioso. Realmente virgen, de una forma que no puedes creer que aún exista. —Hizo una pausa; tenía los ojos desenfocados, estaba perdida en los recuerdos de aquel lugar. Tomó aire—. Durante las dos primeras noches, todo fue como esperábamos. La acampada, las comidas, los safaris. Luego... todo cambió.

—Después de que matasen al rastreador —dijo Jane.

Millie asintió.

—Al amanecer, encontramos el cuerpo de Clarence. O... partes de él. Las hienas se habían alimentado y quedaba tan poco que no teníamos idea de lo que había pasado. Para entonces estábamos muy lejos en la sabana, demasiado lejos para usar la radio. De todos modos, estaba muerto. Igual que el camión. —Tragó saliva—. Nos quedamos tirados.

La sala había enmudecido. Incluso Crowe se abstuvo de hacer sus habituales comentarios socarrones. El creciente horror de la historia de Millie se había apoderado de todos.

—Quería creer que solo era una racha de mala suerte. Clarence muerto. El camión que no arrancaba. Richard todavía pensaba que era una gran aventura, algo que podría escribir en su libro. Su héroe Jackman Tripp, perdido en la naturaleza, sobreviviendo contra todo pronóstico. Sabíamos que tarde o temprano nos rescatarían. El avión vendría a buscarnos. Así que decidimos quedarnos con lo mejor de la situación y disfrutar de la experiencia en la sabana. —Tragó saliva —. Entonces mataron al señor Matsunaga y aquello dejó de ser una aventura. Era una pesadilla.

—¿Sospechaba usted que Johnny estaba detrás de las muertes? —preguntó Frost.

—Todavía no. Al menos, yo no. El cuerpo de Isao apareció en un árbol, como la clásica muerte

causada por un leopardo. Parecía otro accidente, otro caso de mala suerte. Pero los otros murmuraban sobre Johnny. Se preguntaban si estaba detrás de ello. Había prometido mantenernos a salvo, y dos personas habían muerto. —Millie miró la mesa—. Debería haberles hecho caso. Debería haberlos ayudado a acabar con Johnny, pero no podía creerlo. Me negaba a creerlo, porque... —Se interrumpió.

—¿Por qué? —preguntó suavemente el doctor Zucker.

Millie se secó las lágrimas.

—Porque estaba un poco enamorada de él —susurró.

«Enamorada del hombre que intentó matarla». Jane miró alrededor de la mesa las expresiones de asombro de sus colegas, pero ella misma no encontraba nada chocante en la confesión de Millie. ¿Cuántas otras mujeres habían sido asesinadas por maridos y novios, por hombres a los que amaban? Una mujer enamorada no sabe juzgar. No era de extrañar que Millie estuviera tan atormentada; había sido traicionada no solo por Johnny, sino por su propio corazón.

—Nunca lo había admitido. Ni siquiera a mí misma —dijo Millie—. Pero allí fuera, en la naturaleza, todo era muy diferente. Hermoso y extraño. Los sonidos de la noche, cómo olía el aire. Te despertabas cada mañana con un poco de miedo. Con los nervios a flor de piel. Viva. —Miró a Zucker—. Era el mundo de Johnny. Y él me hacía sentir segura allí.

El afrodisíaco definitivo. «Ante el peligro, no hay nadie más deseable que el protector —pensó Jane—. Por eso las mujeres se enamoran de policías y guardaespaldas, por eso las cantantes cantan sobre “alguien que me cuide”. En la sabana africana, el hombre más deseable es el que puede mantenerte con vida».

—Los otros hablaban de reducir a Johnny y hacerse con el arma. Yo no estaba de acuerdo, creía que estaban paranoicos. Y Richard los incitaba, tratando de hacerse el héroe, porque estaba celoso de Johnny. Allí estábamos, rodeados de animales que podían comernos, pero la verdadera batalla se libraba dentro de nuestro campamento. Éramos Johnny y yo contra los demás. Dejaron de confiar en mí, dejaron de contarme sus planes. Pensé que podríamos resistir hasta que nos rescataran y que entonces verían lo ridículos que habían sido. Pensé que solo teníamos que calmarnos y esperar. Y entonces... —Tragó saliva—. Intentó matar a Elliot.

—La víbora en la tienda —dijo Jane.

Millie asintió.

—Fue cuando supe que tenía que tomar una decisión. Incluso entonces, no podía hacerme a la idea de que fuera Johnny. No quería creérmelo.

—Porque la hacía confiar en él —dijo Zucker.

Millie se secó los ojos y se le quebró la voz.

—Así es como lo hace. Hace que confíes en él. Elige a la única persona que quiere creer en él.

Puede que busque a la que está más sola, la mujer más corriente. O a la mujer cuyo novio la va a dejar. Él sabe cuál es. Le sonríe y, por primera vez en su vida, ella se siente viva de verdad. —De nuevo se secó los ojos—. Yo era la gacela más débil de la manada. Él lo sabía.

—Difícilmente la más débil —dijo Tam con suavidad—. Usted es la que sobrevivió.

—Y ella es la que puede identificarlo —dijo Jane—. Sea cual sea su verdadero nombre. Tenemos su descripción. Sabemos que mide entre metro ochenta y metro ochenta y siete, es musculoso, pelo rubio, ojos azules. Puede haberse cambiado el color del pelo, pero no puede disimular su estatura.

—O sus ojos —dijo Millie—. La forma en la que te mira.

—Descríbelo.

—Como si mirara directamente a tu alma y leyera tus sueños, tus miedos. Como si pudiera ver exactamente quién eres.

Jane pensó en los ojos de otro hombre, los ojos que una vez había mirado mientras se preparaba para morir, y se le puso la carne de gallina. «Ambas hemos sentido la mirada de un asesino —pensó—. Pero yo lo supe cuando lo vi». Millie no, y su vergüenza era evidente en los hombros caídos, en la cabeza gacha.

El móvil de Jane sonó, estridente y repentino. Ella se levantó y salió de la habitación para contestarlo.

Era la criminalista Erin Volchko.

—¿Recuerdas esos pelos de animal que encontraron en la bata azul de Jodi Underwood?

—Los pelos de gato —dijo Jane.

—Sí, dos de ellos son definitivamente de un gato doméstico. Pero había un tercer pelo que no pude identificar. El que envié al laboratorio de vida salvaje en Oregón. Acabamos de recibir el resultado de la queratina.

—¿Un leopardo de las nieves?

—No, me temo que no. Es de la especie Pantera tigris.

—Eso suena como un tigre.

—Un tigre de Bengala, para ser específicos. Lo cual es una sorpresa para mí. Quizá puedas explicar cómo un pelo de tigre llegó al albornoz de una víctima.

Jane ya tenía la respuesta.

—La casa de Leon Gott era un arca de Noé de animales disecados. Creo recordar una cabeza de tigre en su pared, pero no tengo idea de si era un tigre de Bengala.

—¿Puedes conseguirme unos pelos de esa cabeza? Si coinciden con este, nos dirá que hubo transferencia desde la casa de Leon Gott a la bata de Jodi Underwood.

—Dos víctimas. El mismo asesino.

—Desde luego, empieza a parecer posible.

CAPÍTULO 29

Está aquí, en algún lugar de esta ciudad. Mientras estamos sentados en el tráfico de la tarde, miro por la ventanilla del coche y veo pasar a los peatones, con las cabezas gachas contra el viento que azota entre los edificios. He vivido tanto tiempo en la granja que he olvidado lo que es estar en una ciudad. No me gusta Boston. No me gustan el frío ni el gris, y estos altos edificios me impiden ver el cielo, atrapándome en una sombra eterna. No me gusta la aspereza de la gente, que es tan directa y fría. La detective Rizzoli parece abstraída mientras conduce y no hace ningún esfuerzo por conversar, así que nos quedamos en silencio. Fuera hay una cacofonía de bocinazos, sirenas lejanas y gente, mucha gente. Al igual que la sabana, esto también es un terreno peligroso, donde un paso en falso —un descuido en la acera, un intercambio de palabras con un hombre enfadado— puede resultar fatal.

¿Dónde, en este gigantesco laberinto urbano, se esconde Johnny?

Dondequiera que miro, imagino que lo veo. Atisbo una imponente cabeza rubia y un par de anchos hombros, y mi corazón da un vuelco. Entonces se gira y veo que no es él. Tampoco es el siguiente hombre alto y rubio que me llama la atención. Johnny está en todas partes y en ninguna.

Nos detenemos en otro semáforo, encajonados entre dos carriles de coches. La detective Rizzoli me mira.

—Necesito hacer una parada rápida antes de llevarte a casa de Maura. ¿Te parece bien?

—No hay problema. ¿A dónde vamos?

—A una casa. La escena del crimen de Gott.

Lo dice a la ligera, pero es lo que hace para ganarse la vida. Va a lugares donde encuentran cadáveres. Es como Clarence, nuestro rastreador en el Delta, que siempre estaba buscando rastros de animales. Las presas de la detective Rizzoli son los asesinos.

Por fin escapamos del denso tráfico urbano y entramos en un barrio de casas mucho más tranquilo. Aquí hay árboles, aunque noviembre los ha despojado de sus hojas, que caen como confeti marrón sobre las calles. La casa en la que aparcamos tiene todas las persianas cerradas, y un pedazo de cinta policial flamea en un árbol, el único toque luminoso en la penumbra otoñal.

—Solo tardaré unos minutos —dice—. Puedes esperar en el coche.

Echo un vistazo a la calle desierta y veo una silueta en una ventana, desde donde alguien nos observa. Por supuesto que hay gente observando. Un asesino ha visitado su vecindario y les preocupa que vuelva a aparecer.

—Entraré contigo —digo—. No quiero quedarme aquí sola.

Mientras la sigo hasta el porche, me tenso ante lo que voy a encontrar. Nunca he entrado en una casa donde asesinaron a alguien y me imagino las paredes manchadas de sangre, una figura dibujada con tiza en el suelo. Pero, cuando entramos, no veo sangre ni signos de violencia, a menos que cuente la espantosa exhibición de cabezas disecadas de animales. Hay docenas de ellas colgadas en las paredes, con ojos tan reales que parecen mirarme. Una galería acusadora de víctimas. El abrumador olor a lejía hace que me lloren los ojos y me pique la nariz.

Ella nota mi mueca y dice:

—El personal de limpieza debe haber rociado toda la casa con lejía. Pero huele mucho mejor que antes.

—¿Sucedió..., fue en esta habitación?

—No, en el garaje. No necesito entrar allí.

—¿Qué hacemos aquí, exactamente?

—Busco un tigre. —Examina las cabezas expuestas como trofeos en las paredes—. Allí está. Sabía que había visto uno.

Mientras arrastra una silla para alcanzar al tigre, imagino las almas de estos animales muertos murmurando entre ellas, juzgándonos. El león africano parece tan vivo que casi me da miedo acercarme a él, pero me atrae como un imán. Pienso en los leones reales que vi en el delta, recuerdo sus músculos macizos bajo el pelaje leonado. Pienso en Johnny, de pelo dorado e igual de musculoso, e imagino su cabeza mirándome fijamente. La criatura más peligrosa de este muro.

—Johnny decía que mataría a un hombre antes que a un gran felino.

Rizzoli hace una pausa en medio de su tarea de arrancar pelos al tigre disecado y me mira.

—Entonces, esta casa lo cabrearía. Gott mató a todos estos felinos por deporte. Y encima presumía de ello en una revista. —Señala la galería de fotos que cuelga en la pared de enfrente —. Ese es el padre de Elliot.

En todas las fotos, veo al mismo hombre de mediana edad, posando con un rifle junto a sus diversas víctimas. También hay un artículo enmarcado de una revista: «El Maestro de los trofeos: Una entrevista con el maestro taxidermista de Boston».

—No tenía ni idea de que el padre de Elliot fuera cazador.

—¿Elliot nunca te lo dijo?

—Ni una palabra. No hablaba de su padre en absoluto.

—Probablemente porque se avergonzaba de él. Elliot y su padre habían discutido años antes. A

Leon le gustaba cazar animales. Elliot quería salvar a los delfines, los lobos y los ratones de campo.

—Bueno, sé que le encantaban los pájaros. En los safaris siempre nos los señalaba e intentaba identificarlos. —Miró las fotos de Leon Gott con sus conquistas de animales muertos y sacudió la cabeza—. Pobre Elliot. Era el saco de boxeo del grupo.

—¿Qué quieres decir?

—Richard lo menospreciaba continuamente, lo convertía en el blanco de sus bromas. Los hombres y su testosterona; siempre tratan de imponerse sobre los demás. Richard quería ser el rey y Elliot tenía que inclinarse ante él. Se trataba de impresionar a las rubias.

—¿Las dos chicas sudafricanas?

—Sylvia y Vivian. Elliot estaba embobado con ellas, y Richard nunca perdía la oportunidad de demostrar lo hombre que era.

—Aún pareces amargada por ello, Millie —observa en voz baja.

Me sorprende darme cuenta de que estoy amargada. Que, incluso después de seis años, todavía me duele recordar aquellas noches alrededor del fuego, con toda la atención de Richard puesta en las chicas.

—Y durante esa batalla por el dominio masculino, ¿dónde estaba Johnny? —pregunta.

—Es extraño, pero en realidad no parecía importarle. Se limitaba a observar la telenovela. Nada de nuestras pequeñas batallas y celos parecía importarle.

—Tal vez porque tenía otras cosas en que pensar. Como lo que había planeado para vosotros.

¿Acaso pensaba en sus planes cuando se sentaba a mi lado junto al fuego? ¿Imaginaba lo que sentiría al derramar mi sangre, al ver cómo la vida se escurría de mis ojos? Siento un frío repentino, me abrazo a mí misma mientras miro las fotos de Leon Gott y sus animales muertos.

Rizzoli se pone a mi lado.

—He oído que era un gilipollas —dice, mirando la foto de Gott—. Pero hasta los gilipollas merecen justicia.

—Con razón Elliot nunca lo mencionaba.

—¿Alguna vez habló de su novia?

Me quedo mirándola.

—¿Novia?

—Jodi Underwood. Ella y Elliot estuvieron juntos dos años.

Eso me sorprende.

—Estaba tan ocupado babeando por las rubias que nunca mencionó a ninguna novia. ¿La has conocido? ¿Cómo es ella?

No responde enseguida. Algo la preocupa, algo la hace dudar antes de responder.

—Jodi Underwood está muerta. Fue asesinada la misma noche que Leon.

Me quedo mirándola.

—No me lo dijiste. ¿Por qué no me lo dijiste?

—Es una investigación abierta, así que hay cosas que no puedo contarte, Millie.

—Me has traído hasta aquí para ayudarla, y aun así me ocultas cosas importantes. Deberías habérmelo dicho.

—No sabemos si sus muertes están conectadas. El asesinato de Jodi parece un robo, y el método fue totalmente diferente al de Leon. Por eso he venido a por estas muestras de pelo. Buscamos un vínculo físico entre los ataques.

—¿No es obvio? La conexión es Elliot. —Me doy cuenta con tanta fuerza que por un momento no puedo hablar, ni siquiera respirar. Susurro—: La conexión soy yo.

—¿Qué quieres decir?

—¿Por qué te pusiste en contacto conmigo? ¿Por qué pensaste que podía ayudarte?

—Porque seguimos las conexiones. Nos llevaron a los asesinatos de Botsuana. Y a ti.

—Exacto. Esos vínculos os han llevado hasta mí. Durante seis años me he estado escondiendo en Touws River, viviendo bajo un nombre diferente. Me he mantenido alejada de Londres porque temía que Johnny me encontrara. Tú crees que él está aquí, en Boston. Y ahora, yo también lo estoy. —Trago saliva—. Justo donde él quiere que esté.

Veo mi miedo reflejado en sus ojos.

—Vámonos —dice en voz baja—. Te llevaré a casa de Maura.

Al salir de la casa, me siento tan vulnerable como una gacela en medio del pastizal. Imagino ojos por todas partes, observándome desde las casas, desde los coches que pasan. Me pregunto cuánta gente sabe que estoy en Boston. Recuerdo el aeropuerto atestado de gente donde aterrizamos ayer y pienso en todas las personas que podrían haberme visto en el vestíbulo del edificio de la policía de Boston, en la cafetería o esperando el ascensor. Si Johnny hubiera estado allí, ¿lo habría visto?

¿O soy como la gacela, que no ve al león hasta el momento en el que salta sobre ella?

CAPÍTULO 30

—En su mente, se ha convertido en un monstruo de proporciones míticas —dijo Maura—. Durante seis años, ha estado obsesionada con él. Es natural que piense que esta cacería gira en torno a ella.

Desde el salón, Jane oía el ruido de la ducha del baño de invitados. Mientras Millie estaba lejos, tenían la oportunidad de hablar de ella en privado, y Maura se apresuró a ofrecer su opinión.

—Piensa en lo absurda que es su idea, Jane. Cree que el superhombre Johnny mató al padre de Elliot, mató a la novia de Elliot y tuvo la milagrosa previsión de dejar un encendedor de plata como pista hace cinco años ¿Todo eso para hacerla salir de su escondite? —Maura negó con la cabeza—. Incluso para un maestro del ajedrez, es demasiado elaborado.

—Pero es posible que de verdad ella esté en el centro de todo.

—¿Qué prueba tienes de que Jodi Underwood y Leon Gott fueron asesinados por la misma persona? A él lo colgaron y destriparon. A ella la estrangularon en un veloz y eficiente ataque relámpago. A menos que haya una coincidencia de ADN con esos pelos de felinos...

—El pelo de tigre es bastante convincente.

—¿Qué pelo de tigre?

—El laboratorio forense me llamó justo antes de que viniera hacia aquí. ¿Recuerdas esa tercera hebra no identificada en el albornoz azul de Jodi? Provenía de un tigre de Bengala. —Jane sacó de su bolsillo la bolsa plástica para pruebas—. Leon Gott casualmente tiene una cabeza de tigre montada en su pared. ¿Qué probabilidades hay de que dos asesinos diferentes hayan estado en contacto con un tigre?

Maura frunció el ceño al ver los pelos en la bolsa de pruebas.

—Bueno, eso hace que tu caso sea mucho más convincente. Fuera de un zoo, no vas a encontrar muchos... —Se interrumpió y miró a Jane—. El zoo tiene un tigre de Bengala. ¿Y si ese pelo era de un animal vivo?

El zoo.

Un recuerdo cruzó de repente la mente de Jane. La jaula del leopardo. Debra Lopez, mutilada y sangrando a sus pies. Y el veterinario, el doctor Oberlin, agachado sobre el cuerpo de Debra, bombeando desesperadamente para reiniciar su corazón. Alto, rubio, ojos azules. «Como Johnny Posthumus».

Jane sacó su teléfono móvil.

Media hora después, el doctor Alan Rhodes le devolvió la llamada.

—No sé para qué la quiere, pero he podido encontrar una foto de Greg Oberlin. No es muy buena. Se hizo en nuestra recaudación de fondos, hace unas semanas. ¿De qué se trata todo esto?

—No se lo habrá contado al doctor Oberlin, ¿verdad? —dijo Jane.

—Usted me ha pedido que no lo hiciera. Francamente, no me siento cómodo haciendo esto a escondidas de él. ¿Se trata de algún asunto policial?

—No puedo compartir los detalles, doctor Rhodes. Es confidencial. ¿Puede enviarme esa foto por correo electrónico?

—¿Ahora?

—Sí, ahora mismo. —Jane elevó la voz—: ¡Maura, necesito usar tu ordenador! ¡Nos va a enviar la foto!

—Está en mi estudio.

Cuando Jane se sentó en el escritorio de Maura e inició sesión en su cuenta de correo electrónico, la foto ya estaba en su bandeja de entrada. Rhodes dijo que había sido tomada durante una recaudación de fondos para el zoo, y era evidente que se trataba de un evento de etiqueta. Vio a media docena de invitados sonrientes posando en un salón de baile, con copas de vino en la mano. El doctor Oberlin aparecía en el extremo de la imagen, parcialmente de espaldas, con la mano cerca de la bandeja de canapés.

—Vale, la estoy mirando ahora —le dijo a Rhodes por teléfono—. Pero no es una buena foto de él. ¿Tiene alguna otra?

—Tendría que buscar por ahí. O podría pedírsela.

—No. No se la pida.

—¿Puede decirme de qué va todo esto? No estará investigando a Greg, ¿verdad? Porque es recto como una vara.

—¿Sabe si ha estado alguna vez en África?

—¿Qué tiene eso que ver?

—¿Sabe si ha visitado África?

—Seguro que sí. Su madre es de Johannesburgo. Mire, tendrá que preguntárselo usted misma. Esto me incomoda.

Jane oyó pasos y se giró para ver a Millie de pie detrás de ella.

—¿Qué te parece? —le preguntó Jane—. ¿Es él?

Millie no contestó. Permaneció con los ojos clavados en la foto y las manos aferradas al respaldo de la silla de Jane. Su silencio se prolongó tanto que la pantalla del ordenador se apagó y Jane tuvo que volver a encenderla.

—¿Es Johnny? —insistió.

—Podría ser... Podría ser —susurró Millie—. No estoy segura.

—Rhodes —dijo Jane al teléfono—. Necesito una foto mejor.

Lo oyó suspirar.

—Le preguntaré al doctor Mikovitz. O quizá su secretaria tenga algo en la oficina de relaciones públicas.

—No quiero meter a demasiadas personas en el círculo.

—Mire, no sé de qué otra forma va a conseguirla. A menos que quiera venir aquí con su propia cámara.

Jane miró a Millie, cuyos ojos seguían fijos en la pantalla y en el doctor Gregory Oberlin.

—Es exactamente lo que voy a hacer —afirmó.

CAPÍTULO 31

Jane me promete que estaré a salvo. Me dice que en ningún momento tendré que enfrentarme a él cara a cara, porque todo se grabará en vídeo y habrá varios agentes de policía en las instalaciones. Me siento con el detective Frost en el aparcamiento del zoo y, desde su coche, veo cómo las familias y los niños entran por la puerta. Parecen felices y entusiasmados con un día en el zoo. Es sábado, por fin brilla el sol y todo parece diferente: limpio, brillante y nítido. Yo también noto la diferencia. Sí, estoy nerviosa, y más que un poco asustada, pero por primera vez en seis años creo que el sol está a punto de salir en mi vida, y pronto todas las sombras se disiparán.

El detective Frost contesta su móvil.

—Sí, todavía estamos en el aparcamiento. La llevaré ahora. —Me mira—. Rizzoli está entrevistando al doctor Oberlin en las instalaciones de cuidado animal. Eso es en el extremo sur del zoo, y no nos acercaremos a esa zona. No tiene de qué preocuparse. —Abre la puerta—. Vamos, Millie.

Nos dirigimos juntos a la entrada. Ninguno de los taquilleros se da cuenta de que hay una operación policial en marcha y caminamos como cualquier otro visitante; entregamos las entradas y pasamos por el torniquete. El primer recinto que veo es la laguna de los flamencos, y pienso en mi hija Violet, que ha presenciado el espectáculo de miles de flamencos en libertad. Siento pena por estos niños de ciudad, para quienes los flamencos siempre estarán representados por una docena de pájaros lánguidos en un estanque de hormigón. No tengo oportunidad de atisbar ningún otro animal, porque el detective Frost me conduce directamente por el pasillo hasta el edificio administrativo.

Esperamos en una sala de conferencias amueblada con una larga mesa de teca, una docena de cómodas sillas y un carrito repleto de equipos de vídeo. En las paredes, enmarcados, hay distinciones y premios para el zoo de Suffolk y su personal. «Excelencia en diversidad», «Excelencia en marketing», «Premio Marlin Perkins», «Mejor exposición del noroeste». Esta es la sala donde alardean y muestran a los visitantes lo distinguida que es la institución.

En la pared de enfrente, veo los currículums de varios miembros del personal, y mis ojos van directos al del doctor Oberlin. Cuarenta y cuatro años. Licenciado en Ciencias por la Universidad de Vermont. Doctor en Medicina Veterinaria por la Universidad de Cornell. No hay fotografía.

—Esto puede llevar un tiempo, así que tenemos que ser pacientes —dice el detective Frost.

—He esperado seis años —le digo—. Puedo esperar un poco más.

CAPÍTULO 32

Con su metro noventa de estatura, rubio y de ojos azules, el doctor Gregory Oberlin tenía un parecido asombroso con la foto del pasaporte de Johnny Posthumus. La misma mandíbula cuadrada y la misma frente ancha, que ahora se arrugaba con perplejidad mientras miraba cómo Jane encendía la videocámara.

—¿De verdad necesita grabar? —preguntó.

—Quiero tener un registro preciso. Además, así no tendré que tomar notas y podré centrarme en la entrevista. —Jane sonrió y se sentó. Se oían ruidos de fondo que distraían la atención, sonidos de animales procedentes de las jaulas veterinarias situadas justo fuera del consultorio del doctor Oberlin, pero el entorno tendría que servir. Lo quería en un ambiente que le resultara familiar, donde estuviera relajado. Una entrevista en la policía de Boston casi seguro que lo alarmaría.

—Me alegro de que esté investigando la muerte de Debra —dijo—. Me ha estado preocupando. Mucho.

—¿Qué aspecto en particular? —preguntó Jane.

—Es algo que no debería haber ocurrido. Debra y yo trabajamos juntos durante años. No era una persona descuidada y sabía moverse entre grandes felinos. No puedo imaginarla olvidándose de algo tan simple como cerrar la jaula nocturna del leopardo.

—El doctor Rhodes dice que hasta los cuidadores experimentados lo han hecho.

—Bueno, eso es cierto. Ha habido accidentes en zoológicos muy buenos con cuidadores de larga trayectoria. Pero Debra era el tipo de persona que no salía de su casa sin comprobar que los quemadores estuvieran apagados y las ventanas, cerradas.

—Entonces, ¿qué sospecha que sucedió? ¿Otra persona abrió la jaula nocturna?

—Eso debe estar pensando usted, ¿no? Supongo que por eso quería entrevistarme.

—¿Existía alguna razón por la que Debra pudiera haber sido descuidada ese día? —preguntó Jane—. ¿Algo que pudiera haberla distraído?

—Habíamos roto unos meses antes, pero ella parecía estar bien. No sé de nada que la inquietara.

—Me dijo usted que fue ella la que quiso romper.

—Sí. Yo quería hijos, y ella no. No hay manera de llegar a un acuerdo sobre ese tema. No había rencor entre nosotros y nunca dejé de quererla. Por eso necesito saber si algo se nos ha escapado.

—Si ella no dejó la puerta abierta, ¿quién cree que lo hizo?

—Esa es la cuestión, ¡no lo sé! La zona del personal está fuera de la vista del público, así que en teoría cualquiera podría haberse colado allí sin ser visto.

—¿Tenía enemigos?

—No.

—¿Un nuevo novio?

Una pausa.

—No lo creo.

—No parece muy seguro.

—Últimamente no hablábamos mucho, excepto de asuntos de trabajo. Sé que se enfadó el día que le practiqué la eutanasia a Kovo, pero la verdad es que no tuve más remedio. Intentamos mantenerlo vivo todo el tiempo que pudimos. Al final, era cruel dejarlo sufrir.

—Así que Debra estaba molesta por algo.

—Sí, y cabreada también, porque a Kovo lo iban a disecar para un ricachón gilipollas. Se molestó sobre todo cuando se enteró de que era el imbécil de Jerry O'Brien.

—Deduzco que no es usted un admirador.

—El tío ese cree que África es su matadero personal. Se jacta de ello en su programa de radio. Sí, Debra estaba cabreada, y yo también. Parte de nuestra misión aquí es la conservación de la vida salvaje. Tengo que ir a Johannesburgo el mes que viene, a una conferencia sobre protección de especies raras. Y aquí se ha hecho un trato con el diablo, todo por dinero.

—Así que se va a África —dijo Jane—. ¿Ha estado allí antes?

—Sí. Mi madre es de Johannesburgo y tenemos familia allí.

—¿Y Botsuana? He estado pensando en ir. ¿Ha estado alguna vez?

—Sí. Decididamente, debería ir.

—¿Cuándo estuvo usted allí?

—No lo sé. Hace siete, ocho años tal vez. Es bellísimo, uno de los últimos lugares salvajes del mundo.

Jane apagó la cámara.

—Gracias. Creo que es toda la información que necesito por ahora.

Él frunció el ceño.

—¿Eso es todo?

—Si tengo otras preguntas, me pondré en contacto.

—Seguirá investigando esto, ¿verdad? —dijo Oberlin, mientras ella guardaba la cámara de vídeo —. Me molesta que se descarte sin más como un accidente.

—Por el momento, doctor Oberlin, es difícil llamarlo otra cosa que un accidente. Todo el mundo me dice que los grandes felinos son peligrosos.

—Bueno, si necesita algo más, hágamelo saber. Haré todo lo que pueda para ayudar.

«Ya lo has hecho», pensó Jane mientras salía de su despacho cargada con la cámara. Era sábado, y el tiempo soleado había atraído multitudes al zoo, por lo que tuvo que abrirse paso por el concurrido camino. Tal vez ahora todo empezara a moverse con rapidez. Cuatro agentes de civil ya estaban en las instalaciones, esperando su llamada para detener a Oberlin. Un equipo técnico se abalanzaría sobre él para confiscar su ordenador y sus archivos electrónicos, y Maura ya estaba recogiendo muestras del tigre de Bengala del zoo para el laboratorio de pelo y fibras. La trampa estaba activada y lo único que Jane necesitaba para cerrarla era una identificación positiva de Millie.

Cuando entró en la sala de conferencias del edificio administrativo, donde la esperaban Frost y Millie, sintió que una corriente de electricidad le recorría los nervios. Como el cazador que ha avistado a su presa, ya podía oler la sangre en el aire.

Jane conectó la cámara al monitor de vídeo y se volvió hacia Millie, que estaba aferrada al respaldo de una silla, con las manos tan tensas que sus tendones parecían a punto de romperse. Para Jane, se trataba de una mera cacería; para Millie, ese podía ser el momento en el que terminaran sus pesadillas, y se enfrentaba al monitor de vídeo como una prisionera que suplica un indulto.

—Allá vamos —dijo Jane, y pulsó el botón de inicio.

La pantalla parpadeó y apareció el doctor Oberlin, frunciendo el ceño ante la cámara.

—¿Realmente necesita grabar?

—Quiero tener un registro preciso. Además, así no tengo que tomar notas y puedo centrarme en la entrevista.

Mientras se reproducía el vídeo, Jane mantuvo la mirada fija en Millie. El único sonido de la sala era la grabación de las preguntas de Jane y las respuestas de Oberlin. Millie permanecía rígida, aferrada al respaldo de la silla como si fuera el único anclaje sólido de la habitación. No se movía, ni siquiera parecía respirar.

—¿Millie? —dijo Jane. Pulsó «Pausa» y el rostro de Gregory Oberlin permaneció congelado en

la pantalla—. ¿Es él? ¿Es Johnny?

Millie la miró.

—No —susurró.

—Pero viste su foto ayer. Dijiste que podía ser él.

—Me equivoqué. No es él. —A Millie se le doblaron las piernas y se dejó caer en una silla—. No es Johnny.

Su respuesta pareció succionar todo el aire de la habitación. Jane estaba segura de que habían atrapado al asesino. Ahora, en lugar del Hombre Leopardo, parecía que habían pillado a Bambi. Era su recompensa por haberlo apostado todo a una testigo inestable con mala memoria.

—Jesús —murmuró Jane—. Entonces, volvemos a no tener nada.

—Vamos, Rizzoli —dijo Frost—. Ella en ningún momento estuvo muy segura.

—Ya tengo a Marquette encima por lo del viaje a Ciudad del Cabo. Ahora esto.

—¿Qué esperabas? —dijo Millie. Miró a Jane con repentino enfado—. Para ti es solo un rompecabezas, y creíste que yo tenía la pieza que faltaba. ¿Y si no la tengo?

—Todos estamos cansados —dijo Frost, haciendo de mediador, como siempre—. Creo que deberíamos respirar hondo. Quizá comer algo.

—¡Hice lo que me pediste! No sé qué más puedo hacer por ti —dijo Millie—. Quiero irme a casa.

Jane suspiró.

—Vale. Sé que ha sido un día duro para ti. Haremos que un patrullero te lleve a casa de Maura.

—No, me refiero a mi casa. A Touws River.

—Mira, siento haberme enfadado. Mañana revisaremos todo de nuevo. Tal vez haya algo...

—He terminado con esto. Echo de menos a mi familia. Me marcho a casa. —Millie empujó la silla hacia atrás y se puso en pie; los ojos le brillaban con una fiereza que Jane no había visto antes en ella. Esa era la mujer que había sobrevivido contra todo pronóstico en la sabana, la mujer que se había negado a arrodillarse y morir—. Me iré mañana.

El móvil de Jane sonó.

—Podemos hablar de ello más tarde.

—No hay nada que hablar. Si no me consigues un vuelo, lo haré yo misma. He terminado con esto. —Salió de la habitación.

—Millie, espere —dijo Frost, y la siguió al pasillo—. Déjeme buscar a alguien que la lleve de vuelta.

Jane cogió su móvil y contestó:

—Rizzoli.

—Parece que no es un buen momento —dijo la criminalista Erin Volchko.

—De hecho, es un pésimo momento. Pero adelante. ¿Qué sucede?

—Tal vez esto mejore tu estado de ánimo. Es sobre esas muestras de pelo que recogiste del tigre de Bengala de Gott.

—¿Qué pasa con ellas?

—Los pelos están quebradizos y degradados, con adelgazamiento y fusión de la cutícula superficial. Sospecho que ese tigre fue sacrificado y disecado hace décadas, porque los pelos muestran cambios debidos a la edad y a la radiación UV. Eso es un problema.

—¿Por qué?

—El pelo de tigre que estaba en el albornoz de Jodi Underwood no mostraba signos de degradación. Es fresco.

—¿Quieres decir que es de un tigre vivo? —Jane suspiró—. Qué lástima. Acabamos de tachar al veterinario del zoo de nuestra lista.

—Me dijiste que hubo otros dos empleados del zoo en la casa de Gott ese mismo día, entregando el cadáver del leopardo de las nieves. Es probable que su ropa esté cubierta de todo tipo de pelos de animales. Tal vez soltaron pelos en la casa, y el asesino los recogió en su ropa. La transferencia terciaria podría explicar cómo el pelo de tigre llegó al albornoz de Jodi.

—Así que aún podríamos estar hablando del mismo asesino en ambos homicidios.

—Sí. ¿Son buenas o malas noticias?

—No lo sé. —Jane cortó con un suspiro. «No tengo ni puta idea de cómo encaja todo». Frustrada, desenchufó la videocámara del monitor, enrolló los cables y metió todo en el maletín. Pensó en las preguntas que le harían al día siguiente sobre el caso y en cómo defendería sus decisiones, por no hablar de los gastos. Crowe la atacaría como el buitre que era, ¿y qué iba a decir ella?

«Al menos, conseguí un viaje a Ciudad del Cabo».

Hizo rodar el carrito hacia donde lo había encontrado y lo empujó contra la pared. Se detuvo cuando algo en la pared le llamó la atención. Allí colgaban los nombres y los antecedentes profesionales del personal del zoo de Suffolk. El doctor Mikovitz, los veterinarios y los diversos expertos en aves, primates, anfibios y grandes mamíferos. Se fijó en el currículum de Alan

Rhodes.

Doctor Alan T. Rhodes.

Licenciado en Ciencias, Curry College. Doctorado, Universidad de Tufts.

Natalie Toombs también había asistido a Curry College.

Alan Rhodes era estudiante de último curso el año en que Natalie desapareció. Ella había salido de su casa para ir a estudiar con un hombre llamado Ted, y nunca se la volvió a ver. Hasta catorce años después, cuando sus huesos aparecieron envueltos en una lona, con los tobillos atados con una cuerda de nailon naranja.

Jane salió corriendo de la sala de conferencias y subió las escaleras hacia las oficinas administrativas del zoo.

La secretaria levantó la vista y arqueó una ceja cuando Jane irrumpió en la habitación.

—Si busca al doctor Mikovitz, ya se ha ido.

—¿Dónde está el doctor Rhodes? —preguntó Jane.

—Puedo darle su número de móvil. —La secretaria abrió un cajón y sacó el directorio del zoo—. Déjeme que lo busque.

—*No, quiero saber dónde está. ¿Sigue aquí, en el trabajo?*

—Sí. Probablemente esté en el recinto de los tigres. Ahí es donde quedaron.

—¿Quedaron?

—Con la médica forense. Quería pelo de tigre para un estudio que está haciendo.

—Ay, Dios —dijo Jane—. Maura.

CAPÍTULO 33

—Es magnífico —dijo Maura, mirando dentro del recinto.

Desde el otro lado de los barrotes, el tigre de Bengala le devolvía la mirada agitando la cola. Camuflado a la perfección, era casi invisible, salvo por los ojos alerta que miraban a través de la hierba y la cola, que ondeaba sinuosamente.

—Es un verdadero devorador de hombres —dijo Alan Rhodes—. Solo quedan unos pocos miles de ellos en el mundo. Hemos invadido tanto su hábitat que es inevitable que a veces acaben con algunas personas. Cuando se observa a este tigre, se entiende por qué los cazadores los aprecian tanto. No solo por la piel, sino por el desafío de derrotar a un depredador tan formidable. Es perverso, ¿no? Cómo los humanos queremos matar a los animales que más admiramos.

—Soy feliz admirándolo desde lejos.

—Sí, no necesitaremos acercarnos más. Como cualquier felino, pierde mucho pelo. —La miró —. Entonces, ¿para qué lo necesita?

—Es para un análisis forense. El laboratorio necesita una muestra de pelo de tigre de Bengala y, casualmente, yo conocía a alguien con acceso a él. Gracias por hacerme este favor.

—¿Es por un caso criminal? No es algo relacionado con Greg Oberlin, ¿verdad?

—Lo siento, pero no puedo hablar de ello, como comprenderá.

—Por supuesto. La curiosidad me está matando, pero tiene trabajo que hacer. Así que vayamos a la entrada del personal. Debería poder encontrar pelo en la jaula nocturna. A menos que quiera arrancárselo directamente del lomo. En ese caso, doctora, la dejaré sola.

Maura se rio.

—No, el pelo que se ha desprendido recientemente estará bien.

—Qué alivio, porque no va a querer acercarse a este animal. Son quinientos kilos de músculos y dientes.

Rhodes la condujo por un camino señalizado como «Solo personal». Oculto a la vista del público por una espesa vegetación, el camino para los empleados se abría como un cañón entre los muros de los recintos contiguos de los tigres y los pumas. Esos muros impedían ver a los animales, pero Maura casi podía sentir a través del hormigón la fuerza que irradiaban, y se preguntó si los felinos también percibirían su presencia. Se preguntó si estarían siguiendo su avance. Aunque Rhodes parecía estar muy tranquilo, Maura no dejaba de mirar hacia las paredes, casi esperando ver un par de ojos amarillos mirándola.

Llegaron a la entrada posterior del recinto de los tigres y Rhodes abrió la puerta.

—Puedo llevarla a la jaula nocturna. O puede esperar aquí fuera y recogeré las muestras de pelo para usted.

—Necesito hacer esto yo misma. Es por la cadena de custodia.

Rhodes entró en el recinto y descorrió el pestillo de la puerta interior que daba a la jaula nocturna.

—Todo suyo. La jaula aún no se ha limpiado, así que encontrará mucho pelo. Esperaré fuera.

Maura entró en la jaula nocturna. Era un espacio interior de unos tres metros cuadrados, con un bebedero y una repisa de hormigón para dormir. Un tronco de árbol en la esquina mostraba cortes donde el animal había afilado sus garras, un crudo recordatorio de la fuerza del tigre. Agachada sobre el tronco, recordó las laceraciones paralelas en el cuerpo de Leon Gott, tan parecidas a esas. Había pelos del animal adheridos al tronco; Maura buscó en su bolsillo unas pinzas y bolsas para pruebas.

Sonó su móvil.

Dejó que la llamada pasara al buzón de voz y se centró en su tarea. Tomó la primera muestra, la selló y paseó la mirada por la jaula. Vio más pelo en la repisa de hormigón para dormir.

El teléfono volvió a sonar.

Recogió la segunda muestra mientras el teléfono seguía sonando, estridente y urgente, negándose a ser ignorado. Guardó pelo en otra bolsa y cogió el móvil. Apenas había conseguido decir «Hola» cuando oyó la voz de Jane.

—¿Dónde estás?

—Recogiendo pelo de tigre.

—¿Está el doctor Rhodes contigo?

—Está esperando fuera de la jaula. ¿Necesitas hablar con él?

—No. Escúchame. Necesito que te alejes de él.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Mantén la calma, sé amable. No le hagas saber que hay un problema.

—¿Qué está pasando?

—Voy hacia ti ahora mismo, y he llamado al resto del equipo para que se reúna con nosotros. Estaremos allí en unos minutos como máximo. Solo aléjate de Rhodes.

—Jane...

—¡Hazlo, Maura!

—De acuerdo. Vale. —Respiró hondo, pero no sirvió para calmarla. Cuando terminó la llamada, le temblaban las manos. Miró la bolsa de pruebas que sostenía. Pensó en Jodi Underwood y en la hebra de pelo de tigre que se aferraba a su bata azul. Pelo que le había transferido su atacante. Un agresor que trabajaba con grandes felinos, que sabía cómo cazaban y cómo mataban.

—¿Doctora Isles? ¿Todo bien?

La voz de Rhodes estaba muy cerca. Había entrado tan silenciosamente en la jaula nocturna que ella no se había dado cuenta de que estaba a sus espaldas. Lo bastante cerca como para haber oído su conversación con Jane. Lo bastante cerca como para ver que le temblaban las manos cuando guardó el teléfono en el bolsillo.

—Todo muy bien. —Logró sonreír—. Ya he terminado con esto.

La miraba con tanta intensidad que ella podía sentir cómo la mirada penetraba en su cráneo, haciendo un túnel en su cerebro. Hizo ademán de marcharse, pero él se interpuso entre ella y la puerta de la jaula y Maura no pudo pasar.

—Ya tengo lo que necesito —dijo.

—¿Está segura?

—Disculpe, me gustaría marcharme.

Por un momento, él pareció sopesar sus opciones. Luego se hizo a un lado y Maura pasó lo bastante cerca como para que sus hombros se rozaran. Sin duda, él podría oler el miedo en su piel. Maura no lo miró a los ojos ni se atrevió a mirar hacia atrás mientras salía del recinto. Siguió caminando por el sendero del personal, con el corazón en la garganta. ¿La estaría siguiendo? ¿Se estaría acercando?

—¡Maura! —Era Jane, desde algún lugar más allá de la cortina de arbustos—. ¿Dónde estás?

Echó a correr hacia esa voz. Atravesó una maraña de arbustos y vio a Jane y Frost, flanqueados por agentes de policía. Todos levantaron las armas a la vez y Maura frenó en seco cuando media docena de pistolas apuntaron directamente hacia ella.

—¡Maura, no te muevas! —le ordenó Jane.

—¿Qué demonios estás haciendo?

—Ven hacia mí. Despacio. No corras.

Seguían apuntando las armas hacia ella, pero Maura vio que no la estaban mirando. Tenían los ojos fijos en algo detrás de ella. Al instante, se le erizó el pelo de la nuca.

Maura se giró y se encontró con los ojos color ámbar. Durante unos instantes, ella y el tigre se miraron, depredador y presa. Entonces se dio cuenta de que no era la única que estaba frente a él. Jane se había adelantado, incluso ahora la estaba rebasando, para colocarse entre Maura y el tigre.

Confundido por este nuevo agresor, el animal dio un paso atrás.

—¡Ahora, Oberlin! —gritó Jane—. ¡Ahora!

Se oyó un chasquido sonoro. El tigre se estremeció cuando el dardo tranquilizante le atravesó el hombro. No retrocedió, sino que se mantuvo firme, con los ojos fijos en Jane.

—¡Láncele otro! —ordenó Jane.

—No —dijo Oberlin—. ¡No quiero matarlo! Dele tiempo a la droga para que haga efecto.

El tigre se tambaleó, pero se recuperó. Comenzó a caminar en círculos, tambaleándose como si estuviera ebrio.

—¡Ya está cayendo! —dijo Oberlin—. Unos segundos más y... —Oberlin se interrumpió al oír gritos en la vía pública. La gente pasaba corriendo, presa del pánico.

—¡El puma! —gritó alguien—. ¡El puma está suelto!

—¿Qué coño está pasando? —preguntó Jane.

—Es Rhodes —dijo Maura—. ¡Está soltando a los felinos!

Oberlin recargó su pistola tranquilizante con movimientos desesperados.

—¡Sacad a todo el mundo! ¡Tenemos que evacuar!

No hizo falta convencer al público. Ya huían hacia la salida en una estampida de padres histéricos y niños que gritaban. El tigre de Bengala había caído desplomado, pero el puma... ¿Dónde estaba el puma?

—Ve a la salida, Maura —ordenó Jane.

—¿Y tú?

—Me quedo con Oberlin. Tenemos que encontrar a ese puma. Vete.

Maura se unió al éxodo, sin dejar de mirar por encima del hombro. Recordaba cómo la había observado el puma en su última visita; podía estar siguiéndola a ella o a cualquiera. Casi tropezó con un niñito que gritaba, caído en la acera. Lo levantó, miró a su alrededor en busca de su madre y vio a una joven que escrutaba frenéticamente a la multitud mientras hacía malabarismos con un bebé y una bolsa para pañales.

—¡Lo tengo! —gritó Maura.

—¡Ay, Dios mío, ahí estás! Ay, Dios mío...

—¡Yo te lo llevo, sigue avanzando!

La salida estaba abarrotada de gente que empujaba los torniquetes y saltaba las barreras. Enseguida, un empleado del zoo abrió un portón y la multitud se desbordó como un maremoto hacia el aparcamiento. Maura entregó el niño a su madre y se apostó junto a los torniquetes para esperar noticias de Jane.

Media hora después, sonó su teléfono.

—¿Estás bien? —preguntó Jane.

—Estoy en la salida. ¿Qué ha pasado con el puma?

—Está inconsciente. Oberlin ha tenido que darle con dos dardos, pero ya está de nuevo en su jaula. Jesús, qué desastre. —Hizo una pausa—. Rhodes ha escapado. Aprovechando el caos, se ha escabullido entre la multitud.

—¿Cómo supiste que era él?

—Hace catorce años, asistió a la misma universidad que Natalie Toombs. Aún no tengo pruebas, pero supongo que Natalie fue uno de sus primeros asesinatos. Tal vez el primero. Tú fuiste la que lo vio, Maura.

—Todo lo que vi fue...

—La Gestalt, como la llamaste. El cuadro completo. El patrón de sus asesinatos. Leon Gott. Natalie Toombs. Los mochileros, los cazadores. Dios, debería haberte escuchado.

Maura sacudió la cabeza, confusa.

—¿Y los asesinatos de Botsuana? Rhodes no se parece nada a Johnny Posthumus. ¿Dónde está la conexión?

—No creo que exista.

—¿Y Millie? ¿Cómo entra ella en el cuadro?

A través del teléfono, oyó suspirar a Jane.

—Tal vez no entre. Puede que me haya equivocado con eso.

CAPÍTULO 34

—Rómpelo —le dijo Jane a Frost.

El cristal se hizo añicos, los fragmentos volaron hacia la casa y se esparcieron por el suelo de baldosas. En cuestión de segundos, Frost y ella atravesaron la puerta y entraron en la cocina de Alan Rhodes. Con el arma desenfundada, Jane paseó la mirada por la vajilla apilada en el secador, una encimera inmaculada, una nevera de acero inoxidable. Todo parecía ordenado y limpio, demasiado limpio.

Frost y ella avanzaron por el pasillo hasta el salón; Jane iba delante. Miró hacia ambos lados, pero no vio movimientos ni señales de vida. Vio estanterías, un sofá y una mesa de café. Nada fuera de lugar, ni siquiera una revista olvidada. Era la casa de un soltero con TOC.

Desde el pie de la escalera miró hacia el primer piso, tratando de escuchar a través de los latidos de su propio corazón. La planta superior estaba silenciosa como una tumba.

Frost tomó la delantera mientras subían las escaleras. Aunque la casa estaba fría, la blusa de Jane ya estaba húmeda de sudor. El animal más peligroso es el que está acorralado, y a esas alturas Rhodes debía haberse dado cuenta de que era el final del juego. Llegaron al rellano del primer piso. Tres puertas por delante. La primera daba a un dormitorio escasamente amueblado. Sin polvo, sin desorden. ¿De verdad vivía un ser humano en esa casa? Se acercó al armario y lo abrió de un tirón. Las perchas vacías se balanceaban en la barra.

De nuevo en el pasillo, pasaron junto a un baño hacia la última puerta.

Incluso antes de atravesarla, Jane supo que Rhodes no estaría allí. Era probable que no volviera nunca. En su dormitorio, miró las paredes desnudas. La cama de matrimonio tenía una colcha blanca. La cómoda estaba vacía y sin polvo. Pensó en la cómoda de su casa, un imán para llaves y monedas, calcetines y sujetadores. Se podía saber mucho de las personas con solo ver lo que se acumulaba sobre sus cómodas y encimeras, y lo que ella veía allí, sobre la cómoda de Alan Rhodes, era un hombre sin identidad. «¿Quién eres?».

Desde la ventana del dormitorio, miró hacia la calle, donde acababa de detenerse otro coche patrulla de la policía de Danvers. El vecindario estaba fuera de la jurisdicción de la policía de Boston, pero, en su prisa por capturar a Rhodes, Frost y ella no habían perdido tiempo esperando a que los detectives de Danvers los ayudaran. Ahora los esperaba un infierno burocrático.

—Hay una trampilla aquí arriba —dijo Frost, desde el armario.

Jane lo siguió y miró hacia el panel del techo, del que colgaba una cuerda. Debía conducir al desván, donde las familias guardaban cajas que nunca abrían, llenas de objetos de los que no se atrevían a deshacerse. Frost tiró de la cuerda y el panel se abrió, dejando al descubierto una

escalera desplegable y un espacio en penumbra. Intercambiaron una mirada tensa y Frost subió la escalera.

—¡Todo despejado! —gritó—. Solo un montón de cajas.

Jane lo siguió por la trampilla y encendió su linterna. En la penumbra vislumbró una hilera de cajas de cartón. Podría ser el desván de cualquiera, un depósito de desorden, de montones de documentos fiscales y financieros que temes necesitar algún día cuando te los pida Hacienda. Abrió una caja y vio extractos bancarios y documentación de préstamos. Pasó a la siguiente y a la siguiente. Encontró ejemplares de Biodiversidad y Conservación. Sábanas y toallas viejas. Libros y más libros. No había nada que relacionara a Rhodes con ningún delito, mucho menos con un asesinato.

«¿Habremos cometido otro error?».

Volvió a bajar la escalera y entró en el dormitorio de paredes desnudas y colcha inmaculada. Su inquietud aumentó cuando otro coche se detuvo afuera. El detective Crowe bajó de él y Jane sintió que la tensión arterial se le iba a las nubes cuando lo vio caminar pavoneándose hacia la casa. Segundos después, alguien golpeó la puerta principal. Bajó las escaleras y encontró a Crowe sonriéndole desde el porche.

—Vaya, Rizzoli, parece que la ciudad de Boston no es lo bastante grande para ti. ¿Ahora derribas puertas en las afueras? —Entró y dio un lento paseo por el salón—. ¿Qué tienes sobre este tío, Rhodes?

—Todavía estamos buscando.

—Curioso, porque tiene un expediente limpio. Sin arrestos, sin condenas. ¿Seguro que no te has equivocado de persona?

—Ha huido, Crowe. Liberó a dos felinos salvajes para cubrir su huida, y no se lo ha visto desde entonces. Hace que la muerte de Debra Lopez ya no parezca un accidente.

—¿Asesinato por leopardo? —Crowe le lanzó una mirada escéptica—. ¿Por qué mataría a una cuidadora de zoo?

—No lo sé.

—¿Por qué mató a Gott? ¿Y a Jodi Underwood?

—No lo sé.

—Escucho muchos «no lo sé».

—Hay indicios que lo vinculan con Jodi Underwood. Como ese pelo de tigre en su albornoz. También sabemos que fue estudiante en Curry College el mismo año que Natalie Toombs desapareció, así que también hay un vínculo con ella. ¿Recuerdas que Natalie fue vista por última vez yendo a una cita de estudio con alguien llamado Ted? El segundo nombre de Rhodes

es Theodore. Según el currículum que está en el zoológico, antes de empezar la universidad, pasó un año en Tanzania. Tal vez allí aprendió sobre el culto al leopardo.

—Muchas pruebas circunstanciales. —Crowe hizo un gesto con el brazo hacia la inmaculada sala de estar—. Tengo que decir que no veo nada aquí que grite Hombre Leopardo.

—Quizá eso sea significativo. No hay mucho aquí, es la verdad. No hay fotos ni cuadros, ni siquiera un DVD o un CD que nos hable de sus gustos personales. Los libros y revistas están relacionados con su trabajo. El único medicamento que hay en el baño es aspirina. ¿Y sabes lo que falta?

—¿Qué?

—Espejos. Solo hay un pequeño espejo de afeitar en el baño de arriba.

—Tal vez no le importa su aspecto. ¿O vas a decirme que es un vampiro?

Al oír su risa, Jane se alejó.

—Esta casa es un gigantesco espacio en blanco. Es como si intentara mantenerla como una zona estéril, como un lugar para mostrar.

—O tal vez sea solo un tío aburrido sin nada que ocultar.

—Tiene que haber algo aquí. Solo que aún no lo hemos encontrado.

—¿Y si no lo encuentras?

Jane se negaba a considerar la posibilidad, porque sabía que tenía razón. No podía no tener razón.

Pero, a medida que caía la noche y un equipo de criminalistas buscaba pruebas en la casa, se le hizo un nudo de incertidumbre en el estómago. No podía creer que hubiera cometido un error, pero empezaba a parecerlo. Habían allanado la casa de un hombre sin pasado delictivo conocido. Habían roto una ventana, revisado toda la casa y no habían encontrado nada que lo relacionara con los asesinatos, ni siquiera un fragmento de cuerda de nailon. También habían atraído la atención de unos vecinos muy curiosos, y ninguno de ellos tenía algo malo que decir de Alan Rhodes, aunque admitían no conocerlo mucho. «Es callado y educado». «No parece tener novias». «Le gusta la jardinería y siempre llega a la casa con sacos de mantillo».

Ese último comentario hizo que Jane saliera a echar otro vistazo al jardín de Rhodes. Ya había recorrido toda la propiedad, que tenía casi tres mil metros cuadrados y lindaba con una zona de conservación forestal. En la oscuridad, exploró el terreno con la linterna, moviendo el haz de luz por sobre los arbustos y la hierba. Caminó hasta el extremo del terreno, donde una valla marcaba el límite de la propiedad. Allí, en una loma muy empinada, habían plantado rosales, cuyos tallos estaban ahora enjutos y desnudos. Jane frunció el ceño ante aquel extraño elemento paisajístico y se preguntó por la loma. En un jardín que, por lo demás, era llano, destacaba como un volcán surgido de una llanura. Estaba tan concentrada en aquel peculiar montículo que no se percató de

la presencia de Maura hasta que el haz de la linterna le iluminó los ojos.

—¿Has encontrado algo? —preguntó Maura.

—No hay cadáveres para que los inspecciones, por lo menos. —Miró a Maura con el ceño fruncido—. ¿Qué te trae por aquí?

—No podía no venir.

—Tienes que conseguirte una vida social mejor.

—Esta es mi vida social. —Maura hizo una pausa—. Lo cual es patético.

—Bueno, aquí no pasa nada —dijo Jane, disgustada—. Como Crowe no deja de señalarme.

—Tiene que ser Rhodes, Jane. Sé que es él.

—¿En qué te basas? ¿Estás hablando de la Gestalt otra vez? Porque no tengo una puta prueba para usar en el tribunal.

—Tendría solo veinte años cuando mató a Natalie Toombs. Ella puede haber sido su única víctima en Boston hasta que mató a Gott. La razón por la que nos costó ver el patrón es que es demasiado inteligente para cazar en el mismo sitio. En vez de eso, expandió su territorio. A Maine. A Nevada y Montana. Por eso su firma era casi imposible de detectar.

—¿Cómo explicamos lo de Leon Gott y Jodi Underwood? Fueron asesinatos imprudentes, ambos el mismo día. A dieciséis kilómetros el uno del otro.

—Tal vez ha acelerado y comienza a perder el control.

—No veo ninguna señal de eso en esta casa. ¿Has mirado dentro? Todo está en perfecto orden. No hay ni rastro del monstruo.

—Entonces, tiene otro lugar. Una guarida donde vive ese monstruo.

—Esta es la única propiedad de Rhodes, y aquí no hemos encontrado ni un trozo de cuerda. —Frustrada, Jane pateó el mantillo y miró con el ceño fruncido el rosal que acababa de tumbar. Dio un tirón al arbusto desnudo y solo sintió una mínima resistencia de las raíces—. Lo han plantado hace poco.

—Esta elevación es extraña. —Maura iluminó con la linterna el jardín, el césped, los arbustos y el camino de grava—. No parece haber otras plantaciones recientes. Solo esta.

Jane se quedó mirando la loma y de repente sintió un escalofrío al darse cuenta de lo que significaba. «Tierra. ¿De dónde ha salido tanta tierra?».

—Está aquí, bajo nuestros pies —dijo—. Su guarida. —Avanzó por el césped, buscando una abertura, una unión, cualquier cosa que pudiera indicar una escotilla que condujera al sótano, pero el jardín estaba en sombras. Les llevaría días desenterrarlo todo, ¿y si no encontraban nada?

Imaginó las burlas de Crowe.

—Un radar de penetración terrestre —dijo Maura—. Si hay un sótano aquí debajo, sería la forma más rápida de localizarlo.

—Preguntaré a los de criminalística si podemos traer una unidad por la mañana. —Jane regresó a la casa; acababa de entrar, cuando oyó el sonido que anunciaba un mensaje de texto en su teléfono.

Era de Gabriel, que estaba en Washington y no volvería hasta el día siguiente: «Revisa tu correo electrónico. Informe de la Interpol».

Había estado tan concentrada en registrar la casa de Rhodes que no había leído su correo electrónico en toda la tarde. Se desplazó por una bandeja de entrada repleta de mensajes triviales hasta que encontró el mensaje. Había llegado tres horas antes, enviado por Henk Andriessen.

Entornó los ojos ante una pantalla llena de texto denso. A medida que pasaba la mirada por el documento, las palabras saltaban a la vista. «Restos esqueléticos encontrados en las afueras de Ciudad del Cabo. Hombre blanco, múltiples fracturas craneales. Coincidencia de ADN».

Se quedó mirando el nombre recién identificado del difunto. «Esto no tiene sentido —pensó—. No puede ser cierto».

Sonó su móvil. Era Gabriel otra vez.

—¿Lo has leído? —preguntó.

—No entiendo este informe. Tiene que ser un error.

—Los restos del hombre fueron encontrados hace dos años. Estaban completamente esqueléticos, por lo que los huesos podrían llevar allí mucho más tiempo. Tardaron en analizar el ADN y hacer la identificación, pero ahora no hay dudas de quién es. Elliot Gott no murió en un safari, Jane. Lo asesinaron. En Ciudad del Cabo.

CAPÍTULO 35

Ya no soy de interés para la policía. El asesino que están buscando no es Johnny, sino un hombre llamado Alan Rhodes, que siempre ha vivido en Boston. Es lo que me ha dicho la doctora Isles justo antes de salir de la casa esta tarde para reunirse con la detective Rizzoli en la escena del crimen. Qué mundo tan diferente habitan estas personas, un universo retorcido del que nosotros, la gente corriente, no tenemos conciencia hasta que lo leemos en los periódicos o lo vemos en la televisión. Mientras la mayoría vivimos nuestras vidas cotidianas, alguien, en algún lugar, está cometiendo un crimen horrendo.

Y es entonces cuando Rizzoli y Isles se ponen a trabajar.

Me alivia escapar de su mundo. Necesitaban algo de mí, pero yo no pude cumplir, así que mañana me voy a casa. Regreso a mi familia y a Touws River. Regreso a mis pesadillas.

Hago las maletas para el vuelo de la mañana; guardo los zapatos en un rincón de la maleta, doblo jerséis de lana que no necesitaré cuando aterrice en Ciudad del Cabo. Cómo he echado de menos los colores brillantes de mi hogar y el olor a flores. El tiempo que he pasado aquí ha sido como una hibernación, envuelta en jerséis y abrigos contra el frío y la oscuridad. Pongo un par de pantalones encima de los jerséis y, mientras doblo un segundo par, el gato gris salta a mi maleta. Durante toda mi estancia, este gato me ha ignorado. Ahora está aquí, ronroneando y revolcándose en mi ropa, como si quisiera que lo llevara a casa. Lo cojo y lo dejo en el suelo. Vuelve a meterse en la maleta y empieza a maullar.

—¿Tienes hambre? ¿Es eso? —Por supuesto que sí. La doctora Isles ha entrado y salido de la casa tan rápido que no ha tenido oportunidad de alimentarlo.

Me dirijo a la cocina y él se frota contra mi pierna mientras abro una lata de comida para gatos y la vacío en su cuenco. Lo miro comer trozos de pollo en una sabrosa salsa, y me doy cuenta de que yo también tengo hambre. La doctora Isles me ha dejado la casa a mi disposición, así que busco en las estanterías de la despensa algo rápido y que me satisfaga. Encuentro un paquete de espaguetis y recuerdo haber visto bacon, huevos y un bloque de queso parmesano en la nevera. Prepararé espaguetis a la carbonara, la comida perfecta para una noche fría.

Acabo de sacar el paquete de espaguetis de la estantería cuando, de repente, el gato emite un fuerte chillido. A través de la puerta parcialmente abierta de la despensa, lo veo mirando algo que no puedo ver. Tiene la espalda arqueada y el pelaje erizado. No sé qué lo ha alarmado; solo sé que de repente se me eriza el pelo de la nuca.

El cristal se hace añicos y caen trozos al suelo como granizo. Un fragmento brillante brilla como una lágrima justo del otro lado de la puerta.

Al instante, apago la luz de la despensa y me quedo temblando en la oscuridad.

El gato maúlla y desaparece de mi vista. Quiero huir con él, pero oigo que la puerta se abre de golpe y unos pasos pesados crujen sobre cristales rotos.

Hay alguien en la cocina. Y estoy atrapada.

CAPÍTULO 36

Jane sentía que la habitación daba vueltas a su alrededor. No había comido desde el mediodía, llevaba horas de pie, y esa revelación bastó para que se desplomara contra la pared en busca de apoyo.

—Este informe no puede ser cierto —insistió.

—El ADN no miente —dijo Gabriel—. Los restos hallados cerca de Ciudad del Cabo se cotejaron con el ADN que ya figuraba en la base de datos de la Interpol. Ese ADN se lo envió Leon Gott hace seis años, después de que su hijo desapareció. Los huesos son de Elliot. Ante la evidencia de traumatismo esquelético, su muerte se clasificó como homicidio.

—¿Y esos restos los encontraron hace dos años?

—En un parque en las afueras de la ciudad. No pueden dar una fecha exacta de muerte, así que podrían haberlo asesinado hace seis años.

—Sabemos que en aquel momento estaba vivo. Millie estaba con él en un safari en Botsuana.

—¿Estás segura? —dijo Gabriel en voz baja.

Jane se quedó en silencio. «¿Estamos completamente seguros de que Millie ha dicho la verdad?». Se llevó una mano a la sien mientras los pensamientos se arremolinaban como un vendaval en su cabeza. Millie no podía estar mintiendo, porque los hechos conocidos la respaldaban. Un piloto llevó a siete turistas a una pista de aterrizaje en el Delta, entre ellos un pasajero con la identidad de Elliot Gott. Semanas más tarde, Millie salió de la selva con la historia de una horrible masacre. Los animales carroñeros se llevaron los restos de los muertos, y no se encontraron huesos de cuatro de las víctimas. Ni los de Richard. Ni los de Sylvia. Ni los de Keiko. Ni los de Elliot.

«Porque el verdadero Elliot Gott ya estaba muerto. Asesinado en Ciudad del Cabo antes de que empezara el safari».

—¿Jane? —dijo Gabriel.

—Millie no mentía. Estaba equivocada. Pensó que Johnny era el asesino, pero era una víctima, como los demás. Los asesinó el hombre que usó la identidad de Elliot para reservar el safari. Y después de que todo terminase, después de disfrutar de su última cacería, regresó a su casa. Volvió a ser quien realmente era.

—Alan Rhodes.

—Como viajó con el documento de Elliot, no hay ningún registro de su entrada en Botsuana,

nada en absoluto que lo relacionara con el safari. —Jane paseó la mirada por la sala donde se encontraba. Las paredes desnudas, la impersonal colección de libros—. Rhodes es un cascarón vacío, como su casa —dijo en voz baja—. No puede permitirse revelar el monstruo que es en realidad, así que se convierte en otras personas. Después de robar sus identidades.

—Y no deja rastros de sí mismo.

—Pero en Botsuana, cometió un error. Una de sus víctimas escapó y puede identificarlo... —Jane se volvió de repente hacia Maura, que acababa de entrar y la observaba con mirada interrogante —. ¡Millie está sola! —exclamó Jane.

—Sí. Está haciendo las maletas para irse mañana.

—¡Ay, Dios! La hemos dejado sola.

—¿Cuál es el problema? —preguntó Maura—. ¿No se supone que ya no tiene nada que ver con nuestro caso?

—No, resulta que ella es la clave. Es la única que puede identificar a Alan Rhodes.

Maura negó con la cabeza, desconcertada.

—Pero ella nunca conoció a Rhodes.

—Sí que lo conoció. En África.

CAPÍTULO 37

Los pasos se acercan. Me encojo detrás de la puerta de la despensa; mi corazón late como un tambor. No veo quién acaba de irrumpir en la casa, solo lo oigo. Está en la cocina. De repente, recuerdo que me he dejado el bolso sobre la encimera y oigo que lo abre y las monedas caen al suelo. Ay, Dios, por favor, que sea solo un ladrón. Que coja mi cartera y siga su camino.

Debe haber encontrado lo que quería, porque mi bolso cae sobre la encimera. Por favor, vete. Vete, por favor.

Pero no se va. Cruza, en cambio, la cocina. Tendrá que pasar por la despensa para llegar al resto de la casa. Me quedo inmóvil entre las sombras, sin atreverme a respirar. Cuando pasa junto a la rendija de la puerta, le veo la espalda, veo su pelo oscuro y rizado, sus hombros anchos y su cabeza cuadrada. Algo en él me resulta tremendamente conocido, pero no es posible. No, ese hombre está muerto, sus huesos están esparcidos por algún lugar del delta del Okavango. Entonces se vuelve hacia la puerta entreabierta y veo su cara. Todo lo que creí en los últimos seis años, todo lo que creí saber, da un vuelco.

Elliot está vivo. El pobre y torpe Elliot, que suspiraba por las rubias, que se tambaleaba por la sabana, que siempre era el blanco de las bromas de Richard. Elliot, que decía haber encontrado una víbora en su tienda, una víbora que nadie más vio. Pienso en la última noche que mis compañeros estuvieron vivos. Recuerdo oscuridad, pánico, disparos. Y el último grito de una mujer: «¡Oh, Dios, tiene el arma!».

No era Johnny. En ningún momento fue Johnny.

Sigue caminando más allá de la despensa, y sus pasos se pierden. ¿Dónde estará? ¿Está quieto, fuera de mi vista, esperando a que yo aparezca? Si salgo de la despensa e intento escabullirme por la puerta de la cocina, ¿me verá? Desesperada, intento imaginarme el jardín más allá de esa puerta. Está totalmente cercado, pero ¿dónde está el portón? No lo recuerdo. Podría quedar atrapada por esa cerca, encerrada en un jardín de muerte.

O podría quedarme aquí en la despensa y esperar a que me encuentre.

Cojo un tarro de la estantería. Mermelada de frambuesa. Lo siento sólido y pesado en la mano; no es mucho, pero es la única arma que tengo. Salgo con cuidado de detrás de la puerta de la despensa y me asomo.

No hay nadie.

Salgo sigilosamente a la cocina iluminada, donde estoy expuesta al resplandor de la luz. La puerta trasera está a unos diez pasos por el suelo lleno de cristales rotos.

Suena el teléfono, fuerte como un chillido. Me quedo inmóvil y el contestador automático se conecta. Oigo la voz de la detective Rizzoli en la línea: «Millie, por favor, contesta. Millie, ¿estás ahí? Es importante...».

Más allá del sonido urgente de su voz, escucho con desesperación buscando otros sonidos en la casa, pero no oigo nada.

Vete. Ve ahora.

Temiendo delatar mi presencia, camino de puntillas alrededor de los cristales rotos. Nueve pasos hasta la puerta. Ocho. Llego a la mitad de la cocina cuando el gato entra disparado en la habitación; sus uñas resbalan sobre las baldosas y desparraman ruidosamente los trozos de cristal.

El ruido lo alerta y oigo pasos pesados que se dirigen hacia mí. Estoy expuesta, sin ningún sitio donde esconderme. Corro hacia la puerta. Apenas consigo agarrar el pomo cuando unas manos me agarran del jersey y me tiran hacia atrás.

Me giro y le lanzo el tarro a ciegas. Lo golpea en un lado de la cabeza y se rompe, liberando un chorro de mermelada de frambuesa brillante como la sangre.

Aúlla de rabia y me suelta. Por un instante, me libero y vuelvo a lanzarme hacia la puerta. De nuevo, casi lo consigo.

Entonces me ataca y ambos caemos al suelo; resbalamos sobre cristales y mermelada de frambuesa. El cubo de la basura se cae, desparramando envoltorios sucios y restos de café. Me pongo de rodillas y me arrastro con desesperación entre la basura.

Una cuerda me rodea el cuello, se tensa y me tira la cabeza hacia atrás.

Levanto la mano, araño la cuerda, pero está ajustada, tan ajustada que me corta la carne como una cuchilla. Oigo su gruñido de esfuerzo. No puedo aflojar la cuerda. No puedo respirar. La luz empieza a atenuarse. Mis pies ya no funcionan. Así es como moriré, tan lejos de casa. Tan lejos de aquellos a quienes amo.

Me dejo caer hacia atrás y algo afilado me muerde la mano. Mis dedos se cierran alrededor del objeto, que apenas puedo sentir porque el cuerpo se me está entumeciendo. Violet. Christopher. Nunca debí dejaros.

Lanzo mi brazo hacia atrás, hacia su cara.

Incluso a través de mi niebla oscura, puedo oír su grito. De repente, la cuerda que me rodea el cuello se afloja. La habitación se ilumina. Toso, jadeo, suelto el objeto que sostenía y cae al suelo. Es la lata abierta de comida para gatos, con la tapa expuesta, filosa como una navaja.

Me pongo en pie y delante de mí, sobre la encimera, está el bloque de cuchillos de cocina. Se acerca y me giro hacia él. Del corte en su frente brota una cascada de sangre que le cae en los ojos. Se abalanza sobre mí y me coge por el cuello. Cegado en parte por su propia sangre, no ve

lo que sostengo. Lo que levanto justo cuando nuestros cuerpos chocan.

El cuchillo de carnicero se hunde en su vientre.

Las manos que me aprietan la garganta caen de repente, inertes. Cae de rodillas y solo por un instante permanece erguido, con los ojos abiertos y el rostro convertido en una máscara sangrienta de sorpresa. Su cuerpo se inclina hacia un lado y cierro los ojos cuando golpea contra el suelo.

De repente, yo también estoy a punto de caer. Me tambaleo sobre la sangre y los cristales y me dejo caer en una silla. Hundo la cabeza entre las manos y, a través del rugido de la sangre en mis oídos, oigo otro sonido. Una sirena. No tengo fuerzas para levantar la cabeza. Oigo golpes en la puerta principal y voces que gritan: «¡Policía!». Pero no puedo moverme. Solo cuando los oigo entrar por la puerta de atrás y uno de ellos suelta una exclamación de sorpresa, alzo por fin la vista.

Dos policías se me acercan, con los ojos fijos en la carnicería que tienen delante.

—¿Es usted Millie? —pregunta uno de ellos—. ¿Millie DeBruin?

Asiento con la cabeza.

Él dice por su radio:

—Detective Rizzoli, está aquí. Está viva. Pero no va a poder creer lo que estoy viendo.

CAPÍTULO 38

Un día después, descubrieron su guarida.

Después de que el radar de penetración detectase la habitación subterránea en el jardín de Alan Rhodes, solo hicieron falta unos minutos de trabajo con la pala para localizar la entrada: una escotilla de madera oculta bajo dos centímetros de mantillo.

Jane fue la primera en bajar los escalones hacia la fría negrura que olía a tierra húmeda. Al llegar abajo, pisó suelo de cemento y se quedó mirando lo que revelaba su linterna: la piel de leopardo de las nieves, montada en la pared. De un gancho cercano colgaban unas garras de acero con las puntas afiladas como cuchillas, pulidas y brillantes. Pensó en los tres cortes paralelos en el torso de Leon Gott. Pensó en Natalie Toombs y los tres cortes en su cráneo. Ahí estaba la herramienta que había dejado esas marcas en la carne y el hueso.

—¿Qué ves ahí abajo? —gritó Frost.

—Al Hombre Leopardo —dijo ella en voz baja.

Frost bajó las escaleras; los haces de sus linternas cortaban la oscuridad como sables.

—Jesús —dijo Frost cuando su luz se posó sobre la pared de enfrente. Sobre la veintena de fotos de licencias de conducir y de pasaportes clavados en un tablero de corcho—. Son de Nevada. De Maine. De Montana...

—Es su pared de trofeos —dijo Jane. Al igual que Leon Gott y Jerry O'Brien, Alan Rhodes también exhibía sus presas, pero en una pared que era solo para sus ojos. Se centró en una página arrancada de un pasaporte: Millie Jacobson, el trofeo que Rhodes creía haber conseguido, un premio que reclamó antes de tiempo. Junto a la foto de Millie había otras caras, otros nombres. Isao y Keiko Matsunaga. Richard Renwick. Sylvia Van Ofwegen. Vivian Kruiswyk. Elliot Gott.

Y Johnny Posthumus, el guía que había luchado por mantenerlos con vida. En la mirada directa de Johnny, Jane vio a un hombre dispuesto a hacer lo que fuera necesario, sin miedo, sin vacilaciones. Un hombre preparado para enfrentarse a cualquier bestia salvaje. Pero Johnny no se había dado cuenta de que el animal más peligroso al que se enfrentaría jamás era el cliente que le sonreía.

—Aquí hay un portátil —dijo Frost, agachado sobre una caja de cartón—. Es un MacBook Air. ¿Crees que era de Jodi Underwood?

—Enciéndelo.

Con las manos enguantadas, Frost levantó el ordenador y pulsó el botón de encendido.

—Batería agotada.

—¿Hay un cable de alimentación?

Metió la mano en la caja.

—No veo ninguno. Hay algunos cristales rotos aquí.

—¿De qué?

—Es una foto. —Sacó una foto enmarcada, con el cristal protector hecho añicos. Iluminó la imagen con la linterna y, durante un momento, ninguno de los dos dijo una palabra mientras asimilaban su significado.

Dos hombres posaban juntos, con el sol en la cara; la luz brillante definía sus facciones. Se parecían lo suficiente como para ser hermanos, ambos con el pelo oscuro y caras cuadradas. El hombre de la izquierda sonreía al objetivo, pero el otro parecía haber sido sorprendido justo cuando se giraba para mirar a la cámara.

—¿Cuándo hicieron esta foto? —preguntó Frost.

—Hace seis años.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque sé dónde es. He estado allí. Es Table Mountain, en Ciudad del Cabo. —Miró a Frost —. Elliot Gott y Alan Rhodes se conocían.

CAPÍTULO 39

La detective Rizzoli está en la puerta de la casa de la doctora Isles, sujetando un portátil.

—Es la última pieza del rompecabezas, Millie —dice—. Creo que querrás verla.

Ha pasado casi una semana desde que sobreviví al ataque de Alan Rhodes. Aunque la sangre y los cristales ya han desaparecido y la ventana ha sido sustituida, aún me resisto a entrar en la cocina. Los recuerdos son demasiado vívidos y los moratones que tengo alrededor del cuello, demasiado recientes, así que, en cambio, pasamos al salón. Me acomodo en el sofá entre la doctora Isles y la detective Rizzoli, las dos mujeres que perseguían al monstruo e intentaron mantenerme a salvo de él. Pero, al final, soy yo quien ha tenido que salvarse. Soy yo quien ha tenido que morir dos veces para volver a vivir.

El gato gris se agazapa sobre la mesa de café y observa con una inquietante e inteligente mirada cómo Rizzoli abre su portátil e introduce una memoria USB.

—Son las fotos del ordenador de Jodi Underwood —dice.

—Es la razón por la que Alan Rhodes la mató. Porque estas fotos cuentan una historia y no podía permitirse que nadie las viera. Ni Leon Gott. Ni la Interpol. Y mucho menos, tú.

La pantalla se llena de imágenes demasiado pequeñas para distinguir algún detalle. Pincha en la primera y la foto, que se amplía en la pantalla. Es un hombre sonriente, moreno, de unos treinta años, vestido con vaqueros y chaleco de fotógrafo, con una mochila colgada del hombro. Está en la cola de facturación de un aeropuerto. Tiene frente cuadrada y ojos dulces, y hay en él una inocencia feliz, la inocencia de un cordero que no sabe que va al matadero.

—Este es Elliot Gott —dice Rizzoli—. El verdadero Elliot Gott. Fue hecha hace seis años, justo antes de que subiera al avión en Boston.

Estudio sus rasgos, el pelo rizado, la forma de su cara.

—Se parece tanto...

—A Alan Rhodes. Ese puede ser el motivo por el que Rhodes decidió matarlo. Eligió una víctima que se le pareciera, para poder hacerse pasar por Elliot Gott. Usó el nombre de Gott cuando conoció a Sylvia y Vivian en el club nocturno de Ciudad del Cabo. Utilizó el pasaporte y las tarjetas de crédito de Elliot para reservar el vuelo a Botsuana.

Allí lo conocí. Pienso en el día en el que vi por primera vez al hombre que se hacía llamar Elliot. Fue en la terminal aérea de Maun, donde los siete esperábamos para embarcar en la avioneta que nos llevaría al delta. Recuerdo lo nerviosa que estaba por volar en una avioneta. Recuerdo cómo

Richard se quejaba de que yo no tenía espíritu aventurero y me recriminaba por no ser más alegre, como esas chicas rubias tan guapas que se reían en el banco. De aquel primer encuentro con Elliot no recuerdo casi nada, porque estaba totalmente centrada en Richard. En que estaba perdiendo. En que parecía aburrirse conmigo. El safari fue mi último esfuerzo por salvar nuestra relación, así que apenas presté atención al hombre torpe que revoloteaba alrededor de las rubias.

Rizzoli pasa a la siguiente foto. Es un selfi tomado a bordo del vuelo. El verdadero Elliot sonríe desde el asiento del pasillo mientras la pasajera de su derecha levanta una copa de vino hacia la cámara.

—Son todas fotos que Elliot envió por correo electrónico a su novia, Jodi. Es una crónica diaria de lo que vio y a quién conoció —explica Rizzoli—. No tenemos el texto que acompañaba a las fotos, pero documentan su viaje. Y tomó muchas. —Pasa a las siguientes fotos, de la comida en el avión. El amanecer a través de la ventanilla. Y otro selfi en el que luce una sonrisa bobalicona mientras se inclina hacia el pasillo para mostrar la cabina a sus espaldas. Pero esta vez no me fijo en Elliot, sino en el hombre que ocupa el asiento detrás de él, un hombre cuyo rostro se ve claramente.

Alan Rhodes.

—Iban en el mismo vuelo —dice Rizzoli—. Quizá se conocieron así, en el avión. O puede que se conocieran antes, en Boston. Lo que sí sabemos es que, cuando Elliot llegó a Ciudad del Cabo, ya tenía un amigo con quien pasar el rato.

Pincha en otro icono de imagen y aparece una nueva foto en la pantalla. Elliot y Rhodes, juntos en Table Mountain.

—Esta foto es la última que se conoce de Elliot. Jodi Underwood la hizo enmarcar y se la dio al padre de Elliot. Creemos que estaba colgada en casa de Leon el día que Alan Rhodes le entregó el leopardo de las nieves. Leon reconoció a Rhodes por la foto. Debió preguntarle de qué conocía a Elliot y cómo fue que ambos estaban en Ciudad del Cabo al mismo tiempo. Más tarde, Leon hizo llamadas telefónicas. A Jodi Underwood, para pedirle las fotos del viaje de Elliot. A la Interpol, intentando localizar a Henk Andriessen. Esta foto fue el catalizador de todo lo que siguió. El asesinato de Leon Gott. El asesinato de Jodi Underwood. Tal vez incluso de la cuidadora del zoo, Debra Lopez, porque ella estaba en la casa de Gott y oyó toda la conversación. Pero la persona a la que Rhodes más temía eras tú.

Me quedo mirando la pantalla del portátil.

—Porque soy la única que sabía cuál de estos hombres fue al safari.

Rizzoli asiente.

—Él tenía que impedir que vieras esta foto.

De repente, no soporto seguir mirando la cara de Rhodes y me aparto.

—Johnny —susurro—. Es la única palabra que digo, solo Johnny. Me viene a la mente un

recuerdo de él a la luz del sol, con el pelo del mismo color que un león. Lo recuerdo de pie, plantado firmemente como un árbol en su suelo africano natal. Recuerdo cuando me pidió que confiara en él, cuando me dijo que también debía aprender a confiar en mí misma. Y pienso en cómo me miraba mientras estábamos sentados junto al fuego, con la luz de las llamas parpadeando en su rostro. Si hubiera escuchado a mi corazón, si hubiera confiado en el hombre en el que quería creer...

—Así que ahora sabes la verdad —dice suave la doctora Isles.

—¡Todo podría haber sido muy diferente! —Parpadeo y una lágrima resbala por mi mejilla—. Luchó para mantenernos con vida. Y nos volvimos contra él.

—En cierto modo, Millie, te mantuvo viva.

—¿Cómo?

—Gracias a Johnny, por el miedo que le tenías, te quedaste escondida en Touws River, donde Alan Rhodes no podía encontrarte. —La doctora Isles mira a Rizzoli—. Hasta que, por desgracia, te trajimos a Boston.

—Fue culpa nuestra —admite Rizzoli—. Estábamos persiguiendo al hombre equivocado.

Yo también. Pienso en cómo Johnny me ha acechado en mis pesadillas, cuando no era a él a quien debía temer. Esos sueños se están desvaneciendo; anoche dormí mejor que en seis años. El monstruo ya no está, y lo he derrotado yo sola. Hace semanas, la detective Rizzoli me dijo que era la única forma en la que podría volver a dormir tranquila, y confío en que pronto las pesadillas desaparecerán por completo.

Cierra el portátil.

—Así que mañana puedes volar a tu casa sabiendo que esto de verdad ha terminado. Seguro que tu marido se alegrará de tenerte de vuelta.

Asiento con la cabeza.

—Chris me ha estado llamando unas tres veces al día. Dice que esto ha salido en las noticias de allí.

—Regresarás a casa como una heroína, Millie.

—Estoy feliz de volver.

—Antes de que te vayas, hay algo que pensé que querrías tener. —Mete la mano en la bolsa del portátil y saca un sobre grande—. Henk Andriessen me la envió por correo electrónico. La imprimí para ti.

Abro el sobre y saco una fotografía. Se me cierra la garganta y, por un momento, no puedo emitir ningún sonido. Solo puedo mirar la foto de Johnny. Está de pie en un pastizal que le llega hasta

las rodillas, con un rifle a su lado. Tiene el pelo dorado por la luz del sol y arrugas alrededor de los ojos debido a que está sonriendo. Este es el Johnny del que me enamoré, el Johnny verdadero que durante un tiempo quedó eclipsado por la sombra de un monstruo. Así es como debo recordarlo, en su hogar, en la naturaleza.

—Es una de las pocas fotos buenas que Henk pudo encontrar. La tomó otro guía hace unos ocho años. Pensé que te gustaría tenerla.

—¿Por qué?

—Porque sé lo doloroso que debe ser descubrir que todo lo que creías sobre Johnny Posthumus no era cierto. Merece que lo recuerdes por lo que realmente era.

—Sí —susurro, mientras acaricio el rostro sonriente de la foto—. Y así lo haré.

CAPÍTULO 40

Christopher me estará esperando en el aeropuerto. Violet también estará allí, seguramente con un gran ramo de flores. Me abrazarán y luego iremos en coche hasta Touws River, donde esta noche habrá una fiesta de bienvenida. Chris ya me lo ha advertido, porque sabe que no me gustan las sorpresas ni las fiestas. Pero creo que por fin ha llegado el momento de celebrar, porque estoy recuperando mi vida. Me reincorporo al mundo.

Me han dicho que medio pueblo estará allí porque todos sienten curiosidad. Hasta que vieron la historia en las noticias, pocos tenían conocimiento de mi pasado o de por qué he estado tan recluida. Antes no podía correr el riesgo de exponerme. Ahora todos lo saben, y soy la nueva celebridad del pueblo, la madre común y corriente que fue a Estados Unidos y derrotó a un asesino en serie.

—Esto va a ser una locura —me dijo Chris durante nuestra conversación telefónica justo antes de que subiera al avión—. El periódico no para de llamar, y la cadena de televisión tampoco. Les he dicho que nos dejen en paz, pero tienes que estar preparada.

En media hora, mi avión aterrizará. Estos momentos finales del vuelo serán mi última oportunidad de estar sola. Mientras iniciamos el descenso hacia Ciudad del Cabo, saco la fotografía por última vez.

Han pasado seis años desde la última vez que lo vi. Cada año envejezco más, pero Johnny nunca lo hará. Siempre permanecerá erguido y alto, con el pastizal ondeando a sus pies y la luz del sol reflejada en su sonrisa. Pienso en lo que podría haber pasado si las cosas hubieran salido de otra manera. ¿Estaríamos ahora casados y felices en nuestra rústica cabaña en la sabana? ¿Tendrían nuestros hijos el pelo color trigo y crecerían corriendo descalzos y libres? Nunca lo sabré, porque el verdadero Johnny yace en algún lugar del delta; sus huesos se deshacen en el suelo, sus átomos están ligados para siempre a la tierra que amó. La tierra a la que siempre perteneció. Todo lo que tengo son mis recuerdos de él, y los guardaré como mi secreto. Solo me pertenecen a mí.

El avión aterriza y rueda hasta la puerta de embarque. Fuera, el cielo es de un azul brillante, y sé que el aire será suave, con aroma a flores y a mar. Vuelvo a introducir la foto de Johnny en el sobre y la guardo en el bolso. Lejos de mis ojos, pero nunca de mi corazón.

Me pongo en pie. Es hora de volver con mi familia.

AGRADECIMIENTOS

Nunca olvidaré la emoción de ver por primera vez un leopardo en libertad. Por ese recuerdo tan preciado, doy las gracias al maravilloso personal del Ulusaba Safari Lodge, en Sabi Sands. Les debo un agradecimiento especial a los guardabosques Greg Posthumus y al rastreador Dan Ndubane por mostrarme la belleza de la sabana africana y por mantener con vida a mi marido.

Tengo una enorme deuda de gratitud con mi agente literaria, Meg Ruley, que ha sido mi amiga incondicional y mi aliada a lo largo de los años, y con mis editoras, Linda Marrow (EE. UU.) y Sarah Adams (Reino Unido), por su inestimable ayuda para que este libro brillara.

Sobre todo, doy las gracias a mi marido, Jacob, por compartir este viaje. La aventura continúa.

SOBRE LA AUTORA

Tess Gerritsen es médica y autora de superventas internacionales. Fue aclamada en todo el país por su primera novela de suspense, Harvest, superventas del New York Times. También es autora de los superventas El último en morir, La chica silenciosa, Frío glacial, Reliquia mortal, El jardín de huesos, El club Mefisto, Desaparecidas, Doble de cuerpo, El pecador, El aprendiz, El cirujano, Soporte vital, Torrente sanguíneo y Gravedad. Tess Gerritsen vive en Maine.

www.tessgerritsen.com

Facebook.com/TessGerritsen

@tessgerritsen